

KRISTAN HIGGINS

TE ESPERARÉ SOLO A TI

SEDA ROMÁNTICA

Libros de
seda

TE ESPERARÉ SOLO A TI

© *Kristan Higgins*

Kristan Higgins vive en una pequeña localidad de Connecticut que cuenta con una bonita biblioteca, una feria agrícola magnífica, gente encantadora y poco más. Tiene dos hijos maravillosos y a un valiente bombero por marido que es, además de lo evidente, un cocinero excelente.

Trabajó como redactora hasta que fue madre. Entonces, empezó a escribir relatos de ficción en cuanto tuvo la suerte de que sus hijos se echaran la siesta al mismo tiempo. Desde luego, escribir le resultaba mucho más gratificante que recoger la colada, así que decidió ponerse a trabajar en su primera novela. Ha ganado el premio *Romance Writers of America's RITA*® de novela romántica en dos ocasiones, 2008 y 2010.

Colleen O'Rourke está enamorada del amor... pero no cuando tiene que ver con ella. La mayoría de las noches las pasa tras la barra del bar de Manningsport, Nueva York, un negocio del que es propietaria junto a su hermano mellizo, dando consejos sobre el amor a los corazones dolientes, preparando martinis y siguiendo soltera y feliz, más o menos. Y es que, hace diez años, Lucas Campbell, su primer amor, le rompió el corazón... Desde entonces, vive feliz picando aquí y allá, y jugando a hacer de casamentera con sus amigos.

Pero una emergencia familiar ha hecho que Lucas regrese a la ciudad. Está tan guapo como siempre y todavía sigue siendo el único hombre capaz de echar abajo sus defensas. Para conseguirlo, Colleen tendrá que bajar la guardia o arriesgarse a perder por segunda vez al único hombre al que ha amado de veras.

Te esperaré sólo a ti

Título original: *Waiting on You, Blue Heron 3*

Por acuerdo con Maria Carvainis Agency, Inc. y **Julio F. Yáñez, Agencia Literaria**. Traducido del inglés **THE PERFECT MATCH**.
Copyright © 2014 by **Kristan Higgins**. Publicado por primera vez en los Estados Unidos por **Harlequin Books, S.A.**

© de la traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Salva Ardid

Imágenes de cubierta: ©Solominvictor/Shutterstock para la pareja; ©James R. Lowe /Shutterstock, para el perro

Desarrollo a libro digital: Books and Chips

Primera edición digital: junio de 2016

ISBN: 978-84- 16550-21- 0

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Dedico este libro a mi chico sonriente, Declan, que me hace reír todos los días. Ahora es cuando me tienta la idea de ponerme melosa y sentimental y empiezo a usar muchos apodos, pero intentaré mantener la dignidad. Vamos a dejarlo en que eres todo lo que una madre podría desear en un hijo y en que te quiero. Muchísimo.

—¡Invita la casa!

Los parroquianos vitorearon, no solo porque Colleen O'Rourke, la camarera y copropietaria del mejor (y único) bar del pueblo, acabara de ofrecer bebidas gratis, sino porque Brandy Morrison y Ted Standish acababan de comprometerse.

Colleen abrazó a la feliz pareja una vez más y después volvió a su lugar detrás de la barra, donde chocó los cinco con sus clientes habituales mientras tiraba cervezas y preparaba martinis, o mientras servía vino y deslizaba copas por encima de la barra. Después de todo, lo de Brandy y Ted había sido cosa suya. Y con ellos ya iban... mmm... ¿catorce parejas que habían pasado por la iglesia? No, ¡quince! No estaba mal. No estaba nada mal.

—Buen trabajo, Coll —dijo Gerard Chartier al aceptar su botellín de cerveza Cooper's Cave IPA gratis. Estaba sentado al final de la barra, donde el cuerpo de bomberos celebraba su «reunión», cuyo orden del día parecía ser la lista de cervezas artesanas de la taberna de O'Rourke. Colleen no podía quejarse. Era bueno para el negocio.

—Tu penoso estado de soltería no ha pasado desapercibido —replicó ella al tiempo que le frotaba la calva—. No te preocupes. Eres el siguiente.

—Prefiero seguir soltero.

—No, no lo prefieres. Confía en la tita Colleen, que lo sabe todo y es muy lista.

—¡Colleen! —gritó su hermano Connor desde la cocina—. ¡Deja de molestar a los clientes!

—¡Lo mío forma parte del encanto del negocio! —gritó ella a su vez—. Chicos, ¿os estoy molestando?

Recibió un satisfactorio coro de negativas por respuesta. Colleen entró en la cocina.

—Hola, Rafe —saludó al segundo chef, que estaba preparando una de sus afamadas tartas de queso—. Guárdame un poco, ¿quieres?

—Claro, mi único amor —contestó el aludido sin mirarla. Era gay. Todos los buenos lo eran.

—Querido hermanito —le dijo Colleen a su gemelo—, ¿qué bicho te ha picado?

—Acabas de regalar trescientos pavos en bebidas, eso es lo que me ha picado —contestó él.

—Brandy y Ted se han comprometido. El anillo es precioso, por cierto.

—¿Cosa tuya, Collie? —preguntó Rafe.

—La verdad es que sí. Llevaban semanas echándose el ojo. Les di un sutil empujoncito y *voilà*. Espero ser dama de honor. Otra vez.

Rafe sonrió.

—¿Y cuándo vas a usar tus superpoderes en tu propio beneficio, guapa?

—Ah, nunca. Soy demasiado lista. Me gusta usar a los hombres por razones puramente físicas...

—¡Chitón! Nadie quiere enterarse de tu vida sexual —la interrumpió Connor.

—Yo sí —aseguró Rafe.

Ella sonrió. Atormentar a su hermano, aunque los dos tenían treinta y un años, seguía siendo uno de los grandes placeres de la vida.

—Menudo desperdicio. Todo eso, sin dueño. —Rafe abarcó con un gesto de la mano su pecho y su cara.

—Se llevó un chasco cuando era joven —le dijo Connor a Rafe.

—Por favor... Ese no es el motivo de que esté soltera. Además, tú también lo estás. Es cosa de nuestra infancia disfuncional, Rafe.

—Ni se te ocurra ir por ahí dijo él mientras añadía una capa de leche agria a la tarta—. Fui un chico gay en una comunidad de testigos de Jehová y crecí en East Texas con cinco hermanos mayores que jugaban todos a fútbol americano. Era como un cruce entre *Friday Night Lights* con *La jaula de grillos* y *Amos del pantano*. Nadie puede competir conmigo en lo de familias disfuncionales.

—Nos ganas de calle —repuso Colleen—. Con y yo solo contamos con un padre infiel y...

—¿Hoy no tenías la noche libre? —la interrumpió Connor.

—Ajá. Pero he venido porque he presentido, a través de nuestro vínculo mágico de gemelos, que me echabas de menos.

—Pues te has equivocado —masculló Connor—. Sal de mi cocina. Tu grupito acaba de entrar por la puerta.

—Menudo oído tiene —dijo Rafe.

—Lo sé. Da miedo. ¡Adiós, chicos! No te olvides de mi trocito de cielo, Rafe. Connor, ven a saludar. Por algún motivo, todos te adoran.

Regresó al bar y sí, allí estaban todas: Faith Holland, su mejor amiga del mundo mundial (y recién casada, y aunque Colleen no podía decir que había sido idea suya, sí que había ayudado a que estuvieran juntos); Honor, la hermana mayor de Faith (martini seco con tres aceitunas), a quien Colleen había ayudado sin lugar a dudas con el dulce Tom Barlow... su boda sería a principios de julio; y Prudence, la mayor de todas las hermanas Holland (*gin-tonic*, que ya era primavera), casada desde hacía años.

—¿Qué vais a tomar, Holland? Honor, ¿quieres lo de siempre? Pru, ¿un *gin-tonic*? ¿Y qué me dices tú, Faithie? Te he estado reservando unas fresas... un chorrito de vodka, un poco de menta, unas gotas de limón... ¿quieres probarlo?

—Agua para mí —contestó Faith.

—Ay, Dios, ¿estás embarazada? —replicó Colleen.

Faith y Levi se habían casado en enero y, a juzgar por las miradas que él le echaba, lo hacían como conejos. Y ya se sabía lo que se decía de los conejos.

—Yo no he dicho eso. —Pero se ruborizó, y Honor sonrió.

—En fin, ojalá que lo estés —dijo Pru—. No hay nada como la bendición de tener hijos, aunque el otro día me entraron ganas de estrangular a Abby. Me preguntó si podía ponerse un piercing en la lengua. Le dije que claro, que buscaría un martillo y un clavo y que se lo haríamos en ese momento si era tan tonta, y la conversación siguió en esa tónica.

—Hola, chatas —saludó Connor, que había salido de la cocina como le habían ordenado.

—Con, tráeles a Pru y a Honor lo de siempre, y un vaso de agua helada para Faith.

—Creía que querías que saludara, no que os sirviera —replicó él—. Faith, ¿estás embarazada?

—¡No! A lo mejor. Pero cállate —pidió Faith—. Solo tengo sed.

—Connor Cooper sería un nombre fantástico —sugirió él.

—Pues a mí me suena pretencioso —repuso Colleen—. Colleen Cooper o Colin si es un niño... eso sí que suena bien. Con, ¿nos traes las bebidas? ¿Y unos nachos?

Su hermano la miró con cara de pocos amigos, pero se marchó sin rechistar y Colleen se repantingó en el asiento.

—Adivinad qué os habéis perdido. ¡Brandy Morrison y Ted Standish acaban de comprometerse! Ha clavado una rodilla en el suelo y todo, y ella se ha puesto a llorar. ¡Ha sido precioso, guapas! ¡Precioso!

Hannah, la prima de Colleen, les llevó la comida y las bebidas, y Prudence se lanzó a contarles su última aventura para alegrar la vidilla conyugal de su matrimonio. Muy entretenido todo. Coll pasó la mirada por el bar mientras Pru hablaba, para asegurarse de que todo iba sobre ruedas.

De repente, pensó que pasar su noche libre en el bar tal vez no fuera lo más saludable del mundo. Ciertamente las opciones en Manningsport, Nueva York, un pueblo de poco más de siete mil habitantes, eran limitadas. Podía pasar la noche en casa, leyendo acurrucada con *Rufus*, su enorme chuchó, un cruce de lebrél irlandés, que estaría encantado de pasarse horas mirándola embelesado. El subidón para el ego era muy tentador.

O, pensó Colleen, también podría salir con alguien. Rafe llevaba razón.

El problema era que a todos los hombres que conocía les faltaba algo. No había sentido la chispa desde hacía muchísimo tiempo.

Como dueña del único establecimiento que servía alcohol durante todo el año, Colleen veía muchas relaciones subir como la espuma para morir aplastadas contra las rocas. Cuando las cosas salían bien, se debía normalmente a que la mujer manipulaba al hombre con astucia para que se comportase como era debido. Así la llamaría cuando había dicho que la iba a llamar. Se esforzaría con las citas. Y le preguntaría por su vida si ella no le soltaba todos los pormenores en los primeros diez minutos.

Sin embargo, era mucho más habitual el final contra las rocas, momento en el que Colleen preparaba un cosmopolitan de consolación o rellenaba más de la cuenta una copa de pinot grigio para una mujer que no tenía ni idea de qué había fallado. Ella podía decirse, claro, y a veces lo hacía... «A lo mejor no deberías haber hablado de tu ex durante dos horas» o «¿Crees que decirle que acabas de recibir el visto bueno para un tratamiento de fertilidad en la primera cita ha sido buena idea?».

Por suerte, la flamante prometida de esa noche le había pedido consejo a Colleen desde el principio. «¿Debería salir con él mañana otra vez? ¿Pasa algo si me acuesto ya con él? ¿Y si le mando un mensaje de texto ahora mismo?»

Las respuestas: «No», «no» y «no».

—Colleen —dijo la futura novia—, solo quería agradecerte de nuevo todo lo que has hecho. —Se inclinó hacia ella y la abrazó—. ¿Dama de honor?

—¡Pues claro! —exclamó Colleen—. Pareja... *mazel tov!* ¡Me alegro muchísimo por los dos!

—Gracias, Coll —dijo Ted—. Eres la mejor.

—Mi décimo quinta pareja —les dijo a las hermanas Holland cuando la feliz pareja se marchó para montárselo como locos, o eso era de esperar.

—Tienes un don —sentenció Faith, mientras se llevaba un buen trozo de nachos a la boca.

—Y anoche mismo vino una pobre mujer, suplicándole al hombre con quien salía que no la dejara, y me la llevé a un aparte y le dije: «Cielo, si tienes que suplicar, ¿seguro que quieres a este perdedor?». Claro que ella siguió suplicando y llorando, fue una tortura, de verdad. —Apuró la bebida, uno de los cócteles con fresas que Faith había rechazado—. A lo mejor debería dar clases. Pru, cuando Abby empiece a salir, me la mandas.

—Lo haré. Y te lo agradezco, porque bien sabe Dios que lleva un tiempo que no me hace ni caso.

—Disculpad —dijo una voz, y todas alzaron la vista.

—Hola, Paulie —la saludó Colleen—. ¿Cómo estás? ¡Siéntate!

Paulina Petrosinsky, a quien todos llamaban Paulie, acercó una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas. Había sido compañera de clase de Faith y de Colleen; no una verdadera amiga en aquel entonces, pero sí mantuvieron con ella una relación agradable. Iba a la taberna de O'Rourke de vez en cuando, normalmente después de pasarse por el gimnasio, donde su habilidad como levantadora de pesas era legendaria.

—Esto... os he oído hablar de algo de... esto... ¿dar clases? ¿A mujeres? —preguntó.

—La Universidad para Guarillas —dijo Pru, y Faith y Honor resoplaron.

—Muy gracioso —repuso Colleen—. Se ha exagerado mucho mi reputación.

—¿Y quién tiene la culpa? —quiso saber Faith—. Deberías dejar de extender rumores sobre tu persona.

Colleen sonrió. ¿Había llegado a escribir unos cuantos halagos sobre su persona en el servicio de caballeros la semana anterior? Pues sí.

—No les hagas ni caso a mis supuestas amigas —dijo—. ¿Qué pasa?

—Esto... ¿de verdad puedes ayudar a... esto... a una persona? Con... bueno, ya sabes. ¿Con el amor y los hombres y demás? —Paulie se puso colorada como un tomate y luego casi morada.

—¿Estás bien? —preguntó Honor, que frunció el ceño.

—Ah, esto. Mi cara. Se llama eritema craneofacial idiopático. Yo... me sonrojo. Mucho.

—Ojalá pudiéramos quedarnos —dijo Pru—. Pero los que somos de campo madrugamos. ¡Buena suerte con tu hombre, Paulie! ¡Nos vemos!

—¿Te interesa alguien en concreto? —preguntó Colleen, que se pasó al asiento que había desalojado Pru para dejar sitio a la mesa.

Paulie tragó saliva.

—Sí —susurró al tiempo que miraba a su alrededor.

¿Quién? quiso saber Faith.

—Esto... preferiría no decirlo.

Colleen asintió con la cabeza.

—¿Qué te gusta de él?

—Es... es que es tan agradable... A ver, me refiero a agradable de verdad, ¿sabéis? Y siempre está contento, y es bueno y listo, creo... Quiero decir que es... En fin. Es maravilloso.

Colleen sonrió.

—¿Y te pones mala cuando lo ves, luego te acaloras entera y se te revuelve el estómago?

—Eso mismo —contestó Paulie, con la cara morada una vez más.

—¿Te imaginas hablar con él, dando paseos agarraditos de la mano a la luz de la luna y todas esas ñoñerías?

—Esto... pues sí. —Paulie tomó una entrecortada bocanada de aire.

—¿El tesorillo te hace la ola cuando lo ves? ¿Te arde la piel, te tiemblan las rodillas, se te hincha la lengua...?

Faith se levantó.

—Echo de menos a Levi —anunció. Le dio un beso a Colleen en la mejilla y un apretón en el hombro a su hermana—. ¡Buena suerte, Paulie! Yo que tú ponía en cuarentena lo que te diga Colleen.

—Yo también me voy dijo —Honor. Adiós, casamentera. No metas la pata, por favor. Nos vemos, Paulina.

—Bueno, ¿de quién estamos hablando? —preguntó Colleen en cuanto se fueron.

Paulie miró con nerviosismo hacia la barra. ¡Ajá! Una pista.

—¿Sabes qué? —dijo Paulie—. Da igual. Está... está fuera de mi alcance.

—¡No, de eso nada! —exclamó Colleen—. ¡Paulie, eres un encanto! ¡Lo digo en serio! Cualquier hombre se daría con un canto en los dientes si pudiera estar contigo.

—Además, siempre se había sentido un pelín culpable en lo que a Paulie se refería.

—Gracias —murmuró ella.

—Es verdad —insistió Colleen.

Cierto que Paulie no había sido bendecida con una belleza despanpanante. Y su padre era rarito: Ronnie Petrosinsky, dueño de cuatro restaurantes llamados el «Rey del Pollo», que servían pollo frito de treinta y ocho formas distintas, todas ellas malísimas para la salud. Era famoso en la zona por sus anuncios, en los que él mismo salía pavoneándose vestido de pollo con una corona en la cabeza. La pobre Paulie también figuraba con un disfraz amarillo y una corona: la Princesa del Pollo. Como para librarse del apodo, sobre todo en el instituto.

—Mira, Paulie. Nadie está fuera de tu alcance. Vamos, desembucha.

Paulina soltó un sonoro suspiro y apuró su cerveza Genesee (Primera misión: conseguir que bebiera algo más femenino).

—Es Bryce Campbell.

Ah. Bueno, la cosa no pintaba muy bien.

Bryce era guapísimo. En plan Jake Gyllenhaal elevado a la máxima potencia. Tenía su séquito, como bien sabía ella. Bryce era uno de los habituales del bar. No el más listo del mundo, pero sí muy dulce. Poseía cierto encanto, y las mujeres se arrojaban a sus pies a todas horas.

Muchas mujeres.

—De acuerdo —dijo Colleen, al darse cuenta de que llevaba un rato sin hablar. Sin problemas.

Paulie la miró con desesperación.

—Lo digo en serio. Algo haremos. Bueno, cuéntame más cosas de Bryce y de ti.

Paulie adoptó una expresión soñadora y el intenso rubor desapareció.

—Trabaja como voluntario en la protectora de animales, ¿lo sabías? —Colleen asintió con la cabeza. De hecho, Bryce la había ayudado a escoger a *Rufus* el Rufián—.

Y los animales lo adoran. Voy mucho. Yo... esto... he adoptado dos perros y cuatro gatos a lo largo del año pasado.

Colleen sonrió.

—Son muchos. Pero sigue.

—Y el otro día estaba repostando, y él estaba allí, ¡y ni siquiera lo planeé! Me sonrió sin más y dijo: «¡Hola, Paulie! ¿Cómo te va?». —Suspiró por el recuerdo de esas mágicas palabras—. Fue increíble. A ver, esa sonrisa, ya me entiendes...

Sí. Bryce tenía una sonrisa estupenda. Era verdad.

—Nunca está de mal humor —siguió Paulie—. Nunca tiene una mala palabra para nadie. Claro que tampoco hablo con él. No mucho. Pero a veces levantamos pesas al mismo tiempo y... en fin, intento hablar con él. Pero se me queda la mente en blanco y nunca se me ocurre nada que decir. Pero la semana pasada... Tuve que pasar a su lado y le dije: «Perdona». Y él me contestó, literal, ¿eh?: «Sin problemas». Colleen... ¡olía tan bien!

Le había dado fuerte a la pobre.

—Y cuando estábamos en el instituto, nunca se metió conmigo.

A Colleen se le encogió el corazón. Paulie tenía una constitución atlética y compacta, y se hizo con el récord de flexiones del instituto tras haber ganado incluso a Jeremy Lyon, dios del fútbol. Dicho récord seguía vigente en ese momento. El negocio de su padre tampoco ayudaba a su posición social: el hombre había empezado como criador de pollos y Paulie no creció con tantas comodidades como la mayoría de los niños del pueblo, aunque no era tan pobre como otros. Y después, cuando el Rey del Pollo obtuvo tanto éxito... En fin, eso la hizo bastante diferente, y era duro ser diferente a esa edad.

Aunque en ese momento ocupaba el puesto de directora de operaciones de las franquicias del Rey del Pollo, Colleen nunca la había visto sin ropa deportiva, y siempre parecía estar un poco al margen de todo, por más agradable y lista que fuera.

Colleen sintió una punzada de ternura al darse cuenta de que Paulina le recordaba a Savannah, su hermanastra de nueve años.

—¿Sabes lo que te digo? Que nos olvidemos del asunto, ¿te parece? Lo siento —dijo Paulie.

—De eso nada —replicó Colleen—. Si acabáis juntos, ya puede darse con un canto en los dientes. Lo digo en serio. Eres estupenda y tienes cualidades maravillosas... No será tan difícil, Paulie. ¿Cómo han sido tus otras relaciones?

—Yo... esto... nunca he tenido una relación.

—No pasa nada. Entonces ¿no tienes experiencia con los hombres?

—Soy virgen —contestó su amiga.

—No te preocupes. No hay nada de malo en esperar al verdadero amor. —Colleen lo había hecho, después de todo. Aunque su historia no era muy ejemplar.

—Más bien es que nadie se ha interesado por mí.

¡Oh! ¡Pobrecilla!

—Sin problemas.

—Seguramente Bryce preferiría salir contigo —dijo Paulie.

—Por favor... —repuso Colleen, que dio un respingo—. ¿Bryce? No. No somos... Es un encanto, pero no es mi tipo. Pero vosotros dos... seríais la pareja perfecta.

A Paulie se le iluminó la cara.

—¿De verdad lo crees? ¿De verdad de la buena? Haré todo lo que me digas. ¿Crees que tengo una oportunidad?

—Desde luego.

Connor volvió a la mesa.

—Papá ha llamado. Quiere que hagas de niñera. Al parecer, Gail necesita un descanso.

Ah, Gail Chianese O'Rourke, su madrastra, cuatro años mayor que ellos, cuyo nombre se acompañaba de la coletilla nada cariñosa de «Gail *el Zorrón*, que rima con Putón, Chianese O'Rourke».

—¿Un descanso de qué? —preguntó Colleen—. ¿De sus sesiones en la *spa*? ¿De sus compras? ¿De tomarse tantos descansos?

—No lo sé. Dile que te llame al teléfono móvil la próxima vez. Hola, Paulie, ¿te traigo algo más?

—No, estoy servida, gracias respondió al tiempo que hacía ademán de sacarse un billete de diez del bolsillo.

—Invita la casa —dijeron Connor y Colleen al unísono.

—Gracias. —Se puso de pie y se tropezó con la silla. Connor la agarró del brazo y Paulie se ruborizó de nuevo—. En fin, gracias Coll. Eres la mejor. —Tras decir eso, salió a la preciosa noche primaveral.

—Voy a emparejarla —explicó Colleen.

—Ah, por el amor de Dios —masculló Connor.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algo en contra del amor verdadero?

—¿Tienes que preguntármelo?

El bar empezaba a vaciarse. Las calles, las pocas que había, solían quedarse vacías pronto en Manningsport. Connor se sentó con ella. Los únicos clientes que quedaban eran los miembros del cuerpo de bomberos, que consideraban la taberna de O'Rourke su segundo hogar.

—Con, ¿crees que mamá y papá nos atrofiaron para esto de las relaciones? A ver, no tenemos pareja.

Connor se encogió de hombros. Detestaba hablar de sus padres.

—Deberías salir con alguien. Jessica Dunn, por ejemplo. O Julianne, la de la biblioteca. O yo podría buscarte a alguien.

—Prefiero colgarme de un árbol, pero gracias.

—Si lo haces, ¿puedo quedarme con tu automóvil? —Le lanzó una mirada suspicaz—. ¿Qué me estás ocultando?

Connor hizo una mueca, pero, a ver, la telepatía entre gemelos funcionaba de maravilla.

—No te me pongas histérica, ¿eh? La cosa es que estoy saliendo con alguien.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? ¿Con quién?

—Nada de ponerte histérica, Colleen.

—En fin, eres mi gemelo, mi familia, ¡mi compañero de trabajo! ¡Vivimos juntos!

—Otro error existencial.

—Connor —dijo ella más calmada—, ¿cómo es que estás saliendo con alguien y yo no me he enterado? ¿Quién es? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Pues por esto precisamente. No quería que te volvieras loca y empezaras a decirme cómo llamar a mis futuros hijos.

—¿Cuándo he hecho algo así?

—Hace una hora. Le dijiste a Faith que le pusiera tu nombre a su hijo.

—Bueno, tú también lo hiciste.

Su hermano se cruzó de brazos.

—No es nada serio. Todavía no.

—No puedo creer que me lo hayas ocultado. Por el amor de Dios, esos tres minutos que me sacas te han arruinado. Debería haber nacido yo primero, y lo habría hecho si no me hubieras apartado de un empujón.

—Muy bien, la noche se acabó. ¿Quieres echar tú al cuerpo de bomberos o lo hago yo?

—¡Fuera todo el mundo! —gritó Colleen, y los variopintos y sonrientes miembros del cuerpo más valeroso de todo Manningsport hicieron ademán de sacar la cartera.

¡Caramba! Bryce Campbell también estaba allí. Debía de haber entrado mientras ella hablaba con las Holland. Bryce observaba al cuerpo de bomberos con una expresión casi anhelante en la cara. Hombres. Nunca superaban la emoción de su primer camión rojo.

En fin, para qué dejarlo para otro momento.

—Hola, Bryce —lo saludó mientras se acercaba a él.

—Hola, Colleen. —La miró y sonrió... y sí, Paulie tenía razón. Bryce era mono. No era una novedad, pero...

—¿Cómo le va a tu padre? —Joe Campbell, *el Sonrisas*, era uno de los parroquianos preferidos de Colleen, aunque ese año no había ido mucho por el bar.

—¡Está estupendo! —Bryce le lanzó otra mirada al cuerpo de bomberos de Manningsport, que empezaba a salir por la puerta entre carcajadas.

—Deberías unirte al cuerpo de bomberos —sugirió ella.

—Claro. Dudo mucho que a mi madre le hiciera gracia. Podría hacerme daño.

—Pero lo más probable es que no. Su expediente en cuestiones de seguridad está immaculado, aunque son una panda de mamarrachos. —Apartó el vaso vacío y limpió la barra delante de él—. Bueno, Bryce, ¿sales con alguien?

El enarcó una ceja con gesto amistoso.

—¿Me lo estás pidiendo?

—No.

—En fin. —Fingió que le dolía el comentario—. No, no hay nada especial. Pero no me importaría tener novia.

Iba a ser más fácil de lo que suponía.

—¿De verdad? ¿Cómo te gustaría que fuera?

—¿Además de parecerse a ti? —Le guiñó un ojo.

—Déjate de tonterías. Contesta a la pregunta.

—No sé. Guapa. A ver... guapa, agradable y que esté buena, ya sabes. Como Faith Holland, pero un poco más alta y más delgada. Y no le cuentes a Levi lo que acabo de decirte, por favor.

—Bryce Campbell, que sepas que el aspecto físico no lo es todo. —Y si tenía problemas con Faith, que parecía una pinup de los años cuarenta, tendría que ir con pies de plomo en el caso de Paulie—. ¿Qué me dices de su personalidad?

—Muy extrovertida. Más o menos como yo. ¿Conoces a alguien así?

—Mmm, ahora mismo no se me ocurre nadie. —La verdad era que se le habían ocurrido los nombres de cuatro mujeres, pero Bryce era como todos los hombres: no sabía lo que necesitaba, solo lo que le gustaba—. Pero le daré vueltas al asunto, ¿te parece?

—¡Gracias, Coll! ¡Eres la mejor!

—Tú lo has dicho. Anda, vete, que estamos cerrando.

Media hora después, Colleen regresó andando a la casa de estilo victoriano con la fachada roja y amarilla que compartía con su hermano. Estaba dividida en dos viviendas, así que no era tan malo como parecía. Connor se había ido un poco antes y las luces de la planta baja estaban apagadas. El apartamento de Colleen se encontraba en la planta alta, a la que se accedía gracias a una escalera trasera que conducía a una pequeña terraza y a su puerta.

Se preguntó si la misteriosa mujer de su hermano había visitado ya la casa.

—No pasa nada —se dijo mientras abría la puerta—. Al fin y al cabo, yo también tengo a alguien a quien querer. ¿Verdad, *Rufus*?

Casi setenta y tres kilos de chucho gris le dieron la razón. Dejó que la zarandeara, le rascó el áspero pelo gris, lo miró directamente a los ojos y después se separó de él.

—¿Quién quiere una galleta? ¿Nosotros? Yo quiero una Oreo y tú, mi precioso compatriota, puedes comerte un Huesito de Leche.

Alguien había comprado a *Rufus* de cachorro y después, ¡sorpresa!, descubrió que la raza crecía un poquito más de la cuenta. Claro que lo que esa persona había despreciado se lo llevaba ella, porque, tal como Bryce Campbell había sospechado, *Rufus* y Colleen eran espíritus afines.

Llamó a Rushing Creek y habló con Joanie, la enfermera del turno de noche del ala de su abuelo para asegurarse de que el anciano estaba pasando una buena noche. Después, y con un suspiro, sacó las galletas e hizo que *Rufus* sostuviera la suya sobre la trufa antes de permitir que se la tragara. Acto seguido, se tumbó en el sofá con la caja de Oreos. Porque, a ver, nadie se comía una sola galleta.

El amor estaba en el aire. La rodeaba, de hecho: Faith y Levi tal vez tuvieran un bebé en camino; Honor y Tom iban a casarse; Brandy y Ted acababan de comprometerse. Paulie y Bryce (bastante complicado por diferentes motivos... pero tal vez fuera una oportunidad para que ella hiciera algo bueno).

Connor y alguien.

Eso era lo que más la afectaba. Claro que a lo largo de los años lo habría vendido gustosa a algún circo ambulante en muchas ocasiones (de hecho, incluso lo apuntó como candidato a adopción con doce años cuando Connor anunció que le había bajado la regla en mitad de la cafetería). Cuando sus padres pasaron por el espantoso y desagradable divorcio, Connor y ella se habían unido más que nunca. Solían llamarse o mandarse mensajes de texto a la par. Se veían todos los días.

Se le hacía raro pensar en su gemelo casado, en que pudiera ser padre. Desde luego que quería verlo feliz, por supuesto que sí. El problema era que siempre se lo había imaginado en un futuro feliz, en el que ella tenía un marido estupendo y unos críos adorables.

Aunque esa imagen siempre era más un deseo que otra cosa, como una fotografía velada, como si el sol brillara demasiado y la cara de su marido fuera un borrón.

Hubo un tiempo en el que supo sin lugar a dudas de quién era esa cara... y en aquel entonces no estaba emborronado.

Capítulo 2

—Mamá dice que emocionalmente estás muerto. —Quien hablaba era la niña que se encontraba en la puerta de la oficina de Lucas Campbell, en Forbes Properties. Una pizquita. Más concretamente, una de sus cuatro sobrinas.

—Eso me encanta. Creo que te prohibí que vinieras a verme —replicó Lucas al tiempo que pulsaba el interfono para hablar con su asistente—. Susan, por favor llama a seguridad y que acompañen a mi sobrina a la salida.

—Tiene cinco años —le recordó Susan.

—Que envíen un equipo.

Chloe sonrió, lo que dejó a la vista la mella en su dentadura. Demasiado pequeña para ponerle dientes postizos, seguramente.

—Mamá dice que estás «destreñido».

—Estoy de acuerdo —replicó Susan, tras lo cual cortó la comunicación.

Lucas miró a su sobrina con seriedad.

—Se dice «estreñido». Si vas a hablar mal de mí, necesitas espabilar. ¿Qué haces aquí? ¿Es que no te pago para que no me incordies?

—Me he gastado tu dinero.

—¿Y?

—Dame más. —La niña tenía el alma de una mujer florero de Beverly Hills. Se acercó a él dando saltitos y se subió a su regazo.

—Ni se te ocurra pensar que vas a ganar muchos puntos con esta muestra de afecto —refunfuñó Lucas.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Chloe, que se apoyó en su torso.

—El señor Forbes está construyendo un nuevo rascacielos —le contestó.

—Quiero vivir en el apartamento del ático.

—Estás en bancarrota. Y debo señalar que careces de una fuente de ingresos estable. Ni siquiera sabes conducir. O al menos no lo haces muy bien. —El comentario le arrancó una risilla a la niña, y Lucas sonrió contra el pelo de su sobrina.

—¿Eso que tienes ahí es una princesa? —preguntó una voz.

—¡Hola, Frank! —Chloe se bajó del regazo de Lucas y se lanzó hacia las piernas de Frank Forbes—. El tío Lucas me ha enseñado tu nuevo rascacielos ¡y quiero vivir en el apartamento del ático!

Frank la levantó en brazos y se echó a reír.

—Bueno, ¿qué te parece si te dejamos dormir una noche en él antes de venderlo? Y a tus hermanas también.

—¡Hurra!

—Niña, cómo te llares, ve a ver a Susan y dile que te deje contestar llamadas —dijo Lucas—. Puedes ser su jefa hasta que tu madre venga a buscarte.

Steph, la hermana mayor de Lucas, trabajaba en el departamento de contabilidad, siete plantas por debajo de su despacho, y tenía la costumbre de enviarle a su benjamina para fastidiarlo. Chloe estaba inscrita en el servicio de guardería que Forbes les ofrecía a sus empleados. Cara, Tiffany y Mercedes, las hermanas de Chloe, también lo habían estado, aunque a esas alturas ya eran muy maduras a los catorce años, las gemelas, y a los dieciséis, Mercedes.

Chloe echó a correr hacia la recepción, ya que la promesa del poder era el mejor de los sobornos.

—¿Cuándo podremos contratarla? —quiso saber Frank, que tomó asiento en el sillón de cuero situado frente al escritorio de Lucas.

Este sonrió y esperó. Últimamente Frank solo iba a verlo para hablar de una cosa: por qué debía quedarse en Forbes Properties cuando acabaran de construir el rascacielos Cambria en vez de marcharse, que era lo que planeaba hacer. Sin embargo, Lucas consideraba que su trabajo en ese lugar había acabado y se sentía muy agradecido. Frank Forbes, su jefe y exsuegro (que por cierto sí, estaba emparentado con «ese» Forbes), había sido muy bueno con él.

—Me gustaría que te quedaras, hijo —comentó Frank, como si le hubiera leído el pensamiento—. No es necesario que te vayas.

—Gracias. Pero creo que ha llegado el momento. Debería haberlo hecho hace mucho.

Frank suspiró.

—Es posible. Pero no será lo mismo sin ti.

La verdad era que todavía le costaba creer que estuviera trabajando en ese sitio. Él, un niño del South Side, que todos los días subía en el ascensor hasta la planta cincuenta y tres. Empezó a trabajar para Forbes Properties como peón durante el verano de su primer año en la universidad. Mayormente se encargaba de limpiar una vez que los carpinteros y los electricistas acababan su trabajo, y de transportar los materiales. Desde ese puesto fue ascendiendo hasta que consiguió clavar clavos y cortar madera.

Cuatro años más tarde, le ofrecieron un ascenso, un seguro médico y un título.

Eso era lo que sucedía cuando dejabas embarazada a la hija del jefe.

No obstante y pese al hecho de que Frank lo había perdonado por semejante error, de que lo había tratado mejor de lo que merecía y de que había hecho que se sintiera como un verdadero miembro de la familia (no solo a él, sino también a Steph y a las niñas), Lucas no podía quedarse más tiempo. Su deuda con la familia Forbes estaba completamente saldada.

—¿Has visto a mi hija últimamente? —le preguntó Frank.

—Cenamos juntos la otra noche.

Hubo una pausa en la conversación.

—Tiene buen aspecto, ¿no crees?

—Cierto.

Se oyó el zumbido del interfono.

—Una llamada por la línea tres —anunció la voz de Chloe.

—¿Te han dicho el nombre? —preguntó Lucas.

—No —contestó la niña—. Pregúntalo tú.

Frank sonrió.

—Nos vemos luego, hijo.

—Gracias, Frank. —Esperó hasta que el hombre se marchó. Seguramente se detendría para hablar con Chloe, que coleccionaba almas como si fuera Satanás en miniatura—. Lucas Campbell —dijo, tras levantar el auricular del teléfono.

—¿Lucas? Soy Joe.

—Hola, tío Joe —replicó—. ¿Qué tal estás?

Se produjo un silencio.

—No muy bien, muchacho.

Lucas sintió una punzada en el pecho.

—¿Te encuentras bien?

—Bueno, el tumor está creciendo y creo que me gustaría... en fin. Descansar un poco.

Las palabras parecieron reverberar en las paredes. Lucas clavó la vista al otro lado de la ventana, y automáticamente reparó en la torre Sears y en el Aon Center.

—¿En qué puedo ayudarte, Joe? —preguntó, tras lo cual tuvo que carraspear.

—¿Puedes volver a casa hasta que todo acabe? Bryce... va a ser un golpe duro. Y voy a necesitar ayuda con algunos asuntos.

—Por supuesto.

Joe llevaba dieciocho meses sometiéndose a diálisis. Al principio fue una vez a la semana, después fueron dos y a esas alturas era a diario. La enfermedad hepática lo debilitaba, pero la diálisis lo mantendría con vida por tiempo indefinido.

Por desgracia, un examen rutinario había revelado algo mucho más amenazador: un cáncer de pulmón en estadio 3, que se lo llevaría mucho antes de que los riñones dejaran de funcionar por completo, y él quería morir a su manera, en la medida de lo posible.

Joe era su único tío, el hermano mayor de su difunto padre. La mujer de su tío, Didi, no era muy atenta. Bryce, el hijo de la pareja, ya estaba crecido, y carecía de pragmatismo. Al contrario que él, si bien eran casi de la misma edad.

—¿Sigue Bryce en el viñedo? —preguntó. Su primo había conseguido un trabajo en una de las muchas bodegas situadas en la zona de los Finger Lakes, donde vivían Joe y Didi.

—No, lo dejó. No encajaba —contestó Joe.

Ah. Lucas trató de recordar si su primo había sido capaz de mantener un empleo remunerado durante más de tres meses, pero no recordó ninguno.

—Me gustaría verlo sentar cabeza... pronto —añadió Joe—. Ya sabes. Colocado. Feliz. Asentado.

«Como un adulto», pensó Lucas. Había hablado con Bryce un par de semanas antes, pero la conversación apenas se alejó de los Chicago White Sox.

Hacía años que no iba a Manningsport. La verdad, para él nunca había sido un hogar. Solo un lugar donde había vivido durante cuatro meses.

—En ese caso, lo arreglaré todo —dijo Lucas—. Esta noche te llamo, Joe. —Y colgó el teléfono con delicadeza.

Así que iba a regresar a Manningsport. Otra vez haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a Bryce. Otra vez soportaría a su tía Didi, que solo lo encontró digno de atención cuando se casó con Ellen Forbes, y que todavía no lo había perdonado por haberse divorciado de ella.

Y otra vez vería a Colleen O'Rourke.

—¡Hola, bombón! —dijo Colleen mientras su hermana pequeña se sentaba en el primer reservado en la taberna de O'Rourke—. ¡Unos nachos grandes de camino!
El rostro de Savannah se iluminó, pero después se puso muy seria.

—No, gracias —replicó al tiempo que le daba un tirón a la ajustada camisa morada que llevaba puesta—. ¿Qué tal una ensalada y un vaso de agua? ¿Sin aderezar?
Colleen se detuvo en seco.

—¿Ya no te gustan los nachos de Connor?

Era una tradición que todos los viernes por la noche Savannah fuera al bar para cenar mientras su padre y Gail salían. Colleen, Connor y su hermana pequeña comían juntos, porque aunque Connor no podía ver a su padre ni en pintura y no se hablaba con Gail, tampoco era tan capullo. Ambos querían mucho a Savannah. Muchísimo.
Pero era justo decir que el universo no le había quitado el ojo de encima a Gail, *el Zorrón* O'Rourke cuando estaba embarazada de Savannah.

Hacia nueve años, Colleen fue a visitar a su padre y al Zorrón, pese a la infidelidad de su padre y la fertilidad de Gail, y la oyó decir lo siguiente: «Si Colleen es guapa, imagina cómo será nuestra hija. ¿Crees que es demasiado pronto para hablar con una agencia de modelos?». A continuación, los futuros padres se echaron a reír entre dientes y Colleen se vio obligada a quedarse en el sótano, al que la habían enviado en busca de una botella de vino, hasta que dejó de sentir el amargor de la bilis en la boca.

Imaginaba que el bebé sería bonito. Porque no había bebés feos, al fin y al cabo. Pero sabía muy bien a qué se refería Gail. Colleen era guapa, algo que su padre señalaba frecuentemente... pero la niña 2.0 iba a ser todavía mejor.

No obstante, los dioses del karma querían oír a las personas suplicar que los bebés llegasen sanos, no que tuvieran una estructura ósea superior.

Savannah no era guapa.

Colleen la adoraba desde que la vio en el hospital, con su cabecita afechinada y su nariz chata. Le cambiaba el pañal, la sacaba a pasear, la acunaba, la besaba y le cantaba. Connor hacía lo mismo, aunque con menos fervor, dado que era un hombre y esas cosas. Pero ella estaba enamorada.

Gail... no tanto. No lo suficiente, al parecer.

Savannah era maravillosa, feliz y alegre, pero no era guapa. No como Gail, que apenas era cuatro años mayor que Colleen, y no como Connor. Savannah era regordeta y blanca, mucho más blanca que la mayoría de los irlandeses, que ya era decir bastante. Mientras que Colleen tenía un cutis de alabastro y las mejillas rosadas, Savannah era prácticamente transparente. Tenía unas pecas enormes en la cara, que no recordaban en absoluto a una pizca de canela espolvoreada, y los ojos claros demasiado juntos. En vez del pelo cobrizo de su madre, el de Savannah era de un tono pajizo tirando a rosado.

Caminaba como si le pesaran los pies, aunque Gail intentaba enseñarle que debía andar de puntillas por la casa, ya que era una chiquilla robusta y con el centro de gravedad bajo, una característica que la había convertido en una gran receptora en el equipo de béisbol de la taberna de O'Rourke, del que Colleen se encargaba y que participaba en la liga local. Pero no era lo que Gail esperaba.

Su madrastra no era una mala madre. Se aseguraba de que Savannah comiera verduras y durmiera lo suficiente, participaba en las actividades escolares y la llevaba a las clases de trompeta, aunque ella había insistido en que eligiera la flauta, el violín o algo «más femenino». Saltaba a la vista que Savannah la tenía perpleja. Ella, al fin y al cabo, tenía una talla treinta y cuatro. Su pelo era largo, lustroso y liso. Los ojos, verdes, por supuesto. Pechos turgentes (Savannah no había disfrutado de la lactancia materna) y un trasero fantástico. A Savannah le compraba pantalones cortísimos y tops a la cintura, aunque la niña prefería camisetas de manga corta de los Yankees y pantalones deportivos.

—Una ensalada, ¿eh? —le preguntó Colleen.

—Mamá dice que tengo que perder unos kilos.

Colleen parpadeó. Savannah era corpulenta. Sí, estaba un poco rechoncha. ¡Pero solo tenía nueve años! En cualquier momento daría un estirón de doce centímetros y las cosas se equilibrarían un poco.

—Escúchame, cariño —le dijo Colleen—. Llevar una dieta sana es lo mejor. Tu madre lleva razón en eso.

—He almorzado una chuleta de cerdo a la plancha y brócoli —le informó su hermana—. Y agua. Nada de hidratos de carbono.

«¡Por Dios!», pensó Colleen.

—Muy nutritivo. Pero todo con moderación, ¿eh? Comer nachos una vez a la semana no va a hacerte daño. Y la vida sin nachos... en fin. ¿Qué sería de nosotros?

La sonrisa de su hermana iluminó el interior del bar.

Diez minutos después, Connor dejó el plato de nachos en la mesa, se sentó al lado de Savannah y las cosas tomaron su rumbo habitual. La niña habló alegremente de su clase de gimnasia y de béisbol (eran seguidores de los Yankees, por supuesto). Connor le permitió entrar en la cocina y dejó que adornara con la cobertura las porciones de tarta de queso que salían como postre, mientras que Colleen le dio permiso para tomar comandas. Los clientes habituales adoraban a Savannah.

Cuando Gail llegó para recogerla, la abrazó y después se percató de la mancha de salsa que tenía en la camiseta, tras lo cual miró enfadada a Colleen.

—Nachos —explicó Colleen—. Es una tradición para nuestra niña.

—Mmm —murmuró Gail—. En fin. Buenas noches.

Savannah se despidió agitando una mano y sonrió.

Pues sí. Había cierto paralelismo entre su hermana y la otra misión que Colleen tenía esa noche: Paulie Petrosinsky y Bryce Campbell. Primer paso.

Al igual que Savannah, Paulie carecía de ciertos atributos que para algunos eran importantes. Pero eso no significaba que Savannah y Paulie no fueran merecedoras de encontrar el amor verdadero con el hombre de sus sueños (aunque sí, Savannah tendría que esperar unos cuantos años para eso, a Dios gracias y tal). La misión de esa noche: que Bryce se fijara en Paulie.

Y pensando en Paulie, justo entró en ese mismo momento, envuelta en lo que parecía una sábana sucia que le llegaba por debajo de las rodillas. Colleen le había dicho «vaporoso», «femenino» y «alegre» cuando Paulie le preguntó que qué se ponía. No había mencionado nada de «gris». De hecho, esa palabra no había salido de su boca. La palabra «sábana» tampoco había formado parte de la conversación.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Paulie—. El dependiente me ha dicho que esto le queda bien a todo el mundo, así que me he comprado seis.

Colleen agarró a Paulie del brazo y la arrastró hasta la oficina situada en la parte posterior del establecimiento.

—Fuera de aquí, Connor. Tenemos una emergencia de vestuario.

—En ese caso debería quedarme, ¿no te parece? —replicó él, que ni siquiera apartó la vista de la pantalla del ordenador, sabría Dios qué estaba haciendo.

—¿Pasa algo? —preguntó Paulie—. Mierda. ¿Sabes lo que te digo? Que esto no va a funcionar. Creo que me voy a casa.

—No, no te vas. No te vas —dijo Colleen—. Valor, amiga mía. Déjame arreglarte un poco el pelo, ¿sí? Estamos buscando un aspecto desenfadado y tal, pero te has pasado con la gomina. —Uf. Paulie tenía el pelo tieso. Logró introducir los dedos entre los mechones y se lo alborotó un poco para mejorar su aspecto—. Vamos a quitarnos este... mmm... este jersey. ¿Es un jersey? —le preguntó al tiempo que le daba un tironcito a la prenda de punto gris que se ceñía a la figura musculosa de Paulie.

—¡No! Es un jersey versátil —puntualizó Paulie al tiempo que se lo cerraba de nuevo—. Tengo seis.

—Lo has dicho antes.

Paulie tenía la cara colorada como un tomate, de manera que Colleen estiró el brazo, pasando por delante de Connor, para alcanzar una carpeta con la que empezó a abanicarla mientras le regalaba una sonrisa para infundirle valor.

—Eso está bien. Dejaremos el jersey. Es una prenda... es una prenda interesante. —La seguridad en uno mismo era la clave de la verdadera belleza, lo sabía

perfectamente.

—Te lo puedes poner de diecisiete formas distintas —comentó Paulie—. Así, que es como más me gusta, queda vaporoso... —Efectivamente, tan vaporoso que casi rozaba el suelo puesto que Paulie apenas medía un metro y cincuenta y cinco centímetros—. Además, puedes pasar los extremos en torno al cuello y...

—¿Para qué? —la interrumpió Colleen—. ¿Para ahorrarte?

—Y después lo puedes convertir en un vestido, como lo llevo ahora. O en una bufanda. Incluso te lo puedes poner como falda.

—Es un calcetín, es una sábana, es un sillín de bicicleta —canturreó Connor—. ¿Te acuerdas de eso, Coll? ¿*Lorax, en busca de la tréfila perdida*? ¿Qué era aquello que fabricaban de los árboles de tréfilas?

—Se llamaba Thneed —contestó Colleen—. A ver. Déjame que lo ponga así. Estupendo. ¡Muy bien! —En fin, era un jersey un poco raro, pero si Paulie se veía bien con él...

—Disimula muchos defectos —comentó Paulie.

—No tienes defectos. Tienes un físico fuerte y saludable.

—Me han dicho que levantas ciento dos kilos en el banco de pesas —soltó Connor, que se ganó una patada por parte de Colleen.

—Cierto —replicó Paulie con orgullo.

—Eso es fantástico —dijo Colleen—. Pero esta noche vamos a concentrarnos en la feminidad. No, no te asustes. Solo estamos plantando la semilla, nada más. Solo vamos a plantar semillas.

—O a tejer Thneeds —añadió Connor.

—Cierra el pico, Connor. Además, ¿por qué sigues aquí? Vete a cocinar algo. —Su hermano la obedeció, por fin—. No tienes por qué ponerte nerviosa, Paulie —le dijo con suavidad—. Hace años que conoces a Bryce...

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —murmuró Paulie, que se puso colorada otra vez.

—... y a él ya le gustas.

—A él gusta todo el mundo.

Cierto. Bryce no tenía ni pizca de maldad en el cuerpo. Y era un cuerpo estupendo, la verdad. De ahí que las mujeres se le echaran encima como si fueran misiles hipersónicos.

—Bueno, esta noche —insistió Colleen— solo quieres que se fije en ti, ¿de acuerdo? Como mujer, no como su colega. No hables de deporte, no menciones lo que eres capaz de levantar en el banco de pesas. Límitate a decir algo como: «¡Ah, hola, Bryce! Qué guapo estás hoy».

Colleen creyó escuchar que Paulie sufría una arcada.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo, tratando de tranquilizarla—. Todo saldrá bien. Bryce es guapo. Todos lo sabemos. Así que solo vas a recordarle que estás aquí, que eres una mujer y que estás estupenda. Quiero que te roces contra su brazo, solo un poco, así, con el pecho, ¿lo ves? Un simple rocecito. —Procedió a demostrárselo, presionándole la delantera contra el hombro.

—Hueles muy bien —comentó Paulie.

—Sería fantástico que le dijeras eso.

—No, me refiero a ti. Hueles estupendamente.

Colleen guardó silencio un momento.

—Gracias. Y ahora respira hondo. —Miró la cara sonrojada y de gesto amable de Paulie—. Esto es solo la prueba del roce del tiburón. Estamos intentando que se fije en ti.

—Lo pilló. Tiburón. Que se fije. —Estaba hiperventilando.

—Respira mientras cuentas hasta cuatro. Ahora contén la respiración y cuenta hasta cuatro otra vez, muy bien. Sé qué tipo de mujeres le gustan a Bryce, ¿y sabes lo que te digo? Que no son adecuadas para él, porque de lo contrario a estas alturas ya estaría casado. Tú imagina que lleva esperándote toda la vida.

—Coll, no hace falta que me vendas la moto hasta ese punto.

—Se llama seguridad en uno mismo. —Le dio un apretón a Paulie en los hombros—. Estaré detrás de la barra.

—¿Y si la fastidio? ¿Y si se ríe de mí? ¿Y si vomito y...?

—Relájate. Recuerda que eres lista, trabajas como ejecutiva en una empresa de éxito, y tienes... ¿Qué tienes? ¿Un máster en Gestión Empresarial? Paulie, todo el mundo te quiere. Bryce solo necesita... un empujoncito estratégico para darse cuenta de la persona tan maravillosa que eres. Y si de verdad lo quieres, merece la pena hacer el esfuerzo, ¿a que sí?

—Sí. Lo merece. —Paulie enderezó un poco la espalda.

—Pues vámonos. Odio el topicazo, pero quiero que te bebas un martini o un mojito. Nada de cerveza Genesee.

—Femenina, fabulosa, martini, mojito.

—Perfecto. Y la próxima vez ponte un color más femenino. Nada de gris.

—Es niebla.

—Es gris, Paulie. Estás hablando conmigo, ¿recuerdas? Yo soy la experta. Así que la próxima vez nada de Thneed.

Paulie estiró el cuello a un lado y a otro.

—¿Y si... cuando esté ahí fuera... tengo un ataque de pánico?

—Mmm... necesitamos una señal.

—¿En serio? ¡Eso sería estupendo, Colleen!

—Haré esto, ¿ves? —Se apartó el pelo de la cara colocándose tras el hombro, con ese gesto tan femenino que las mujeres usaban desde tiempos inmemoriales para que los hombres se fijaran en lo maravillosas que eran—. Si me aparto el pelo así, significa que abortamos la misión, la abortamos. Finge que te llaman por teléfono y aléjate. ¿Entendido?

—Entendido.

Colleen aferró a Paulie, que era más baja que ella, por los hombros.

—Eres especial y sería una suerte para él que estuvieras a su lado.

Paulie sonrió, aunque seguía respirando de forma superficial. La verdad, tenía una sonrisa tierna.

—Muy bien. Gracias, Coll. Si tú lo dices...

—Lo digo. Y ahora, sal de aquí y haz que me sienta orgullosa de ti. No te olvides de las frases.

—Hola, Bryce, hueles que te cagas.

—No, no, no queremos hacer ese símil tan feo. Es «¡Hola, Bryce! Qué guapo estás hoy».

—¡Hola, Bryce! Qué mono estás hoy.

—Guapo. —La sonrisa de Colleen no flaqueó.

—Y guapo también.

—Qué guapo estás hoy, Bryce.

—Y tú también.

—Más o menos. Al ataque —dijo Colleen—. Estaré escuchándolo todo. —Abrió la puerta para que Paulie pasara y se colocó detrás de la barra. Le sirvió una Guinness a Gerard, sonriendo de forma automática al escuchar su cumplido porque tenía una labia impresionante, y se dispuso a observar a su protegida.

Esa noche no había mucha gente, era un martes de finales de mayo y la temporada estival aún no había empezado, así que tenía una vista fantástica.

Esperaba de corazón que la cosa saliera bien. Le debía un poco de felicidad a Paulie.

Cuando estaban en sexto de primaria, algo le pasó a Paulie. El pelo se le volvió muy grasiento, se le llenó la cara de granos y creció a lo ancho, que no a lo alto. Nada del otro mundo. Al fin y al cabo, Faith tenía epilepsia, Jessica Dunn llevaba ropa descartada por otros y la caspa de Ashwick Jones podría considerarse tema de interés para el canal meteorológico. La torpeza de Paulie no era nada del otro mundo.

Pero entonces llegó «El Olor». Un olor no muy agradable que surgía de la joven. Los demás lo notaron, pero no dijeron nada. Al principio. Pero después empezaron los cuchicheos, y Paulie parecía completamente ajena, sonriente, sonrojada, siempre tan agradable.

Un día, algunas amigas de la pandilla de Colleen decidieron hablarle del asunto a la profesora de Lengua. La señora Hess era joven, guapa, simpática y tenía acento sureño, algo que a todos les parecía muy exótico. Efectivamente, la profesora les escuchó con atención.

—Os entiendo muy bien —dijo—. Y esto es lo que creo que debemos hacer. Si alguien le dijera la verdad a Paulie en un aparte le estaría haciendo un gran favor. Si no, ¿cómo se va enterar la pobre criatura?

Colleen fue elegida de inmediato como el heraldo de las malas noticias. Si alguien era capaz de decirlo, esa era Colleen. A título personal, Coll pensaba que Faith lo habría hecho mucho mejor, pero no, las demás aseguraban que a ella se le daban mejor esas cosas. Y así, al día siguiente, la señora Hess le pidió a Paulie que se quedara en el aula durante el recreo y después dijo con una sonrisa:

—A Colleen le gustaría decirte una cosa, Paulie —tras lo cual se marchó.

—¿Qué pasa? —preguntó Paulie con una expresión esperanzada en los ojos y Colleen sintió que el corazón le daba un pequeño vuelco.

Llevaba todo el día con el estómago revuelto por los nervios, y la *pizza* grasienta de la cafetería no la había ayudado mucho.

Colleen era popular. No popular en el sentido de ser una zorra desagradable. Le caía bien a todo el mundo. Contaba con el *glamour* de tener un hermano gemelo, por no mencionar su belleza y su capacidad para relacionarse con el sexo opuesto. Paulie no tenía nada de eso, aunque todos pensaban que era agradable. Sin embargo, antes de decir una sola palabra, Colleen supo que aquello no iría bien.

—Bueno —dijo al tiempo que se sentaba al lado de Paulie, que llevaba unos pantalones de pana de color naranja oscuro y una sudadera estampada. Joder. Faith habría sido perfecta para eso... Faith, la dulce, la amable, a la que todos le tenían un poco de pena, habría sido perfecta para esa tarea—. En fin, bueno, a ver... pasa una cosa, Paulie.

—¿Sí?

El estómago de Colleen no estaba en su mejor momento. Casi paladeaba el olor, que tenía un regusto amargo. ¿La madre de Paulie no hablaba con ella de nada? Carraspeó.

—Hemos estado hablando entre nosotras —dijo al tiempo que se mordía la uña de un pulgar—. Y... eh, de cosas que... que le pasan a algunas personas cuando llegan a la adolescencia y eso.

Paulie frunció el ceño.

—Ah.

Colleen sintió un espasmo en el estómago.

—No es nada malo, Paulie. Eres agradable y lista y esas cosas. Pero, bueno, es que... hueles... ¿raro? Casi siempre hueles raro. —Hizo una mueca—. Lo siento.

Su interlocutora la miró durante un espantoso minuto y después agachó la cabeza.

—Yo no huelo —susurró.

Colleen tragó saliva. Otra vez percibía ese sabor amargo. ¿Por qué la habían elegido sus amigas a ella? ¿Por qué no había sido la señora Hess la que hablara con Paulie, o por qué no la habían mandado con la enfermera que seguro que podía hablarle sobre las hormonas y esas cosas?

—Lo siento —repitió—. Pero es verdad. A veces es difícil sentarse a tu lado.

—¿Quiénes habéis hablado de esto? —susurró Paulie mientras una solitaria lágrima le resbalaba por la cara y caía sobre la superficie plastificada del pupitre.

—Solo... algunas de nosotras. Yo... bueno, hemos pensado que deberías saberlo.

—¡Yo no huelo raro! —gritó Paulie, que le dio un empujón al pupitre y salió corriendo del aula.

Y Colleen vomitó. No por culpa del olor... sino por la vergüenza que sentía. Por la vergüenza y por la *pizza* grasienta. Pero el rumor corrió como la pólvora: Paulie olía tan mal que Colleen había acabado vomitando.

Paulie no apareció por clase durante el resto de la semana y Colleen jamás se había sentido tan mal. Solo le habló a Connor sobre la conversación y cuando su hermano dijo: «¡Ay, Coll!», supo a ciencia cierta que había hecho algo horrible.

Ese mismo mes, pero un poco más tarde, descubrieron que Paulie tenía problemas más graves. Su madre se había largado con otro hombre y ella tendría que irse a vivir con su padre a partir de ese momento. Cuando regresó a clase, llevaba un nuevo corte de pelo. Su ropa era de mejor calidad y, aunque seguía oliendo, el hedor había disminuido. Al final acabó desapareciendo.

Colleen quiso pedirle perdón mil veces. Pero se convenció durante esas mil veces de que lo mejor era no mencionar el asunto. Cuando estaban en cuarto de secundaria, acabaron en el mismo grupo para hacer un proyecto de ciencias sociales y fue muy simpática con ella.

Así que ¿quién la culparía por ayudar a Paulie en su vida amorosa?

La muchacha aguardaba cerca del sitio que solía ocupar Bryce. Gerard la saludó pero ella ni siquiera le contestó, se limitó a mirar a Colleen como si estuviera enfrentándose a un pelotón de fusilamiento.

—Paulie, ¿te apetece un mojito? —le preguntó Colleen con voz alegre al tiempo que echaba unas hojas de hierbabuena en un vaso.

—Pues sí —murmuró Paulie, que se frotó las manos en el jersey.

Y en ese momento entró Bryce Campbell, con esa elegancia tan masculina, tan larguirucho como siempre, vestido con unos *jeans* y con un polo de color blanco. Tras saludar con la mano, se encaminó a su lugar de costumbre en la barra, que tenía forma de herradura. Paulie emitió un sonido ahogado.

Colleen le ofreció la bebida.

—Hola, Bryce, qué guapo estás hoy —susurró.

—Coll, ¿y si me susurras a mí? —dijo Gerard—. Se me ocurren unas cuantas cosas que me encantaría que me dijeras.

—Calla, niño, que estoy hablando con mi amiga —le soltó al tiempo que miraba a Paulie con una sonrisa—. Este es un buen momento.

—No estoy preparada —susurró Paulie.

—Sí que lo estás.

—No, no puedo. ¿Y si lo haces tú por mí?

—¿Quieres que le diga que te gusta como si estuviéramos en tercero de primaria?

—Sí, por favor.

—No. Venga ya. Guapo, tiburón, tetas, sonrisa. Y todo habrá acabado. Vamos.

Paulie gimió y se dispuso a acercarse a Bryce, que se encontraba en el otro extremo de la barra, hablando con Jessica Dunn. Mmm... Jess era demasiado guapa, con ese pelo tan rubio y ese tipazo de modelo. El tipo de mujer que le gustaba a Bryce.

Se detuvo justo detrás de él y miró asustada a Colleen, como si se hubiera quedado petrificada. Menos mal que Hannah también estaba sirviendo tras la barra, de manera que Colleen la rozó con las tetas.

—¡Aparta esas tetas de mí! O te denuncio por acoso sexual y todo eso —le dijo Hannah.

—Calla —replicó ella al tiempo que le regalaba una sonrisa, que respiró hondo, cuadró los hombros y le dio tal empujón a Bryce que lo tiró del taburete. Jessica Dunn se apartó con agilidad mientras Bryce caía de bruces al suelo. Colleen lo vio todo a la perfección.

—¡La leche! —exclamó Paulie, que se agachó para ayudarlo a levantarse, se enganchó con uno de los extremos del Thneed, le pisó la mano a Bryce y acabó derramándole el mojito en la cabeza—. ¡Mierda, mierda!

¿Dónde estaban la dulzura y la feminidad? Colleen se apartó el pelo, que era la señal convenida para abortar la operación. Paulie ni se enteró y Gerard lloraba de la

risa, ya que era una de esas personas a las que le encantaba presenciar el dolor ajeno (al fin y al cabo, era técnico en emergencias sanitarias). Paulie estaba ayudando a Bryce a ponerse en pie, pero era demasiado fuerte, de manera que con el tirón que le dio acabó estampándolo contra la barra, y el golpe hizo que los vasos se sacudieran y tintinearán.

Colleen se apartó de nuevo el pelo. Tosió. Tosió de nuevo con más fuerza. Se apartó el pelo. Tosió. Se apartó el pelo. Tosió y se apartó el pelo.

—Uf, Paulie, tranquila, ¿eh? —dijo Bryce mientras se frotaba el hombro.

Paulie estaba colorada como un tomate. Aferró los dos extremos del Thneed y los retorció, angustiada.

Colleen se apartó el pelo por enésima vez, en esa ocasión con tanta fuerza que bien podría haberse dislocado el cuello, pero Paulie seguía sin percatarse. Al final, acabó levantando las manos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó alguien que estaba detrás de ella.

Colleen sintió que se le congelaba el corazón, como si se hubiera tragado un cubito de hielo gigantesco y se le hubiera atascado justo delante del mismo.

Se volvió.

Ajá. Lucas Campbell.

No podía ser otro. Más o menos a dos metros de ella, mirándola con esos ojos oscuros tan penetrantes.

Sintió que se le tensaba el cuerpo. La boca: seca. El cerebro: muerto.

—¿Qué haces, Colleen? —le preguntó Lucas de nuevo.

—Nada —contestó ella como si no hubieran pasado diez años desde la última vez que se vieron—. ¿Y tú?

—He venido para ver a mi primo.

—Pues ve a verlo.

—¿Qué le estás haciendo a mi primo?

—No le estoy haciendo nada a tu primo. —Qué madura. ¿No tenían nada más que decirse? ¿Después de haber pasado diez años sin verse? ¿Después de haber llorado un mar de lágrimas (ella) y de sangre (él... bueno, o por lo menos esperaba que hubiera sufrido)?

Lucas se limitó a mirarla, con una expresión indescifrable en esos ojos de pirata.

Mierda.

«De todos los cafés y locales del mundo...»,¹ pensó de repente, y después se vio obligada a contener la carcajada histórica que estuvo a punto de soltar.

Lucas Damien Campbell estaba delante de ella. En su bar. Y ni siquiera la había llamado por teléfono. ¿Habría sido pedir demasiado, eh? ¿Mmm? ¿Eh? «Oye, Colleen, voy a visitar a mi primo, así que prepárate para verme, ¿sí?»

Colleen tomó una entrecortada bocanada de aire, y tosió para disimular. Por desgracia, la tos fue genuina y acabó casi llorando mientras tosía y trataba de respirar.

—¿Estás bien? —le preguntó él con esa voz tan seductora como un río de chocolate espeso.

—Sí —logró resollar mientras se limpiaba las lágrimas—. Estupendamente.

—Me alegro.

Lucas apartó la mirada de ella y se fijó en el grupito de personas que se encontraba en el fondo del bar. Jess estaba riéndose, Bryce sonreía y Paulie parecía estar suplicando una muerte fulminante.

—¿Estás intentando emparejar a Bryce con Paulina Petrosinsky? —preguntó.

Joder, se le había olvidado lo... observador que era.

—No —contestó, orgullosa de haber conseguido pronunciar una palabra.

—Sí que lo estás haciendo.

—No, no es cierto.

—Sí. Es verdad. —Enarcó una ceja y a Colleen se le aflojaron las rodillas.

¡Joder! Estaba allí. Allí y tan guapo, y joder, más viejo. Una década más viejo que la última vez que lo vio, aunque parecía que fue el día anterior cuando paseaban por el lago y cuando le rompió el corazón. De forma irreparable, el muy cabrón.

El aire quería abandonar sus pulmones con fuerza, pero se obligó a respirar despacio, ya que no tenía ganas de protagonizar otro erótico ataque de tos.

Se le había olvidado su aspecto, esa pinta de pirata, como el Heathcliff de los páramos, moreno y un tanto peligroso, salvo por sus ojos, que podían transmitir tanta tristeza. Y tanta alegría también.

Llevaba el pelo oscuro más corto que hacía diez años, pero no tanto como para que no se le ondulara. Había perdido la delgadez de la juventud y lucía unos hombros anchos. Ese día no se había afeitado, y parecía más alto que antes.

Más alto que cuando la quería.

Pareció leerle el pensamiento, porque Colleen atisbó cierta emoción en sus ojos.

Durante los años posteriores a la ruptura con Lucas, Bryce solía mencionarlo cuando iba al bar. «He ido a ver a mi primo este fin de semana», «¡Oye, Lucas nos ha invitado a mi padre y a mí a un partido de los White Sox!». Al final, en una inusual demostración de vulnerabilidad, Colleen le había pedido que no volviera a mencionar a Lucas. Y en una inusual demostración de comprensión, Bryce pareció entenderlo.

Colleen sabía que se había casado. Que no tenía hijos. Porque Joe, *el Sonrisas*, Campbell lo habría mencionado de ser así. Sabía que trabajaba con su suegro. Nada más.

Cuando cortaron, Colleen le dijo que no la llamara nunca y que no le escribiera, y él se lo tomó al pie de la letra.

Y en ese momento el corazón le latía desbocado en el pecho y, aunque esperaba que su expresión no traicionara lo que sentía, estaba... aterrada.

Lucas respiró hondo.

—Colleen, solo he regresado al pueblo porque Joe me lo ha pedido. Supongo que sabes que está muy enfermo.

El corazón le dio un vuelco inesperado.

—Sí —replicó y tras temer que hubiera sonado demasiado matrimonial, añadió—: Está enfermo. Lo sé. Que está enfermo, quiero decir. La diálisis no es agradable, supongo y lo siento. —Su síndrome de Tourette del Terror, lo llamaba Connor cuando parlotecía sin ton ni son. La verdad, no se asustaba con facilidad, pero en ese momento estaba aterrado.

—Gracias. —Lucas miró de nuevo a Bryce, (sí, sí, muy bien, esa noche se traían algo entre manos con él) y luego la miró de nuevo a ella—. Me alegro de volver a verte.

—No puedo decir lo mismo —replicó ella.

Lucas esbozó una sonrisa torcida, y el gesto tuvo cierto efecto en sus partes íntimas. Cinco minutos más y se enamoraría de él otra vez.

—Bryce no necesita más complicaciones en su vida ahora mismo.

—Y ¿a qué te refieres exactamente con «complicaciones»?

—A la hija virgen del Rey del Pollo.

—¡Ah, qué bonito! Parece una historia romántica sacada de un Harlequin. Me encantaría leerla. —La hija virgen del Rey del Pollo parecía haber desaparecido—. Y cómo sabes que Paulie es virgen, ¿eh? A lo mejor es la guarrilla del pueblo.

Ajá. La cosa no iba muy bien.

—Dudo mucho que sea la guarrilla del pueblo.

Eso la puso de uñas.

—¿Qué insinúas, Lucas?

Él la miró con gesto extraño.

—Nada. Solo que no me parece que Paulie dé el tipo.

—Bueno y si es una guarrilla, ¿qué pasa? A lo mejor a Bryce le gustan las guarrillas.

«Es hora de que cierres la boca», le dijo Connor (la voz de su conciencia) con gran acierto.

—Estoy seguro de que le gustan.

—Entonces ¿qué problema tienes?

—Estoy tratando de mantener una conversación racional.

—Sí, ya, no te veo en diez años y de repente apareces en mi bar y empiezas a insultarme y a mangonearme. Sé que tu tío está muy enfermo, ¿sabes por qué? Porque voy a visitarlo. Me cae bien. Le llevo revistas y galletas, y le gusta mi perro.

—¿Tienes un perro?

—Pues sí, así que... así que... chúpate esa. —«Muy fina, O'Rourke», pensó. Intentó aparentar un aire arrogante y digno—. A lo mejor he pensado que Bryce necesita a alguien que lo ayude a sobrellevar este trance tan difícil.

—A lo mejor tiene otras cosas con las que lidiar también.

—Y a lo mejor yo tengo razón y tú no.

Lucas ladeó la cabeza.

—Tengo la impresión de que todavía estás enfadada.

—No lo estoy.

—Deja tranquilo a mi primo, ¿me oyes?

—Tendrás que obligarme.

Lucas puso esos preciosos ojos en blanco (caramba con esos ojos), se acercó a Bryce y lo abrazó.

¡Pero bueno! A ella no la había abrazado...

—A ver si dejamos de hacer el tonto, ¿te parece? —musitó.

Lucas dijo algo y después sonrió. Mierda, tenía una sonrisa preciosa. Difícil de ver, ese era el truco. Al contrario que ella, que siempre estaba sonriendo como una mona adolescente, o un chacal o una hiena o cualquier otro animal que sonriera mucho.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Víctor Iskin, un cliente habitual de la taberna cuyo amor por los animales era conocido por todos—. ¿Las hienas sonríen más que los monos?

—Sí —respondió él.

—¿Me parezco a una hiena ahora mismo?

—No creo que sea el caso, preciosa.

—¡Colleen, deja tranquilos a los clientes! —gritó Connor desde la cocina.

Lucas y Bryce estaban a punto de marcharse, gracias a Dios.

A Colleen le temblaban las manos. Oyó un sonido raro. Era ella, inspirando hondo.

—¿Quién era ese?

Colleen se reprendió en silencio.

—Hola, Paulie. ¿Qué tal ha ido?

—Lo he tirado al suelo, le he pisado la mano, le he derramado la bebida en la cabeza, casi le he arrancado el brazo, lo he estampado contra la barra y después me he escondido.

—Eso está bien —murmuró Colleen.

Paulie frunció el ceño y después la miró con atención.

—¿Quién era ese? El hombre con el que estabas hablando. Me resulta familiar.

—Es... es... el primo de Bryce.

—¡Ah, claro, ya lo recuerdo! Lucas, ¿verdad? —Paulie se pasó una mano por el pelo—. Estuvisteis saliendo, ¿no?

—Ajá. —Cerró los ojos.

—Vaya mierda. ¿Sigues enamorada de él?

—¡No!

—¿Tus partes íntimas están haciendo la ola?

—¿Cómo dices? No. No, eso es... claro que no. A ver, me destrozó el corazón. El primer amor y todo ese rollo. Fue hace mucho.

—Sí, bueno, pues yo daría lo que fuera porque Bryce me mirara como Lucas te estaba mirando a ti.

—Estábamos discutiendo.

—Yo daría lo que fuera por discutir con Bryce de esa manera. —Paulie enarcó las cejas.

Definitivamente era necesario un cambio de tema.

—Muy bien, así que el encuentro de esta noche con Bryce no ha salido como lo planeamos —señaló—. Las buenas noticias son que se ha fijado en ti, ¿verdad? Ese es el primer paso.

—A lo mejor el primer paso es una orden de alejamiento.

—Venga ya. Bryce seguro que no sabe ni lo que es una orden de alejamiento.

—No es tonto, Colleen.

Colleen hizo una mueca.

—Tienes razón. Lo siento. De todas formas, ha sido un momento memorable, así que no ha ido tan mal.

Mientras Paulie y ella hablaban, Colleen escuchaba otra voz en su cabeza. Podría llamarse sentido común: «No te dejes engañar otra vez por esos ojos. No te fijes en sus manos ni en su boca. Solo son trucos. No vamos a pasar otra vez por lo mismo».

Sin embargo, parecía que sus problemas acababan de empezar.

Colleen se enamoró la primerísima vez que vio a Lucas Damien Campbell.

Y eso que no creía en esas cosas.

Ya a la tierna edad de once años, cuando su madre se ponía a llorar mientras veía otra comedia romántica ñoña, Colleen le decía que los personajes se conocían desde hacía seis días, de modo que costaba creerse todo ese rollo de las almas gemelas para toda la eternidad. En primero de secundaria, Tim Jansen le envió una carta llena de halagos hiperbólicos («Tus ojos brillan más que un espejo», algo que a Colleen le dio yuyu y esperaba que no fuera verdad) y amor angustiado («Creo que el corazón me va a estallar cuando me miras»). Le dio unas palmaditas en la mano y le sugirió que practicara algún deporte para canalizar toda esa energía.

El bachillerato no fue muy distinto, aunque los chicos crecieron muchísimo de golpe... Pese a la marabunta de hormonas, pese a su persistente amor por Robert Downey Jr., se mantuvo impasible. No, prefería salir con su hermano, echarse unas risas con sus amigas y ver a Faith y a Jeremy, la pareja perfecta, con cariño y una punzada de melancólica satisfacción. Cuando estaba en último curso, prácticamente todos los adolescentes de Manningsport le habían pedido salir y habían recibido un «no» muy amable por respuesta. El amor, sobre todo la clase de amor baboso y de besos de tornillo en los pasillos, no era para Colleen Margaret Mary O'Rourke.

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas al baile de graduación? —le preguntó su madre una noche, cuando estaban sentados a la mesa para cenar. Connor iba con Sherry Wong, una genio en Matemáticas como él—. ¿No te lo ha pedido nadie?

—Se lo han pedido nueve, —mamá contestó Connor mientras se llevaba a la boca el tenedor lleno de puré de patatas.

—No es para mí —explicó Colleen sin complejos—. Dramas, vestidos de raso, papel maché, las inevitables lágrimas... Paso.

—Esa es mi niña —dijo su padre, que asintió con la cabeza. Connor suspiró y Colleen se dio cuenta de que su buen humor desaparecía. Colleen era la favorita de su padre, no era un secreto.

La gente como ellos, decía su padre de vez en cuando, era demasiado inteligente para eso. Aunque Colleen no tenía muy claro a que se refería con ese «eso», la halagaba sentirse incluida. La aprobación de su padre lo era todo para ella. Connor también era listo... de hecho, más listo según sus notas, pero «nosotros pensamos de la misma manera», decía su padre.

Pete O'Rourke seguía siendo lo bastante guapo como para ganarse las miradas de mujeres de todas las edades: irlandés de pelo negro, con los mismos ojos grises que Colleen, no azules como Connor. Era el benjamín de la familia, considerado como la estrella del clan por sus hermanas mayores, que se desvivían por él en las reuniones familiares, llevándole platos de comida como si fuera un inválido, regodeándose por su último pelotazo inmobiliario. En el pueblo los hombres le estrechaban la mano, se reían a mandíbula batiente con sus bromas y le pedían consejo. Su padre era el dueño de seis de los quince edificios comerciales del pueblo.

Su madre seguía totalmente colgada de él, algo que a Colleen le parecía muy tierno e irritante a la vez. Cuando su padre llegaba del trabajo, su madre se quitaba las zapatillas a toda prisa, se ponía unos zapatos de tacón y se pintaba los labios mientras él aparaba. Si él le hacía algún comentario sobre su aspecto, como «¿Has cambiado de peinado, Jeanette?», ella se ruborizaba de placer y contestaba «¡Ay, gracias!», sin darse cuenta de que no era un comentario halagador. Y su padre le guiñaba un ojo con gesto travieso a Colleen, que hacía que se sintiera culpable y lista al mismo tiempo.

Su madre nunca acabó la universidad, más bien acabó embarazada siguiendo la maravillosa tradición de los O'Rourke. Trabajaba a media jornada para un diseñador de interiores y podría haberse unido a la empresa. A su jefe le gustaba mucho, pero ella siempre rechazaba la oferta.

—Tu padre nos proporciona todo lo que necesitamos —solía decir su madre.

Era algo regordeta, siempre se ponía a dieta antes de las vacaciones o del baile anual en Blanco y Negro de Manningsport, iba a la peluquería, se compraba un vestido negro... pero siempre parecía un poco mayor, un poco más desastrada y un poco menos segura que su padre. Pete O'Rourke era, sin lugar a dudas, uno de esos hombres que ganaban con la edad, el Pierce Brosnan particular de Manningsport: el pelo canoso y el rostro para morir.

Para Colleen, el mejor halago que podía recibir era que le dijeran que se parecía a su padre. Salvo cuando lo decía su madre, por algún motivo. Lo pronunciaba con retintín y con un deje amargo. Claro que Connor era el favorito de su madre. Era lo justo.

Así que sí, un amor de instituto, el baile de graduación y todo eso... era para sus amigas: Theresa y Faith, que se casarían con sus novios del instituto, sin duda alguna. Que las demás se preocuparan por los muchachos (o por las muchachas, en el caso de Deirdre y Tiffy). Colleen les aconsejaría, rechazaría los avances de ellos, y seguiría alegremente con su vida, observándolo todo sin sentirse sola... no cuando tenía un hermano gemelo y un buen amigo y padre abnegado. Así era como quería que fueran las cosas.

Y después conoció a Lucas Campbell.

Fue algo gordo, claro. Manningsport contaba con una reducida población fija, de modo que cualquier cambio era motivo de alteración.

—Niños —dijo la señora Wheaton, su agobiada profesora de Lengua mientras se arreglaba su blazer de pana (¡uf!)—, tenemos dos estudiantes nuevos que se unirán a la clase en unos minutos. —Consultó los papeles que tenía delante—. Bryce y Lucas Campbell. Esto... aquí dice que son primos. Por favor, sed agradables.

—¿Bryce es nombre de niño? —preguntó Tanya Cross. No tenía demasiadas luces.

—Sí —contestó la señora Wheaton—. Ahora, volvamos con *Hamlet*. ¿Alguien quiere decir algo sobre Ophelia?

Nadie se molestó en contestar. Una onda sacudió la clase. ¿Dos nuevos miembros en último curso? Jeremy Lyon se había mudado el verano anterior ¡y solo había que ver lo alucinante que era! ¿Podrían tener la misma suerte una segunda vez? Las muchachas empezaron a cuchichear o a pasar de las demás. Postura: mejorada. Pelo: sobre un hombro. Piernas: cruzadas. Labios: humedecidos.

Ellos, en cambio, se miraron entre sí, conscientes de que dos nuevos gallos en el corral cambiarían la dinámica de grupo. En fin, no todos lo hicieron. Ashwick Jones estaba dormido (de resaca, seguramente) y Levi Cooper miraba a Jessica con esa expresión ardiente tan suya. Jeremy se pasó una mano por el pelo oscuro.

En cuanto a Colleen, no necesitaba erguirse en el asiento ni humedecerse los labios ni cruzar las piernas. Ya estaba bien sin hacer nada. (La falsa modestia no era uno de sus fuertes.) Aun así, ella también miró hacia la puerta. Que no quisiera salir con nadie no era motivo para que no deseara que la mirasen como si fuera... sí, la más guapa del instituto, la más graciosa y la más cotizada.

La puerta se abrió y entraron los nuevos.

Se produjo un silencio asombrado, seguido de murmullos.

—Madre del amor hermoso —musitó Tanya.

Sí, el primero que entró estaba cañón. Ojos azulísimos, sonrisa dulce, pelo castaño oscuro bien peinado, pero sin pasarse. Hoyuelo en la mejilla izquierda. Si fuera de las que salían con chicos, seguramente habría caído rendida. Sus ojos se posaron sobre ella y ensanchó la sonrisa, muy gratificante. Colleen se permitió una leve sonrisa. Se le ocurrió algo un pelín vanidoso: podría echarle el guante si quisiera. Que no quería, pero podría hacerlo.

Después se fijó en el segundo. La sonrisa le flaqueó.

San Patricio bendito. No cambió la expresión, o eso esperaba, pero su cuerpo estaba... estaba haciendo cosas. Se le formó un nudo en el estómago, se le secó la boca y sintió un hormigueo en las rodillas (y en otras partes del cuerpo). Reconoció todas esas sensaciones sin ser consciente de ellas, porque su cerebro era incapaz de funcionar.

Se parecía mucho al primero, pero en versión morena. No tan guapo... No, no era exactamente eso. Más bien se trataba de que no era tan perfecto, pero sí resultaba mucho más atractivo. Pelo negro en vez de castaño, piel bronceada e insondables ojos oscuros.

Parecía un pirata español. Como Heathcliff en *Cumbres borrascosas*, y al igual que Heathcliff, algo en su expresión indicaba que sabía cosas, que veía cosas, que no era tan dulce, tan agradable o tan simple como el muchacho que tenía al lado.

—Bueno, ¿cuál de los dos es Bryce? —preguntó la señora Wheaton.

—Yo —contestó el de los ojos azules—. Este es mi primo Lucas. Vive con nosotros. —Y aunque fue Bryce quien se encargó de las presentaciones, fue Lucas quien le estrechó en primer lugar la mano a la señora Wheaton, obligando a su primo a hacer lo mismo. Y Colleen se percató de la dinámica: Lucas, el primo que vivía «con nosotros» llevaba la voz cantante.

—Encantada de conocerla —dijo el pirata, y Colleen casi acabó derretida por el deseo. Porque esa voz, por el amor de Dios, ¿un muchacho de dieciocho años podía tener esa voz? Era ronca y grave y un poco hosca, y resonaba en ciertas zonas del cuerpo de Colleen, ¿y qué demonios pasaría si se dirigía directamente a ella?

—Bienvenidos, muchachos —dijo la señora Wheaton—. Buscad sitio, si no os importa. —Se oyó un estruendo enorme cuando la mitad femenina de la clase apartó sus asientos para dejar espacio a los recién llegados.

Lucas pasó junto a Colleen y le resultó espantoso, bochornoso y emocionante que el corazón le latiera con tanta fuerza. Olía a jabón y a sol y lucía unos *jeans* descoloridos y unas Converse negras, y era lo único que vio, porque no se atrevió a mirarlo. «No me hables, no me hables», suplicó su cerebro. No lo hizo, se limitó a ir al fondo de la clase. Fueron los segundos más largos de la vida de Colleen. Le ardían las mejillas... Uf, ¿un muchacho había hecho que le ardieran las mejillas? ¡Jamás le había pasado! Clavó la vista en las palabras del libro que tenía delante: «No sé qué debo creer, señor».

«Tú lo has dicho, Ophelia», pensó.

¿Dónde estaba? ¿La estaba mirando? ¿Quién se sentaba a su lado? ¿Una compañera? Seguramente sí. ¿Sería Jessica? Ella siempre se sentaba al fondo. Seguramente ya le hubiera dado su número. Seguramente ya estarían citándose, porque todo el mundo sabía que Jess solo quería a Levi para el sexo. ¿Le gustaría algo así al pirata español? Colleen perdería todo el respeto que le tenía, claro que todavía no le tenía ninguno, pero, a ver, ya empezaba a cabrearse, los hombres eran tan tontos y...

—¿Qué tal? —preguntó Bryce. Se había sentado junto a ella y ni se había dado cuenta.

—Estupendamente —contestó—. Me llamó Colleen. Bienvenido a Manningsport.

—Encantado de conocerte —replicó él con una sonrisa agradable.

¿Dónde estaba Lucas? ¿En qué estaba pensando? ¿También le gustaría ella? Porque era evidente que al otro, como se llamara... Bryce, ya le gustaba, aunque estaba hablando con Tanya, que estaba mostrándose muy servicial y compartía su ejemplar de *Hamlet* con él, pegándole las tetas al brazo. Colleen esperaba que le gustase cómo olía Eternity, porque Tanya se bañaba con ese perfume.

Se moría de ganas por volverse y ver al pirata. Claro que seguramente tendría que dejar de referirse a él como «pirata». Aunque solo lo pensase.

No se dio la vuelta. Era demasiado lista, como decía su padre.

Aunque no se sentía muy lista en ese momento.

Durante los siguientes treinta y un minutos, intentó concentrarse en *Hamlet*. Jamás les había prestado tanta atención a las palabras que salían de la boca de la señora Wheaton. Claro que tampoco las comprendía, la verdad, pero tomaba apuntes como loca, con una caligrafía estupenda, repasando mentalmente frases como «preocupación por la muerte», «tema de descomposición». Y mientras tanto, todo su cuerpo vibraba y le palpitaba de forma ardiente y casi dolorosa, como si estuviera en peligro, tal cual le sucedió el verano anterior, cuando fueron a nadar a Cape Cop el día siguiente a un ataque de tiburón. El hecho de que no pudiera verlo no significaba que no estuviera allí. Al acecho.

—Vamos, tontaina —dijo su hermano, que le golpeó la cabeza con la mochila—. Laboratorio de Física. Espabila.

Ah, la clase había terminado. Lucas y Bryce estaban hablando con la señora Wheaton. Colleen se puso en pie y lanzó una miradita a su hermano.

—Estaba tomando apuntes. Dame las gracias después cuando evite que pinches en el examen.

—No me hacen falta apuntes —replicó Connor, que se adelantó.

Colleen se cuidó mucho de mirar a Lucas... al menos directamente. No quería dar la impresión de que era incapaz de mirar a Lucas, así que hizo una pasada... la mirada pasó sobre su cara, desviándola justo cuando sus ojos iban a encontrarse, mientras esbozaba una sonrisilla agradable.

—Adiós, señora Wheaton —dijo—. Adiós, muchachos. —Porque Colleen O'Rourke no les prestaba atención a los hombres. Era demasiado lista para eso.

Durante las tres semanas siguientes, Colleen consiguió no hablar con Lucas Campbell. Descubrió que Bryce era tan amigable como *Smiley*, el golden retriever de la familia Holland, y más o menos igual de listo. Bryce era guapísimo y cualquier mujer lo miraba embelesada, de manera que acabó coqueteando con él, pero sin intención, tal como hacía con el resto de compañeros. Bryce era capaz de darle una buena réplica, pero la mayoría de las bromas que ella hacía se le escapaban. Aun así, tenía unas pestañas larguísimas, unos ojazos azules y siempre parecía contento.

Su primo... en fin, Colleen no sabía cómo era. Lo miraba de pasada de vez en cuando, ya que no quería pasar de él totalmente por lo que eso podría revelar.

Tanya Cross, que se mostraba tan decidida como irritante, le pidió a Bryce que la acompañara al baile de graduación. Bryce se encargó de perpetuar el comportamiento arisco de Tanya al pedirle a Colleen que lo acompañara al baile y exigirle que le diera una respuesta porque «esa Tanya quiere que ir conmigo».

—Lo siento, colega —contestó ella al tiempo que le daba unas palmaditas en el brazo como una tía solterona—. No es lo mío. Ve con Tanya. Es muy dulce. —Cosa que Tanya no era, pero no estaría bien decirlo... Además, Tanya se pondría más de uñas si cabía al enterarse de que Colleen había tenido tanta clase.

De habérselo pedido Lucas, la respuesta habría sido muy distinta.

No se lo pidió.

Lucas no asistiría al baile y había rechazado a cuatro que se lo habían pedido antes de dejar claro que no, no estaba esperando a que otra se lo pidiera. No iba a ir y punto. Eso, por supuesto, se analizaba con todo lujo de detalles cada vez que dos muchachas o más se reunían en una clase, en los pasillos, en el gimnasio, en la panadería, en el autobús escolar o en el supermercado, y también se hacía a través de llamadas telefónicas, mensajes de texto, mensajes de correo electrónico, lenguaje de signos y señales de humo.

Ah, ¡qué misterio más delicioso y frustrante! Nadie sabía por qué Lucas vivía con Bryce. Sus padres eran hermanos y Bryce solo dijo en una ocasión que «era lo mejor». La madre de Bryce trabajaba para una empresa de seguros que tenía una filial en Corning, a media hora del pueblo, de ahí que se hubieran mudado el último año de instituto y abandonaran Illinois.

El padre de Bryce era quien aparecía en los partidos de fútbol de su hijo, quien se sentaba con su sobrino en las gradas y charlaba animadamente. El cariño que veía entre ellos tranquilizaba a Colleen. Lucas Campbell no era otro Heathcliff (menos mal, porque sabía lo irresistibles que resultaban).

Aun así, Lucas estaba envuelto en un halo trágico: con su madre muerta; sin información acerca de su padre, aunque había especulaciones de todos los gustos: un mafioso, una estrella de cine, un millonario excéntrico, un presidiario, un homosexual o un sacerdote excomulgado. Coll fingía no prestar atención, pero se bebía cada palabra.

La semana previa al baile estuvo llena de conversaciones sobre vestidos, peinados, zapatos y cómo pararle los pies al que quisiera pasarse de la raya. Si bien no tenía experiencia en el tema, le pidieron consejo a Colleen y ella lo dio, como si una experta incluso a sus oídos: «Dile de antemano hasta dónde te sientes cómoda o dile sin más “Ya basta”. O dile que nada de besos de tornillo en la pista de baile, es asqueroso. Y haz lo que hagas, nada de sexo sin protección».

La noche del baile de graduación, le hizo fotos a Connor, ayudó a Sherry a prenderse el ramillete de su hermano en el vestido, porque Sherry estaba coladita por Con y era incapaz de hacerlo sola de lo mucho que le temblaban las manos. Colleen les deseó que se lo pasaran bien en el baile y los despidió junto a sus padres mientras la limusina se alejaba, llena con otras cuatro parejas, además de Con y Sherry.

—La juventud de hoy en día... Crecen muy deprisa —dijo ella con un suspiro feliz—. ¿Qué vamos a hacer esta noche, progenitores míos?

—Se me ha ocurrido ver una película —contestó su madre con voz esperanzada—. He preparado unas barritas de arroz inflado.

—Ah, ¡hurra! —exclamó Colleen—. ¿Papá? ¿Te apuntas?

—Tengo que visitar unas propiedades —respondió él con voz tensa.

—Muy bien. Te acompaño y te echo una mano —se ofreció Colleen, con una punzada de culpa por el repentino cambio de planes—. Podemos ver esa película más tarde, mamá.

—¡Claro! —exclamó su madre fingiendo buen humor—. Yo también os acompaño. —Frunció el ceño, aunque su cara seguía siendo dulce.

—No. Iré solo. Vosotras os quedáis aquí —replicó su padre con el tono de voz que usaba cuando estaba molesto.

—Entendido —dijo Colleen con voz risueña. La experiencia le había enseñado que cuando su padre estaba de mal humor, no tenía sentido discutir.

—No seas tonto. Te acompañaremos y después podemos cenar en algún sitio... Será ¿divertido? —sugirió su madre, acabando la frase con una interrogación. Ojalá no fuera así, deseó Colleen.

—He dicho que iré solo. ¿Está claro? Tengo que ocuparme de unos negocios.

—¡Por supuesto! —convino su madre, y Colleen estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Adoraba a su madre, claro que sí, pero... en fin—. ¡Por supuesto, Pete! Protegeremos el fuerte hasta que vuelvas.

Su padre esbozó una sonrisa forzada y luego le dio un beso en la mejilla a Colleen.

—Seguro que tus compañeras se alegran de que no vayas esta noche, cariño. Todas sus parejas irían a por ti.

—Mmm —respondió Colleen. Era un poco insultante lo que le había dicho, porque jamás le robaría el novio a otra y le gustaba pensar que la mayoría de sus compañeras la adoraba, pero sabía que su padre lo decía como un halago.

De modo que su madre y ella se comieron los aperitivos y admiraron los abdominales de Matthew McConaughey, mientras su madre permanecía sentada junto al teléfono fijo, con el móvil en el brazo del sillón, por si su padre cambiaba de idea.

No lo hizo, pero a eso de las once sonó el teléfono. Era Faith, animándola a ir a la fiesta de después del baile en la preciosa casa de su novio.

—¿Te parece bien que vaya a casa de los Lyon, mamá? —le preguntó a su madre, que estaba medio dormida.

—Ah, claro —contestó ella—. ¿Ha llamado tu padre?

—No. ¿Por qué no te acuestas? Con y yo volveremos tarde.

—¿Quieres conducir? —preguntó su madre.

—No, iré andando. —Jeremy vivía a poco más de setecientos metros de la casa de los O'Rourke y siempre podrían llevarla de vuelta.

—Muy bien. No te olvides de ser lista, cariño. —Era su frase en clave para «No bebas, no te drogues, no practiques sexo sin protección, no dejes que te secuestren, no comas atún» (su madre tenía un miedo muy raro al atún por algún motivo).

—Nací siendo lista. —Le dio un beso en la mejilla a su madre. —Hasta luego.

Los Lyon eran unos anfitriones magníficos. No había nada más divertido que una de sus fiestas porque eran unos padres estupendos, la clase de padres que sabía cómo dar la bienvenida, cómo ser agradecidos y cómo desaparecer para que los niños fueran a su rollo.

La última clase estaba allí al completo, o eso le parecía, y estaban sirviendo *pizzas gourmet*, además de tres tipos de ensalada, sándwiches de chapata y palomitas de marca, y platos y platos de comida ecológica y de postres.

—Hola, señora Lyon —saludó Colleen—. ¡Gracias por recibirnos!

—Colleen, ¿por qué no has querido ir a tu baile de graduación, chiquilla? —preguntó la mujer.

—Tengo alma de vieja —contestó Colleen, que obtuvo una risilla tierna a cambio.

La mayoría de sus compañeros de clase estaba en el enorme sótano, equipado con todas las comodidades. Sonaban los 'N Sync por unos altavoces ocultos y el fuego crepitaba en la chimenea de piedra. Colleen vio a Connor, que asentía con la cabeza mientras Sherry hablaba. Su hermano le lanzó una mirada que ella entendió a la perfección, gracias a su conexión psíquica de gemelos: «Me muero, es la maldición de los que somos amables, por favor, sálvame». Ella parpadeó sin apartar la vista de él: «Deberías haberme hecho caso, capullo. Ahora te aguantas». Connor le contestó haciéndole un gesto obsceno con un dedo de forma disimulada. Pero, ¡a ver!, que se lo había avisado. Sherry estaba coladita por Connor desde la guardería, algo que su hermano había negado hasta hacía unas pocas semanas.

Faith y Jeremy estaban acurrucados en el sofá, la pareja de oro, los reyes del baile de graduación, cómo no, como si alguien más hubiera tenido una oportunidad. Algunos jugaban al billar mientras sus parejas cotilleaban o se aburrían en grupitos. Lo más gracioso de los bailes de graduación era que nadie se divertía tanto como se suponía que iban a divertirse. Salvo Faith y Jeremy, claro.

Bryce Campbell, muy guapo con su esmoquin, la saludó con un gesto de la mano algo torpe. Colleen se dio cuenta de que estaba un pelín pasado de vueltas. Seguro que había colado alcohol, porque los Lyon habrían llamado a sus padres si se hubieran percatado de que estaba bebiendo. Tanya le lanzó una mirada ponzoñosa y le pasó a Bryce un brazo por la cintura. Por favor... ella no era de las que entraban para arruinar la noche de otra. Se acercó a ellos.

—¡Estás espectacular, Tanya! —exclamó al tiempo que la miraba con una sonrisa falsa—. Y tú, colega, guapísimo. —Se inclinó hacia él—. Pero se acabó lo de beber, ¿entendido? —susurró—. Y nada de conducir.

—Entendido, Coll —contestó él con una sonrisa.

Se hizo con un botellín de cerveza sin alcohol, deambuló por la estancia, admiró los vestidos de ellas, les guiñó un ojo a ellos y coqueteó con descaro, más que cómoda en el papel de gran dama de la clase de último curso. Formaba parte del grupo, pero quedaba por encima. Una Emma de la era moderna, su personaje preferido de Jane Austen. Se aseguró de que su hermano seguía acorralado cuando Sherry intentó besarlo, y rechazó una vez más su petición de ayuda silenciosa con una sonrisa. Era su venganza por haberla encerrado en el armario de cedro durante seis horas cuando tenían diez años.

Alrededor de medianoche, medio grupo decidió que había que ir al lago; en primer lugar, porque era una maravillosa noche de mayo, el cielo estaba cuajado de estrellas, soplaban una leve brisa, con el puntito justo para querer acurrucarse; y en segundo lugar, los que querían echar un polvo o beber podrían hacerlo sin que los Lyon los pillaran. Los buenos se quedaron en casa, y Colleen supuso que también lo haría.

Hasta que vio a Bryce Campbell tantear en busca de sus llaves.

—Oye, colega —dijo, lo que le valió otra mirada ceñuda de Tanya—. No vas a conducir, ¿verdad?

—Ah, estoy bien, no te preocupes por mí —contestó él con lengua de trapo. Menos mal que se lo había dicho... ¿Había alguna criatura más estúpida sobre la faz de la tierra que un crío de dieciocho años? —Estoy de maravilla, Colleen. Eres guapa, ¿lo sabes?

—No vas a conducir. Que Tanya... Ah, ya. —Tanya ya había suspendido tres veces el examen de conducir.

Colleen se lo podía decir a los Lyon, claro. Pero en ese caso, llamarían a los padres de Bryce, y ¿quién quería convertirse en el chivato del grupo?

—¿Y si conduzco yo? —se ofreció.

—No, gracias, Colleen —dijo Tanya con tirantez. No era muy espabilada, no.

—Tu pareja no va sobria, cariño. Además, será divertido. Podéis sentaros en el asiento trasero e ir acurrucaditos mientras yo os hago de chófer.

—Muy bien —convino Bryce—. Suena divertido. —Esbozó una sonrisa afable. Menudo tontorrón.

Jeremy y Faith los acompañaron a todos a la puerta, comportándose como un matrimonio, y los Lyon los despidieron y les recordaron a todos que condujeran con cuidado.

Colleen se subió al descapotable de Bryce (un Mustang rojo... a ver, ¿sus padres querían que muriera en un accidente?), y Tanya y Bryce se montaron en el asiento trasero. Bryce sacó una bolsa de papel marrón de debajo del asiento, le quitó el tapón a la botella que había dentro y le dio un buen trago antes de ofrecerle la botella a Tanya, que la aceptó.

—Menores bebiendo alcohol, niños —dijo ella con retintín—. Es ilegal.

—No seas tan estirada —replicó Tanya.

«La juventud de hoy en día», pensó. No tenía respeto. Menos mal que esos dos contaban con ella para vigilarlos y llevarlos a casa. Además, era una pasada conducir el Mustang.

La reunión en el lago sería en una playa privada. La dueña era una de las personas que iban al pueblo en verano a quien seguro que no le importaba que los jóvenes de Manningsport usaran su propiedad. Colleen aparcó el Mustang en la calle y siguió el sendero hasta el lago, acompañada por el dulce canto de las chicharras.

La fiesta ya estaba en marcha. Ashwick Jones había encendido una fogata en la playita y sonaba la radio. Dos o tres parejas estaban en el embarcadero, dándose el lote. Se oyeron risas y un chillido cuando la pareja de Angela Mitchum, un joven de Corning, la levantó en volandas y amenazó con tirarla al agua.

Bryce y Tanya no eran los únicos que estaban bebiendo alcohol. Colleen se dio una vuelta entre los presentes y se aseguró de que quienes bebían tuvieran un conductor sobrio para volver a casa. La mayoría había ido en limusina. Colleen había visto una aparcada en la calle, y el chófer se estaba fumando un cigarro mientras hablaba por teléfono.

Al cabo de un rato, casi todas las parejas se fueron. Empezaba a hacer más frío y la noche estaba llegando a su fin. Todavía quedaban unas pocas parejas... las que estaban bebiendo, cómo no.

Suspiró. La maldición de ser quien conducía. Aunque se había ofrecido voluntaria. Miró el teléfono móvil y pensó en llamar a Connor para matar el aburrimiento. Pero no tenía cobertura.

Contuvo un bostezo y se sentó en la arena, que estaba bastante fría. En el cielo se veía un manto de relucientes estrellas, y una estrella fugaz cruzó por el Este, aunque eso fue justo antes de que se le cerrasen los ojos.

Se despertó al oír unos gritos.

—Que te den, guapo —dijo alguien.

Estupendo. Era Jake Green, uno de los ultramimados jugadores de *lacrosse*. Fue el primero de los nueve que la invitaron a ir al baile de graduación y en ese momento estaba hablando con Bryce en el embarcadero.

Colleen se puso de pie. Tanya estaba sentada con la cabeza entre las manos, llorando.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha roto un zapato —sollozó Tanya—. ¿Ves? —Lo levantó para que lo viera—. El tacón se ha roto. ¡Y son monísimos!

Colleen suspiró. La gente incapaz de aguantar el alcohol no debería beber.

—¿Qué pasa allí? —Señaló el embarcadero.

—Ni idea —murmuró Tanya mientras lloraba desconsolada por el zapato roto—. Estoy cansada.

—Voy a por Bryce y nos vamos.

—Muy bien. —Tras decir eso, Tanya se tumbó en la arena, con el zapato roto acunado contra el pecho, y cerró los ojos.

Las voces sonaban más fuertes en ese momento. La luna brillaba más alta en el cielo, redonda y llena, y su brillo proyectaba un ancho haz de luz sobre el lago, permitiendo a Colleen ver quién estaba con Bryce. Además de Jake, estaban sus compinches (porque los irritantes niños ricos siempre tenían compinches): Jase Ross y Christ Eckbert, los Crabbe y Goyle de Jake, que era el Draco Malfoy del grupo. Sus parejas parecían haber desaparecido.

—No sé por qué te cabreas. Te lo he dicho como un halago —dijo Bryce.

—Hola, guapos —dijo Colleen—. ¿Qué pasa?

—Ah, que estás tú aquí —resopló Jake con desdén—. Creía que eras demasiado buena para ir al baile de graduación.

—No, no, no demasiado buena, Jake. Solo estoy aquí como chófer. Y ahora que ha salido el tema, Bryce, ¿nos vamos? Estoy cansada y Tanya también.

—Que de ten, O'Rourke —dijo Jake—. Métete en tus asuntos.

—Está cabreado conmigo —susurró Bryce, pero en voz bastante alta—. Le he dicho que se parecía a Cameron Diaz.

Colleen contuvo una sonrisa. Jake era rubio y de ojos azules.

—Te vas a arrepentir de haberlo dicho, imbécil —dijo Jake.

—Venga ya, por favor —intervino Colleen—. Está borracho, Jake. Y la verdad es que te pareces a Cameron Diaz, ¿no crees, Crabbe? ¿Verdad, Goyle? —Sonrió a Jase y a Chris, que, sin saber qué decir, miraron a Jake—. Bryce, vámonos —dijo y echó a andar hacia él.

Bryce replicó esbozando con una sonrisa torcida.

—Un momento —soltó Jake, que le puso una mano a Bryce en el pecho y le dio un empujoncito, casi como una caricia.

—Colega —murmuró Bryce. Se le doblaron las piernas y Colleen se dio cuenta de que Bryce había pasado de estar achispado a estar como una cuba en algún momento de la noche. Algo que se confirmó cuando acabó tumbado en el suelo del embarcadero. —No me siento muy bien —masculló.

—No me siento muy bien —repitió Jake con voz de falsete—. Seguro que no, nenaza. —Sus compinches se echaron a reír y Jake le dio una patadita a Bryce en las costillas.

—¡Ya vale! —ordenó Colleen.

—Oye —dijo Bryce con un hilo de voz, aunque parecía más sorprendido que dolido.

Dio un paso hacia ellos, pero se detuvo cuando Jake se volvió y la miró con expresión pensativa.

El aguijonazo de miedo que sintió en el estómago fue muy alarmante.

Jake estaba delante de ella. Jase y Chris a su espada.

Ah, mierda.

Así eran las cosas en los pueblos pequeños. En otra época todos habían sido amigos, más o menos. Los cuarenta y nueve alumnos del último curso, cuando había fiestas de Halloween y excursiones escolares al cementerio local. Pero en algún momento durante el instituto, las cosas cambiaron. Se formaron grupitos, se cerraron círculos y, antes de darse cuenta, se le perdía la pista a alguien.

Y Colleen le había perdido la pista a Jake, desde luego que sí. Lo había rechazado en varias ocasiones, desde primero de secundaria, ya que no le gustaba ni un pelo su superioridad de niño rico y el desprecio con el que trataba a las niñas que iban detrás de él. Chris y Jake tampoco se contaban entonces entre las personas que más le gustaban. Chris no era tan malo, solo un poco capullo. Pero Jase sí que tenía una vena cruel.

De repente, parecían... peligrosos.

Sin apartar la vista de ella, Jake le dio otra patadita casi tierna a Bryce, como si quisiera averiguar si le gustaba. Bryce parecía haber perdido el conocimiento.

—¿Crees que se ahogará si lo tiramos al lago? —preguntó Jake.

Sus compinches se echaron a reír.

La noche se estaba yendo al garete. Deprisa.

—Muy bien, ya vale —dijo ella con sequedad—. Ayudadme a llevarlo al Mustang —Eso. Tenía que darles la oportunidad de ponerse de su parte, de cambiar la dinámica.

Chris y Jase no se movieron, a la espera de recibir órdenes de su líder.

—Te crees mejor que los demás, ¿verdad, Colleen? —preguntó Jake en voz baja, mirándola de arriba abajo.

Y de repente Colleen se sintió, porque no había manera de negarlo, aterrada. Le temblaban las rodillas y el corazón se le iba a salir del pecho.

—Jake, venga ya —dijo ella, y se odió al darse cuenta de que le temblaba la voz—. Vamos a dar la noche por terminada.

—Creo que no. El baile ha sido una mierda y quiero divertirme un rato. —Otra patada a Bryce, que recibió un gruñido por toda respuesta.

—No le hagas daño —suplicó ella, y se le quebró la voz.

—¿Qué harás por nosotros a cambio? —preguntó Jake.

Colleen tragó saliva.

No había cobertura móvil.

Tanya estaba dormida en la orilla.

Y no había nadie más en los alrededores.

Ojalá Connor estuviera allí, porque siempre se sentía más fuerte y más lista con su gemelo cerca. Connor moriría antes de permitir que alguien le hiciera daño. Ojalá Jeremy estuviera allí, porque era alto, fuerte y honorable. O Levi Cooper, que era un chico malo pero con un instinto protector muy desarrollado. O Frankie, *la Mole* u otros muchos compañeros apañados.

Pero no estaban. Estaba ella sola.

—Me alegro de que hayas venido, O'Rourke —dijo Jake—. ¿No os alegráis vosotros, colegas? Coll, ¡qué bien que hayas venido! Sí, creo que todos tenemos ganas de divertirnos un ratito. Y todo el mundo sabe lo bien que se lo puede pasar contigo. —La miró de arriba abajo una vez más, deteniéndose en sus pechos.

Madre del amor hermoso.

Esas cosas se leían en el periódico. Se veían en los espantosos reportajes de la CNN. Cosas así pasaban a todas horas, y era increíble. Pero Jake no... y Jase y Chris no...

Podría salir corriendo... pero Jase y Chris le bloqueaban el paso. Aunque consiguiera zafarse de ellos, algo muy improbable, habría dejado a Bryce a su merced. Podría saltar al lago y nadar, pero el agua estaría fría, a lo mejor tan fría que dejaría de pensar con claridad. ¿Y si se ahogaba? Y aunque no lo hiciera, ¿hacia dónde iba a nadar? ¿Hasta dónde? ¿Podría llegar a algún lugar seguro? ¿Y si la estaban esperando cuando por fin saliera del agua?

No le estaba pasando de verdad. Conocía a esos críos. Había ido a la guardería con ellos. No la...

Jake se quitó el esmoquin.

Ah, Dios.

La palabra en la que no quería pensar apareció como si fuera un letrero luminoso en su cabeza.

Violación. Podrían violarla. La imagen se extendió por su cerebro como un cáncer, aniquilando todo lo demás. Tres contra una.

Se volvió para enfrentar a los compinches. Jase pesaba más de ciento diez kilos; era defensa del equipo de fútbol americano. Del equipo que había ganado el campeonato regional de fútbol americano. Chris era más menudo, pero aun así le sacaba más de veinte kilos.

—Chris, ¿te acuerdas de la excursión al museo de cristal? ¿Te acuerdas de que nos sentamos juntos? —Durante un segundo, Chris pareció titubear.

«Por favor, por favor, ayúdame, Chris, no siempre fuiste un mal chico...»

—Vamos, Colleen, vamos a divertirnos un poco —dijo Jake tras ella y después la agarró de los brazos y se los inmovilizó a la espalda.

Colleen sintió la bilis en la garganta y sí, sí, a ver si vomitaba, a lo mejor así paraban.

—Seguro que ahora te gustaría haber sido más amable conmigo —susurró Jake, que le lamó la mejilla mientras el pánico la atenazaba—. Empecemos la fiesta, colegas.

Sin embargo y de repente, Chris estaba de rodillas, con cara de pasmado y, ay, gracias, señor, gracias, porque alguien había ido a ayudarla. ¿Era Connor? ¿Había presentido de alguna manera que estaba en...?

No era Connor.

Era Lucas Campbell.

Chris intentó ponerse en pie, pero Lucas se limitó a plantarle un pie en el hombro y lo tiró al agua. Se oyó un chapoteo y después que alguien escupía agua y chillaba.

—Esto no es asunto tuyo, colega —dijo Jake.

—Suéltala —ordenó Lucas, con un tono casi amistoso.

En ese momento Jase se abalanzó sobre él, pero Lucas ejecutó dos movimientos casi imperceptibles, un puñetazo a la garganta y otro a la oronda cara de Jase y este también cayó de rodillas, sangrando por la nariz.

—¡Joder! —masculló Jase con voz ronca y rota de dolor. Tras eso, salió corriendo por el embarcadero, haciendo que los tabloneros se movieran bajo su impresionante peso.

Jake aflojó las manos y antes de que Colleen tuviera tiempo de pensar siquiera, le dio un codazo con todas sus fuerzas. Jake reaccionó agarrándola del pelo y dándole un tirón tan fuerte que Colleen vio las estrellas, pero después vio algo que se movía deprisa. Acto seguido, ella estaba libre y Lucas sujetaba a Jake por el cuello.

Jake tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas mientras le clavaba las uñas a Lucas en el brazo y arañaba el suelo con los pies para mantener el equilibrio sobre el embarcadero de madera. Lucas, en cambio, parecía más tranquilo que un día de junio.

—¿Estás bien, Colleen? —le preguntó sin mirarla.

Era la primera vez que le oía pronunciar su nombre, y si le quedaba la más mínima duda de que la afectaba muchísimo, se disipó en ese momento.

—Estoy bien —contestó ella, aunque la voz le sonaba rara.

Se dio cuenta de que Chris había llegado a la orilla. Lo vio correr a trompicones por el sendero.

—¿Bryce está herido? —preguntó Lucas en voz baja y calmada mientras Jake seguía debatiéndose.

—Ha perdido el conocimiento —contestó ella—. Está borracho.

Daba la sensación de que Jake estaba a punto de ahogarse; respiraba, pero ya no luchaba.

—Creo que deberías soltarlo. No te conviene matarlo.

Lucas la miró.

—No sabría decirte... —Sin embargo, lo soltó, y Jake cayó hacia atrás, con fuerza, mientras aspiraba bocanadas de aire.

—Mis padres van a denunciarte, gilipollas —jadeó.

—Que lo intenten —replicó Lucas.

—¿Que tú vas a denunciarlo? —preguntó Colleen, alucinada—. Pues imagina lo que te van a hacer mis padres, imbécil de mierda.

—¿Por qué? —dijo Jake con voz temblorosa por las lágrimas—. ¿Por hacer el tonto?

—¡Ibas a violarme!

—¿Estás de broma? Te morías por hacerlo, Colleen —masculló Jake, que aunque estaba de rodillas, seguía con una insufrible expresión arrogante en la cara—. ¿Por qué si no ibas a echarte encima de mí? Encima de los tres, mejor dicho.

Apretó los puños y dio un paso hacia él, furiosa, con la intención de darle un puñetazo en su cara de Cameron Diaz, pero Lucas se interpuso entre ellos.

La voz de Jake recuperó firmeza y volvió a hablar con ese deje cruel.

—¿Tienes la ropa rasgada? ¡Ni siquiera te he besado! —Se levantó—. Este capullo, en cambio... tiene una vena violenta.

—Sí —dijo Lucas—. La tengo. Soy del South Side de Chicago, que no se te olvide. —Dio un paso hacia delante, obligando a Jake a retroceder—. Si te veo a menos de cincuenta metros de ella, te vas a enterar de lo violentos que somos en mi barrio. Seremos un martillo y yo. Y tú tendrás un orificio nuevo. ¿Entendido?

Sí, a ella no le gustaba nada el rollo de que la protegeran, porque nunca le había hecho falta, pero... ¡la leche! Jake puso los ojos como platos por el pánico.

—Te he hecho una pregunta, imbécil de mierda.

—Entendido —contestó Jake con voz temblorosa.

—¿Pasa algo? —Era el chófer de la limusina, seguido por Chris.

—¡Este gilipollas me ha agarrado del cuello! —exclamó Jake, con voz enfurruñada.

—A mí me parece que te lo has ganado —repuso el chófer—. Al menos, según lo que él me ha contado. —Señaló a Chris, que asintió con la cabeza con gesto avergonzado—. Métete en la limusina, niño rico. Se acabó la fiesta. —El chófer miró a Colleen—. ¿Estás bien? —preguntó.

Ella titubeó antes de asentir con la cabeza.

—Como vuelvas a tocarla, Jake —dijo Lucas en voz baja y muy calmada—, vas a estar comiendo con pajita durante semanas.

—¿En serio? —lo retó Jake—. Solo porque me has pillado desprevenido...

Lucas hizo ademán de ir hacia él y Jake chilló antes de retroceder.

—Venga —dijo el chófer.

—¡Ah, Jake! —exclamó Colleen con voz dulce.

El aludido la miró con expresión asesina.

—Te has meado encima.

Jake se miró la entrepierna, se quedó paralizado y después salió corriendo del embarcadero. Le gritó a Jase, a quien apartó de un empujón al pasar a su lado.

—Capullo repelente —masculló el chófer. Se volvió hacia ellos—. ¿Estáis bien?

—Sí, gracias —contestó Lucas.

—Lo siento, Colleen —musitó Chris, tras lo cual siguió al chófer por el embarcadero.

Colleen no miró a Lucas hasta que por fin se quedaron solos.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué. —Dio unos pasos por el embarcadero para llegar hasta donde se encontraba su primo—. Bryce, ¿estás bien?

—Hola, colega —dijo Bryce—. ¿A qué venían los gritos?

—¿Qué te había dicho de beber esta noche? Han estado a punto de hacerle daño a alguien y tú estás como una cuba.

—Lo siento, colega. Creo que me he pasado un poco.

—Arriba, muchacho. —Ayudó a su primo a ponerse en pie.

—¿Recuerdas cuando te salvé? —preguntó Bryce.

—Ajá.

Bryce dio un tambaleante paso hacia ella.

—Ah, hola, Coll. ¿Cómo te va?

—Hola, idiota —respondió ella en voz baja. Le rodeó la cintura con un brazo y lo llevó a la orilla.

El pánico hizo mella en ese momento y empezó a temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó Bryce.

—Un poco —contestó Colleen.

Tanya seguía dormida en la arena y, sin molestarse en intentar despertarla siquiera, Lucas la alzó en brazos.

—Estoy cansada —protestó ella. Nadie se molestó en contestar.

Había una bicicleta de montaña aparcada detrás del Mustang. Lucas soltó a Tanya en el asiento trasero y luego abrió el maletero para meter la bici.

—¿Has venido en bici? —preguntó Colleen, aunque la respuesta era evidente.

—Sí. —La miró—. ¿Dónde has aparcado?

—Hacia de chófer. Tanya no puede conducir y Bryce ya estaba bastante pasado de rosca.

Lucas asintió una vez con la cabeza y después le abrió la puerta para que entrara.

Ningún muchacho le había abierto la puerta para que se subiera a un vehículo.

Le dio indicaciones para llegar a casa de Tanya y después la acompañó a la puerta. La señora Cross estaba despierta y se quedó de piedra el ver a su hija, que de sobria no tenía un pelo; la mujer le dio las gracias a Colleen por acompañarla a casa y empezó a echarle un sermón a su hija por ser tan estúpida. Colleen se despidió con la mano y regresó al Mustang.

Bryce seguía dormido como un tronco en el asiento trasero, roncando rítmicamente.

—¿Tiene por costumbre beber tanto? —quiso saber ella.

—De vez en cuando.

Colleen asintió con la cabeza. A lo mejor no debería haber preguntado, porque Lucas parecía muy tenso. Claro que había sido una noche tensa, ¿no? Madre del amor hermoso. Iban a pagarlo, porque Jake no era de los que ponían la otra mejilla. Tal vez tendría que hacer correr la voz acerca de su accidente con los pantalones. Claro que eso a lo mejor empeoraba la situación. Siempre era mejor no agitar el avispero y tal.

—Será mejor que te andes con cuidado —le aconsejó a Lucas mientras lo miraba de reojo.

—Ya.

Carraspeó, nerviosa como nunca lo había estado.

—Has sido muy valiente. Tres contra uno.

Lucas la miró.

—Tres contra dos —la corrigió.

—En fin, Bryce no ha sido de mucha ayuda.

—Me refería a ti.

Las palabras le provocaron un rubor casi doloroso.

—Se me da bien pelear —replicó ella, que le infundió un tono bravucón a su voz.

Aunque en esa ocasión no se le había dado bien. Habría perdido esa batalla sin Lucas, y esa idea hizo que las piernas le temblaran de nuevo.

—Gira a la izquierda. La tercera casa a la derecha es la mía —dijo.

Lucas subió por su camino de entrada y después apagó el motor y salió del Mustang. Ella también salió, muy consciente de que la seguía.

La casa estaba en silencio, pero su madre había dejado encendida la luz que había sobre el fregadero, su clave para indicar que todos estaban acostados. Colleen se volvió hacia Lucas. Él la estaba mirando con esos ojos oscuros y misteriosos a la luz de la luna.

—Gracias de nuevo —dijo ella con sequedad.

Lucas la miró durante un buen rato.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente —contestó, y se obligó a sonreír.

Lucas entrecerró esos ojos de pirata.

—No lo hagas. No mientas.

En fin, mierda. Los hombres, sobre todo los jóvenes, no solían llamarle la atención cuando se pasaba de lista.

—Muy bien. Sigo temblando y seguramente no dormiré esta noche, pero no me han hecho daño y me alegro muchísimo de que fueras en busca de Bryce. —Se secó los ojos, que parecían habérselo llenado de lágrimas—. Podría decir que no sé qué habría pasado si no hubieras aparecido, pero me temo que sé muy bien lo que habría pasado. Así que gracias, Lucas Campbell, por aparecer. —Sonrió y se sintió normal otra vez—. Y por ser muy duro y dar miedo. Estabas cañón.

Lucas se echó a reír.

Eso no se lo esperaba.

Era un sonido ronco, grave, como si le brotara del pecho, y se las apañó para aligerarle el corazón. Aunque al mismo tiempo la atenazó el pánico porque de alguna manera sabía que Lucas Campbell era distinto. Era peligroso para ella, de un modo que poco tenía que ver con la violencia y mucho con los sentimientos cálidos y dulces que vibraban y ardían en su pecho.

—Buenas noches —dijo él. Pero no se movió.

—Buenas noches —susurró ella.

Y en ese momento la besó, con muchísima dulzura al principio, como si nunca hubiera besado a una mujer y, por favor, con esa cara, con ese aspecto de Heathcliff, con esas pintas de pirata o de miembro de los Sharks o de los Jets... Por favor, seguro que había besado a un montón.

El beso fue dulce y seguro al mismo tiempo, y ella sintió su maravilloso calor contra la piel fría, sintió su mano en la nuca, sus dedos enterrados en el pelo. Sus labios se movieron contra los suyos, tentándola a la espera de ver si respondía, y lo hizo, con la esperanza de hacerlo bien, porque desde luego que le parecía bien. Se dejó guiar por el instinto: todos esos consejos, los métodos y los comentarios que había regalado a sus compañeras a lo largo de los últimos cinco o seis años... joder, no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Solo sabía que Lucas Campbell la estaba besando y que la sensación era maravillosa.

Tardó un segundo en darse cuenta de que se había parado y de que tenía la frente apoyada contra la suya. Ella se aferraba a sus muñecas.

—Ahora estás conmigo —dijo él en voz baja. Después se apartó un poco para mirarla—. ¿Entendido?

Era demasiado lista para eso. Tenía el alma de una vieja. No se imaginaba teniendo novio.

Pero sus ojos la miraban fijamente y sus pestañas eran largas y oscuras.

—Entendido —susurró. Menos mal que era la reina de las réplicas mordaces.

—No sabía si te gustaba —dijo él al cabo de un minuto.

—Es por todo ese rollo del caballero de brillante armadura.

Escuchó otra vez esa carcajada, y el sonido hizo que se le formara un cálido nudo en el estómago.

—Nos vemos, bombón —dijo él al tiempo que se apartaba, y el frío y el vacío que dejó la conmocionaron.

Fue como si Lucas le leyera el pensamiento, porque volvió a su lado y en esa ocasión el beso fue más insistente. Colleen le enterró los dedos en el pelo y separó los labios bajo su boca y, ¡Dios!, era mejor que la comida, mejor que respirar y muchísimo más importante que cualquiera de esas cosas. Su duro cuerpo contra ella, su pelo sedoso, el sabor de su boca...

—Entra en casa —le ordenó él al cabo de un rato.

—Ni se te ocurra darme órdenes —replicó ella, rezando para que las piernas la sostuvieran.

Lucas le sonrió y, joder, casi se corrió.

Acabarían en la cama. Pronto. Era tan inevitable como el amanecer.

Mucho tiempo después, acostada en su cama, se recorría los labios con los dedos.

Esa noche podría haber acabado fatal no, lo siguiente.

En cambio, se había enamorado.

El día después de ver a Bryce en la taberna de O'Rourke, Lucas aparcó el vehículo de alquiler delante de la casa de Joe y Didi, y se quedó sentado un momento aun después de apagar el motor.

Durante los catorce años transcurridos desde que se marchó del pueblo para cursar sus estudios superiores, había vuelto a Manningsport en contadas ocasiones y desde que se casó solo lo había hecho una vez.

Didi Nesbith Campbell, que era su tía porque estaba casada con Joe, era un poco especial. Una visión de la vida que había que cumplir a rajatabla, y si la vida no salía como estaba previsto, se enfadaba. De hecho, todavía estaba enfadada con él.

Didi se casó con Joe justo después de que su tío vendiera por un millón de pavos los derechos de un videojuego cuando tenía veinticuatro años. Nintendo compró *MataRatas* y Joe pasó a formar parte del club de los millonarios, al unirse a la lista de los jóvenes genios que habían logrado su primer millón antes de cumplir los veinticinco.

Y, al igual que muchos de ellos, Joe no tardó en perderlo todo.

El primer millón resultó ser el último, pero para entonces tenían una casa grande en una zona residencial y un niño. Para su supremo disgusto, Didi se vio obligada a buscar trabajo. Descubrió que su lugar ideal se encontraba en una empresa aseguradora, denegando las reclamaciones de gente que había sufrido heridas espantosas. Aunque fue subiendo en el escalafón, jamás superó la amargura de haberse casado con el hombre que no logró ser el siguiente Bill Gates.

El otro gran inconveniente de la vida de Didi fue el hecho de heredar a Lucas. Ya había dado a luz a su único hijo. Y no le apetecía en absoluto encargarse del silencioso hijo del hermano delincuente del vago de su marido.

En fin. Había llegado el momento de ver a Joe. Lucas se quitó las gafas de sol y echó a andar hacia la casa.

Era un sitio precioso, no podía negarlo. Las hojas estaban verdes y lustrosas, rebosantes de salud, al contrario que en Chicago, que sufría en esos momentos una ola de calor. Pero en Manningsport, donde el paisaje estaba salpicado de lagos glaciares y cascadas por todas partes, donde los prados se extendían por las colinas y los bosques eran densos y vastos, los veranos eran más frescos y verdes que en las llanuras del Medio Oeste, con su abrasadora temporada estival. En el aire flotaba el olor de las lilas, perfectamente podadas para señalar la linde del jardín de Didi, que adolecía de una enorme falta de encanto.

Se quedaría un mes en el pueblo, dos a lo sumo. Lo que tenía claro era que no se alojaría en casa de Didi, por más que la casa tuviera cinco dormitorios y un apartamento en el sótano. No, antes se amputaría un pie y se lo comería. De momento, se hospedaba en el Black Swan.

Llamó a la puerta principal. Ya fuera o no su sobrino, a Didi no le gustaría que entrara sin llamar.

Y fue ella quien abrió la puerta.

—Ah, eres tú.

—Hola, Didi —la saludó—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien —respondió con los labios apretados—. Ya que has venido, pasa.

—¿Está Bryce?

—No, ha ido al gimnasio.

Bryce aún vivía en casa, aunque se había movido un poco después de dejar sus estudios universitarios. Había intentado vivir en Chicago una temporada y Lucas le buscó un trabajo en Forbes Properties, pero Bryce no tardó ni cinco días en renunciar. También intentó vivir en Manhattan, San Francisco y Atlanta, pero todos los caminos llevaban de vuelta a Manningsport. Más concretamente, al apartamento del sótano que Didi había construido para su niño, a fin de ofrecerle la ilusión de que llevaba una vida de adulto mientras seguía manejándolo a su antojo.

—¿Cómo está Ellen? —preguntó Didi.

—Bien —respondió. Su tía esperaba algo más, pero él no se lo ofreció.

Lo único que Lucas había hecho en la vida que se había ganado la aprobación de Didi fue casarse con Ellen Forbes. «¿Algún parentesco con Malcom?», fue lo primero que le preguntó cuando se lo comunicó a la familia. No demostró la menor curiosidad por el hecho de que fuera a casarse con una mujer a la que jamás había mencionado, ni por los motivos por los que había abandonado a su novia de tantos años, ni por las razones que lo habían llevado a dejar sus estudios de Derecho. Simplemente preguntó «¿Algún parentesco...?». Sus ojos se iluminaron con repentino interés.

La respuesta, por supuesto, era sí.

Y, de repente, Lucas se convirtió en su amado sobrino. Didi quería ayudar a planificar la boda, adoraba a Ellen al cabo de unos segundos de haberla conocido, pensaba en muchacho como en un hijo, ansiaba pasar juntos las vacaciones, como si fueran una gran familia, los Forbes y los Campbell, ¿no era maravilloso?

Sí, Ellen y sus padres la calaron de inmediato, pero Didi estaba demasiado ocupada fingiendo que se sentía como en casa con su inmensa fortuna, con su enorme piso con vistas al lago Michigan, con la criada que les servía la cena, con el yate, con los numerosos vehículos, con los conductores y con el vino.

En una ocasión, Lucas entró en el despacho de Frank y la descubrió metiéndose una figurilla de cristal en el bolso.

—Por favor, no le robes a mi familia política —le dijo en voz baja, y ella lo miró con tanto odio que le arrancó una sonrisa. Aunque tratara de besar el suelo que pisaba su familia política, resultaba casi agradable ver que a él no podía verlo ni en pintura, como siempre.

Cuando les informó de su divorcio, la primera pregunta de Didi fue: «¿Y qué pasa con las vacaciones?». Al fin y al cabo, si Lucas ya no era el yerno, había pocas probabilidades de que sus tíos recibieran una invitación a la famosa fiesta de Año Nuevo que organizaban los Forbes y a la asombrosa cena de Acción de Gracias a la que invitaban a sus treinta mejores amigos.

Después del divorcio, Frank y Grace Forbes, y Ellen, siguieron manteniendo una estrecha relación con Steph, la hermana de Lucas, y con sus hijas, porque eran personas maravillosas y no querían cortar los lazos con cinco seres queridos, seis si lo contaban a él. Su divorcio fue más que amigable, y por supuesto fue idea de Ellen.

—¿Cómo está Joe? —le preguntó Lucas a Didi.

—Compruébalo tú mismo —respondió ella al tiempo que le daba la espalda—. Pero antes quítate los zapatos.

Tras obedecerla, Lucas subió la escalera.

—Está en tu... en el dormitorio cercano a la cocina —le informó su tía—. Era lo más conveniente.

Por supuesto. Joe estaba débil, ciertamente. Y Didi era un mal bicho.

Lucas atravesó la inmensa cocina en dirección al pasillito que llevaba hasta el lavadero y a su antiguo dormitorio. Llamó con suavidad a la puerta, que se encontraba entreabierta.

El dormitorio estaba atestado. La cama del hospital y una mesita de noche llena de las cosas típicas de una persona enferma: frascos de medicamentos, un vaso de agua medio vacío, pañuelos, una revista y el reloj de bolsillo de plata de su tío, que había pasado de padres a hijos desde la Guerra de Secesión. Una mesa sobre la que descansaba un ordenador con un enorme monitor estaba pegada a una de las paredes. La estancia carecía de ventanas, y Lucas recordó lo oscura que resultaba. Como una tumba, solía pensar, y en ese momento más que nunca.

Su tío estaba dormido. Lucas llevaba varios meses sin verlo. La enfermedad hepática le había oscurecido la piel, y estaba más delgado que nunca, aunque un poco hinchado por la retención de líquidos.

Sin embargo, incluso dormido parecía viejo. Y cansado.

Le recordaba a su padre, la última vez que lo vio. El parecido entre ellos era muy grande.

Joe se estaba muriendo. La realidad lo golpeó como si fuera un camión, y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas. Pese al incesante resentimiento de Didi, su tío

siempre se había portado bien con él.

El hombre se movió y abrió los ojos.

—Hola —lo saludó al tiempo que trataba de incorporarse—. ¿Cómo estás, muchacho?

Lucas se inclinó para abrazar a su tío y carraspeó.

—Me alegro de verte, Joe.

—¡Lo mismo digo! Tienes buen aspecto. ¿Cuándo has llegado?

—Llegué anoche.

—¿Has visto a Bryce?

—Claro. Lo encontré en la taberna de O'Rourke. —Y no solo lo encontré a él.

—Sí, va mucho por allí. —Joe sonrió—. Bueno.

—Bueno.

—No lo fatigues, Lucas —dijo Didi, que apareció en el umbral de la puerta con los brazos en jarras, gesto que resaltaba sus huesudas caderas.

—No me fatiga —replicó Joe.

—¿Cuándo volverá Bryce? Quería hacer algo contigo esta tarde. —La mirada de Didi se desvió hacia Lucas momentáneamente.

Era típico de ella. Cada vez que Joe y Lucas tenían un momento de unión, allí llegaba ella para interrumpirlos y recordarle a su marido que tenía un hijo, un hijo maravilloso, un hijo de verdad.

Y lo cierto era que normalmente funcionaba. Joe era un buen hombre, pero no era rival para Didi. Había otros términos para definir la situación, términos menos agradables, pero saltaba a la vista que Joe solía hacer lo que su mujer le decía que hiciera.

—Permíteme pasar unos minutos con mi tío —dijo Lucas, que sin esperar su réplica se levantó y le cerró la puerta en las narices.

La puerta se abrió casi de inmediato.

—Por mucho que aparezcas en el pueblo cuando te dé la gana, te recuerdo que soy yo quien tiene que cuidarlo. Mi vida se ha convertido en una sucesión de citas médicas y de visitas al hospital. No tengo ni un minuto de descanso y...

—Pues descansa ahora —le soltó él, que cerró la puerta de nuevo.

Al parecer, Didi no encontró argumentos para rebatirlo. Un segundo después se oyó el taconeo de sus zapatos mientras se alejaba por el pasillo, aunque Lucas apostaría lo que fuera a que regresaría de puntillas para pegar la oreja a la puerta.

—¿Necesitas que haga algo, tío Joe? —preguntó Lucas, que volvió a sentarse.

Su tío suspiró.

—En fin, Lucas. Bryce... bueno, no ha madurado del todo, ¿sabes a lo que me refiero?

Lucas asintió con la cabeza al tiempo que aferraba la mano de su tío, cuyo brazo tenía un aspecto extraño, cortesía de la fistula arteriovenosa necesaria para llevar a cabo la diálisis.

—Por lo menos me gustaría irme de este mundo sabiendo que tiene un plan. No quiero que... —Miró hacia la puerta cerrada y bajó la voz para susurrar—: No quiero que ella lo domine toda la vida. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Así que a lo mejor puedes quedarte una temporada hasta que... bueno, hasta que llegue el día. Sé que esto va a ser un golpe duro para él. —A Joe se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sí. La noche anterior Bryce había reconocido que su padre estaba enfermo, pero también había comentado que parecía haber mejorado bastante. ¡La diálisis era asombrosa! Además, estaba seguro de que el día menos pensado conseguirían un riñón para un trasplante.

Bryce no estaba dispuesto a admitir que su padre no figuraba en la lista de personas a la espera de un trasplante; de hecho, ni siquiera era candidato a un trasplante por culpa del cáncer de pulmón.

—Me quedaré durante todo el tiempo que lo necesites —le aseguró Lucas. Al fin y al cabo, se lo debía a su tío.

—¿Puedes alejarte del trabajo durante tanto tiempo?

—Ajá. Voy a dejar la empresa, ¿no te lo he dicho?

—Sí, sí. —Joe guardó silencio—. ¿Dónde te alojarás mientras estés aquí?

—Ahora mismo estoy en el Black Swan —contestó—. Acabo de hablar con el agente de la inmobiliaria y le he dicho que busque una casa para alquilar durante una temporada.

—Puedes quedarte aquí si quieres —lo invitó Joe, pero ambos sabían que no era cierto. A Didi no le gustaría nada tenerlo en la casa y si ella no estaba contenta, nadie podría estarlo.

—No pasa nada.

—¿Crees que puedes ayudar a Bryce? ¿Ayudarlo tal vez a encontrar trabajo? Nunca ha encontrado un empleo que le guste, aparte de lo que hace en la protectora de animales.

—Veré qué puedo hacer.

—El simple hecho de que estés aquí va ser fantástico. Siempre te ha adorado. Siempre ha querido hacer lo que tú hacías, fuera lo que fuese.

Lucas asintió con la cabeza. Eso era cierto. Desde los cromos de béisbol al reparto de periódicos. Si Lucas tenía algo, Bryce lo quería. Y Didi se aseguraba de que lo consiguiera.

—También necesito tu ayuda en otro asunto —susurró Joe, y Lucas se cabreó de repente al pensar que el pobre hombre tuviera que susurrar en su propia casa.

—Dime —replicó al tiempo que tapaba mejor a su tío con la manta. La habitación era un congelador. Otro detalle que recordaba perfectamente.

Joe miró de reojo hacia la puerta y después tomó un bloc de notas y un bolígrafo. Tras escribir algo, se lo pasó a Lucas.

Quiero divorciarme antes de morir.

Lucas miró a su tío. Después miró de nuevo el papel. Y volvió a mirar a su tío.

—En fin, la leche, tío... —dijo y sonrió—. Me pondré manos a la obra.

—Gracias, Lucas. —Su tío sonrió, pero cerró los ojos—. Me alegro de que estés aquí —añadió con un deje soñoliento en la voz. De repente, abrió los ojos—. A lo mejor puedes ver a tus antiguos amigos mientras estás en el pueblo. —Le guiñó un ojo, dejando ver al Joe de antaño, y se quedó dormido, así sin más.

Capítulo 6

—Ah, Colleen, eres tú. —Carol Robinson, una de las agentes inmobiliarias de la zona, la miró con expresión cínica—. Muy bien, pasa. Pero no pienso enseñarte el sitio. Sé que no lo vas a comprar.

—Encantada de verte, Carol. —Piña colada, muy chapada a la antigua, así era Carol—. ¿La bursitis vuelve a darte problemas?

—No, es que no quiero perder el tiempo. Hola, Jeanette, ¿cómo estás?

La madre de Colleen se apartó la camisa del pecho.

—¡Esto es un horno, Carol! ¿Cómo lo aguantas?

—Estás sufriendo un sofoco. Yo todavía los tengo —repuso Carol—. Es ridículo.

—Es peor que el infierno —dijo su madre—. No pongas esa cara, Colleen. Ya te enterarás.

—Me muero de ganas. Carol, ¿tienes un folleto de la casa? —La susodicha le ofreció uno con un suspiro—. Por cierto, ¿tienes que andar por mitad de la carretera todas las mañanas? El otro día casi te atropello.

—Ah, claro, te vi pasar a toda pastilla. Jeanette, tu hija y ese Mini rojo que tiene...

Colleen había llevado a su madre a la visita de una casa en venta y, sí, de acuerdo, tenía cierta reputación entre los agentes inmobiliarios. No era culpa suya. Sí, quería comprar una casa, le apetecía muchísimo, la verdad. Tenía treinta y un años, por el amor de Dios. No quería vivir en la planta alta de su hermano para siempre. Su casa era una monada; el problema era que se trataba de la casa de los dos y ella quería un espacio propio. Un espacio donde, sí, tendría esos adorables niños y *Rufus* podría corretear a sus anchas; y su marido y ella disfrutarían de mucho sexo.

Y desde que Lucas Damien Campbell había entrado en su bar la otra noche, se sentía mucho más motivada para encontrar dicho marido y parir dichos niños.

Ese día se había llevado consigo a su madre porque *a)* era una santa y *b)* era otra de las Fechas Importantes de su madre, y tenía muchas, el noventa y nueve por ciento de ellas relacionadas con un acontecimiento aciago en el que su padre estaba involucrado.

La casa en cuestión era blanca y contaba con un porche, un camino de entrada en forma de herradura y un precioso jardín muy amplio. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña, ni demasiado nueva ni demasiado vieja. Cocina remodelada con armarios blancos y puertas de cristal, mucho espacio de encimera en caso de que le diera por cocinar (algo que no pensaba hacer, pero que podría suceder... cuando las ranas criaran pelo). El salón tenía muchos ventanales y una chimenea preciosa.

Colleen y su madre subieron al piso de arriba mientras Carol retomaba la lectura de su novela de espías.

Coll sintió un rayito de esperanza. Si estaba ocupada mudándose a otra casa, pintando y comprando un sofá nuevo y platos, tendría menos tiempo para quedarse tumbada en la cama pensando en cierto «no desconocido» alto y moreno. «Pelo negro, hijo del diablo», solía decir su abuela, y sí que tenía razón. Lucas tenía el pelo negro y le había destrozado el corazón. Jeremy Lyon tenía el pelo negro y le había destrozado el corazón a Faith al salir del armario el día de su boda. Su padre tenía el pelo negro y le había destrozado el corazón a su madre.

Connor, en cambio, tenía el pelo castaño, ya que había salido a su familia materna, y no le había destrozado el corazón a nadie. Levi Cooper, jefe de policía y veterano condecorado: rubio oscuro, y estaba haciendo muy feliz a Faith esos días. Gerard Chartier: calvo, un picaflor muy alegre que le caía bien a todo el mundo. La abuela sabía de lo que hablaba.

El dormitorio principal se encontraba al final del pasillo y era una pasada. Con el techo abuhardillado, un banco junto a la ventana y estanterías encastradas. Incluso tenía espacio para un televisor si le apetecía poner uno. Aunque no le parecía bien ver la tele estando en la cama; en su mente, se imaginaba que Tom Hardy la estaba esperando, desnudo e impaciente, a ella, su adorada esposa. La verdad, sin embargo, sería que estaría *Rufus* y ella viendo un maratón de HGTV o *Juego de tronos*. (¿Era Jon Nieve demasiado joven para babear por él? Seguramente y, ¡uf!, otro con pelo negro.)

—Es precioso. ¿Qué, no te gusta? —preguntó su madre.

—Nada —contestó Colleen.

—Ya le verás algo. Siempre lo haces.

—Gracias por el voto de confianza, mamá.

Su madre entró en el dormitorio.

—Ay, Collie, tienes que ver esto, cariño.

El baño principal era enorme: suelo de azulejos, ducha empotrada y una enorme bañera triangular, lo bastante grande para que entraran Colleen y Tom Hardy y sus músculos.

—¡Ay, ay! —exclamó su madre. Se le puso la cara colorada como un tomate y empezó a agitar la camisa de nuevo—. ¡Ay, Dios! ¡Ay, señor! ¡Creo que me está dando otro sofoco!

—¿De verdad? Pues no se te nota nada.

Su madre siempre había sido de las que hablaban largo y tendido de sus problemas físicos. «Sangrar como un cerdo» había sido una frase muy popular en los viejos tiempos, cuando tenía la regla. «Los ovarios del tamaño de ciruelas» era otra. «La comida china me ha sentado como un tiro.» Una de tantas maneras en las que su madre era tremenda.

Siguió agitando la camisa antes de meterse en la bañera.

—La porcelana parece de hielo. Gracias a Dios. —Se tumbó, jadeante y con la cara colorada, y Colleen esperó, acostumbrada a esas alturas a las aventuras menopáusicas de su madre. Al cabo de un minuto, Jeanette levantó la cabeza, con el pelo humedecido por el sudor, y examinó la bañera—. ¿Cuántos chorros de agua tiene este chisme? —preguntó con expresión pensativa.

—Quita, quita, mamá. —Pero tenía unos cuantos. Muy oportuno, por si el matrimonio con Tom Hardy no funcionaba.

—¿Por qué? Solo porque ahora mismo tengo la sensación de que unos jaramagos dan vueltas por mis...

—Dios te salve María, llena eres de gracia —empezó Colleen—. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres si eres capaz de callar a mi madre, y bendito es...

Su madre la miró con cara de martirio.

—Que sepas, Colleen, que porque esté atravesando la menopausia y tu padre me haya dejado por «Esa Puta» no quiere decir que no tenga ciertas necesidades.

—¡Mamá! Por favor.

—¿Qué pasa? ¿De repente he dejado de ser humana? ¿No se me permite sentirme sola? Oye, ¿sabes que John Holland se casó hace un par de semanas?

Otra costumbre de su madre: anunciar hechos conocidos por todos como si fueran primicia. Por supuesto que lo sabía. Era la mejor amiga de la hija del novio, y si había alguien más querido que el padre de Faith, Colleen no lo conocía. A ella no le habría importado ser la segunda señora Holland. En fin, tampoco era eso. Pero siempre había sido divertido coquetear con él.

—Llevaba viudo veinte años —siguió su madre.

—Mamá, ya lo sé. Crecí con Faith, ¿te acuerdas?

—Pues claro que me acuerdo. Os pasabais la mitad del tiempo en nuestra casa. El asunto es que tanto la señora Johnson como él son mayores que yo.

—Cierto. ¿Quieres ver el resto de dormitorios? —preguntó Colleen.

De momento, la casa no le había dado motivos de queja. Sin embargo, el rayito de esperanza se apagaba. Ese cuarto de baño seguramente era demasiado grande. Siempre había creído que cuando encontrase la casa adecuada, lo sabría. Al punto.

Tal como lo había sabido con Lucas cuando entró en su clase de Lengua.

Y así había acabado ella.

Le vibró el teléfono móvil al recibir un mensaje de texto. De Bryce, nada menos: «¿Crees que Jessica Dunn es buena xa mí?»

Ah, mierda. En primer lugar, Jessica Dunn nunca saldría con alguien como Bryce; Jess tenía un punto macarra que la hacía muy atractiva y Bryce era más simple que el mecanismo de un chupete. Y en segundo lugar, ¡estaba Paulie!

«Pues no», le contestó. «Espera. Tengo a alguien en mente para ti. Es especial.»

«¿Guapa?», fue la respuesta inmediata.

Suspiró. Paulie no podía calificarse de guapa. «Despampanante.»

«Estupendo», fue la respuesta. «¡Nos vemos!»

—Voy a quedarme aquí otro minuto tendida —dijo su madre—. Pero, Colleen, he estado pensando. No parece que tu padre vaya a recuperar el sentido común. Creía que «Esa Puta» era cosa de una crisis de mediana edad, una aventurilla...

—Llevan juntos diez años, mamá.

—E incluso después de tener a esa niña, creía que volvería conmigo.

—Savannah, mamá. Di lo que quieras de Gail, *el Zorrón*, pero sé buena con Savannah. Es mi hermana.

—Tu hermanastra. —Su madre se incorporó, tomó una de las toallas que estaban enrolladas a modo de decoración y la humedeció un poco con agua antes de pegársela al pecho—. La cosa es que John Holland tiene nietos ya adultos y solo tiene sesenta y pocos años, pero ha encontrado a alguien. Yo solo tengo cincuenta y cuatro y ¿qué tengo? Nada. Ni nietos ni una nuera, y tampoco hay nada en el horizonte. ¿Qué os pasa a Connor y a ti?

Una pregunta muy familiar.

—¿Qué te pasa a ti, mamá? ¿Por qué no me has dado un padrastro agradable? No le diría que no a Mariano Rivera, por ejemplo. O a George Clooney. La verdad, me casaría con cualquiera de ellos sin pensarlo, así que táchalos de la lista. Sean Connery, ese valdría. O Ed Harris. ¿Por qué no te has casado con Sean Connery o con Ed Harris, mamá?

—Tu padre se casó con «Esa Puta». John Holland se ha casado con la señora Johnson. Cathy Moore se volvió lesbiana y se casó con Louise. Y aquí estoy yo, sentada en una bañera pasando un sofoco. Justo el día que se cumplen diez años desde que tu padre me abandonó, nada menos.

—En fin, puedes salir de la bañera, mamá.

—Ya verás cuando llegues a la menopausia. Te vas a enterar de lo que vale un peine. —Su madre suspiró—. Estoy cansada de que todo siga igual. Quiero una vida. Quiero darme un revolcón.

«Dios te salve María, llena eres de gracia...»

—Barb McIntosh me contó que le dijiste que podías emparejar a cualquiera. ¿Eso también me incluye a mí o yo no cuento?

Colleen, que estaba examinando la alcachofa de la ducha, volvió la cabeza como un rayo.

A lo largo de todos los años que habían pasado desde el divorcio, su madre no había tenido una sola cita. Nada.

—¿De verdad? ¿Quieres tener una cita?

—Sí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Tu padre tiene a «Esa Puta», y si John Holland puede encontrar a alguien, seguramente yo también. No doy asco, ¿verdad? —Su madre salió de la bañera y se apartó el pelo del cuello con un gesto majestuoso, uno que Colleen había copiado de pequeña.

«Peligro», escuchó que decía la voz de Connor en su cabeza. Desde luego que su hermano era el gemelo lógico. Y sí, emparejar a su madre podría ser el equivalente emocional a que la torturasen con agua.

Claro que su madre llevaba años esperando a que su padre volviera. Primero fue la negación y después la amargura como deporte olímpico. A lo mejor lo que necesitaba para olvidarse de su padre era a otro hombre. Desde luego, siempre lo había creído así.

—Y si conozco a alguien, a lo mejor tu padre se pone celoso y por fin deja de tener la cabeza por debajo del cinturón.

Mierda. Usar a terceras personas que poner celoso a alguien... eso nunca salía bien.

—Mamá, si quieres salir con alguien, encontrar a una persona, creo que sería estupendo. Pero papá no va a volver.

—Nunca se sabe. ¿Y bien? ¿Me vas a ayudar? Tengo que crearme un perfil en Internet.

Faith había hecho lo mismo con su padre el otoño anterior. No había sido una experiencia especialmente positiva, aunque bien estaba lo que bien acababa. Además, Faith era dulce e ingenua.

Ella no.

Si sabía de algo, era de hombres y de cómo pensaban.

—¡Ah! —exclamó su madre, que se agarró al brazo de Colleen—. Adivina de qué otra cosa me he enterado. ¡Adivínalo! ¡Adivínalo!

—¿A qué huelen las nubes? —repuso Colleen.

—No, inténtalo de nuevo.

—¿De qué, mamá?

Su madre le soltó el brazo, se atusó el pelo y miró a Colleen con expresión triunfal.

—Me he enterado de que Lucas Campbell ha vuelto al pueblo.

—Lo sé.

—¡Sorpresa! ¿No es estupendo?

—Ha vuelto porque a Joe Campbell no le queda mucho, así que diría que no es una sorpresa.

—¡Lo es! Es estupendo porque...

—No sigas, mamá.

—Porque nunca lo has superado. —Su madre la miró con expresión triunfal.

—Eso es discutible. —Cierto que se trataba de una discusión que seguramente perdería, pero aun así...—. Además, está casado, mamá.

—No. Está divorciado.

Colleen parpadeó.

—¡Ajá! ¡Sabía que no lo sabías! —se jactó su madre.

—¿Habéis terminado ahí arriba? —preguntó Carol desde la planta baja—. Que sepáis que hay personas aquí que a lo mejor sí van a comprar la casa.

—Bajamos enseguida. No le gusta —gritó su madre. Colleen apenas si la escuchó.

¿Divorciado?

No, Lucas no se lo había comentado la otra noche. Empezaron a surgir preguntas en su cabeza. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Tenía el corazón destrozado? ¿Estaba amargado? ¿Le había puesto los cuernos? ¿Se los había puesto ella? ¿Estaba saliendo con alguien?

«Céntrate», se ordenó. «Te rompió el corazón. Se enamoró de otra y te dejó. Igualito que papá.»

—¿Colleen? —dijo su madre—. No te interesa la casa, ¿verdad?

—Es casi perfecta —contestó tras carraspear—. Pero no hay suficiente sombra en la parte delantera.

Durante la primera semana de su regreso a Manningsport, Lucas habló con un abogado que le dijo que sería prácticamente imposible que su tío Joe consiguiera divorciarse. Sin embargo, no estaba dispuesto a tirar la toalla. La ley relativa al divorcio existente en el estado de Nueva York era una complicada maraña de normas puritanas, pero tal vez hubiera una brecha jurídica en algún sitio. Y además de ese tema, también estaban las finanzas de su tío. Quería que todos sus bienes fueran a parar a manos de Bryce. Lo que no se sabía era exactamente la naturaleza y la cantidad de dichos bienes, ya que Didi ejercía un férreo control sobre la economía familiar.

Entre tanto, había encontrado un apartamento de alquiler completamente amueblado en un bonito edificio situado en la plaza del pueblo, a unos escasos doscientos metros de la taberna de O'Rourke. Un sitio que había evitado, ya que no quería mosquear a Colleen (aunque pensar en sus mosqueos no era una mala manera de matar el tiempo).

Ese día, en cambio, se dirigía a la Protectora de Animales de Manningsport para ver a Bryce y para, con un poco de suerte, convencerlo de llevar a cabo un plan de futuro que incluyera algo más que jugar con la videoconsola en el sótano de su madre. Bryce adoraba a los animales. A lo mejor podía convencerlo de que estudiara para ser auxiliar veterinario o algo por el estilo.

La protectora se emplazaba en un edificio de color gris situado en las afueras del pueblo. La camioneta Dodge Ram de Bryce estaba aparcada en la acera, junto a un bonito Porsche y a una bicicleta de montaña con una cesta de mimbre en el manillar. Lucas entró en el edificio. La sala de espera estaba vacía, pero alguien hablaba tras una puerta que estaba cerrada. Murmullos femeninos y la voz más clara de Bryce.

—Vamos a usar un poco de lubricante, ¿te parece bien, preciosa? No te asustes. Solo voy a meterte el dedo así, despacito y con suavidad.

Lucas se quedó petrificado.

—¿Verdad que te gusta, cariño? —siguió Bryce.

La respuesta fue un gemido.

¿Qué narices estaba pasando? ¿Bryce estaba echando un polvo en la protectora de animales?

—¿Bryce? Soy Lucas.

Alguien arrastró un mueble en el interior de la estancia, tras lo cual la puerta se abrió y apareció Colleen, con el pelo alborotado y las mejillas sonrojadas.

Los celos lo asaltaron provocándole una rabia candente, y durante un instante lo vio todo rojo.

—Hola —lo saludó ella, que abrió los ojos de par en par.

—Colleen...

Su tono de voz la hizo enarcar las cejas, tras lo cual miró hacia atrás.

—Bryce, ha venido tu primo —anunció.

—¡Hola, Lucas! —gritó Bryce—. Estoy un poco sucio. Ahora mismo salgo.

Colleen salió a la sala de espera, cerrando la puerta tras de sí.

—Nos vemos de nuevo. ¿Cómo te va, *Español*?

Era su antiguo apodo... Colleen solía decir que parecía un pirata español.

—Estoy bien —contestó con tirantez—. ¿Qué estabais haciendo ahí dentro exactamente?

Colleen enarcó una ceja y después sonrió.

—Parecía un momento erótico, ¿verdad? Pues no. Bryce estaba apretándole las glándulas anales a una perrita preciosa.

—Esto... muy bien. No sé qué decir.

—Lo sé. Es imposible encontrar una buena réplica a algo así.

—¿Tan tranquila es la vida por aquí que os divertís de esta manera?

—No sabes de lo que hablas. ¿Quieres entrar para verlo? A tu primo se le da de vicio. —Sonrió, y Lucas sintió que esbozaba una sonrisa en respuesta.

—Así que tu perro necesitaba, mmm... ¿un tratamiento especial? —preguntó.

—No, si fuera mi perro necesitaríamos a los New York Giants y a un veterinario muy valiente. Es la *Señora Tuggles*, una de las adquisiciones más recientes de Paulie. Mi perro es aquel que está allí, *Rufus*. —Señaló hacia un rincón y Lucas descubrió a un perro gris del tamaño de una vaca, tumbado de costado como si estuviera muerto.

—¿Te estás portando bien, *Rufus*? —preguntó Colleen.

El perro empezó a menear el rabo a modo de respuesta.

—Bueno, esas glándulas anales... —dijo Lucas—, ¿es un truco para unir a Paulie y a Bryce?

—Ajá.

—Qué romántico.

—Oye, está funcionando. Verás, Lucas, muchos hombres son incapaces de apreciar lo que tienen delante de las narices, así que hay que explicárselo. Muy claro. A voz en grito. —Hizo una pausa para dejar que asimilara el comentario, por si acaso se le escapaba la indirecta (fuera la que fuese)—. Además, la *Señora Tuggles* tenía una obstrucción y no paraba de restregar el trasero por la alfombra de Paulie. Ya te imaginas el panorama...

La puerta de la sala de exploración se abrió de nuevo y allá que apareció Paulie, llevando en brazos a la *Señora Tuggles*, una perrita oronda que en ese momento parecía la mar de satisfecha, con la boca abierta y la lengua colgando. La perrita bostezó y cerró los ojos.

—Parece que le vendría bien fumarse un cigarrito —comentó Colleen—. Bryce, ¿qué le has hecho?

—Ponerme a sus pies —contestó Bryce mientras se limpiaba las manos con toallitas de papel—. ¡Hola, Lucas! Conoces a Paulie, ¿verdad? Coincidimos con ella en bachillerato.

—Me alegro de volver a verte —dijo la aludida.

—Lo mismo digo, Paulie —replicó él con una sonrisa. Las mejillas de Paulie adoptaron un tono rosa... luego rojo... y después toda la cara se le llenó de manchas rojizas. Eso era sonrojarse y lo demás, tonterías.

—*Señora Tuggles*, te presento a Lucas —dijo Bryce, que se inclinó para darle un beso a la perrita en la cabeza. La posición lo dejó muy cerca del pecho de Paulie, cuyo rostro adoptó un tono más cercano al morado que al rojo, mientras la perrita lamía la cara de Bryce con un fervoroso y baboso agradecimiento. Un poco repugnante, la verdad.

—¿Tienes un momento, Bryce? —preguntó cuando la perrita dejó de morrear a su primo.

—Claro. Ha sido un placer veros a las dos —dijo Bryce—. Bueno, a las tres —rectificó mientras acariciaba al perillo en la cabeza.

—Ah, sí, esto... claro, igualmente —replicó Paulie, que carraspeó y respiró hondo—. Colleen, gracias por acompañarme —añadió en voz muy alta y monótona—. La *Señora Tuggles* me tenía muy preocupada y me ha venido bien contar con una amiga. —Tomó una entrecortada bocanada de aire—. Bryce, has sido maravilloso. Una noche de estas te invitaré a una cerveza. —Su cara parecía a punto de estallar.

Lucas apostaría lo que fuera a que esas frases se las había dicho Colleen.

—Claro. Será estupendo —aceptó Bryce, que estaba en Babia.

Paulie parpadeó varias veces y se tambaleó hacia atrás, como si estuviera a punto de desmayarse.

Colleen le dio un empujoncito mientras recogía un casco de ciclista de una de las sillas.

—Hasta otra —se despidió de ellos—. Paulie, te acompaño fuera. ¡Vamos, *Rufie!*

Las mujeres y sus animales se marcharon, y Bryce se desesperó, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Creo que Colleen va detrás de mí —comentó.

Lucas sintió otra vez el aguijonazo de los celos.

—Yo te diría que no —repuso.

—Nunca se sabe. Ella y yo... —Miró a Lucas como si acabara de recordar en ese momento que Colleen estuvo con él en el pasado—. Esto... nada. Nos llevamos bien. Como amigos, ¿sabes? En el bar, hablando de todo. Somos colegas. Tienes razón, no va detrás de mí. —Se crujió los nudillos—. ¿Qué puedo hacer por ti, hermano? ¿Quieres un perro? ¿O un gato? Mi madre no me deja tener ni lo uno ni lo otro, así que seguramente por eso trabajo aquí, ¿no crees?

—No puedo tener una mascota, Bryce —respondió él—. Solo me quedaré en el pueblo una temporada.

—Cierto, cierto. Aunque podrías mudarte aquí otra vez.

—Ni de broma, colega.

—Muy bien. Siempre serás del South Side.

Lucas sonrió.

—He pensado que podías enseñarme este sitio, ya que pasas tanto tiempo aquí.

—¡Claro! Vamos a la parte trasera.

Otra puerta daba acceso a las perreras. Los habitantes eran los esperados: pitbulls, rottweilers y unos cuantos perros entrados en años. Bryce tuvo una palabra amable para cada uno de ellos, hasta para el chucho de pelo oscuro que ocupaba la última perrera y que lo recibió con un gruñido. Después pasaron a la sala ocupada por los gatos, donde había demasiados felinos de distintos colores y tamaños.

Bryce levantó un gatito.

—¿Quién es el gatito más bonito, eh? ¿Quién es el más guapo? ¡Tú, precioso! —El gatito le dio con una pata en la nariz y maulló.

Lucas nunca había tenido una mascota. Supuso que podría tener una. Pero lo malo era que no pasaba mucho tiempo en casa. A lo mejor cuando dejara de trabajar en Forbes se hacía con un perro que pudiera llevar en la camioneta a las obras y que se tumbara a sus pies por las noches. Sería agradable tener compañía.

En fin. Esperaría hasta estar de vuelta en Chicago. Estaba seguro de que en la ciudad habría muchos animales a la espera de ser adoptados.

—Bryce, ¿no has pensado nunca en ser un auxiliar veterinario? —preguntó—. Se te dan muy bien los animales.

—¡Gracias! Pero no, la verdad. Hay que estudiar para eso.

—¿Y qué? Supongo que podrías hacerlo a tiempo parcial.

—Bueno, da igual. De todas formas, la protectora no puede pagar un sueldo. Todos somos voluntarios, y cuando hace falta un veterinario de verdad, viene el doctor Metcalf.

—¿No podrías trabajar para el doctor Metcalf?

Bryce se encogió de hombros.

—Tiene a una tipa buenisima que trabaja con él. También es voluntaria. Nos hemos liado un par de veces. —Se rascó la cabeza—. A lo mejor debería llamarla. Estoy pensando en tener hijos.

¡Vaya!

—Ajá, serías un padre estupendo —dijo. Al menos, esperaba que lo fuese—. Pero antes necesitas un trabajo. Y seguramente una casa propia, para que no tengas que criar a tus hijos en el sótano de tu madre.

—Cierto. ¿Te apetece una cerveza? Creo que la taberna de O'Rourke está abierta.

—Son las once y media, Bryce.

—Ajá, pues entonces ya está abierta. Ah, y lo pilló. No quieres ver a Colleen.

Lucas miró a su primo.

—No tengo el menor problema por ver a Colleen.

—Ya.

—Es verdad.

—De todas formas, supongo que te traerá recuerdos, ¿no? Porque lo vuestro fue muy fuerte.

—De eso hace mucho. De todas formas, sobre lo de conseguir un trabajo, Bryce...

—¡Mierda! Se me había olvidado. He quedado para almorzar con mi madre. Tengo que irme. —Justo en ese momento se abrió la puerta principal y entró una mujer muy guapa—. ¡Hola, Ange! Justo a tiempo.

—Hola, Bryce —replicó ella con voz sensual al tiempo que miraba a Lucas (de arriba abajo, algo que le resultó muy gratificante)—. ¿Es tu hermano?

—Mi primo. Lucas, te presento a Angie. Angie... eh...

—Beekman.

—¡Eso! Ange, tengo que irme pitando, pero escucha. ¿Quieres que nos tomemos algo algún día?

Lucas no pudo evitar compadecerse de Paulie.

—Claro —respondió ella con una sonrisa coqueta—. Nos vemos por ahí.

Lucas se pasó una mano por el pelo mientras Bryce arrancaba la camioneta unos segundos después y se alejaba del aparcamiento demasiado rápido, como de costumbre.

* * *

Cuando Lucas tenía quince años, su primo le salvó la vida.

—¿Recuerdas cuanto te salvé? —le preguntaba Bryce de vez en cuando. Y Lucas respondía que sí, que por supuesto que se acordaba, y que sí, que tuvo suerte de que Bryce estuviera allí y que, efectivamente, se llevaban tan bien como si fueran hermanos y que claro que se parecían mucho, porque ambos se parecían a sus padres, y Dan y Joe podrían pasar por gemelos.

No se trababa de que a Lucas le cayera mal Bryce. Porque Bryce no le caía mal a nadie. Bryce Campbell, el hijo único adorado de los tíos de Lucas, era un niño siempre alegre, dispuesto a cualquier cosa y con un grave caso de adoración al héroe. Mantenía las distancias con la hermana de Lucas, Stephanie, que era seis años mayor y que se refería a él con el nombre de «niño». Pero a Lucas se pegaba como si fuera una garrapata.

Unas tres veces al año, Joe, Didi y Bryce los visitaban (ellos, al contrario, jamás recibieron una invitación para conocer la pudiente urbanización situada al norte de Chicago donde vivían Bryce y su familia). Y siempre que eso sucedía, Bryce se le pegaba como una lapa, con los ojos como platos, asombrado por cualquier cosa que Lucas hiciera o dijera: su diminuta habitación situada en la tercera planta de la casa unifamiliar pareada en la que residían; su bicicleta de segunda mano; las acrobacias que hacía con ella. Lucas era un fan de los White Sox, obviamente, ya que era del South Side. Bryce cambió su camiseta de los Cubs para ir vestido como Lucas, un gesto que estuvo a punto de lograr que sus amigos lo apedrearán. Lucas quitaba la mesa después de la cena, porque era el tipo de niño que ayudaba con las tareas domésticas. Bryce decidió que no había nada tan divertido y exótico como lavar los platos a mano. Y lo raro era que lo decía en serio.

Bryce no acababa de entender que a Lucas no solo le permitieran tener una navaja, sino que además también pudiera usarla, y el proceso de tallar la madera le parecía casi milagroso. Bombardeaba a Lucas con preguntas sobre su difunta madre, que había muerto de ELA cuando él tenía seis años. ¿La echaba de menos? ¿Cómo era lo de tener una madre portorriqueña? ¿Alguna vez veían su fantasma? A Bryce nunca se le ocurrió que tal asunto pudiera ser doloroso.

A Lucas le caía bien su primo. Pero Bryce podía ser muy pesado, como un cachorro empeñado en jugar con un palo. Al principio resultaba gracioso. «Anda, mira, un

palo. ¡Ve a por él, preciosos!» La décima vez, tras comprobar que el entusiasmo del cachorro no había variado pero que el propio había decaído, solo se deseaba que el perrito se echase una siesta. La vigésima vez ya dolián los brazos de lanzar el palo. Y cuando se había lanzado cincuenta veces, uno se preguntaba en qué estaba pensando cuando decidió tener perro.

Siempre sentía una especie de alivio cuando veía que Bryce se montaba con renuencia en el automóvil con sus padres.

—¡Dios mío, qué mala es esa mujer! —solía comentar su padre de la mujer de su hermano, mientras le alborotaba el pelo a Lucas. Aunque era evidente que su tía Didi apenas toleraba a la familia de su marido, siempre los acompañaba durante sus visitas, aunque tuviera que limpiar las sillas antes de sentarse en ellas—. Pero tu primo es un niño estupendo, ¿a que sí?

Y Lucas contestaba que sí, que Bryce era muy simpático. Y lo era.

Joe Campbell era el hermano al que la vida le sonreía. Dan jamás logró salir del ruinoso vecindario en el que habían crecido. Joe fue a la universidad, algo casi milagroso, mientras que Dan acabó trabajando como mecánico, se casó con la vecina de al lado y se mudó a un apartamento situado en la misma manzana que la casa en la que había crecido.

Saltaba a la vista que Joe veía su infancia de modo más idílico que como la veía el padre de Lucas. El mismo Lucas era consciente de ese hecho incluso de pequeño, porque percibía el mal genio de su padre cuando el tío Joe empezaba a describir poéticamente los paseos en bici en el descampado o cuando dejaban los centavos en la vía para que el tren los aplastara. Al fin y al cabo, Joe y su familia se irían cuando llegara el momento.

Cuando Steph cumplió los diecinueve años, se fue a vivir con su novio y tuvieron una niña. Otra cosa que a Bryce le parecía asombrosa. ¡Lucas era tío! ¡Él desearía tener una hermana para poder ser tío también!

—Bryce, cariño mío, un bebé no siempre es una buena noticia —le dijo la tía Didi.

—Este bebé lo es —replicó Lucas al tiempo que miraba a su tía con gesto desagradable. Mercedes era preciosa y olía muy bien, casi siempre, y Steph era una buena madre.

Didi ni siquiera parpadeó.

—Bueno, ya veremos cómo avanzan las cosas, ¿eh? —murmuró—. No todos estamos contentos de que Stephanie viva gracias a nuestros impuestos. —Y aunque no estaba seguro al cien por cien de lo que su tía insinuaba con eso, Lucas sabía que era una crítica.

Las visitas de Joe, Bryce y Didi no eran frecuentes, de modo que Lucas no tenía que preocuparse mucho por ellos. ¿No sería agradable irse de vacaciones a las islas Turcas y Caicos, estuvieran donde estuviesen? Seguramente. ¿No sería agradable tener una tele de pantalla plana en el dormitorio? Claro. Pero Lucas no se cambiaría con su primo por nada del mundo. Su hogar siempre le parecía un poco mejor después de cada una de esas visitas. Desgastado por el uso, en vez de destartado, y bañado por la luz del alivio de tenerse los unos a los otros al menos.

Hasta que arrestaron a su padre.

Cosas que Lucas no sabía sobre su padre:

1. Lo arrestaron a los dieciocho años por robar un automóvil (un Camaro que tenía las llaves puestas, así que ¿quién podía resistirse? Desde luego no podía hacerlo un estadounidense de dieciocho años nacido en la parte pobre de la ciudad).

2. Lo arrestaron a los veintiuno por allanamiento de morada y vandalismo (la casa de la señora Ortega, en cuyo salón se sentó con su amigo para ver el Cinemax y beberse su aguardiente).

3. Tenía una deuda de 97.500 dólares, a causa del tratamiento médico de su madre durante su batalla contra la ELA.

4. Era un camello.

Lucas tenía quince años cuando lo arrestaron. Apareció la policía, que llevaba una orden judicial y registró la casa mientras él llamaba desesperado al taller mecánico. Era demasiado tarde. La policía encontró varias bolsitas de metanfetamina en una caja de zapatos escondida en la parte posterior del armario de su padre.

Al parecer, su padre se había convertido en un camello de poca monta dentro de la organización que dirigía uno de sus amigos del colegio. Era la única forma que encontró para evitar que los acreedores le quitaran la casa después de la muerte de su mujer. Ya trabajaba ochenta horas semanales en el taller. Debido al «pasado delictivo» de su padre, el juez lo condenó a dieciséis años.

—Lo siento, hijo —le dijo Dan a Lucas cuando lo esposaron.

Lucas lo abrazó e intentó no llorar. Era lo último que necesitaba su padre, que parecía haber envejecido diez años desde esa mañana. Además, iban a apelar la sentencia, les había dicho el abogado de oficio. La condena no era firme.

Lucas quiso irse a vivir con su hermana, pero Steph lo rechazó con lágrimas en los ojos. Rich y ella vivían en un apartamento diminuto y estaba otra vez embarazada, en esa ocasión de gemelos. Lucas juró que la ayudaría, que dormiría en el sofá. Mercedes lo adoraba, así que podía cuidarla y esas cosas. Steph le dijo que estaría mejor con el tío Joe.

Joe y Bryce aparecieron mientras Lucas estaba empaquetando sus cosas.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Bryce—. ¡Vas a vivir con nosotros! ¡Seremos como hermanos!

Lucas tuvo que contenerse a duras penas para no asestarle un puñetazo. No era fantástico. Su padre estaba en la cárcel, y aunque pudiera salir pronto (por favor, Señor) aquello distaba mucho de ser fantástico.

Puesto que no tenía ni voz ni voto en el asunto, Lucas se fue y se trasladó del South Side, el vecindario ajado pero muy unido lleno de gente de clase trabajadora donde había vivido toda la vida, a una urbanización plagada de calles con nombres ridículos: calle del Arroyo Sombrio, avenida del Viento del Oeste, glorieta del Valle de Shane.

Didi le enseñó su dormitorio, la estancia más pequeña de la casa, atestada con una cinta de andar que no se usaba (y que Didi insistió en que se quedara en la habitación en vez de trasladarla al sótano), un ordenador estropeado de principios de los noventa y una cama pequeña bajo el alero. Bryce esperaba compartir habitación con él, pero no fue así. Había otro dormitorio desocupado, pero Didi dijo que era para las visitas.

Todo le resultó horrible por lo diferente.

Había una piscina en la parte posterior, de cuyo mantenimiento se encargaba Juan. Lucas y él hablaban en español, algo que irritaba a Didi y que llenaba de admiración a Bryce. La hierba del jardín se cortaba de forma regular por una empresa de mantenimiento de jardines. También tenían una señora de la limpieza. Didi conducía un Mercedes, compraba en tiendas caras y, según la factura que encontró Lucas un día, se gastaba ciento cincuenta dólares en la peluquería cada cinco semanas.

Lucas recordó que su padre le pidió dinero a Joe haría unos cinco o seis años. Él estaba en el cuarto de baño, ya que necesitaba un descanso de las constantes preguntas de Bryce, y se estaba lavando las manos más despacio de la cuenta.

—Detesto tener que pedirte —dijo su padre—. Y no lo haría, pero... en fin... bueno, el hospital ha contratado a una empresa para cobrar las deudas. Estoy trabajando todo lo que puedo, pero...

—No, no, lo entiendo —le aseguró su tío Joe—. Mmm, le preguntaré a Didi.

Unas cuantas noches después, el tío Joe llamó, y las respuestas de su padre se fueron acortando poco a poco.

—Lo entiendo. Por supuesto que no, claro. No te preocupes. Gracias de todas formas. No. Claro. Ajá. —Colgó y suspiró. El sonido transmitió tal cansancio y desesperanza que Lucas debió de poner cara de asombro, porque su padre sonrió al instante—. ¿Quieres helado de postre? —le preguntó, y ambos fingieron que todo iba bien.

Unos cuantos meses después de esa llamada telefónica, Didi y Joe llevaron a Bryce a un crucero Disney por el Mediterráneo.

Durante las primeras semanas de su vida con ellos, Lucas mantuvo su ropa guardada en la mochila, porque sabía que no estaría allí mucho tiempo. Su padre había recibido una sentencia de dieciséis años, pero, ¡venga ya!, eso era para los violadores y los asesinos. No para un mecánico que trataba de saldar la deuda contraída por el tratamiento médico de su mujer y de sacar adelante a la familia. Seguro que el abogado de su padre arreglaba las cosas.

Sin embargo, a medida que los días se transformaban en semanas y pasaba el primer mes, Joe le explicó con tiento que las cosas tal vez se alargaran más de lo que él esperaba. Le sugirió que se instalara y considerara esa casa su hogar.

Cuando llegó el momento de hacer las compras para la vuelta al instituto, Didi le compró a Bryce ropa de Hollister, una tienda cara, y a Lucas, de una tienda de saldos. Las cosas estaban claras. Joe le regaló un guante de béisbol nuevo para su cumpleaños, el primer guante nuevo que había tenido en la vida, a pesar de llevar varios años jugando. Cinco minutos después de abrir el regalo, los susurros malhumorados de Didi y su gesto torcido convencieron a Joe de que Lucas no necesitaba un guante nuevo. Pero Bryce sí. Lucas podía quedarse con el guante usado de Bryce.

Y así todo. Era el trabajo de Didi el que les permitía vivir en una casa grande y tener un automóvil tuneado en el garaje («¿A que es fantástico que tu sobrina y nuestro automóvil se llamen igual? », le dijo Bryce una vez). Didi era vicepresidenta de algo, mientras que Joe trabajaba desde casa, y de forma esporádica además.

Pero a pesar de que su tío le aseguraba que estaban muy contentos de que viviera con ellos, pese a la adoración de Bryce, Lucas nunca se había sentido tan solo. Echaba de menos a Stephanie, que podía ser un desastre, sí, pero que también era muy graciosa y que durante el año posterior a la muerte de su madre le permitió comer helado de postre todas las noches, cuando su padre estaba trabajando. Echaba de menos a su sobrina, que le sonreía, lo llenaba de babas y balbuceaba con él. Su primera palabra incluso fue «Cucas» y todo.

Ser medio portorriqueño no tenía nada de malo en su antiguo barrio, pero en esa urbanización era el único mestizo, que él supiera. Echaba de menos que la gente lo conociera por quien era: el hijo de Dan, el hermano de Steph, que todos lo vieran como un buen muchacho. Echaba de menos su dormitorio con el póster de Yoda en una pared y en la otra, el de Michael Jordan.

En casa de Didi, las paredes estaban desnudas. Su colcha era azul; las sábanas, nuevas y tiesas; la cama, siempre hecha a la perfección, al contrario que las literas de su antiguo dormitorio, con su montón de mantas viejas pero suaves. Didi le ordenó que tirara su ajada almohada de plumas, aduciendo que le compraría una nueva, y que la suya posiblemente tuviera toda clase de vida microscópica creciendo en el interior. La obedeció.

Si solo se hubiera tratado de Joe y Bryce, habría sido más fácil. Pero Didi siempre estaba irritada cuando él se encontraba cerca, por más educado que tratara de ser. El hecho de que necesitara un corte de pelo o unos zapatos nuevos parecía un insulto personal, y su tía ponía cara de estar oliendo un cadáver putrefacto. Cuando tenía que presentárselo a alguien, siempre lo llamaba «el sobrino de Joe», jamás «nuestro sobrino». Tampoco era el primo de Bryce. Una noche, oyó que Didi hablaba con sus padres y que lo llamaba «el macarra del South Side», de manera que se vio obligado a salir a correr un buen rato para enfriar el rencor.

Bryce también era insoportable, pero de una manera muy distinta. Todo lo que hacía seguía fascinándolo, desde el hecho de limpiarse los dientes con el hilo dental todas las noches (su padre le había advertido de que mantuviera una buena higiene; puesto que no podían permitirse ir al dentista, le había dicho que más le valía cuidarse los dientes) hasta el hecho de que supiera cocinar.

Intentaba mantenerse al margen todo lo posible. Mantenía la cabeza gacha, se duchaba por la noche cuando todos estaban en la cama porque Didi se quejaba de la cantidad de agua caliente que malgastaba. Nunca pedía que le sirvieran una segunda ración y siempre se aseguraba de tener recogida la habitación. Se esforzaba para mantenerse al día con los estudios y le escribía cartas a su padre y a Steph porque no tenía teléfono móvil. Sin embargo, todos los días enviaba mensajes de correo electrónico desde la biblioteca, más concretamente desde el tercer ordenador de la segunda fila. También le enviaba cartas manuscritas a su padre porque este le había dicho un día durante una de las llamadas telefónicas semanales (algo que disgustaba a Didi) que recibir cartas era estupendo. Y que le encantaría que Lucas lo visitara.

Lucas se lo preguntó a su tío. Esperó hasta poder hablar a solas con él.

—Claro, por supuesto, veré cuándo podemos organizarlo —le dijo Joe, pero ahí se quedó todo.

Le preguntó otra vez y otra más. Una noche ya tarde durante su segundo mes en la casa, oyó a Joe y a Didi hablar a través del conducto de ventilación del aire acondicionado, una manera fantástica de escuchar a escondidas.

—Creo que mañana voy a llevar a Lucas a ver a mi hermano —comentó Joe de manera cordial, y Lucas dio un respingo al tiempo que el corazón le daba un vuelco.

Un silencio y después:

—¿Cómo dices?

—Será bueno para él. Lo está pasando mal.

—Joe, ¿eres idiota? ¿Vas a llevar a un niño a una cárcel? ¿Te imaginas el impacto que tendrá eso en tu hijo? Tal y como están las cosas, Lucas ya es una mala influencia para él. Creo que bastante me estoy sacrificando al aceptarlo en nuestra casa como nos hemos visto obligados a hacer. En la vida imaginaba que íbamos a acabar así. ¿Y ahora quieres que visite al delincuente tu hermano, que no es otra cosa que un camello?

Como era habitual, Didi se salió con la suya.

De modo que tuvo que conformarse con las cartas y los mensajes de correo electrónico.

Siete meses después, se enteraron de que iban a trasladar a su padre. Las cárceles de Illinois estaban saturadas. Trasladarían a su padre a una cárcel de Arizona en cuestión de una semana. Joe lo anunció durante la cena, y el gesto contrariado de Didi se torció todavía más.

—¿Crees que podrías llevarme a verlo este fin de semana? —preguntó Lucas, que aferraba el tenedor con fuerza.

—Claro, campeón —respondió su tío.

—Ya veremos —dijo Didi—. Pero esta no es una conversación apropiada para la hora de la cena, ¿no os parece? —Inclinó la cabeza hacia Bryce, que estaba sonriendo mientras enviaba un mensaje de texto con el teléfono móvil.

—Por favor, tía Didi. —Detestaba llamarla «tía». No se lo merecía, pero a lo mejor eso la ablandaba, por favor, Señor.

—Lucas, he dicho que ya veremos.

Eso significaba que no.

Su padre sería trasladado el lunes. Ya estaban a miércoles.

Esa noche, después de que la familia se marchara a sus dormitorios y cuando dejó de oír sus voces por el conducto de la ventilación, Lucas metió su ropa en la mochila barata, se preparó un par de sándwiches de mantequilla de cacahuete, tras lo cual limpió la encimera y metió el cuchillo en el lavavajillas. Después salió de la casa y cerró la puerta sin hacer ruido.

Su plan era muy sencillo: ir a casa de su hermana y convencerla de que le pidiera prestado el automóvil a su amiga. La cárcel estaba a unas tres horas de Chicago. Si ella no podía llevarlo, tal vez pudieran hacerlo los padres de Tommy O'Shea. Siempre les había caído bien. En una ocasión, Lucas intervino en una pelea para defender a Tommy y acabó con un ojo morado. A lo mejor eso bastaba para que lo llevaran. Y si no, siempre podía hacer dedo.

Caminó hasta las afueras de la urbanización y siguió durante algo más de un kilómetro hasta las vías del tren. Sería estupendo si pudiera colarse en un vagón de un tren de mercancías, como los vagabundos de antaño, pero los trenes que circulaban por esa vía eran cercanías y a esa hora de la noche pasaban volando. No obstante, las vías lo llevarían hasta Chicago, de manera que Lucas las siguió con el corazón alegre y a la vez triste.

Sería estupendo ver a su padre de nuevo. Pero también terrible, porque esa sería la última vez en mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

Arizona... dos días de trayecto en automóvil, y Lucas ni siquiera tenía permiso de conducir.

Había avanzado más de tres kilómetros cuando miró hacia atrás.

Mierda.

Bryce lo estaba siguiendo. Su primo levantó una mano y corrió para acortar la distancia que los separaba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lucas.

—¡Hola! Soy yo quien tendría que preguntarte eso, ¿no? ¿A dónde vas? ¿Te estás fugando?

Lucas respiró hondo.

—Voy a despedirme de mi padre. No me sigas, ¿me oyes? Volveré dentro de dos días o así.

—¡No, esto mola! Así que me voy contigo.

—Bryce, si vienes conmigo, tu madre hará que te busque la policía. Vete a casa, colega.

—¿Por qué? ¡Será divertido! ¡Los dos juntos!

—No. No puedes venir.

—Bueno, pues no pienso volver. —Bryce sonrió, pero el gesto tenía un fondo acerado, la testarudez propia de un niño acostumbrado a salirse con la suya—. Es mi tío. Yo también quiero despedirme de él.

—Pues vuelve a casa y dile a tu madre que te lleve.

—Sí, claro. Nunca me dejará que pise una cárcel.

—Exacto. ¿Qué crees que hará cuando vea que no bajas a desayunar?

Bryce se encogió de hombros. A lo lejos oyeron el silbido de un tren, tan solitario y triste como el aullido de un lobo.

Lucas se dio media vuelta y siguió caminando. Bryce se colocó a su lado.

—Esto va a ser estupendo. Iremos a ver al tío Dan y después podemos hacer dedo para regresar o lo que sea. A lo mejor podemos pasarnos por tu antiguo barrio y dar una vuelta.

Lucas se imaginó lo fantástico que sería darle un puñetazo a Bryce. Bien fuerte. Lo bastante fuerte como para tirarlo al suelo. Decirle que espabilara, que se pusiera en el lugar de los demás por una sola vez en la vida y que no fuera tan imbécil. Que se fuera a casa y que disfrutara de su condición de Hijo Perfecto y Adorado, y que no se apropiara de ese momento, de la despedida a su padre. Que comprendiera que la pérdida de su madre y de su padre era dolorosa, caramba. Que entendiera que no se trataba de una especie de aventura entre primos. Era la única oportunidad que Lucas tenía para despedirse de su padre, que había trabajado con ahínco y que había sido un idiota y había cometido un error, pero que también era una buena persona.

—Esto es divertido —dijo Bryce—. Me refiero a que nunca había estado en la calle a estas horas. —Sonrió.

—Ya —replicó Lucas.

El tren silbó de nuevo y Lucas colocó un pie en la vía. A través de ella sintió una leve vibración.

De repente, vio la manera de librarse de Bryce. Podía cruzar la vía en el último momento. Bryce no lo seguiría porque se asustaría. Cuando eran pequeños, jamás trataba de imitar las acrobacias que él hacía con la bicicleta, caballitos, saltos y giros. Ni siquiera había sido capaz de tirarse de cabeza al lago desde el embarcadero, cuando Joe los llevó el mes anterior.

De modo que podría atravesar las vías a la carrera, porque Bryce no lo seguiría. El tren pasaría frente a ellos, y era uno bien largo a juzgar por el sonido. Lo sabía porque para eso había crecido al lado de las vías. Y después correría todo lo posible, oculto por el tren, y se escondería. Bryce se daría por vencido y regresaría, y él le pediría perdón cuando volviera. Solo tenía que esperar a que el tren se acercara lo suficiente, de manera que Bryce no se atreviera a seguirlo.

Casi funcionó.

Cuando calculó que faltaban cuatro segundos para que pasara el tren, se apresuró a atravesar la vía.

Sin embargo, en vez de acabar en el otro lado, se detuvo de repente en el medio. «Deberías estar ya al otro lado», le dijo la voz de su conciencia con serenidad.

«Un segundo.»

Se le había atascado el pie. Entre dos traviesas. Llevaba unas Converse altas, de las que llegaban al tobillo. Y se las había atado bien, porque a Didi le daba un ataque cuando los veía con los cordones desatados. Lo que significaba que no podría sacar el pie porque no le daría tiempo a desatarse la zapatilla. Llevaba una lazada doble.

«Dos segundos.»

Tiró y tiró, y el tiempo pareció detenerse. Un sinfín de pensamientos pasó por su cabeza, tan claros como una noche de enero en las llanuras.

«Al menos será rápido», pensó. Seguido de «Bryce se va a acojonar» y «Pobre Steph, espero que los bebés nazcan bien».

Mientras tanto siguió tirando con todas sus fuerzas, pero la zapatilla estaba completamente atascada.

«Tres segundos.»

La luz lo bañó, cegándolo, y oyó el ensordecedor silbido del tren, («Lo siento, conductor, tú no tienes la culpa»). Miró hacia la luz, hacia el resplandor y el ruido, y supuso que había llegado su hora, pero que no pasaba nada porque su madre estaría esperándolo y...

Y, de repente, algo chocó contra él, y cayó al suelo, donde rodó sobre la gravilla y la tierra. El tren pasó de largo con un ruido ensordecedor, haciendo que el suelo temblara.

«Cuatro segundos.»

El tren se alejó por fin, pero tuvo que pasar un minuto para que reinara de nuevo el silencio. Solo se oía una respiración entrecortada.

—Madre mía —dijo Bryce con un hilo de voz, mirándolo. Lo vio esbozar una sonrisa—. Madre del amor hermoso. Estamos vivos, ¡gracias, Señor!

Bryce lo había salvado. Bryce había arriesgado su vida para salvarlo, se había lanzado hacia la vía, lo había empujado y el golpe lo había liberado.

Su primo lo había conseguido.

Y aunque se alegraba de no haber acabado despachurrado en las vías del tren, manchando para siempre la conciencia del conductor, Lucas se dejó llevar por cierta tristeza.

—Gracias —dijo.

—¿Estás de broma? ¡No iba a permitir que murieras! ¡Ha sido increíble!

El tobillo empezaba a hinchársele tras haberlo sacado a la fuerza de la zapatilla, que seguía intacta entre las traviesas. Intentó ponerse en pie, pero sintió un doloroso latigazo en la pierna.

—Tranquilo, y o te ayudo —se ofreció Bryce.

Y lo hizo. Bryce lo ayudó durante los casi cinco kilómetros que les separaban de su casa, llevó la mochila y no se cansó en ningún momento. Cuando llegaron, fue en busca de una bolsa de hielo, una venda elástica e ibuprofeno. Le sugirió que no se lo contaran a nadie, y Lucas estuvo de acuerdo. Después, les dijeron a Didi y a Joe que se había tropezado. Una semana más tarde, al ver que seguía sin poder andar, su tío lo llevó a urgencias, y el médico le dijo que se había roto un ligamento. Necesitó muletas durante un mes y rehabilitación durante dos.

No volvió a ver a su padre.

Dan Campbell murió diecinueve meses después, apuñalado en la lavandería de la nueva cárcel que, según le había dicho a Lucas en sus cartas, era mucho mejor que la otra.

—Necesitamos un plan —dijo Colleen mientras restregaba una encimera con lejía extra fuerte. Estaban en la casa nueva de Faith, una casita monísima de estilo Craftsman a dos manzanas de la plaza del pueblo—. Una red de seguridad. Necesito un hombre, Faith.

—Cuenta conmigo —dijo Faith.

—Como debe ser, porque soy tu mejor amiga y he sido tu dama de honor dos veces.

—Y te lo agradezco. Deja ya las encimeras, Coll. Dios, te tenía paranoica, ¿eh?

—No sé de qué me hablas.

Faith puso los ojos en blanco.

Sí, muy bien. Limpieza compulsiva. Colleen soltó el estropajo, se quitó los guantes de plástico y se concentró en vaciar una caja llena de fotos. Había una de Faith en la boda de su hermana, cuando Faith tenía unos diez años. Qué guapos eran todos los Holland. La familia perfecta, a diferencia de la suya, tan disfuncional.

—En cuanto a mi nuevo hombre —dijo—, necesito a alguien que esté cañón, que sea romántico e inteligente, que tenga mucho sentido del humor y que sepa cocinar, y que sea un vaquero o un bombero.

Faith resopló.

—De acuerdo, deja que lo piense... En fin, de vaqueros estamos muy escasitas. Y en cuanto a bomberos que estén cañón, solo tenemos a Gerard.

—¿Sabes lo que sería estupendo? Un viudo con una historia trágica, como el personaje de Jude Law en *Vacaciones*. Ese sí que era mi tipo. O Hugh Jackman en *Los miserables*. Ains...

—Muy bien, muy bien. Fugitivos empobrecidos que se ponen a cantar. No se me ocurre nadie, Coll.

Colleen se sentó en el sofá.

—Es el problema de vivir en un pueblecito. De acuerdo. ¿Jack saldría conmigo? ¿Puedes obligarlo?

—Claro que puedo. —Faith le quitó la foto de las manos y la puso en la repisa de la chimenea—. Pero ¿quieres sentar cabeza de verdad? —preguntó—. No quiero que le rompas el corazón a mi hermano.

—¡Por supuesto que quiero sentar la cabeza! Todo este rollo de la felicidad conyugal que os traéis Levi y tú... me muero de la envidia. Pero una envidia sana y cariñosa.

Era verdad. Levi estaba cañón y era gruñón y maravilloso, y cada vez que Colleen veía cómo miraba a Faith, con ese afán protector tan alfa de estar pensando en «mi mujer, gente, y sí, hemos estado haciéndolo como conejos»... En fin, pues claro. Quería algo así. Además, llevaba siglos sin hacerlo como conejos.

—Faith, ¿qué tengo de malo? ¿Por qué no he encontrado a alguien? A alguien de verdad, digo.

—Vamos a ver, meditemos la cuestión un rato. Además, me muero de hambre.

—¿Estás comiendo por dos?

—Todavía no es oficial, así que no te vayas de la lengua y sí, pues claro que vas a ser la madrina. Aunque Pru y Honor me maten.

—Ojalá que lo hagan. Así me quedo yo con el retoño.

—Creo que Levi protestaría un poquito. —Se llevó la mano al vientre con un gesto precioso y muy antiguo entre las mujeres.

—Puedo manejar a Levi —dijo Colleen—. Vamos, te he traído una ensalada. Con muchas espinacas que son buenas para mi ahijado. Y lleva un montón de beicon que es bueno para ti.

Se sentaron a la mesa de la cocina y comieron. No solo había llevado ensalada, cortesía de su hermano Connor, sino también un pan artesano integral de la panadería de Lorelei, Sunrise Bakery, agua con gas y uno de los famosos bizcochos de zanahoria de Lorelei como postre.

La brisa entraba por las ventanas abiertas que daban al pequeño y coqueto patio. Pronto habría un niño gateando por allí. Era una imagen preciosa.

—Creo que el motivo de que no hayas encontrado a nadie —dijo Faith con tiento— es que asustas a los hombres. Te desean, claro, porque, a ver... Mírate. —Señaló el cuerpo de Colleen—. Eres preciosa. Pero intimidante. Tienes un piquito de oro y mucho éxito, y además conoces los secretos de todo el mundo. Es mucho. Y luego está Connor.

—Lo sé. Debería ponerle una inyección.

Faith se llevó más espinacas a la boca.

—¿De verdad te gusta Jack?

—¡Claro! Por supuesto que me gusta. Está buenísimo.

—Qué asco.

—Lo sé, lo sé, es tu hermano. Pero tiene esa mirada risueña tan mona. Como tu padre. —Colleen se llevó un trozo de pan a la boca—. Ojalá tu padre se hubiera casado conmigo y no con la señora Johnson. Yo sería una esposa florero estupenda.

—Paso de contestarte. Muy bien, desde luego que te consigo una cita con Jack. Y luego podréis casaros y tener niños que serán mis sobrinos. Aunque no es por presionar ni nada de eso.

* * *

—Lo siento —dijo Jack dos noches después mientras estaban sentados en Hugo's durante su primera cita oficial—. No me pones nada.

—Cierra el pico, por favor —ordenó Colleen—. No sabes de lo que hablas. ¡Jessica! —Le hizo un gesto para que se acercara a la mesa; aunque Jess trabajaba en Blue Heron para los Holland, seguía sirviendo mesas un par de noches a la semana en el restaurante—. ¿No crees que Jack y yo formamos una pareja estupenda?

Jess ladeó la cabeza.

—No termino de verlo.

—¡Mierda! —Colleen apuró su martini y suspiró.

—¿Queréis postre? —preguntó Jess.

—Claro —murmuró Colleen. Tráenos el *coulant* de chocolate, ¿quieres? Lo compartiremos porque es más romántico. —Intentó no molestarse por el hecho de que Jack le mirase el trasero a Jessica mientras se alejaba. En primer lugar, porque tenía un trasero estupendo. En segundo lugar, porque... en fin... lo de la falta de química era difícil de pasar por alto. La última hora y media se le había antojado como seis.

En teoría, las cosas eran perfectas. Jack la llamó obedientemente pidiéndole una cita, aunque no la recogió en su casa; vivía a un tiro de piedra de la plaza, pero la besó en la mejilla en la entrada del restaurante. Jack olía bien. Llevaba siglos coqueteando con él y siempre se había puesto colorado y había cerrado la boca, indicando un alto grado de atracción.

Y después... adiós burbuja.

Como siempre.

Lo miró fijamente. No se trataba de que no hubiera química. Más bien había un agujero negro donde debiera haber química. Jack se parecía muchísimo a un hermano en ese momento. Si se lo imaginaba desnudo... ¡Uf!

—Jack, no lo entiendo. Llevo coqueteando contigo cinco años. Tienes todo esto —dijo, señalándose el pecho y la cara— y estás ahí sentado como un pasmarote.

—A lo mejor no eres tan... —Dejó la frase en el aire antes de condenarse por completo.

—Ya, claro. No es por eso.

Jack sonrió. Y ella fue incapaz de no devolverle la sonrisa.

—Es que te considero mi cuarta hermana —dijo él.

—Pero te pones colorado cuando coqueteo contigo.

—Por el espanto.

—¿En serio?

—Lo siento mucho. Me parecía de mala educación decirte: «Para, por favor, me estás poniendo los pelos como escarpías».

—¡Jack! ¡Eso es mentira!

Él hizo una mueca.

—Oh, ¡moño! —Apoyó la cabeza en la mesa—. En fin, ¿qué se supone que tengo que hacer? El hombre del que estuve enamorada, ese que me dejó por otra, ha vuelto al pueblo y yo no tengo novio. Podrías casarte conmigo solo por decencia. ¿Cuántas veces te he invitado a cervezas a lo largo de los años?

—Cuatro —contestó él.

—Te daría más a cambio de tu mano en matrimonio.

—No es por ti, Colleen —dijo él con voz amable, como si estuviera siendo un capullo por no casarse con ella—. Ya sabes, el divorcio y mis problemas para confiar en los demás y... esto... ¿qué más dijeron mis hermanas? Bueno, no les estaba prestando atención. El caso es que lo siento.

—En fin, menuda mierda. —Hizo una pasa—. ¿Podrías al menos ser mi acompañante en la boda de Tom y Honor? No puedo ir con Connor. A lo mejor tiene novia.

—Tal vez se había pasado con los tres martinis. Claro que la conversación tampoco había fluido demasiado. Cosa que no se podía decir del vodka.

—Voy a tener que rechazar la oferta —rehusó Jack—. Pienso ser el guapo hermano soltero de la novia.

—Pues muchas gracias por nada —masculló Colleen.

Y en ese momento se abrió la puerta, y, perra suerte la suya, allí estaba Lucas Damien Campbell, Príncipe de las Tinieblas. Solo. *Jeans* negros. Camisa negra. Pelo negro, ojos negros (no en plan jugador de hockey, sino en plan Heathcliff). Dios, qué guapo era, un ángel macarra, de los que le hacían el trabajo sucio a Dios. Guapo con un punto intimidante.

«No sigas con las hipérboles», ordenó la voz de Connor en su cabeza.

Colleen tragó saliva con fuerza, y a que sentía la boca tan seca como... como... como algo muy seco, algo que no se le ocurría en ese instante.

Se obligó a devolver la vista al rubio Jack de ojos azules.

—Desde este preciso momento, eres mi novio, Jack, y pienso castrarte como lo niegues.

—Y luego nos preguntamos por qué no encuentras un hombre —replicó él.

—¿Cómo dices?

—Te quiero con locura, Colleen, y soy incapaz de apartar la mirada de ti. —Sus palabras quedaron deslucidas por el hecho de que sacó el teléfono móvil.

Lucas los vio, desvió la vista y volvió a clavarla en ellos antes de acercarse a la mesa con la elegancia de un depredador (esa sí que era una frase estupenda, ay, madre mía, sí, y era todavía mejor en verlo en vivo y en directo).

—Hola —saludó él.

—Lucas, qué agradable sorpresa. ¿Conoces a Jack Holland, mi novio? —Por desgracia, Jack estaba mandando un mensaje de texto. Colleen le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! —exclamó—. Deja de darme patadas. Ya tengo tres hermanas.

Lucas sonrió. Sus partes íntimas hicieron la ola. Los hombres se dieron la mano y Colleen no pudo evitar la oleada de celos que sintió al ver que Lucas le daba un apretón a Jack con esa mano tan grande, fuerte y preciosa, tan segura y...

—Aquí tenéis el *coulant* —anunció Jess al tiempo que lo dejaba en la mesa—. Hola —añadió, mirando a Lucas—. ¿No fuimos a clase juntos?

—No —contestó Colleen—. Digo, sí, pero por poco tiempo.

—Ah, ya —dijo Jess—. Estuvisteis juntos. Me alegro de verte. Luke, ¿no?

—Lucas —la corrigió él.

—Como George Lucas —explicó Colleen—. No como Luke Skywalker. Personalmente, me gusta más Luke. Ya sabes, en plan «Utiliza la Fuerza, Luke, la Fuerza es poderosa en ti», pero Lucas no está mal. Sin prejuicios, ¿eh?

—Se acabó el alcohol para ti —dijo Jess—. Y aquí tenéis la cuenta, para cuando queráis iros.

—¿Jack? —dijo Colleen—. Ha llegado nuestro postre, corazón. —Se llevó un trocito a la boca.

Por desgracia, el *coulant* de chocolate solía estar... hirviendo. Mientras la lengua se le encogía de dolor, Colleen reaccionó. Y escupió el trozo de chocolate.

—Qué mona —murmuró Jack mientras ella se limpiaba la lengua para que no quedaran restos.

—*Caaa* —dijo, sin poder pronunciar.

Bebió un buen trago de agua helada y un hilillo le resbaló por la barbilla con las prisas. Maravilloso. Y no encontraba la servilleta, ¿dónde narices estaba la servilleta? Parecía una idiota babeante. Estupendo. Usó el mantel para limpiarse la barbilla. Y el cuello. Y el escote, por san Patricio bendito.

Lucas observaba el espectáculo con una expresión risueña irresistible en la mirada.

—Muy bien, ya. ¿Lucas? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No —contestó él—. Solo quería comer.

—Bien, porque Jack y yo queremos retomar nuestra cena romántica, ¿verdad, cuchi cuchi?

Jack parecía desconcertado.

—¿Me estás hablando a mí?

—Eres el hermano de Faith, ¿no? —preguntó Lucas.

—Eso me temo. Y de Prudence. Y de Honor. ¿Nos conocemos?

—Salí con él un tiempo —explicó Colleen. Se llevó otro trocito de *coulant* a la boca, aunque se cuidó de soplarle un poco.

—Claro —dijo Jack—. Estabas hablando de él en el bar la otra...

—No, no hablaba de él —le soltó—. Cierra la boca, Jack.

El aludido suspiró.

—¿Nena? ¿Cielo? ¿Cariñín? ¿Me puedo ir ya?

Muy bien, la cosa no marchaba. Había llegado el momento de rendirse.

—Lárgate, Jack, y gracias por nada.

Su no marido sonrió, le estrechó la mano a Lucas con demasiadas ganas y se detuvo un momento para hablar con Jess.

—¡Será mejor que pagues la cena! —añadió Colleen.

Lo hizo. Aunque no quisiera casarse con ella y tener tres niños preciosísimos (tal vez cuatro, si uno de los embarazados era de gemelos, tal como le gustaría), pagó la cuenta.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Lucas.

—Claro —masculló.

Se sentó en el lugar que había ocupado Jack y el aire pareció crepitar con la fuerza de... de ellos dos.

—Creo que deberíamos hablar.

—¿Me estás acosando?

Él la miró con una sonrisa torcida.

—¿Te gustaría?

«Sí, por favor.»

—Modesto, baja, que sube Lucas. Me alegra ver que eso no ha cambiado.

—Hay dos restaurantes en el pueblo, Colleen. Tú eres la dueña de uno. He venido a este en consideración a tu persona. No para acosarte.

—Puedes ir a la taberna de O'Rourke. No me importa. Hace tiempo que eres agua pasada.

Otra sonrisa torcida. Sus partes íntimas empezaron a calentar motores.

Jessica se acercó y limpió la mesa, con movimientos seguros y eficientes. Lucas pidió una copa del cabernet sauvignon de Fisher de 2010 que Robert Parker había puntuado con un 96. Encajaba con la pose de ángel caído de Lucas. Bien podría estar bebiéndose un alma.

Colleen echó un vistazo por el restaurante, sonriendo de forma automática ante las caras conocidas que había entre los turistas. Hugo's era el restaurante más elegante de Manningsport, con manteles blancos, flores y una vista del lago. El sol se ponía, y el cielo estaba cuajado de tonalidades púrpuras mientras el lago se oscurecía. Unos cuantos barcos se dirigían hacia el puerto, y sus velas blancas resaltaban a la tenue luz. Hugo's era un lugar muy concurrido esa noche; y si Hugo's estaba concurrido, eso quería decir que la taberna de O'Rourke estaría abarrotada. Debería ir para echar una mano, aunque fuera su noche libre.

No se movió. Sentía la piel demasiado tirante.

—Tú estás aquí —dijo— y yo estoy aquí, y es evidente que nuestros caminos se van a cruzar de vez en cuando.

—Sí.

—Tienes buen aspecto, Español —siguió ella—. Los años te han tratado bien.

Sus ojos tenían una expresión risueña. Pero su cara no cambió. Era como una especie de truco de magia... el hecho de que pudiera sonreír de esa manera. Esos ojos tan oscuros... Lucas nunca hablaba demasiado, pero sus ojos sí. Siempre lo habían hecho.

Ni una sola vez le había dicho que la quería. Jamás. Pero ella habría jurado que sí lo hacía, lo habría jurado por la vida de su madre; creía haberlo visto en sus ojos miles de veces.

Se preguntó si su mujer había creído lo mismo.

De repente, sintió un nudo en la garganta.

—Tengo que sacar a pasear a mi perro —dijo.

Que se quedara allí y comiera solito.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó él.

—¿Qué pasa con tu cena?

—Puede esperar.

¡Mierda!

—Claro.

Lucas dejó unos billetes sobre la mesa y salieron a la calle. Colleen recibió de buen grado la fresca brisa nocturna de mayo en el acalorado rostro.

Cruzarón la plaza del pueblo. La taberna de O'Rourke parecía un lugar seguro y alegre; veía la multitud a través de los ventanales, así como la tenue luz dorada, y le llegaba el suave murmullo de las conversaciones y de la música del interior. El eslogan del bar era sencillo y sentido, uno que se le había ocurrido a Colleen el día que su hermano y ella compraron el local: «La taberna de O'Rourke: estás en tu casa».

Y en ese momento, con Lucas a un paso detrás de ella, se moría por entrar allí, por ver a su hermano, por coquetear con Tom Barlow y con Gerard Chartier, por hablar con Cathy y con Louise, por darle un abrazo a Mel Stoakes, cuya mujer acababa de morir. Quería ser la persona que estuviera detrás de la barra, porque allí sabía lo que estaba haciendo.

Siguieron manzana abajo, alejándose de la plaza mientras se internaban en el pueblo, hasta llegar delante de su casa.

—Vuelvo enseguida —le dijo, y corrió escaleras arriba hasta la terraza, en la que acababa de sembrar su jardincito, y llegar su alegre puerta azul.

Rufus, su fiel cachorro, la estaba esperando.

—Vamos, grandullón —dijo, y el perro bajo la escalera en dos saltos.

Lucas retrocedió un paso, comprobó Colleen con alegría, y *Rufus* hizo lo que la mayoría de los perros haría: le clavó el hocico a Lucas en la entrepierna.

—Cuidado, bonito —dijo él.

—Le caes bien. Claro que el otro día intentó hacerlo con un árbol, así que tampoco te lo deberías tomar muy en serio.

Los dientes de Lucas relucieron en la oscuridad.

—¿Necesitas una correa?

—No. —*Rufus* se pegó a su costado como un ángel custodio mientras cruzaban la plaza en dirección al lago.

En el aire flotaba un olor metálico y dulce, a lilas y a agua del lago, y el murmullo de la taberna de O'Rourke les llegaba arrastrado por la brisa. Unas diminutas olas rompían contra la orilla y el embarcadero. Había unas cuantas personas en la calle, pero ya había anochecido y la mayoría volvía a casa.

El cosquilleo había vuelto y le vibraba todo el cuerpo por esa conexión invisible con Lucas, como si estuvieran rodeados de electricidad.

Se preguntó si él también lo sentía.

«Das pena», se dijo. «Fue tu primera amor, vaya cosa. Supéralo. Además, se irá pronto de nuevo.»

Se sentó en uno de los bancos que miraban el lago Torcido. Lucas se sentó a su lado, sin tocarla, pero muy cerca.

Olía igual que siempre. Olía a limpio, con un aroma fuerte, como el aire libre. Solía decirle que era irónico que su muchacho de ciudad oliera a campo...

En fin. Ya no era un muchacho. Y no era suyo.

Curioso que un rato antes se sintiera achispada. Estaba muy sobria en ese momento.

—Bueno, querías hablar de algo —dijo, y la voz le sonó tensa incluso a ella.

—Sí.

Se produjo un largo silencio mientras silbaba el viento. Empezaba a hacer frío. Debería haber llevado un jersey, pensó. O él podría echarle un brazo por encima de los hombros y estaría estupenda.

«Ya vale.»

Rufus se acercó y ella le acarició la áspera cabeza antes de darle unos tironcitos de las orejas. El perro sonrió y se tumbó a sus pies, y ella empezó a acariciarle la barriga con el pie, como era su obligación.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Lucas.

—Bien. Estupendamente. De maravilla, la verdad. —Carraspeó. «Piensa en él como un viejo amigo.»—. Bueno, Connor y yo compramos el bar, él es el chef y yo dirijo el cotarro. Nos encanta. Las cosas van bien.

—¿Y tu familia?

—Bien. Más o menos. Mi padre y Gail se casaron, y tienen una hija. Savannah. Ahora tiene nueve años. —Era muy raro contarle todo aquello. Tal vez ya lo supiera. Tal vez la hubiera investigado por Internet como ella había hecho con él de vez en cuando gracias a Google. En fin, ya llevaba un tiempo sin hacerlo. Pero antes sí lo hacía.

—¿Tu abuelo sigue vivo? —quiso saber él.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Espantosamente sano. —El abuelo ya no hablaba y llevaba años sin hacerlo, y lloraba casi todas las tardes, pero su cuerpo estaba de maravilla. Una de esas travesuras divinas.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Ochenta y siete.

Lucas asintió con la cabeza. No dijo nada más y ella tampoco. Al fin y al cabo, era él quien tenía ganas de hablar.

—Colleen... —empezó él y su voz, joder, esa voz tan grave, tan profunda y sonora, reverberó en sus partes íntimas. No era justo.

Hablaría ella. Era más seguro.

—Lucas, vamos a poner las cartas sobre la mesa. Has vuelto por una temporada y es lógico que nos veamos, pero sin malos rollos, ¿de acuerdo? A ver, éramos jóvenes y tontos y todo eso. Me alegro de que las cosas te vayan bien y me alegro de que Joe cuente contigo.

Se volvió para mirarla y ella se obligó a enfrentar su mirada, aunque le temblasen las rodillas.

—¿Algo más? —preguntó Lucas.

«¿Por qué? ¿Por qué ella y no yo?»

—No. ¿Tú quieres decir algo más?

—No. Salvo que me gustaría que dejaras a Bryce tranquilo. No es el mejor momento para que se lie con alguien.

—Lo que digas, dios. Digo... Lucas. Lo siento. A veces os confundo.

Lucas enarcó una ceja.

—Me lo voy a tomar como un «vete a la mierda».

—Qué listo eres.

Lucas suspiró.

—Muy bien, Colleen. Haz lo que te dé la gana. Siempre lo has hecho.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó—. Después de todo, has estado fuera casi un tercio de mi vida. Ni una carta, ni un mensaje de correo electrónico, ni una llamada. No tienes ni idea de lo que hago siempre.

—¿Querías que te llamara?

—No. Solo te estoy diciendo que a lo mejor no lo sabes todo, Lucas.

—Creo que sé lo que más le conviene a mi primo. Necesita madurar. Necesita plantar los pies en la tierra y ser un hombre.

—Ay, me encanta cuando te pones tan machito.

Se inclinó hacia delante de modo que Colleen se vio obligada a mirarlo.

—Su padre se está muriendo, Colleen. Su madre todavía no ha cortado el cordón umbilical y a Bryce nunca le ha durado un trabajo más de dos meses. He venido para honrar el deseo de un moribundo que quiere que su hijo madure un poco, y lo último que le hace falta es que otra mujer metomentodo intente controlarle la vida.

—¿Te refieres a mí o a Paulie?

—A ti, por supuesto.

—Qué agradable. En fin, he pasado mucho tiempo con Bryce, a diferencia de ti. Puede que lo conozca mejor de lo que crees. Paulie es una persona muy amable. Será buena para él.

—No te lo discuto. Seguro que es muy agradable. Pero distraer a Bryce e intentar imponerle una relación romántica...

—De acuerdo, Lucas. Ya sé cuál es tu postura. Pero no la comparto. —Comenzó a girar el anillo de plata que llevaba en la mano derecha—. ¿De esto querías hablar?

¿De Bryce?

—Sí. ¿Por qué? ¿Querías hablar tú de otra cosa?

Hombres...

—No.

—Me da la impresión de que te mueres por hablar de otra cosa. Desembucha.

—Estoy bien. —*Rufus* le lamió el tobillo.

—Colleen...

—Estoy bien, Lucas. ¿Hay algo que a ti te ronde la cabeza?

—Acabo de decirte lo que me rondaba la cabeza. ¿Quieres hacer el favor de no comportarte como una mujer y soltar lo que sea de lo que quieras hablar?

—Es que precisamente soy una mujer, Lucas. A menos que me someta a una operación de las gordas, que ni quiero ni puedo permitirme.

Lucas levantó los brazos.

—No sé si estrangularte o besarte.

—¿No te atrevas a besarme!

La besó.

Dios.

¡Dios! Era una oración, algo así como «Dios, ayúdame», porque todo su cuerpo acabó arrasado por llamaradas de luz y deseo, y por un millar de agujonazos de sorpresa. Lucas era apasionado, duro y fuerte, y ella lo abrazó y se aferró a él con fuerza mientras separaba los labios bajo su asalto. Y sí, sí, eso era justo lo que tenían que hacer, ese beso agresivo, atávico y arrebatador que anulaba el pensamiento.

¡Cómo se atrevía!

Se apartó de repente.

—¡Ni hablar, Lucas! —masculló ella—. No has venido por mí. Has venido por tu tío y luego le darás la patada a Manningsport para volver a Chicago y a la vida acomodada que llevas. Así que no te atrevas a besarme. No te atrevas, Lucas. No pienso convertirme en el rollito que tienes entre cada capítulo importante de tu vida real. Ya he pasado por eso.

Lucas se pasó una mano por ese pelo tan maravilloso que tenía.

—Tienes razón.

Mierda.

No, no, nada de eso. Quería decir que estaba bien.

—Sí. Bueno... para que lo sepas. Que no se te olvide. Y esas cosas. —Se puso en pie—. Vámonos, *Rufus*.

Su perro, que estaba tirado en la hierba como una concubina perruna, se levantó de un salto y echó a andar por la calle.

Colleen lo siguió, furiosa consigo misma, furiosa con él, mientras todo el cuerpo le ardía por el deseo, el anhelo, la lujuria y... y...

«No vayas por esos derroteros», dijo la voz de Connor en su cabeza. «Ya sabemos cómo acaba. Ya hemos pasado por esto antes. Serías una imbécil si repites.»

A medida que avanzaban sus estudios, Lucas Campbell descubrió que sus compañeras lo encontraban más que apetecible. La verdad, no le importaba. Se divertía con algunas, montándose en algún asiento trasero o en las escaleras del instituto, y recibía más de quince mensajes de texto al día de alguna alumna de segundo de bachillerato, enamorada de él. Había casi dos mil alumnos en su instituto, y en aquel entonces ya se había librado del sambenito de ser el primo huérfano y pobre de Bryce, ya que este asistía a un caro internado privado (solo para las clases, por supuesto. Didi jamás permitiría que viviera fuera de casa).

Pero después se mudaron de Illinois al pequeño pueblo de Manningsport, en Nueva York, un lugar que parecía sacado de una postal, con viñedos y un lago, completamente distinto al poderoso Michigan. Bryce había logrado entrar en Hobart (gracias a que Lucas lo había ayudado a subir la media de forma considerable) y Didi aceptó un traslado a la filial de su empresa en Corning para poder estar cerca de su hijo.

Lucas, por su parte, había conseguido una beca completa para asistir a la Universidad de Chicago. Cuando Didi anunció el traslado a Manningsport, supuso que él se quedaría en Chicago; Stephanie le dejaría dormir durante un par de meses en el sofá, hasta que se graduara. Pero Bryce quería que los acompañara, y ya estaba bastante molesto porque no podrían estudiar en el mismo sitio. Y normalmente Bryce siempre se salía con la suya.

No importaba. Lucas no le guardaba rencor a su primo, con el que se llevaba muy bien gracias a su sempiterna alegría. Cuando llegara el mes de agosto se separarían, y ni siquiera echaría de menos al muy tontainas, así que ¿qué más daban un par de meses? No era nada del otro mundo.

Hasta que vio a Colleen O'Rourke, ese instante en el que sus miradas se cruzaron y algo que no había sentido jamás lo golpeó en el pecho a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora.

En circunstancias normales, la habría clasificado (y descartado) como otra niñata guapa popular, igual que todas las demás.

Pero sucedió algo especial cuando sus miradas se cruzaron.

Ella lo vio.

No se detuvo en su aspecto de malote, algo muy alejado de la realidad, pero que tenía un efecto indudable en las mujeres. No se limitó a recorrerle el torso de arriba abajo con la mirada.

Colleen lo vio. Sus ojos, esos ojos tan grandes y tan bonitos, dejaron de mirarlo con superioridad y sorna y en ellos apareció una expresión... más penetrante. Como si de repente algo hubiera encajado y ella pudiera ver toda su vida con una mirada.

A Lucas no le gustó ni un pelo.

Al final de ese día, reconocía su voz y sabía cuándo la tenía cerca, porque era la misma sensación que experimentaba cuando el barómetro bajaba de repente antes de una tormenta. Esa especie de zumbido tan extraño que sentía antes de que llegaran los nubarrones del medio oeste, cargados de electricidad y de calor. La misma sensación que experimentó la noche que colocó el pie en la vía y sintió cómo se acercaba el tren, esa poderosa vibración.

Ella también lo sentía. Lucas lo sabía porque lo evitó durante semanas.

Ni siquiera era capaz de mirarlo a los ojos, y eso que parecía tener una sonrisa y un comentario estúpido para todo el mundo, y parecía llevarse bien con todas sus compañeras, y llevarse a los miembros del sexo opuesto de calle.

Si por casualidad pasaba por el pasillo y él estaba cerca, se las arreglaba para dar media vuelta o se detenía para hablar con alguien, ya fuera el conserje, un profesor o un amigo. Si estaba sentado en las gradas, viendo a Bryce jugar al fútbol, ella trataba de sentarse lo más lejos posible. Ni siquiera entraba en la ferretería de Raxton, donde había conseguido un empleo después de las clases. Si no podía evitarlo de ninguna de las maneras, le regalaba la más breve y distante de las sonrisas que había visto en la vida.

Desde que enviaron a su padre a la cárcel, tenía la impresión de ser mitad invisible, mitad todo fachada. Sus compañeros de clase de Manningsport parecían asombrados por su condición de recién llegado y por su genética medio portorriqueña, ya que ellos eran tan blancos como la leche. ¿Un muchacho mestizo de Chicago? ¡Hala! ¡Qué fuerte! Bryce lo veía casi como a un superhéroe, de manera que hacer la colada diaria era un acto que su primo contemplaba maravillado. Para Joe, era un recuerdo constante de su antiguo barrio, y una obligación al ser el hijo de su difunto hermano.

A veces, veía correr a Joe y a Bryce por la hierba inmaculada del jardín de la inmaculada casa en la que vivían, persiguiendo el balón de fútbol, y lo inundaba una especie de anhelo que estaba a punto de postrarlo de rodillas. El anhelo de retroceder una sola vez en el tiempo, para poder sentarse en la vieja caja de plástico de color azul y darle a su padre las herramientas mientras reparaba algún vehículo.

El recuerdo de lo que pudo pasar en las vías del tren, cuando estuvo a punto de ir a ver a su padre por última vez, cuando estuvo a punto de decirle que había sido un buen padre, cuando estuvo a punto de disfrutar de la última oportunidad de ver a ese padre que había trabajado tanto, que había hecho algo tan malo por una causa tan justa... una vez nada más, para ver esos ojos cansados sonreír al mirar a su hijo. Había estado a punto de lograrlo.

Joe lo intentaba. Pero tenía un hijo, y Didi se aseguraba de que recordara la diferencia entre un hijo y un pariente indeseado.

En cuanto a Didi, había aprendido a no cruzarse en su camino. Si los acompañaba durante la Noche Familiar de Cine (los viernes), o la Noche Familiar de Juegos (los lunes) o los Paseos Familiares (los domingos por la tarde), Didi ponía cara de estreñida, torcía el gesto y lo miraba en silencio durante un buen rato, como si estuviera instándolo a desaparecer. Lucas afirmaba que prefería estar en su dormitorio y leer, algo que no era mentira. Sin embargo, cuando les oía reír, o incluso oía la voz normal de Didi, relajada y agradable si él no estaba cerca... ponía música en el iPod que Bryce había descartado y trataba de recordar la cara de su madre.

Su hermana lo llamaba de vez en cuando, casi siempre para despotricar de Rich. Las cosas no iban bien entre ellos y Steph estaba muy atareada con las niñas. Mercedes era una de esas criaturas que exigía mucha atención y que había aprendido a hablar antes de andar. En cuanto a las gemelas, Tiffany y Cara, acababan de aprender a andar y estaban dispuestas a conquistar el mundo rompiendo una lámpara tras otra.

Así que el plan de Lucas era muy sencillo. Sacar buenas notas, conseguir una beca para poder ir a una universidad de Chicago, estudiar algo que le permitiera trabajar en algún sector donde pudiera ganar pasta y hacerse cargo de Steph y de las niñas. La cabeza gacha y la nariz limpia.

Didi no soportaba que fuera más listo que su hijo, pero claro, de esa forma conseguía un tutor en casa. Se aseguró de que Lucas le echara un vistazo a las tareas de Bryce, de que le explicara los teoremas de álgebra y de que le hiciera exámenes sobre datos y fechas históricas. Entre eso, sus propias tareas, las intervenciones para ir en busca de su primo cuando se juntaba con quien no debía o bebía demasiado, el trabajo en la ferretería y el de cortar la hierba del jardín los domingos para aquel que estuviera dispuesto a pagarle a fin de ahorrar todo lo posible, no tenía tiempo para echarse novia.

Tenía un plan, y era el de no enamorarse. Le quedaban tres meses para acabar sus estudios de bachillerato, tres meses que tendría que pasar con esa gente que parecía conocerse desde que nacieron. Pronto regresaría a Chicago. Su etapa en Manningsport era pasajera.

Y entonces llegó la noche del baile y, por primera vez en su vida, se descubrió en el sitio justo en el momento oportuno. Cuando vio a Colleen en el embarcadero, sujeta por aquel capullo, experimentó una sensación tan poderosa como la que había tenido el día que vio a su padre salir esposado de la sala del tribunal. Aquella noche habría muerto gustoso por Colleen O'Rourke, sin dudarle ni un momento.

Desde aquella noche, Colleen y él fueron pareja. Nada de quedar, de salir o de montárselo. Eran una pareja. Cayó con todo el equipo en cuanto la besó, algo que había estado haciendo desde que la vio por primera vez, algo que se había jurado no hacer porque estaba seguro de que un solo beso lo ataría para siempre a ella.

Y estaba en lo cierto. En cuanto rozó esos labios con los suyos, una palabra le pasó por la cabeza, una palabra de cuando su madre estaba viva, de cuando hablaban en casa.

«Mía.»

Colleen era suya.

Se las arreglaron para esperar hasta después de graduarse para hacerlo. La primera vez para ambos, usando dos métodos anticonceptivos porque le obsesionaba la

idea de dejarla embarazada, como les pasó a sus padres. Fue tan despacio como pudo, y el corazón le latía tan rápido que incluso temblaba, incapaz de creer que ella lo hubiera aceptado.

Lo hicieron con mucha torpeza, porque estaban nerviosos y carecían de experiencia, pero de todas formas fue asombroso. Cuando estuvo sobre ella, penetrándola por fin, se limitó a abrazarla sin moverse por temor a hacerle más daño del que ya le habría hecho seguramente. Colleen abrió los ojos, esos preciosos ojos tan cristalinos, y lo miró. Colleen, la que siempre sonreía y reía, estaba muy seria, y por un instante Lucas pensó que iba a decir: «Quítate de encima, esto no funciona».

—Te quiero —susurró en cambio, y las palabras le rodearon el corazón y lo estrujaron con fuerza.

Nadie le había dicho esas palabras en muchísimo tiempo.

—Dilo otra vez —murmuró solo para asegurarse de que la había oído bien, y ella se echó a reír y el sonido de aquella risa fue mucho mejor que las palabras.

Colleen era capaz de hacerlo, como si tuviera un interruptor. Podía estar riéndose con sus amigas en la plaza, comiéndose un helado, y si lo veía pasar en dirección a la ferretería, sus ojos abandonaban esa expresión risueña, astuta y sagaz, y adoptaban una mirada inocente, dulce y tan intensa que Lucas podría ahogarse en ellos. Y al contrario también. Una noche de julio estaban tumbados en una manta en el patio de la casa de Colleen, de la mano sin más, mientras Lucas trataba de encontrar la manera de decirle que la quería, porque lo hacía, y ella lo sabía, claro estaba. Pero decirlo con palabras... era difícil.

«Dilo», le ordenó su cerebro. «No seas tonto. Ella te lo dice cinco veces al día. Vas a fastidiarlo todo y lo sabes.»

Pero las palabras seguían atascadas.

Colleen se colocó sobre él, lo miró a los ojos y allí estaba, esa mirada dulce y tierna que parecía conocer todas las cosas que habían ido arrancándole pedacitos al corazón: la voz torpe de su madre mientras perdía la capacidad de hablar poco a poco; el arresto de su padre; la llamada de la cárcel a las 1.31 de la madrugada, preguntándole si era el hijo de Daniel Wakeman Campbell; los celos que había sentido de Bryce; cada minuto que había pasado a solas tratando de ser invisible... El amor de Colleen lo borraba todo.

Pero lo único que podía hacer era mirarla, acariciarle la cara y esperar que ella lo supiera.

Ella esbozó una sonrisilla, casi como si estuviera contestando a su pregunta.

—Me muero de hambre —dijo, y sonrió de oreja a oreja, haciéndole sonreír a su vez. Porque sí, era como si nunca hubiera sonreído hasta que la conoció a ella.

La familia de Colleen lo apreciaba, salvo su padre, algo comprensible. Pete O'Rourke lo toleraba, y Lucas se lo agradecía. La madre de Colleen alababa sus modales y siempre hacía mucho ruido cuando aparecía por el pasillo, avisándolos de su llegada por si acaso. Connor no le quitaba la vista de encima en el instituto, y después pareció relajarse, cuando comprendió que no era un rompecorazones que iba a dejar tirada a su hermana.

A finales de agosto, Colleen lo llevó en automóvil a Chicago, diez horas de viaje que hicieron tomados de la mano y sin apenas hablar, y lo dejó en la universidad. Después, tardaron más tiempo de la cuenta en bajar sus escasas pertenencias del maletero y pasearon juntos por el campus.

Y llegó el momento de que se marchara.

—Te llamaré dentro de una hora —le dijo él, que la besó en la frente por enésima vez.

—Qué va —replicó ella mientras se limpiaba las lágrimas—. Ya te he olvidado. Ha sido una cosa pasajera, como un virus.

Lucas esperó.

—Muy bien —claudicó ella—. Te quiero.

—Dilo otra vez.

—Dilo otra vez —masculló Colleen—. Y que conste que tú no lo has dicho ni una vez, por cierto.

La besó con la sensación de estar despidiéndose de lo mejor y más radiante que le había ofrecido la vida, y Colleen lo abrazó y enterró la cara en su cuello.

—Yo también te quiero —dijo, y movió la espalda por culpa de un sollozo.

—Adiós, «Mía».

—Dios, me encanta cuando me hablas en español. Me pone a cien.

Acto seguido se montó en el automóvil y se alejó, despidiéndose con un gesto alegre que contradecía las lágrimas que humedecían sus mejillas.

Lucas no se movió del sitio hasta que la vio doblar la esquina. Y siguió donde estaba hasta que la vio aparecer de nuevo, porque de alguna manera sabía que Colleen rodearía la manzana para comprobar si se había marchado ya. Se bajó del vehículo entre carcajadas y se arrojó de nuevo a sus brazos.

—Vete a la residencia, idiota —le dijo—. Y llámame dentro de una hora.

De modo que el plan se le complicó. Mantenerse en la universidad, sacar buenas notas, conseguir un trabajo donde ganara dinero de verdad, cuidar de Steph y de las niñas... y casarse con Colleen.

Durante tres años y medio, funcionó. Siempre que era posible veía a Colleen, cuando encontraba un hueco entre su trabajo como guardia de seguridad en un reluciente rascacielos del centro de la ciudad; las constantes reparaciones que le pedía Stephanie (el automóvil, la calefacción, las cañerías) y hacer de canguro de las niñas; su trabajo estival en una constructora; y sus estudios para mantener la nota media en un 3,5. Siempre que podía hacía autostop para regresar a Manningsport, o echaba a su compañero de dormitorio durante el fin de semana que Colleen iba a Chicago. Se llamaban por teléfono o se enviaban mensajes de correo electrónico o mensajes de texto. Aprovechaban cualquier medio para comunicarse que tuvieran a su alcance.

Colleen aún era suya. Y él era suyo. No estaba seguro de qué razones tenía ella para querer mantenerlo a su lado, pero lo hacía.

Y después, un fin de semana que consiguió un billete de avión al aeropuerto de Buffalo-Niágara por solo setenta y nueve dólares, todo se fue a la mierda.

Como no sabía a qué hora podría salir del trabajo, no le había dicho a Colleen que iba a visitarla. Supuso que sería divertido darle la sorpresa. Colleen se había matriculado en el Ithaca College, porque no quería alejarse mucho de casa, más concretamente de su abuelo. Connor estudiaba en el Culinary Institute, a unas cuantas horas de Manningsport, y Faith se había ido a Virginia. Colleen se hacía la fuerte, pero Lucas sabía que se sentía sola. Le había asegurado que estaría en casa ese fin de semana, y el universo se había puesto de su parte cuando encontró ese billete de avión tan barato.

Se detuvo para comprarse un café en un quiosco del aeropuerto y mientras abría un par de sobres de azúcar, alzó la vista y reparó en una figura conocida.

El padre de Colleen estaba besando a una mujer que definitivamente no era su esposa. Se trataba de una pelirroja ataviada con un vestido blanco cortísimo que apenas le tapaba el trasero (un trasero estupendo, por cierto) y unos zapatos de tacón alto. Y que se pegaba a Pete O'Rourke como una lapa.

Ambos llevaban maletas.

Ambos parecían estar reconociendo las amígdalas del otro con la lengua.

El señor O'Rourke se apartó y alzó la vista con la expresión ufana que delataba exactamente lo que era: un hombre de mediana edad con una novia que estaba buenísima y era mucho más joven que él. Y entonces vio a Lucas. Se quedó petrificado durante un segundo y después sonrió, una reacción horrible.

—Lucas. ¿Cómo estás, hijo?

Nunca le había llamado de esa forma, ni por asomo.

Tomó de la mano al bombón y juntos se acercaron hasta él, que todavía seguía con los sobres de azúcar en la mano, sin habérselos echado al café.

—Te presento a Gail —dijo Pete.

—Hola —lo saludó la mujer con voz sensual.

Era espectacular, la verdad fuera dicha. Larga melena pelirroja, piel de alabastro y una expresión en sus ojos verdes que dejaba claro que lo sabía.

Lucas no replicó.

—Gail, nena, déjanos hablar un momento —dijo Pete, y Gail se alejó tras mirarlos con una expresión ardiente, contoneando las caderas para hacerse notar. Pete cruzó los brazos por delante del pecho—. Bueno, esto es incómodo. —Miró a Lucas con una sonrisa falsa que no le llegó a los ojos, como si fuera una serpiente.

—Sí —convino él.

—Creo que lo que pasa aquí es evidente, así que no voy a molestarte en negarlo. Es exactamente lo que parece. Pero mi familia se llevaría un duro golpe si se enterara, sobre todo Colleen.

Y siguió hablando. De lo mismo. «No me siento en absoluto orgulloso... La madre de Colleen... Las cosas no van bien desde hace un tiempo... Pasó sin más... No lo

entendería...»

Aquellas palabras le asquearon. Era el tipo de hombre que se creía más listo que los demás, el que soportaba la verborrea de su esposa. Tenía mucha labia, sí, señor.

Sin embargo, Lucas sabía que Colleen le adoraba. Era la niña de papá, pero no en el mal sentido. Era una niña que creía que su padre era el más listo, el más gracioso, el mejor hombre del mundo. Steph también pensaba lo mismo de su padre. Y sí, debía reconocer que Pete se portaba bien con Colleen.

—Así que espero poder contar con tu discreción, hijo. No hay razones para que alguien salga herido.

Lucas lo miró largo y tendido.

—No soy tu hijo —le recordó.

El señor O'Rourke lo miró con los ojos entrecerrados.

—Cierto. Bueno, seguramente tendrás que irte. Supongo que vas a visitar a mi hija.

Lucas no se molestó en replicar. Miró de reojo a Gail, que estaba retocándose los labios para fascinación de un guardia de seguridad, y después miró a Pete. Sin una palabra más, levantó la mochila del suelo y se alejó.

Cuando llegó a Manningsport unas horas después, se detuvo en el Black Cat, un bareto de mala muerte donde Colleen trabajaba a veces. Sonrió de oreja a oreja al verlo, y él sonrió cuando la vio correr hacia sus brazos.

—¡Estaba pensando en ti justo ahora! —exclamó con los ojos brillantes—. Eres una alegría para la vista, Español. ¡Bésame! ¡Ahora mismo!

La obedeció al instante, y la sensación de suciedad que le acompañaba desde el aeropuerto desapareció.

Colleen lo llevó a su casa para que disfrutara de una cena tardía y se sentaron a la mesa de la cocina. Jeanette le ofreció una porción de bizcocho y después se sirvió una, y le dijo que Pete estaba en México... en una conferencia para propietarios de inmuebles comerciales.

—¿Y tú no has querido acompañarlo? —le preguntó con tiento.

—Bueno —contestó la señora O'Rourke al tiempo que agitaba una mano con timidez—, Pete me ha dicho que no iba a ser divertido. Solo un hotel con muchos borrachos.

—Mi padre detesta estas cosas. No le gustaría llevar a mi madre para que ella sufra también —comentó Colleen.

Sí. Todo un campeón...

Durante todo el fin de semana la idea le estuvo torturando como una muela picada, y de vez en cuando se permitía analizar la cuestión. Buscaba la mejor manera de decirse a Colleen: «Por cierto, Mía, me encontré en el aeropuerto con tu padre y su amante» o «Oye, Colleen, ¿cómo van las cosas entre tus padres?» o «Esta conferencia de tu padre... en realidad no es una conferencia, Colleen».

Estuvo a punto de decirse más de cien veces durante el fin de semana, pero se mordió la lengua. No le correspondía a él. A lo mejor se solucionaba todo. A lo mejor Pete y Jeanette tenían un acuerdo, un matrimonio abierto o lo que fuera.

Colleen lo llevó de vuelta al aeropuerto el domingo por la noche, esperó a su lado como siempre hacía, ya que cada minuto que podían pasar juntos era un tesoro. Le apoyó la cabeza en el hombro. Su largo pelo negro brillaba a la luz, tenía una sonrisa en la cara y los ojos cerrados.

Parecía muy feliz.

—¿Las cosas van bien en tu familia? —le preguntó al final.

—Pues sí —contestó ella sin abrir los ojos—. Ya sabes. Connor es perfecto, mi madre ha descubierto el *scrapbooking* y mi padre... mi padre lleva una temporada trabajando mucho.

Había llegado el momento.

Pero su sonrisa... no podía. De modo que le acarició el pelo.

—Oye, tengo un trabajo para este verano —le dijo, casi ronroneando a causa de sus caricias—. Voy a ser auxiliar de enfermería en Rushing Creek. Suena muy bien, ¿a que sí?

—Suena estupendamente.

—Así que será fantástico. Puedo trabajar allí, cuidar a mi abuelo, ahorrar, acabar mis estudios, y después podremos casarnos y tener doce niños preciosos. —Su sonrisa se ensanchó y abrió los ojos—. Por cierto, hablando de eso...

Lucas contuvo el aliento.

—¿Hablando de qué? —preguntó con voz aguda.

—De niños. De matrimonio. De amor eterno y de hasta que la muerte nos separe. ¿Quieres casarte este verano?

—¿Estás embarazada? —logró preguntarle.

Ella se enderezó de golpe.

—¿Cómo? ¡No! Ah, ya lo pilló. Lo siento. Madre mía, vaya cara has puesto. ¿Estás sufriendo un infarto?

—Sí.

Colleen puso los ojos en blanco.

—No, cariño. No estoy embarazada. A ver, seamos serios. Usamos dos métodos anticonceptivos a la vez. —Hizo una pausa—. Pero quieres casarte, ¿verdad?

Lucas todavía trataba de controlar el terror que le embargaba.

—Eh, claro, Mía. Algún día. —Respiró hondo y la miró a la cara. Mierda. Respuesta incorrecta—. ¿Qué pasa?

Ella se encogió de hombros. Un gesto que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué pasa, Colleen?

—Creía que querías casarte. Conmigo, concretamente.

Esa era, por desgracia, una de las pocas cosas en las que diferían. En la visión del futuro.

Para Colleen, no había nada aterrador ni extraño en casarse siendo jóvenes. ¿Por qué no? Se querían (Cierto). Ella quería vivir en Manningsport, preferiblemente en la misma calle que Connor, y tener un montón de niños.

Y él también. Más o menos.

Salvo por la parte correspondiente a Manningsport. Él era un muchacho de ciudad. Su hermana vivía en Chicago, por no mencionar a sus sobrinas, y Steph siempre necesitaba algo, ya fuera un canguro, dinero extra o que le cambiara una rueda pinchada. Ella era su verdadera familia, al contrario que Bryce, Joe y Didi. Ni siquiera los había llamado para anunciarles que estaba pasando el fin de semana en Manningsport, ya que no quería que le robaran ni un minuto del tiempo que podía pasar con Colleen.

Matrimonio, claro. Pero todavía no.

Antes quería acabar sus estudios de Derecho, ya que había decidido que era la mejor manera de asegurarse un futuro decente. Colleen no era materialista, pero él se mataría antes de permitir que viviera en un apartamento diminuto como Steph, trabajando como camarera por las noches mientras él estaba en la universidad. Colleen se merecía mucho más, y hasta que no pudiera ofrecérselo, no iban a hacer nada. Quería un seguro médico, una casa con estancias soleadas, un patio y un perro.

Quería ser capaz de mantener a su familia y no pensaba tener una hasta que no pudiera garantizarles una buena vida. Nunca se vería en los mismos aprietos que se había visto su padre. Jamás.

—Bueno, este silencio no me anima mucho, ¿no te parece? —dijo Colleen, que subió las piernas al asiento y se las abrazó, tras lo cual apoyó la barbilla en las rodillas y suspiró.

—Ya sabes lo que quiero —le recordó él.

—Sí, lo sé.

—Te quiero a ti.

Eso le granjeó una sonrisa.

—Pero todavía no, Mía.

—Me ves como si necesitara un automóvil de lujo, una propiedad de varias hectáreas y ser socia del club de campo —dijo ella, si bien le tembló un poco la voz—.

En realidad, solo quiero que estemos juntos.

—Atención, señores pasajeros —dijo una voz a través de la megafonía—. Ya pueden embarcar en el vuelo de American Flight 777 con destino a Chicago.

—Mierda —susurró Colleen—. La próxima vez tenemos que hablar de estas cosas antes.

Lucas la besó, saboreando el regusto salado de sus lágrimas.

—Te echaré de menos —dijo—. Te llamaré cuando aterrice.

—Te quiero —replicó Colleen.

En esa ocasión estuvo a punto de decírselo. Pero no importaba. Ella lo sabía de todas formas y sonrió, pese a las lágrimas.

—Dilo otra vez.

—Te quiero. Aunque no me merezcas —replicó ella.

—No te merezco.

—Que sí, hombre. —Se puso de pie para abrazarlo y besarlo de nuevo. Después, se despidió con una sonrisa y una palmadita en el trasero, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

La próxima vez, se prometió Lucas. La próxima vez se lo diría con palabras. La próxima vez le contaría lo de su padre con Gail.

* * *

Pero no lo hizo.

¿Cómo iba a romperle el corazón? ¿Cómo iba a decir algo tras lo cual Colleen jamás vería a su padre de la misma manera? No podía hacerlo.

De modo que se convenció de que no era asunto suyo. De todas formas, a lo mejor hasta ya lo habían dejado a esas alturas. Era lo correcto, se dijo. Aunque el hecho de estar de acuerdo con Pete O'Rourke lo enfermará. No era asunto suyo.

Aunque su conciencia sabía que era ridículo, guardó silencio. Sus razones para no inmiscuirse le parecían buenas. Durante dos meses trató de no pensar en el asunto.

Una noche de abril, estaba sentado tras el mostrador de recepción de la empresa comercial en la que trabajaba como guardia de seguridad nocturno, intentando leer un libro de texto sobre fraudes comerciales a fin de ir preparándose algunas asignaturas de Derecho pero en realidad estaba aguantando a Bernard, que insistía en contarle su conquista del fin de semana anterior.

—Bueno, pues allí estaba ella y tal. La miro de arriba abajo, estaba buenísima, te lo juro. Un cuerpo de infarto, ¿sabes? Y tenía un montón de buitres alrededor, intentando conseguir su número de teléfono o bailar con ella, pero yo me limité a mirarla y ella se cabrea y me suelta: «Oye, ¿qué miras, imbécil?», y yo: «Nada», y ella se cabrea y...

Por suerte, ya que estas historias se alargaban eternamente, alguien llamó a la puerta principal del vestíbulo, aunque eran las diez de la noche.

—¿No es tu novia? —dijo Bernard—. Amigo, ¿le has puesto los cuernos o algo? Madre mía. O eso, o está embarazada, colega.

Era Colleen, vestida con una sudadera, unos *jeans*, unas sandalias y una gorra de los Yankees. Estaba llorando.

Lucas corrió hacia la puerta, introdujo el código para abrirla, y ella se arrojó a sus brazos con el rostro demudado por la pena.

—Mía, ¿qué ha pasado? —le preguntó al tiempo que la estrechaba con fuerza.

—No sabía qué hacer —sollozó ella—. No podía decírtelo por teléfono... así que he venido conduciendo. Llevo todo el día en la carretera. Él... mi...

—¿Connor? ¿Está bien? —Dios, si algo le había pasado a su hermano, Colleen se moriría. Tal vez literalmente.

—No —logró contestar con dificultad—. Es mi padre. Él... él...

—¿Está herido? —preguntó Lucas, que se imaginó al chulo de Pete en la cama de un hospital.

—Está... él... —Tomó una honda bocanada de aire, y luego otra. Después, se apartó de él y se limpió las lágrimas con las palmas de las manos—. Lucas, ¡va a divorciarse de mi madre! ¡Está liado con una zorra y la ha dejado embarazada!

—¿Gail? —preguntó.

Un error como la copa de un pino.

Colleen lo miró en silencio y parpadeó varias veces al tiempo que le cambiaba la cara.

—¿Cómo... cómo sabes cómo se llama?

Lucas respiró hondo. El daño ya estaba hecho. Era hora de afrontar las consecuencias.

—Los vi en el aeropuerto hace un tiempo. Él... mmm... me la presentó.

Bernard hizo una mueca y se puso a salvo alejándose puntillas hacia los ascensores, desde donde podría seguir enterándose de todo.

La angustia que había demudado la cara de Colleen minutos antes desapareció y fue reemplazada por un espantoso vacío.

Retrocedió un paso para alejarse de él.

—¿Lo sabías?

Mierda.

—Sí.

Colleen cerró la boca. La abrió. La cerró otra vez. Y después habló.

—¿Los viste juntos y no me lo dijiste? —Su voz reverberó en el enorme y vacío vestíbulo.

—No sabía cómo hacerlo.

—¿Y te quedaste callado? ¿Me dejaste ahí como una idiota, pensando que mi padre era el mejor hombre del mundo cuando en realidad ha estado liado con otra durante todo este tiempo?

—Colleen...

—¿Pero esto qué es? ¿Un acuerdo entre hombres o algo por el estilo? ¿No se te ocurrió pensar que acabaría enterándome?

—Muy bien, mira. Debería habértelo dicho y no lo hice. Lo siento.

—Ah, que lo sientes. Bueno, entonces no pasa nada. Llevas mintiéndome... ¿cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? Lucas, quiero datos concretos.

Lucas torció el gesto.

—Desde febrero.

—¡Desde febrero! —La última palabra fue un chillido.

Bernard se asomó desde detrás de los ascensores y se encogió de hombros, un gesto masculino que quería decir: «Colega, te ayudaría si pudiera, pero la has cagado del todo».

Colleen respiraba de forma entrecortada.

—Coll, creo que deberías calmarte un poco.

Otra metedura de pata.

—Que debería... madre mía. Madre mía, Lucas. ¡Meses! ¡Lo sabes desde hace meses! ¿Alguna vez has pensado que si hubieras dicho algo a lo mejor yo podría haber evitado que las cosas llegaran a este punto? A lo mejor si hubiera hablado con él y se hubiera dado cuenta del error que estaba cometiendo, ahora mismo no tendría un hermano o hermana de camino, ¿lo has pensado alguna vez?

—Colleen, si me escucharas un momento...

—Me habría encantado escucharte hace unos meses. Ahora mismo no me apetece.

Lucas respiró hondo.

—A ver. Sé que lo adoras. Eso está claro. Y no quería decir nada porque sabía que pasaría exactamente esto. Sabía que te pondrías histérica.

Y otra metedura de pata más. Dio un respingo y trató de tomarla de la mano, pero ella se lo impidió. Tras cruzar los brazos por delante del pecho, miró por la ventana, con la mandíbula tensa.

—Me voy a casa. No me llares.

—Colleen, no quería que... —Y esa era la parte donde debía suplicar.

—Por si no te queda claro, estoy cortando contigo.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

—¿Cómo?

—Tú tienes que entrar en la facultad de Derecho, mi familia se está derrumbando y tal vez no somos como creemos que somos.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

—Significa... —masculló ella mientras empezaba a llorar—. ¡Que creía que eras el tipo de persona en la que podía confiar! Pero no, Lucas, me has ocultado algo tan importante como esto. ¡Un asunto relacionado con mi familia, con mi padre, pero tú has decidido quién debe saberlo y quién debe quedarse al margen!

—Colleen...

—¡Creía que estábamos unidos, creía que me querías, aunque la mitad del tiempo que pasamos juntos parece que seas mudo! ¡Pero a lo mejor no me quieres! A lo mejor solo soy un hábito del que no te puedes librar. Igual que mi padre no podía librarse de la tonta e imbécil de mi madre, ¿verdad?

—No, Colleen, las cosas no son así.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quieres que nos casemos? —le preguntó, entre resuellos.

«Tienes derecho a guardar silencio.»

—Sí. En el futuro.

—Ya. Bueno, pues yo quiero que nos casemos lo antes posible. —Puso los brazos en jarras y por primera vez Lucas sintió un ramalazo de furia.

—Así que me estás chantajeando, ¿no? —le preguntó—. Yo la he cagado mientras intentaba protegerte...

—Ni se te ocurra ir por ahí. ¿Quieres casarte conmigo o no? ¿O prefieres probar pastos nuevos? ¿Es eso?

—Colleen, venga ya. —Intentó aferrarle las manos, pero ella retrocedió—. No hay nadie más que tú, ¿de acuerdo? Pero si me preguntas si quiero casarme ahora, a los veintidós años, la respuesta es no. No quiero vivir en un cuartucho, no quiero pasar por todas las complicaciones de una boda y tampoco quiero las complicaciones del matrimonio. No en este momento. No quiero, Colleen. Siento lo de tu padre, pero... no.

Ella guardó silencio unos segundos.

—Cuidate, Lucas.

Y con esas palabras salió del edificio y él se quedó allí, pasmado como un idiota, con esas palabras tan surrealistas flotando en el aire como si fueran la sogá de una horca.

—Caramba, colega —dijo Bernard—. Menuda fiera.

Lucas salió corriendo tras ella.

—Colleen, esto es ridículo. No tenemos por qué cortar.

—Si tenemos por qué —le corrigió ella al tiempo que abría la puerta del Honda muy cabreada—. Si crees que casarte conmigo es una complicación, si tenemos que cortar. Y ahora, lo siento, pero me espera un viaje de diez horas.

—Colleen, no seas irracional. —Menuda novecita, la verdad. Aunque no podía soltarle semejante ultimátum solo porque estuviera enfadada. Las cosas no funcionaban así.

—Tuviste que elegir. Y has elegido. Adiós.

Muy bonito. ¿Pensaba que iba a ponerse de rodillas y a decirle: «Sí, nena, lo que quieras, pero no me dejes»? La verdad fuera dicha, parecía estar a punto de arrancarle el corazón y de comérselo como si fuera una manzana.

—Estás actuando como una imbécil —le dijo.

—Estupendo —replicó ella—. ¿Quién podría resistirse a unas palabras tan tiernas y bonitas? En serio. Me muero de la emoción. Vete a la puta mierda.

Se metió en el Honda, cerró la puerta con un golpe y arrancó. Se alejó quemando rueda. Los neumáticos chirriaron cuando dobló la esquina.

Lucas sacó el teléfono móvil y le envió un mensaje de texto:

Ve despacio y llámame luego. No hemos cortado.

A lo mejor fue despacio. Pero no le llamó.

Él sí lo hizo al día siguiente. Al ver que saltaba el buzón de voz, colgó y llamó al teléfono fijo. Contestó Connor.

—¿Está Colleen? —preguntó.

—Ahora mismo estamos un poco liados —contestó Connor con voz tensa.

—Ya. Me lo ha contado. Mmm... ¿puedes convencerla de que me llame?

—Le diré que has llamado. —Connor colgó.

Muy bien. Estaba enfadada, lo entendía. Ya lo llamaría cuando quisiera. Pero no se casaría con ella solo porque se lo ordenara o como si el matrimonio fuera una especie de apósito. Se casaría con Colleen cuando pudieran disfrutar de una buena vida juntos. Ese había sido siempre el plan y ella lo sabía.

Colleen nunca había vivido con estrecheces. Él sí. Recordaba a su hermana cuando tenía dieciséis años y pasaba horas para atravesar la ciudad en tres autobuses distintos hasta llegar a la tienda en la que había dobles descuentos una vez al mes. Recordaba que jamás pedía repetir cuando comía porque las sobras serían la cena del día siguiente también. Había sido pobre y había visto lo que la falta de dinero le había obligado a hacer a su padre, y antes muerto que arrastrar a Colleen a esa vida.

En cuanto a la situación con su padre... la cosa pintaba mal. Sabía que todo ese asunto debía de estar matándola, y lo único que quería era ayudarla. Pero la había llamado y ella no quería hablar, así que la pelota estaba en su tejado.

Pasó una semana sin que Colleen lo llamara.

Muy bien. Si quería tomarse un descanso, por él estupendo. Era un plan inteligente, incluso. Ella estaba pasando por una mala racha, y él también tenía sus asuntos. Tenía clases. Exámenes finales. Iba a estudiar Derecho en Loyola. Stephanie había encontrado otro apartamento un poco mejor y necesitaba que la ayudara con la mudanza. A lo mejor Colleen comprendía que todo o nada no era la mejor manera de seguir adelante. A lo mejor le echaba de menos.

Necesitó un mes entero para espabilar.

Tomó un autobús hasta Manningsport y llegó a las nueve y media de la noche, con un dolor de cabeza espantoso por culpa del humo del gasoil y del perfume a rosa de la señora que se había sentado a su lado, que no había parado de hablar desde que pasaron por Terre Haute. Se detuvo un instante en la plaza para respirar el aire puro, para aspirar el olor del lago y de la reciente lluvia. El pueblo estaba en silencio, y tardó un instante en aclimatarse después del rugido del motor de autobús Greyhound y del chirrido de sus frenos.

El Black Cat estaba abierto.

Pese a las trece horas de viaje sin pensar en otra cosa, de repente no sabía qué iba a decir. Con suerte, cuando Colleen lo viera a lo mejor le sonreía como de costumbre y le decía: «Has tardado demasiado, idiota». Y que todo estaba arreglado entre ellos, que sí, que el matrimonio en ese momento no era una buena idea y que por supuesto que esperaría. Lo quería. Y en esa ocasión él iba a decirselo.

Sin embargo, titubeó, ya que no sabía si entrar en el bar sería el mejor plan. Desde la plaza se veía que el lugar estaba abarrotado. Seguramente, siendo el mes de mayo, había alguna especie de evento vitivinícola en el pueblo, como sucedía durante casi todos los fines de semana de la primavera y el verano (y del otoño y de la mitad del invierno). Efectivamente, muchos de los automóviles aparcados en la calle lucían matrículas de otros estados.

A lo mejor Colleen ni siquiera estaba en el bar. A lo mejor debería ir a su casa y arrojarle piedrecitas a la ventana, como hacía durante el verano posterior a la graduación del instituto.

Echaría un vistazo al interior para comprobar si estaba.

Las ventanas de la pared lateral daban a la zona de la mesa de billar y a la pequeña pista donde a veces la gente bailaba. Y sí, allí estaba Colleen. El corazón le dio tal vuelco que incluso se tambaleó.

Estaba hablando con un hombre que él no reconoció, y sonreía. Dios, cómo la echaba de menos. Se le había olvidado lo guapa que era aunque tuviera montones de fotos suyas. Era una ridiculez que llevaran veintinueve días sin...

Y en ese momento el hombre la besó. El hombre que la había hecho reír.

La besó de verdad.

Un beso de tornillo.

Lucas retrocedió. Pero siguió observando.

El hombre le puso la mano en el trasero.

Colleen no se resistió.

No se movió.

Quería apartar la mirada, pero fue incapaz. Quería matar a ese hombre, liberar su lado salvaje del South Side y lanzarse a por él. Agarrarla de la mano, sacarla de ese antro y recordarle quién era su dueño y sí, suplicarle que le aceptara de nuevo.

Supuestamente no necesitaba que se lo recordasen. Porque le quería. O al menos eso le había dicho.

El beso acabó, gracias a Dios. Otra sonrisa. Colleen le puso la mano en el pecho a su acompañante y dijo algo mientras le regalaba una sonrisa... la que prometía tantas cosas, la que Lucas había visto tantas veces, esa sonrisa un tanto sugerente y... y...

Sin ser consciente de lo que hacía, echó a andar. Pasó por delante de la biblioteca. Del otro restaurante. De la oficina de correos, de la tienda de golosinas, de la tienda de antigüedades, de la otra tienda de antigüedades y de la panadería.

En realidad, no sabía adónde iba. A la casa de Didi ni pensarlo. Tenía la impresión de que lo hubieran abierto en canal con un arma tan afilada que no acababa de entender cómo era posible que se le estuvieran cayendo las tripas al suelo. «¡Hala! ¿De dónde sale tanta sangre? ¿Esos son mis intestinos? Creo que se me va a quedar la cicatriz y que esto no se arregla con un apósito.»

Pasó la noche en un banco del pequeño cementerio, un lugar donde Colleen no lo vería si por casualidad pasaba conduciendo. El cielo estaba muy oscuro y en algún lugar cercano borboteaba el agua de un arroyo mientras las horas pasaban lentamente.

A la mañana siguiente, cuando el cielo se teñía de rosa, hizo autostop para llegar a Corning y desde allí compró un billete de autobús a Chicago.

No asistió a su ceremonia de graduación, que se celebró la semana siguiente. Empezó a trabajar en los dos empleos que se había buscado para el verano. Llevó a sus sobrinas a la playa. Empezó a correr todos los días por la zona de Miracle Mile.

Hasta que un día, de repente, se encontró con Ellen Forbes, una compañera de clase. También se había graduado en Ciencias Políticas y era de Chicago, aunque no del South Side, ni hablar. Hasta era fan de los Cubs y todo.

La conocía, por supuesto. Ellen era simpática. Durante el año anterior, había organizado un grupo de estudio en casa de sus padres, un ático inmenso de dos plantas con vistas al lago. Sus padres estaban fuera, pero una doncella o el ama de llaves o quien fuera les había preparado varias bandejas de comida: macarrones con queso y langosta; montaditos de ternera; ensalada griega; batata frita. Vino y cerveza artesanal. Ellen demostró una actitud muy natural, no parecía ni avergonzada por la riqueza de su familia ni tampoco presumió de ella. Era lo que era. Lucas mencionó que había trabajado en Forbes Properties el verano anterior y ella dijo que esperaba que le hubieran tratado bien.

Siempre parecía alegre. Agradable. Simpática. En todo caso, eran amigos, más o menos. Comían juntos de vez en cuando, siempre acompañados de más gente, y cursaban prácticamente las mismas asignaturas. Ellen siempre le saludaba y se detenía a charlar un rato con él. Mantenía el tipo de conversación que Lucas imaginaba que enseñaban en los colegios privados para señoritas o como se llamaran. Ellen planeaba estudiar Derecho también, en Northwestern.

Había pasado un mes desde la graduación cuando un día apareció en la obra en la que él estaba trabajando. Ya llevaba tres veranos seguidos trabajando para Forbes Properties, y allí estaba Ellen, hablando con un hombre trajeado de pelo canoso. Frank Forbes en persona. Lucas la saludó con la mano.

—¡Hola, perdido! —gritó Ellen y Lucas se acercó, ataviado con unos pantalones cortos de trabajo y una vieja camiseta de manga corta, con el casco protector en una mano, y así fue como conoció a su padre—. Papá, es un compañero de clase —dijo con alegría—. Lucas Campbell, te presento a mi padre, Frank Forbes.

—Encantado de conocerte, hijo —replicó el hombre al tiempo que le daba un firme apretón de manos.

—Lo mismo digo, señor.

—¿Trabajas para mí?

—Sí, señor. Es mi tercer verano con su empresa. Me ha contratado Johnny Hall.

—Un buen hombre, Johnny.

—Sí, señor. Es un edificio precioso.

El señor Forbes sonrió.

—Sí que lo es. —Se volvió hacia Ellen—. Cariño, tengo que hablar con el inspector del Ayuntamiento. Diez minutos y después iremos a almorzar, ¿de acuerdo?

—Claro —contestó Ellen. Su padre se alejó.

—Debería regresar al trabajo —dijo Lucas.

—Ah, sí, lo siento, Lucas, no quería interrumpirte. —Sonrió—. Ya que vamos a pasar el verano aquí, deberíamos quedar y tomar algo juntos. Hablar sobre la facultad de Derecho.

—Estaría bien.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

Lucas titubeó.

—Es una cita entre amigos, Lucas —le aseguró ella con delicadeza—. Sé que estás con alguien.

—No, no. No lo estoy.

Desde que vio a Colleen con aquel hombre, tenía la impresión de llevar un pedazo de madera clavado en el pecho, como si ese lugar tierno y dulce que Colleen había creado con su primera mirada se hubiera petrificado y convertido en algo irrompible.

¿Una cerveza con una mujer que siempre había sido amable con él? ¿Por qué no?

—Claro. Quedamos para tomarnos una cerveza —dijo.

El lugar de encuentro fue un bar cercano a la casa de Ellen. Se tomaron una copa y luego otra. Dos cervezas para él, dos copas de vino blanco para ella. Lucas pagó y la acompañó hasta su casa. En el aire flotaba el olor a chocolate procedente de Blommer's. Hablaron sobre los amigos que tenían en común y sobre sus profesores, lo típico.

Cuando llegaron a casa de Ellen, una casa unifamiliar adosada situada en la calle North Astor, ella le invitó a entrar. Lucas aceptó. Y también aceptó la cerveza que Ellen le ofreció. Cuando le dijo que se sentara en un bonito sofá de color gris, lo hizo. Y después le besó, y él le devolvió el beso, un poco borracho y sintiéndose como si aquello fuera un tanto surrealista.

Durante cuatro años no había besado a otra mujer que no fuera Colleen.

Colleen, por su parte, ya había pasado página.

Ellen era agradable. Oía bien. Tenía unos labios suaves.

—¿Quieres quedarte? —susurró ella.

—No llevo nada encima —respondió Lucas.

—Tranquilo. Tomo la píldora. —Sonrió y le besó en el cuello.

Así que se la llevó a la cama por la sencilla razón de que era agradable, no presentaba complicaciones y se sentía terriblemente solo.

Ese pedazo de madera que tenía clavado en el pecho siguió en su sitio.

Por la mañana le dio las gracias por haberle hecho pasar una noche tan agradable y le dijo que la llamaría. Ella sonrió y le dijo que para ella también había sido una noche agradable.

«Agradable» era la única palabra aplicable. Ellen era agradable. La noche había sido agradable. Él también había sido agradable.

Por Dios.

Ellen no parecía esperar nada, y tampoco le había parecido necesitada o desesperada. Desde luego que no había tenido la impresión de que el corazón le fuera a estallar por lo mucho que la quería. Solo había sido sexo, y pese a lo que se decía del veinteañero medio estadounidense, Lucas empezaba a descubrir que el sexo no era lo mismo que hacer el amor, ni por asomo.

Ese fin de semana llamó a Ellen porque no quería parecer un capullo. Fueron al cine y la tomó de la mano. Cuando la película acabó, se disculpó. Empezaba a trabajar en la obra a las seis de la mañana, algo que era cierto. Puesto que todo era tan agradable, a lo mejor podían quedar otro día. Le dio un beso fugaz. Ella le envió un mensaje de correo electrónico unos días después, diciéndole que se marchaba durante unos días con su madre. Lucas respondió diciéndole que se lo pasara bien.

Tres semanas después de haber quedado para tomarse la cerveza, Ellen le llamó y le dijo que necesitaba verle. Que sería mejor si ella iba a su casa.

Antes de que llegara, Lucas empezó a hacer suposiciones. Ellen esperó a que él le hubiera servido un vaso de agua y se sentó frente a él, al otro lado de la mesita de la cocina antes de pronunciar las palabras.

—Parece que estoy embarazada. Lo siento muchísimo.

—No —dijo él—. Es... No es... No pasa nada. —Seguramente podría haberle ofrecido mejores respuestas, pero su mente era un vacío inmenso en aquel momento.

Ellen lloró un poco; las hormonas, adujo, y se disculpó varias veces. Unas semanas antes había estado tomando antibióticos y por lo visto disminuían la eficacia de la píldora anticonceptiva. Lucas le dijo que ella no tenía la culpa, que la biología era así. Admitió que estaba enamorada de él desde el primer año, pero que sabía que tenía novia. Que aunque no le pedía nada, creía que él tenía derecho a saber que iba a tener un hijo y que si bien las circunstancias distaban mucho de ser ideales, en parte sentía que era una bendición.

Lucas se miró las manos durante un largo minuto.

—Vamos a casarnos —dijo al final, mirándola a los ojos.

Ellen protestó un poco, pero la idea hizo que le brillaran los ojos.

Además, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Ser un padre a distancia? ¿Ver a su hijo según un régimen de visitas? Su padre dejó a su madre embarazada de Steph, y habían conseguido salir adelante. Habían sido felices.

Le habían educado para que fuera un hombre honorable, pese a que las apariencias pudieran indicar otra cosa. Había dejado embarazada a una mujer e iba a apoyarla.

Ya no podía seguir pensando en lo mal que habían acabado las cosas entre Colleen y él. Iba a ser padre.

—¡Mamá, tenemos que irnos ya! —gritó Colleen desde la escalera de la casa en la que había crecido—. Vamos a llegar tarde.

—Es un plan disparatado —dijo Connor en voz baja.

—¿Eso crees? ¿Se te ocurre algo mejor, hermanito?

—Podrías prenderle fuego a la casa. Seguramente sería más productivo.

Colleen le miró con los ojos entrecerrados.

—Mira, por fin le interesa conocer a otra persona. Mira a tu alrededor. Con. Este sitio es un altar erigido en honor a papá. —Miró hacia arriba—. ¡Mamá, este sitio es un altar erigido en honor a papá, por el amor de Dios! ¡Deberías cambiar la decoración!

—Tienes razón, Colleen. A lo mejor quemó la casa entera.

—¿Lo dice en serio? —murmuró Connor—. Nunca estoy seguro.

—No lo sé. Tú eres su favorito.

—No quemes la casa, mamá —dijo Connor mientras su madre salía, por fin, del cuarto de baño—. Y estás muy guapa.

—¿Estás lista para irnos, Colleen?

—Llevo lista tres cuartos de hora —respondió. Cualquier salida con su madre acababa de esa manera. Con ganas de suicidarse, hablando claro.

—Que os divirtáis. Vais a ser las más guapas del lugar —dijo Connor, que se aseguró de esa forma su puesto de hijo favorito.

—Gracias, cariñito mío. —Su madre sonrió.

—¿Sabes lo que sería estupendo, cariñito mío? —preguntó Colleen—. Que nos acompañaras.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? ¡Eres soltero! —exclamó su madre—. Quiero nietos. Ya.

—No pienso ir a una clase de arte —repuso Connor—. ¿Es una clase de arte o vais a un mercado de carne?

—Es una clase de arte. Por favor.

Una clase de arte con un puntito de mercado de carne. Una clase de arte para solteros, en realidad, y sí, estaba intentando engatusar a su hermano para que las acompañara. Cierto que a ella le encantaban las veladas para solteros. ¡Las adoraba! Los eventos para solteros eran a sus ojos como las Galias para Julio César. Iba, veía y vencía. Cierto que eso de andar buscando un ricachón todavía no había dado resultados positivos de momento. La verdad era que sentía debilidad por los hombres mayores y le gustaba levantarles el ánimo coqueteando con ellos. Aunque solo se limitaba a compartir su don con el mundo, nada más. En cuanto a buscar una relación sería... pues no.

Su madre se miró en el espejo, se ajustó un tirante del sujetador y suspiró.

—Ojalá que tu padre no hubiera tenido ese lapsus del sentido común —dijo.

—El famoso lapsus del sentido común de papá —dijo Connor—. Pues ya lleva diez años en el Jardín de las Delicias.

—Connor Michael O'Rourke, cierra la boca —ordenó su madre—. Tú no has experimentado un sentimiento que trascendió el amor y no sabes lo especial y maravilloso que fue.

—Maravilloso, sí, sobre todo por las infidelidades y las mentiras —replicó Con.

—En fin, es verdad —reconoció su madre—. Pero nadie es perfecto.

—Papá ni se acerca a la perfección.

—Soy muy consciente de los defectos de tu padre, Connor. De todos modos, le quiero. Si recuperara el sentido común...

—Mamá —dijo Colleen con paciencia—, papá lleva diez años con Gail. Un tercio de las vidas de tus hijos. Por favor, pasa página.

—Lo intento, Colleen —repuso su madre, que suspiró como solo una católica podía hacer—. Si te parece mejor, me conformo con la idea de ser la primera esposa, ya vieja y tonta, abandonada por una puta, y me doy a la bebida hasta acabar convertida en una borracha amargada y gorda. ¿Te gusta eso más?

Connor y Colleen se miraron entre sí.

—Podríamos probar a ver —dijo Connor.

Y eso era lo más raro de su madre. Sabía que su padre no iba a dejar al Zorrón. Aunque sí podría cambiarla por un modelo más nuevo, ya que Gail rondaba los cuarenta. Pero no volvería con su madre, y ella lo sabía... pero se negaba a admitirlo.

Colleen miró el reloj.

—Muy bien, papá es un cerdo infiel y mamá es una mártir, y Con, tú y yo estamos traumatizados de por vida. ¿Nos podemos ir ya? A ver si te encontramos un hombre con quien darte el lote, mamá. Con suerte, será un buen padrastro y me comprará el poni que siempre he querido.

—Yo quiero un abono de temporada para los Yankees —dijo Con.

—Ah, yo también. Y un poni. Un poni negro llamado *Cazador de Estrellas*. Y la caravana de la Barbie.

—Y un fútbol. Y unas zapatillas de fútbol.

—Sois unos monstruitos materialistas —replicó su madre con cariño—. Como si fuera a conocer a alguien. Desde luego, a nadie tan guapo como vuestro padre, porque si van hombres así a este tipo de cosas, todos buscan a putas como Gail. —Otra miradita al espejo, otro suspiro católico—. Muy bien, en marcha. Supongo que será mejor que quedarme en casa limpiando el suelo del cuarto de baño.

—¿Lo es de verdad? —susurró Connor, y su hermana le dio una colleja al pasar.

Sí, a veces deseaba que Connor y ella hubieran crecido en un bonito orfanato. Su padre era un capullo integral, pero era el único padre que tenían. No todo el mundo conseguía un padre como John Holland, uno de esos padres fieles, dulces y cariñosos que seguían sentando a sus hijas en las rodillas y se acordaban no solo de sus cumpleaños, sino también de cuánto habían pesado al nacer y de qué les habían regalado en Navidad cuando tenían cinco años.

Ella tenía a Pete O'Rourke.

Sin embargo, su madre lo estaba intentando, o fingía que lo intentaba, aunque solo fuera para añadir otro fracaso a su lista: «Citas: Menudo Desastre, El Capullo de Tu Padre Me Arruinó La Vida/Ojalá volviera conmigo».

De ahí la clase de Arte para solteros.

Sí.

* * *

Manningsport era la sede de la Asociación de Arte del Condado Vitivinicola, cuyo local se encontraba entre la consulta del optometrista y la pizzería en el centro comercial emplazado más allá del aparcamiento de autocaravanas. Todos los años se celebraba una exposición de arte, y dado que la taberna de O'Rourke era uno de los patrocinadores (como todos los negocios del pueblo, era imposible librarse), Colleen asistía, fingía admirar las tazas retorcidas y los platos del grosor y el peso de los discos de las competiciones de atletismo, los paisajes emborronados que describían, sí, eso mismo, unos viñedos y los bodegones de, sí, eso mismo también, botellas de vino y uvas.

Sin embargo, no podía negarle el encanto.

Y ofrecían clases. Había más eventos para solteros, como la «Noche de tiro para solteros», a la que había asistido con Faith en una ocasión. Se lo había pasado muy bien. Armas y amor, ¿había algo mejor? Durante la temporada baja se celebraban algunos eventos relacionados con el vino, pero su madre trabajaba en la sala de cata de vinos de Viñedos Blue Heron y no le apetecía hacer nada relacionado con el trabajo en su tiempo libre. Había «Vela para solteros» («Una manera rápida de ahogarse», dijo su madre), «Cuadrilla para solteros» («Donde los perversos se reúnen.») y «Coctelería para solteros», que se celebraba nada más y nada menos que en la taberna de O'Rourke y cuyas clases estaban a cargo de su fabulosa hija («Soy tu madre y me tendrían lástima.»).

De modo que eso reducía sus opciones a la «Clase de arte para solteros».

Paulina también iba a asistir. Después del desastre que resultó el primer intento de acercamiento de Paulie a Bryce, durante el cual estuvo a punto de hacerle daño, y después de la visita a la protectora (Paulie se había puesto a hiperventilar en el aparcamiento), supuso que su amiga necesitaba practicar un poco con el sexo contrario.

Aparcaron en el centro comercial. Su madre saludó con la mano a Edith Warzitz (*whisky* solo, con dos cerezas), que era más vieja que Matusalén pero al parecer también buscaba el amor. La encantadora Lorelei (riesling dulce para igualar su dulce personalidad) las saludó y se ruborizó... Mmm. En cuanto terminase con Paulie, a lo mejor intentaba emparejar a Lorelei con alguien. Tal vez con Gerard Chartier, porque ese tontorrón llevaba soltero demasiado tiempo. Además, era bombero, así que todas las mujeres lo adoraban. Los bomberos parecían ser o maridos magníficos o picaflores. Por lo tanto, Colleen tenía el sagrado deber de emparejarlo, porque de lo contrario acabaría muerto por gonorrea.

La Asociación de Arte parecía más una guardería que una colonia de artistas, si bien se debía principalmente a la calidad de los trabajos que adornaban las paredes.

¿Un pavo con huellas de manos? ¿En serio?

—Ay, madre del amor hermoso —dijo un hombre, que se acercó a Colleen. Llevaba un abrigo de invierno aunque hacía una cálida noche de mayo, y tenía los dientes amarillos. Su aliento la envolvió en una nube tóxica—. ¡Caray! ¡No me esperaba ver a alguien como tú en un sitio como este! Me encantaría llevarte a casa y echar un polvo.

—Tienes que afinar un poco tu táctica, colega. Y un poquito de higiene bucal tampoco estaría de más —replicó ella.

—Y después, ¿nos podemos enrollar?

—No.

—¿Qué me dices de sobarnos un poco?

—Ay, Dios mío —dijo su madre—. ¡Colleen! ¡Haz algo!

—¿Qué quieres que haga, mamá? ¿Lo castro?

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

El hombre siguió mirándola fijamente.

—No quiero que me castren —protestó al tiempo que enarcaba una ceja despeinada.

—Pues largo, amigo. Mi madre está menopáusica. Nunca se sabe cómo puede reaccionar.

—Tenía que intentarlo.

—Me parece muy bien, pero has fracasado. —Le regaló una sonrisa.

—¿El mundo de las citas siempre es así? —preguntó su madre, horrorizada.

«Más o menos, sí», pensó Colleen.

—¡No! Seguro que vamos a conocer a alguien estupendo para ti, mamá.

Paulie acaba de entrar, ataviada con unos *leggings* blancos (¿De verdad existían los *leggings* blancos?), un top blanco que dejaba al aire sus musculosos pectorales y un Threed rosa. El atuendo era casi mono, si bien la palabra clave era «casi».

—¿Qué ha pasado con el vestido rojo que escogimos? —le preguntó Colleen. Paulie tenía ropa bonita de sobra, pero no se la ponía.

—Me ha dado un sarpullido —contestó Paulie.

—Es de algodón.

—Lo sé. Han sido los nervios. He optado por la comodidad. Lo siento, Coll. Además, mira el jersey. ¿Te gusta cómo me lo he puesto?

Colleen contuvo un suspiro católico.

—Sí. Estás estupenda. —Demasiado tarde para la sinceridad, Paulie necesitaba un chute de confianza.

Otro hombre, vestido con unos pantalones negros y un jersey amarillo de cuello cisne, se acercó. Era muy blanco.

—Buenas noches, señoritas. —A juzgar por su acento, Colleen diría que se trataba del conde Drácula.

—Hola —lo saludó Colleen. Su madre permaneció en silencio, aferrada a su brazo como una pitón—. Soy Colleen y esta es mi madre, Jeanette. Y mi amiga Paulie.

—Jeanette, Colleen, Paulie, sí, sí, hola. Es placer conoceros. —Se apartó el pelo de la cara, dejando a la vista un pronunciado pico de viuda en la frente—. ¿Jeanette y tú sois madre e hija? Y las dos bonitas, bonitas. Yo soy Droog Dragul.

Ese nombre tan raro le sonaba.

—¿Has estado alguna vez en la taberna de O'Rourke? —preguntó ella.

—No, no he tenido placer. Doy clases en universidad. ¿Eres estudiante por casualidad? ¿Quedamos para cita?

—¡Ah, un momento! Creo que has salido con una amiga mía. ¿Honor Holland?

—¡Sí! Honor, ¡está tan bien puesta! ¡Y ahora se casa con Tom, mi amigo! ¿Vais a asistir a la boda? ¿Podemos ir como pareja? ¿Sí?

—No —contestó Colleen—. Pero gracias.

—Nada, nada es. —Se volvió hacia Paulie, que parecía petrificada.

Colleen se señaló la cara y sonrió, y después abrió y cerró la mano para indicarle que tenía que hablar. Paulie se puso coloradísima, pero la pobre consiguió levantar la vista (mucho) y mirar a Droog.

—¿Qué te cuelgas? —preguntó Paulie.

Ay, Dios. En fin. Al menos lo había intentado.

Colleen alejó a su madre, que se había encogido como un perro apaleado, y la llevó al aula situada en la parte posterior, donde descubrieron unos caballetes dispuestos en círculo.

—¿Hace calor aquí? —preguntó su madre al tiempo que se abanicaba con la camisa.

—Tienes un sofoco —dijo Colleen.

—Creo que no —repuso su madre—. Es que hace calor. ¡Caray! Seguro que han subido la calefacción. Haz que bajen la temperatura, Colleen.

—Mamá, es la menopausia.

—Siempre crees que mis problemas son por la menopausia.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, dale a mi madre un chute de estrógenos, por favor.

—¿Y bien?

—Como Dios no me recompense por esto...

La instructora apareció: Debbie Meering (margarita con fresas), la autora de *Bodegón con uvas n° 10* en la galería.

—¡Bienvenidos! —exclamó mientras agitaba los brazos, tanto que golpeó a Droog en la nuca—. Vamos a empezar por inspirar hondo para limpiarnos... Inspirad... ¡Espirad!... ¡E inspirad!

—Por si nos hemos olvidado de cómo se respira —le dijo Colleen a su madre, que puso los ojos en blanco.

—¡Me alegro muchísimo de que hayáis decidido abrazar el Arte con mayúsculas! —dijo Debbie—. ¡A mí me ha cambiado la vida! No, en serio. He descubierto un aspecto de mi personalidad que había permanecido oculto hasta el momento...

—Eso no se oye todos los días —replicó su madre, y Colleen sintió una oleada de cariño por ella. Jeanette tenía sus puntos.

—Todos deberíamos ser libres para conectar con nuestro dios o nuestra diosa interior —continuó Debbie— y para liberar a las musas ¡y dejar que se abran los chacras! ¡Aquí no hay ni bien ni mal, solo Arte! ¡Con mayúsculas! Y, por supuesto, ¡nuestros solteros! ¡Gente, soltaos el pelo y sed vosotros mismos!

Los estudiantes miraron a su alrededor con nerviosismo. Colleen tenía curiosidad por ver cuál sería la verdadera naturaleza de cada uno. ¿La Masa? ¿Lobezno (Por favor, Señor)? ¿Voldemort? No, todos parecían ser lo que siempre eran. Una lástima, la verdad.

Salvo por Dientes Amarillos, Droog, *el Vampiro*, y un hombre tan viejo que no tenía muy claro si seguía vivo, los demás eran todos mujeres. Lo habitual, como bien sabía ella.

Y ese era el problema. Todas las mujeres eran bastante atractivas. Al menos, iban aseadas. Se habían esforzado. Ciertamente que el Thneed le restaba casi todo el atractivo a Paulie, pero eso no contaba. Lo intentaba. El asunto era que las mujeres normales, sinceras y decentes con una buena higiene siempre estaban dispuestas a asistir a ese tipo de eventos, mientras que los hombres normales, decentes y sinceros aparecían en cualquier parte menos en dichos eventos.

—Bueno, empecemos poniéndonos en círculo y presentándonos a los demás diciendo por qué habéis venido y qué buscáis en una relación. ¿Bert? Empezaremos por ti, ¿te parece?

Bert, el anciano, estaba dormido en su silla de ruedas, babeando. Colleen buscó una servilleta de papel para cuando se despertase.

—Muy bien, en ese caso, Colleen, ¿por qué no empiezas tú?

—Claro —dijo ella—. Me llamo Colleen, coqueta empedernida, y he venido con mi madre para que me busque un padrastro.

—¿Y tú buscas el amor? —preguntó Debbie.

—No puedo afirmarlo, Deb.

—Su primer novio acaba de volver al pueblo —explicó su madre—. Cortó con ella hace años, pero todavía no lo ha superado. Quiere dar con alguien. Un hombre de paja. ¿Se dice así?

No fallaba nunca, justo cuando la inundaba el cariño hacia su madre, pasaba algo así.

—Vaya, mamá, gracias. Lo negaría todo, pero todavía estoy atónica y no me creo que haya podido hablar de mi vida personal...

—¿Y tú, Jeanette? —quiso saber Debbie.

—Colleen me ha obligado a venir. —Su madre miró a los que conformaban el círculo—. Mi marido me dejó por una puta.

—Igual que el mío —repuso una mujer que tenía ochenta años como poco y que no dejaba de lanzarle miraditas al Bello Babeante—. Pero una prostituta de verdad. Dijo que si el enano de *Juego de Tronos* podía hacerlo, él también.

—Entiendo. ¿Y tú, Paulie? —siguió Debbie, sin inmutarse siquiera.

—Yo... esto... en fin... hay alguien que... Es... Yo no... —Su cara adquirió una interesante tonalidad morada. Su madre empezó a agitar la camisa en solidaridad—. Es un caso de... amor no correspondido.

—No correspondido de momento, por supuesto —apostilló Colleen antes de mirar a Paulie con una sonrisa.

—¡Amor de juventud! —exclamó Droog con una risilla—. ¡Viva! ¡Je je je je je!

—Yo... ¿He terminado ya? —preguntó Paulie.

—Si quieres contestó Deb.

—Entonces sí. —Paulie se secó la frente con uno de los extremos del Thneed.

El resto de la clase fue hablando por turnos, diciendo más o menos lo mismo: «Me gustaría conocer a una persona agradable para una relación seria, tal vez algo más». Un Match.com.

—¡Muy bien! ¡Empecemos! —exclamó Debbie—. ¿Stanley? Pasa. —Entró un hombre descalzo que solo llevaba un albornoz rosa—. Gente, Stanley va a ser nuestro modelo de hoy. Ponte cómodo, Stan.

El hombre se colocó en el centro del círculo, se dio la vuelta de modo que les daba la espalda a Colleen y a su madre, y dejó caer el albornoz al suelo.

Su madre y ella dieron un respingo al mismo tiempo.

Colleen no sabía que un hombre pudiera ser tan... tan... peludo.

Y que pudiera estar tan desnudo.

Y que fuera tan, pero tan peludo.

Como si tuviera un manto. Como si pudiera donar el vello de la espalda para hacer pelucas para enfermos de cáncer.

—Creo que he encontrado a mi padrastro —susurró.

—No tiene gracia, señorita. Se lo voy a contar a Connor.

—Puede que tenga que matarlo. —Colleen se ocultó detrás del caballete, dividida entre las ganas de mearse de miedo o de risa—. Muy bien, centrémonos en el Arte —le dijo a su madre en voz alta—. Míralo bien, mamá.

—No puedo. Me he quedado ciega.

—En mi país —dijo Droog como si nada—, el vello de espalda es señal de virilidad.

—En ese caso, Stan, seguro que tienes veinte niños —replicó su madre con sorna.

Coll miró de reojo a Paulie, que emitía luz de lo colorada que estaba. Se encontraba al otro lado del círculo. Viendo la parte delantera, pobrecilla, lo que quería decir que tenía que verle las... partes... a Stan; Stan, *el Hombre Peludo*. Lorelei estaba sentada a su lado, charlando, como si fuera lo más normal del mundo.

Stan hizo una pose, como una especie de Mercurio apuntando a los cielos, y Colleen tuvo que fingir que miraba el teléfono móvil para ocultar la risa.

—¿Colleen? —la llamó Debbie al tiempo que se inclinaba hacia su caballete—. Ni siquiera has empezado. ¿Hay algún problema?

—Nada que no solucione una semana de sesiones de cera —consiguió decir.

—Un momento, eso ha sido una grosería —protestó Debbie—. Todos los cuerpos son hermosos, todos milagros de un poder superior, todos representaciones de...

—Ya, ya, ahora empiezo.

Debbie la miró con desaprobación («¡Nada de diosa interior para ti!») y se alejó.

Colleen inspiró hondo y se arriesgó a lanzarle otra miradita a las nalgas acartonadas y a las piernas delgaduchas del Yeti. Entró una ligera brisa por la ventana, alborotando los mechones de vello de los hombros de Stan, y Colleen tuvo que agacharse para disimular otra carcajada.

Durante la siguiente media hora, su madre suspiró como toda una católica, dibujó y le lanzó miradas de reproche a su hija. Ella, por su parte, dibujó varios monigotes monísimos, con mechones de vello mientras intentaba no mirar directamente a Stan; sobre todo, mientras intentaba no mirar los matojos de vello que le salían de las axilas y que le colgaban como si fuera una melena. Las orejas le ardían por culpa de la risa y llevaba un rato llorando en silencio.

—Stanley, muchas gracias —dijo Debbie por fin—. Clase, una de las cosas que tal vez no sepáis es lo agotador que resulta ser modelo de desnudos. Si queréis darle una propina a Stan, estoy segura de que os lo agradecerá.

—Creo que debería pagarme él a mí por tener que verlo —masculló su madre al tiempo que sacaba un billete de un dólar.

Colleen, incapaz de mirarlo a la cara, le dio uno de veinte. Se acercó a Paulie. Para su sorpresa, su amiga había captado bastante bien a Stan, dibujando sus ojos vidriosos y su incipiente calvicie, así como la postura encorvada, casi con intenciones criminales.

—Está muy bien, Paulie —le dijo.

—En cuanto se me pasó la impresión, ha sido divertido.

—¿Tu primer hombre desnudo? —preguntó Colleen en un susurro.

—Bueno, el primero en carne y hueso. He visto algo de porno.

Colleen se mordió el labio.

—Entiendo. Oye, siento que no haya más hombres con los que puedas practicar. Nunca se sabe con estos eventos para solteros.

—¡No, tranquila! Es agradable hacer algo distinto. —Paulie sonrió con tanta dulzura que a Colleen le dio un vuelco el corazón.

—Se me ha ocurrido que Bryce debería verte en tu salsa —dijo—. ¿Te interesaría celebrar una fiesta? —La casa de los Petrosinsky era increíble, aunque estuviera... en fin... decorada de forma inusual.

—¡Claro! —exclamó Paulie—. ¡Sí! A mi padre le encantaría.

—¡Estupendo! Invitaremos a todo el mundo. —Colleen sonrió, le dio un apretón al bíceps durísimo de Paulie, se recordó que tenía que ponerse en forma y fue en busca de su madre.

Estaba hablando con Dientes Amarillos, que llevaba unas Uggs muy parecidas a las que ella tenía, aunque en su caso solo se las ponía en invierno, como las personas normales. Colleen oyó que su madre decía «lapsus del sentido común» y puso los ojos en blanco.

—Lorelei, ¿conoces a Gerard Chartier? —preguntó Colleen, que supuso que bien podría empezar a soltar algunas miguitas de pan.

—Ah, claro —contestó la aludida—. Es un poco picaflor, ¿no?

—Mmm. Necesita a una buena mujer que lo reforme. Y sé a ciencia cierta que adora tus *macaroons* de coco.

De repente, se oyó un alboroto procedente del rincón. Dientes Amarillos estaba tirado en el suelo, aferrándose el pecho.

—Llamad a emergencias —jadeó—. Me está dando un ataque al corazón y necesito sesenta miligramos de oxiconona y un bolo de morfina.

—¿Alguien más cree que tiene un problemilla de adicción? —musitó Colleen.

Diez minutos después, subían al hombre (que se llamaba Calvin) a una ambulancia. Hablaba mientras respiraba con fuerza a través de la mascarilla de oxígeno y agarraba la mano de Jeanette. Gerard y Jessica Dunn, que también era bombera, lo estaban tranquilizando.

—Hablando de nuestro héroe picaflor, ¿eh? —le dijo Colleen a Lorelei—. Nada como un hombre en uniforme de faena.

—Ya te digo —suspiró ella.

—¡Colleen! —gritó su madre—. Calvin quiere que lo acompañe. Síguenos al hospital para que luego me lleves a casa.

Quince minutos después, Colleen salió de su Mini y entró en urgencias, un lugar en el que había pasado muchas horas felices de pequeña, mientras veía cómo le ponían puntos de sutura a Connor para curar sus diversas heridas.

—Hola, Calvin —dijo la enfermera encargada de los ingresos—. ¿Vuelves a visitarnos?

—Dame oxiconona ahora mismo —masculló él—. Y nada de genéricos. Quiero la de verdad.

—No te muevas de aquí, jovencita —le ordenó su madre mientras se llevaban a Calvin en camilla. Dado que el hombre se había negado a soltarle la mano, tuvo que acompañarlo, un gesto muy tierno... en plan asesino en serie, claro.

Colleen la despedió con la mano. Tal como Paulie había dicho, estaba bien hacer algo distinto.

Su madre sería muy amable con Calvin porque era una mujer amable de verdad, aunque un poco lenta de entendederas. En cuanto a ella, tener que esperar allí en urgencias, sin nada que hacer ni nada que leer...

A lo mejor llamaba a Faith. No. Ya eran más de las nueve y Faith estaba recién casada, seguro que se lo estaba montando con Levi en ese preciso momento.

Los celos le provocaron un agujonazo agri dulce en el corazón. No quería que fueran infelices ni mucho menos. Era solo que todo el mundo parecía estar encontrando su pareja. Incluso Connor tenía novia, alguien lo bastante importante como para verla a hurtadillas. De momento, el intercomunicador para vigilar bebés que había colocado en la estantería de su hermano no había servido para nada.

Honor Holland y el simpático Tom Barlow se habían emparejado a toda prisa. Cuando lo vio entrar por primera vez en el bar, Colleen sintió una chispa de interés. ¿Cómo no iba a sentirla con ese acento tan británico y esa sonrisa tan tontorróna que tenía? Sin embargo, la chispa se apagó sin motivo aparente. Lo mismo que con Jack. Lo mismo que con Greg, el camarero, el verano anterior. La dichosa chispa siempre se apagaba.

Salvo con un hombre.

Tal vez entendía a su madre mejor de lo que suponía.

Claro que ella no estaba atrapada en el pasado. Era feliz, había salido con muchos hombres y se había acostado con unos pocos (no tantos como dejaba que la gente creyera).

Sin embargo, durante los dos últimos años había pasado muchas noches acostada en la cama, preguntándose si encontraría alguna vez alguien que la hiciera sentirse... especial. Como Lucas hizo que se sintiera.

Habían pasado exactamente cuatro minutos desde que llegó. A lo mejor preguntaba si Jeremy Lyon estaba de guardia. Siempre estaba dispuesto a hablar.

Atravesó urgencias y entró en la zona principal del hospital. La sobrina de Faith, Abby Vanderbeek, se encontraba en el mostrador de recepción, sin duda ejerciendo de voluntaria, con los auriculares puestos y tecleando como una loca en el teléfono móvil.

—Hola, Abby —saludó a la adolescente—. ¿Jeremy trabaja hoy?

—Ah, hola, Colleen —replicó sin quitarse los auriculares. Pulsó unas cuantas teclas—. No, lo siento. Es la doctora Chu. Es nueva y le falta un tornillo, así que cuidado.

—Pues vaya. ¿Algún paciente que conozca? —quiso saber Colleen. A saber cuánto tiempo necesitaría Calvin que su madre montara guardia.

—Se supone que no puedo decirlo —repuso Abby—. Por confidencialidad y esas cosas.

—Estoy cubierta por la ley de sanidad, porque trabajo a tiempo parcial en la residencia de ancianos.

—Ah, claro, se me había olvidado. ¿Has visto a Goggy y a Pops? —preguntó Abby, que quería saber de unos abuelos con unos nombres rarísimos.

—No, no están en mi ala. Me he enterado de que tu abuela se quejaba de la comida, eso sí. Así que me he quitado de en medio.

Abby sonrió y pulsó unas cuantas teclas más.

—Veamos... ¿cómo de enfermos quieres que estén?

—Mucho. Así podré ser un ángel compasivo.

—Tremenda, eres tremenda. Muy bien. Te he encontrado algo. Joe Campbell está para diálisis. ¿Sabes dónde se realiza el tratamiento?

—Claro —contestó Colleen—. Gracias, guapa.

La unidad de diálisis se encontraba en la tercera planta del hospital, la misma que la de cuidados intensivos. El año anterior su abuelo estuvo ingresado allí durante una semana por neumonía (casi consiguió morir en aquella ocasión antes de que su irritante e increíble sistema inmunitario lo salvara), y durante su ingreso, Colleen vio a Joe. Después de tranquilizar a su abuelo y de que este se quedara dormido, se aventuró a saludarlo.

Aunque mientras salía con Lucas no llegó a conocerlo bien, Joe y Bryce se habían convertido en una pareja de padre e hijo habitual en la barra de la taberna de O'Rourke hasta hacía seis meses.

Servir bebidas, de hecho era la única que servía las bebidas en el bar, hacía que se enterase de los cotilleos de todo el pueblo. Se había enterado de que la mujer de Joe, Didi, aquella estúpida estirada, detestaba acompañarlo a sus citas médicas y de que Bryce parecía negar el estado en que se encontraba su padre. A menudo, Joe pasaba solo esos largos ratos durante los cuales le limpiaban la sangre antes de devolvérsela.

De modo que sí, fue a verlo. La diálisis era un proceso largo, y también aburrido. Tres o cuatro veces por semana, durante cuatro a seis horas. Joe siempre se alegraba de verla.

Se asomó por la cortina que separaba la zona donde se encontraba Joe. Estaba despierto.

—Ha llegado el momento de su baño con esponja, señor Campbell —anunció con la voz más sensual de la que era capaz, arrancándole una sonrisa muy reconfortante.

—¿A qué señor Campbell te refieres? —preguntó alguien situado a su espalda.

Dio un respingo.

Lucas.

Cómo no. La miró con una ceja enarcada antes de sentarse junto a su tío, con una taza de papel en la mano.

No se había afeitado ese día. Tal vez tampoco lo hiciera el día anterior. ¿A qué venía eso? ¿Era algo que les enseñaban a los hombres en la Escuela de Masculinidad?

«No os afeitéis, colegas. Las mujeres se vuelven locas, empiezan a preguntarse qué se sentirá al notar el roce de esa piel áspera contra un montón de sitios...»

—Ah, eres tú, Lucas —dijo, consciente de que no había contestado—. Me estaba refiriendo a tu tío, que es mucho más guapo que tú. ¡Hola, Joe! ¿Cómo te encuentras? —Se inclinó y le dio un beso, y él le dio unas palmaditas en la mano.

—Me alegro de verte, cariño. Espero que me hayas traído uno de tus increíbles margaritas.

—¿No te matarían? —quiso saber ella.

—Pero sería una buena manera de morir. —Sonrió—. Te acuerdas de mi sobrino, claro.

—En fin, teniendo en cuenta que estuvimos saliendo durante cuatro años, sí, me temo que me acuerdo de él. —Miró a Joe con una sonrisa. A Lucas no.

—Siéntate, Colleen —la invitó Lucas. Había una silla junto a él.

Intentó no ponerse colorada al rozarlo mientras se sentaba. Intentó no darse cuenta de lo bien que olía, a limpio y a aire fresco, incluso en el hospital.

Carraspeó antes de hablar:

—Bueno, he venido porque la cita de mi madre parece necesitar su chute de rigor. Corren tiempos interesantes para las historias de amor. —Le dirigió una mirada a Lucas (joder, qué ojos más bonitos) y luego les contó la historia del modelo desnudo peludo, y al terminar, Joe se reía a carcajadas, tanto que casi no podía hablar y estaba llorando de risa.

—Ah, Colleen, me... alegro de... verte... cariño.

Y cerró los ojos sin más. Lucas se puso en pie de un salto.

—Se ha quedado dormido, no te preocupes —adujo ella.

Lucas la miró con el ceño fruncido antes de clavar la vista en el pecho de su tío, que se movía por la respiración. Y otra vez. Y otra.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó él al tiempo que se sentaba de nuevo.

Colleen se encogió de hombros.

—Lo he adivinado, nada más.

—¿Te has convertido en enfermera?

—Soy auxiliar de enfermería. Trabajo en Rushing Creek. Hay un par de pacientes de diálisis en la residencia. —Hizo una pausa—. He venido a ver a Joe un par de veces.

—Te lo agradezco.

Colleen se preguntó si sabría que Joe acudía solo al hospital casi siempre.

—¿Eso quiere decir que sabes cómo funciona todo esto? —quiso saber Lucas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—He visto unos cuantos vídeos en YouTube. —Parecía cansado. Y preocupado.

Lucas nunca había hablado demasiado de su vida con Joe y con Didi. Cuando salían, no pasaban mucho tiempo con su familia. Hubo una cena familiar muy incómoda al principio (creía recordar que ella había insistido para que se produjera). Bryce se mostró tan contento como un cachorrito, Didi tenía cara de estreñida y Joe se portó de forma amistosa y jovial.

Sin embargo, Lucas era capaz de decir más con los ojos que la mayoría de la gente a lo largo de tres días de palabrería.

Claro que esas suposiciones no la habían llevado a ninguna parte.

Lucas arropó bien a Joe con la manta, y ese gesto tan tierno... mierda. Esa era la clase de cosas que afectaban al cerebro. Debería irse antes de ponerse más sentimental todavía.

—Bueno, ¿dónde te alojas mientras estás en el pueblo? —le preguntó.

—He alquilado un apartamento. En el edificio Opera House.

—Ah, ya. Faith vivía allí. Con Levi. En fin, en la puerta de enfrente, luego con Levi y ahora se han comprado una casa. Son un encanto. Los apartamentos, digo. En fin, Levi y Faith también también son un encanto. Ya sabes lo que quiero decir. —Cerró los ojos mientras el Síndrome de Tourette del Terror resurgía, acicateado por los antiguos sentimientos que habían provocado su ruina.

Se imaginó a Lucas en un apartamento amueblado para alquilar, solo, no en la casona donde vivían los demás Campbell. El silencio de la plaza del pueblo de noche. Sin perro que le hiciera compañía.

—¿Te gustaría cenar una noche de estas? —se oyó preguntar.

Lucas la miró un buen rato antes de asentir con la cabeza.

—Solo te lo he preguntado porque, en fin, a lo mejor te sientes solo. Colecciono vagabundos, ya sabes. Además, no conoces a mucha gente en el pueblo. Pero me conoces a mí. Y yo te conozco. Pero no es una cita. Nada romántico, para que me entiendas. Solo es una cena. Nos reunimos para comer.

—Sí, creo que recuerdo cómo van las cenas. —Tenía una expresión risueña en los ojos.

Casi le rozaba con el brazo y sentía un deseo enorme de abrazarlo e instarlo a que apoyara la cabeza en su hombro para poder besarle el pelo y decirle que todo se arreglaría. Tal vez le besaría en la frente. O en la boca. O en el cuello. O en...

Zorra. Era un pendón desorejado por imaginarse haciéndolo en la unidad de diálisis.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Colleen tragó saliva.

—Mmm...

—¿Por qué estás tan empeñada en emparejar a Bryce y a Paulie? —Lucas lo preguntó en voz baja y con tono muy amable.

Se arriesgó a lanzarle otra miradita. Joder. Tenía un pelo preciosísimo, negro y ondulado, y alborotado lo justo. Si el pelo pudiera hablar, el suyo diría: «Eso es. Quiere decir todo lo que te estás imaginando. Acaríciame con los dedos. Hazlo. No te arrepentirás».

—¿Colleen?

—¿Qué? Ah, ya, ¿qué me has preguntado?

Lucas sonrió y el útero le hizo la ola.

—Bryce y Paulie. ¿Por qué es buena idea que estén juntos?

Carraspeó y miró a Joe, que seguía muerto para el mundo. En fin, esas no eran las mejores palabras para describirlo. Mejor aclarar que seguía dormido.

—No vas a contarle nada a Bryce, ¿verdad? —preguntó ella a su vez.

—No.

Y no lo haría. Sabía que podía confiar en él. No había conocido en la vida a nadie más honorable que Lucas Campbell.

—Paulie le quiere desde hace años. Es una persona estupenda, Lucas, de verdad. Decente, amable y buena.

—No te lo discuto.

—¿La recuerdas durante el instituto?

Él negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Pero sí me acuerdo de los anuncios de pollo.

—Treinta y ocho maneras de que te dé un ataque al corazón —dijo Colleen con una sonrisa.

—¿Su padre no estaba relacionado con la mafia rusa?

—Nunca se demostró.

Lucas enarcó una ceja.

—Si Paulie es tan estupenda, Colleen, ¿por qué la emparejas con mi primo? ¿Por qué no la emparejas con Connor o con Jack Holland o con alguien que tenga trabajo y futuro?

—Porque no los quiere. Quiere a Bryce. —Estaba susurrando, para no despertar al pobre Joe.

—¿Y por qué quiere a Bryce? ¿Porque es guapo?

—En fin, Lucas...

—Sí, y es un condicional, consigues que Bryce salga con ella, ¿qué pasará a continuación? ¿Sabes con cuántas mujeres se ha acostado Bryce?

Se puso colorada. Muchas, sabía, un montón arriba o abajo.

—Con muchas —continuó Lucas—. Le gustan las mujeres guapas y superficiales que solo quieren acostarse con él.

—Sé muy bien con qué tipo de mujer se acuesta Bryce —susurró, cabreada de repente—. Y sí, sé que normalmente son superficiales y guapas, y no, Paulie no es ninguna de esas dos cosas. A lo mejor ha llegado el momento de que Bryce encuentre a alguien con más cabeza y personalidad.

—Acabarás metiéndote en un lío muy gordo y tu amiga va a salir escaldada.

—Muy bien. A lo mejor acaba casándose con otra mientras Paulie creía que estaba enamorado de ella.

Lucas la miró con los ojos entrecerrados.

—Estamos hablando de mi primo, que se pasea por la vida sin tener que enfrentarse a las consecuencias de sus actos, Colleen. Si quieres discutir del pasado, hazlo solita, porque a mí no me interesa.

—Ay, perdona. No quería hablar de algo que no tienes en la agenda.

—Tú eres la que se ha presentado aquí, que lo sepas.

—Y tú eres el que ha vuelto al pueblo y... ¿Sabes qué? Olvídalo. Da la casualidad de que creo que Bryce debería estar con una mujer como Paulie. No, no es una zorra con un cuerpazo de supermodelo. Tiene los pies en la tierra, es decente y leal. Y, que lo sepas, Español, tengo un historial alucinante a la hora de hacer de casamentera.

—Bryce va a romperle el corazón.

—Es curioso que te preocupe tanto el corazón de las mujeres.

—Por el amor de Dios, mira a mi tío —dijo Lucas en voz baja—. Bryce está convencido de que Joe va a curarse, pero no será así. Joe me pidió que volviera para que enderezase a su hijo antes de morir. No quiero tener que decirle que el padre de Paulie ha tirado el cadáver de Bryce al lago.

—Eso parece sacado de *El padrino III*. Creo que el Rey del Pollo se decantaría por trocearlo y freirlo.

—Bryce tiene que madurar. Necesita un trabajo, un hogar, una vida.

—Y Paulie podría...

—Colleen, no ha tenido una relación de verdad en la vida.

—Lo mismo que Paulie —susurró con vehemencia—. ¿No sería bonito ver que el primer amor triunfa para variar?

Lucas pasó del comentario.

—Déjalo tranquilo. No lo manipules para empezar una relación para la que no está preparado.

—Pero resulta que los hombres son criaturas muy simples, querido Lucas, creados para ser manipulados y que así hagan lo que es mejor para ellos.

—¿Me manipulaste a mí para hacer lo que era mejor? —Sus ojos refulgían.

—No —masculló ella—. Eres mi único fracaso. Ellen Forbes, en cambio... Ella te caló enseguida.

Sus ojos perdieron el brillo, y toda la pasión y la rabia desaparecieron.

—Te equivocas en eso.

—Claro, seguro que me equivoco. Vuestra vida en común fue una película romántica de sobremesa. El macarra de barrio se casa con la hija de un millonario. Muy romántico.

—No hables de ella.

Eso le dolió, que Lucas defendiera a su ex.

—Muy bien —masculló—. Sea como fuere, subestimas a tu primo. Y a Paulie. Y a mí.

—Oh, nunca te he subestimado, bombón. —Hizo una pausa—. ¿Estás empeñada en este asunto porque sigues cabreada porque me casé con Ellen?

—No, Español, tu irritación es un beneficio colateral. Tengo buen instinto con la gente, nada más.

—Pues usa tu instinto en otra parte.

—De hecho, tú eres el único hombre con el que me he equivocado. Contigo y con mi padre.

Lucas apretó los dientes, pero no rechazó la comparación. Clavó la mirada en su tío.

—Tengo que irme —dijo ella al tiempo que se ponía de pie. Sí, era el momento de hacer una salida triunfal.

Por desgracia, se tropezó con la pata de la silla y cayó sobre Joe, que se despertó sobresaltado (y con un grito). Lucas la apartó de su tío y la dejó de pie.

—¡Joe, lo siento mucho! —se disculpó ella—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño en los riñones?

—Bueno, tampoco es que funcionen —contestó él con amabilidad.

—¿Te he hecho daño en otro sitio? ¿El bazo? ¿El hígado?

—No te preocupes. Ya me estoy muriendo.

Colleen se mordió una uña, pero se apartó la mano enseguida.

—Lo siento muchísimo.

—Tranquila, cariño. Me lo he pasado mejor que en unas cuantas semanas. Me encanta tu perfume.

Lucas no intentó tranquilizarla, se fijó ella.

—Ánimate un poco —le dijo a Joe mientras se inclinaba sobre él para besarle en la mejilla.

—Ya lo estoy.

Colleen le sonrió, o al menos lo intentó. Rezó para no haberle hecho daño al pobrecillo.

—Te llamaré para cenar —dijo Lucas mientras salía de la habitación.

—La oferta ya no sigue en pie —replicó—. Nos vemos, Joe.

Los veintidós años no se caracterizan precisamente por ser una edad de sensatez, estabilidad y mesura.

Colleen se arrepintió de haber cortado con Lucas casi justo después de hacerlo.

Pero el problema de llevar siempre la razón era que resultaba difícil saber cuándo se había equivocado. Si acaso lo había hecho, porque no lo tenía muy claro.

Aunque había una cosa en la que no dudaba. Sin él, todo parecía ir mal.

Al principio solo estaba furiosa. La vida se estaba yendo al cuerno a la velocidad de la luz. Su padre, su madre, Gail, un bebé... y Lucas que le había mentado, que había jugado a ser Dios al decidir lo que debía saber y lo que no. ¿Qué significaba eso? ¿Y si le ocultaba otras cosas? ¿Qué más le había ocultado? ¿Y si se casaban y él sufría de un tumor cerebral? ¿También se lo ocultaría? ¿Eh? ¿Lo haría?

—Colleen, ya está bien —gimió Connor una noche.

Su hermano ya había acabado sus estudios en el Cooking Institute of America, una prestigiosa escuela de cocina, y trabajaba en Hugo's. Ella seguía de camarera en el Black Cat, pero en ese momento disfrutaba del descanso para la cena y no comería en el bar ni aunque la apuntaran con una pistola en la cabeza.

—No soporto oír lo mismo otra vez —siguió su hermano—. Fuiste tú quien cortó con él. Si quieres volver, llámalo. ¿Está claro? Pero me niego a pasarme el día oyendo tus quejas y las de mamá, caramba.

—Hombres... qué asco me dais.

—¿En serio? ¿Por eso te lo estabas montando con aquel tipo la otra noche?

—Venga ya. Eso no fue nada. —Colleen cambió de postura, ya que la culpa le provocó un agujonazo en el estómago. El hombre en cuestión era un idiota de Ithaca y sí, había tonteado con él. Y lo había besado. Y le había dicho que aunque era muy guapo y sabía que se arrepentiría a la larga, no podía salir con él (es decir, que no pensaba echar un polvo). Porque el beso había sido totalmente ¡bah!

No era como besar a Lucas. Cuando besaba a Lucas parecía que el mundo se detenía, que todo a su alrededor le sonreía, porque juntos eran perfectos.

Claro que Lucas ni siquiera había aparecido aporreando su puerta para suplicarle que le hablara de nuevo. Un mensaje de voz. Una llamada a casa. Nada más. Así que se estaban dando un tiempo. Muy bien. A lo mejor así Lucas organizaba mejor sus prioridades. A lo mejor la echaba de menos.

A lo mejor... y esa era la idea que le provocaba un escalofrío que le llegaba al corazón... a lo mejor se sentía aliviado. Al fin y al cabo, solo era su novia del instituto. Le había dicho que no estaba preparado para el matrimonio. A lo mejor... a lo mejor, como muchos otros hombres, entre los que se incluía el idiota de su padre, quería comprobar si había alguien más ahí fuera.

Porque desde luego que no estaba esforzándose por recuperarla. Eso la había pillado por sorpresa.

Su padre se había ido a vivir con Gail, *el Zorrón*. Había contratado a un abogado matrimonialista y había empezado con el proceso de divorcio. Su madre lloró durante doce horas seguidas y Colleen la acompañó mientras los empleados de la empresa de mudanzas se llevaban las cosas de su padre, arrebatándole así los recuerdos de su alegre infancia.

Connor no había estado tan unido a su padre como ella, pero ese asunto también le había afectado. No tanto la zozobra de su madre, sino más bien que su padre fuera tan... patético. Una tía buena por segunda mujer. Otra familia. Y por si no fuera suficiente, un descapotable.

Sin embargo y pese a todo, Colleen no podía dejar de querer a su padre. Estaba decepcionada, avergonzada y enfadada... pero cuando oía su voz por teléfono, o cuando lo veía aunque a veces solo fuera un segundo, se le olvidaba que era el hombre que había engañado a su madre y solo recordaba que era su papi. El hombre que le había enseñado a montar en bici y a navegar, que le acariciaba el pelo cuando era pequeña, que le leía cuentos, que la dejaba trasnochar y ver películas de terror, y que después se sentaba con ella en la cama cuando le daba miedo dormirse.

El Zorrón consiguió un anillo con un diamante tan grande como un ojo humano, pese al hecho de que sus padres ni siquiera se habían divorciado todavía. Y su padre le había enseñado el anillo a Colleen, por el amor de Dios.

Ah, y estaban esperando un bebé, una niña.

Su padre la invitó a cenar a su nuevo hogar una noche para que conociera a su amante/prometida.

—Sé que estás molesta —le dijo su padre por teléfono, y la velada impaciencia que percibió en su voz la dejó helada—. Pero ya está bien, Colleen. Si vas a venir, y espero que lo hagas, quiero que te comportes con educación. Tu madre se pasa la mitad del tiempo histérica y llorando, y la otra mitad gritando; Connor no me habla; y yo no pienso aceptar un numerito en mi propia casa.

Era casi una amenaza. Otra esposa. Otro hogar. Otra oportunidad para ser un buen padre. Otra hija.

En otras palabras: «Acéptalo o adiós muy buenas».

Colleen fue a cenar.

El Zorrón en persona abrió la puerta, ataviada con una camiseta de manga corta que le dejaba el abdomen al aire y unos pantalones cortísimos. Un cuerpo fantástico, atlético, firme y perfectamente tonificado. Pobre mamá. Gail se había recogido la melena pelirroja en una coleta, y parecía dulce e inocente. Y sobre todo... espantosamente joven.

—¡Colleen, por fin! —gritó al tiempo que la abrazaba—. Estaba deseando conocerte.

Colleen se zafó del abrazo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintiséis.

—Mierda.

—Lo sé. Podríamos ser hermanas. —Gail sonrió, pero sus ojos la miraron con expresión fría. El enorme diamante de su anillo relució.

La cena fue espantosa. Su padre ayudó a Gail como jamás había ayudado a su madre. La mujer fluctuaba entre los papeles de Adorable Inocente y de Prostituta Experimentada. Se mordía el labio y miraba a su padre con cara de guarrilla cachonda. Cada vez que se levantaba, arqueaba la espalda, empujando hacia delante la barriga que aún no existía, y le hacía ojitos, como si estuviera muy afectada por el Milagro de la Vida.

Cuando Colleen llegó a casa, estaba agotada. Su madre la esperaba junto a la puerta.

—¿Y bien? Es algo temporal, ¿a que sí? Esto no puede durar. Tu padre recuperará el buen juicio. Esto solo es un lapsus del sentido común.

Y tal vez esa fuera la peor parte. Su esperanza era mucho peor que los ocasionales arranques de ira, tan justificados.

—Mamá, ¿por qué quieres que vuelva? —le preguntó Colleen.

—¿Que por qué? Porque le quiero. Porque es el padre de mis dos preciosos hijos.

—Y pronto será el padre de otro precioso bebé. —Se sentó en el ajado sofá—. Gail tiene un anillo de compromiso.

Su madre se quedó blanca.

—Tu padre no llegará a esos extremos. Solo está pasando por la crisis de los cuarenta, nada más. A saber si Gail está embarazada de verdad. Y si lo está, a saber si el niño es de Pete.

Al día siguiente, su madre fue a House of Hair, entró como una mujer morena con unas cuantas canas y salió... pelirroja. No solo eso. Sus preciosos ojos azules, tan bonitos, adquirieron un espantoso tono verde, cortesía de unas lentillas de color.

En otras palabras, era una imitación de Gail, un «quiero y no puedo».

Colleen sentía ganas de echarse a llorar.

Su madre llamaba a su padre seis o siete veces al día armada con cualquier excusa ridícula...

—Pete, cariño, estoy buscando el destornillador. ¿Puedes venir un segundo? Pete, ¿recuerdas donde guardaste el seguro del automóvil? Pete, deberíamos hablar sobre los niños. ¿Quieres ir a Hugo's a ver a Connor?

Colleen solo atinaba a mirarla con tristeza, furia y pena.

Echaba de menos a Lucas. Dios, cómo lo echaba de menos.

Pero le había mentido. Lucas, que siempre era escrupulosamente sincero y decente, pese a esa fachada de macarra duro y desagradable del South Side, le había seguido el juego a su padre. Si se lo hubiera dicho, a lo mejor podría haber intentado que entrara en razón, porque su padre y ella eran demasiado listos para acabar así.

Si se lo hubiera dicho, a lo mejor Gail no estaría embarazada en ese momento. Su madre no estaría atrapada en el esquizofrénico infierno del divorcio. Connor no tendría ese rictus de cabreo en los labios y la mitad del pueblo no estaría hablando y riéndose de los O'Rourke.

Y a lo mejor su padre seguía queriéndola tanto como siempre si no tuviera un reemplazo de hija de camino.

A lo mejor su familia seguiría intacta.

Tenía la impresión de que Lucas les había privado de esa oportunidad.

Aunque eso no evitaba que le echara de menos. Que echara de menos sus ojos oscuros y penetrantes; sus manos ásperas y atentas; su voz ronca. El roce de sus labios; su lenta sonrisa; y sí, esa sombra de niño perdido que todavía arrastraba. Su voz cuando la llamaba «Mía».

Por supuesto que quería casarse con él. Más que nunca en ese momento. Su familia se había hundido y no había visos de que aquello tuviera arreglo, pero ellos podrían crear una nueva. Se casarían y tendrían una relación que sería diez veces mejor que la que habían tenido sus padres. Lucas tendría un hogar, un verdadero hogar, y su hermana y las niñas podrían pasar con ellos las vacaciones; Connor podría entrar y salir a su antojo; Lucas y ella serían grandes amigos y podrían enfrentar cualquier cosa que la vida les pusiera por delante. Incluyendo el divorcio de sus padres y su nueva hermana.

Estaban mejor juntos que separados. Él la necesitaba; le hacía sonreír, le hacía feliz, le hacía sentirse completo, y Lucas hacía lo mismo por ella.

Tal vez, pensó una noche Colleen, se había precipitado... un poco.

Pero el orgullo le impedía llamarle. Quería que fuera él quien diera el primer paso. Él era quien había mentido, y por supuesto que le perdonaría. Solo tenía que pedirselo.

Y de repente apareció un día. Por fin.

Era julio, y la ciudad celebraba los «Días de vino y rosas», una festividad que mezclaba visitas a jardines y degustaciones de vinos. Colleen estaba ayudando en el puesto de Blue Heron; los Holland habían contratado a su madre para que trabajara en la sala de degustación durante la temporada, gracias a Dios, ya que al menos eso la distraería. Faith estaba pasando el verano en casa y le había prestado su apoyo incondicional.

Todo el pueblo estaba en la calle, el sol brillaba, la plaza estaba llena de carpas, y todas las mesas estaban adornadas con centros de rosas. Perros y niños corrían en el parque situado al otro lado de la calle y todas las tiendas ofrecían sus productos en las aceras.

Connor la saludó con la mano desde la puerta de Hugo's. «¿Vas bien?»

Ella le devolvió el gesto. «Ya te digo. ¿Y tú?»

Su hermano alzó la barbilla. «Estupendamente.»

Muy bien. Se volvió hacia la mesa de degustación y extendió el brazo para sacar del refrigerador otra botella del chardonnay joven que siempre era el que primero se agotaba.

—Colleen.

Dio un respingo, como si la hubieran electrocutado.

Lucas estaba delante de la mesa de degustación. Con su primo.

—¡Hola, Coll! —la saludó Bryce como si no se hubieran visto la noche anterior en el Black Cat—. ¿Cómo te va?

—Bien —contestó con un hilo de voz—. Hola, Lucas.

—Hola.

Era tan guapo... No, esa no era la palabra correcta. Bryce era guapo. Pero Lucas... era cautivador. Y, por Dios, cómo había echado de menos esa cara. Su voz. No sonreía, todavía no, pero no pasaba nada.

Sintió una sonrisa que nació de su corazón, cálida y plena. Por fin había vuelto.

Lucas bajó la mirada.

—¿Puedo hablar contigo?

—¡Claro! Esto... Faith, tengo que...

—Fuera de aquí, vamos, largo —la interrumpió Faith con una sonrisa—. Hola, Lucas.

—Hola, Faith —replicó él al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Debería decirle lo que merece? —le susurró Faith a Colleen.

—¿Serías capaz? —replicó ella también en voz baja, tras lo cual se quitó el delantal con el logo de Blue Heron y rodeó la mesa. Lucas estaba allí. Por fin había aparecido—. ¿A dónde vamos? —preguntó.

—Podríamos ir a tomar algo —sugirió Bryce.

—Bryce, necesito hablar con Colleen a solas —replicó Lucas.

La aludida percibía su agradable olor a jabón, a detergente de lavar la ropa y a sol, y ¡madre del amor hermoso!, el deseo estuvo a punto de hacer que le fallaran las piernas. Se sentía tan bien que se preguntaba si acabaría levitando.

Pero sí, necesitaban intimidad. Sería lo mejor porque no aguantaría mucho sin arrojarse a sus brazos para besarlo mientras lloraba de felicidad, un extra que estaba segura de que sucedería.

Lucas la tomó de la mano y juntos se alejaron de la plaza, mientras Colleen se sentía como una novia saliendo a mitad del banquete de bodas... como si todo el mundo supiera adónde iban y qué iba a hacer exactamente. Lucas tenía la mano áspera debido a todo el trabajo manual que realizaba durante el verano en la obra, y su piel estaba más morena de lo habitual tras pasar tanto tiempo al sol.

La biblioteca estaba cerrada debido a los festejos. Lucas la llevó hasta la parte posterior del bonito edificio de piedra caliza, donde encontrarían sombra y tranquilidad.

—Ya era hora de que vinieras a verme —dijo Colleen con voz trémula—. Te he echado mucho de menos.

—Creo que deberías escucharme antes de hablar —replicó Lucas sin mirarla a los ojos.

Colleen sintió que un ramalazo de miedo le debilitaba las rodillas. Pero no pasaba nada, todo iba bien. Lucas quería hablar en primer lugar. No le importaba. De hecho, era lo mejor.

—Discúlpate entonces —dijo, alentándolo con una sonrisa.

Lucas la miró a los ojos. Sin sonreír. Sus ojos la contemplaron oscuros e insondables. Pasó un segundo. Y otro. Y otro más. El ramalazo de miedo se convirtió en una punzada.

—Voy a casarme —dijo él.

Fue tan... disparatado que Colleen casi no entendía lo que le estaban diciendo. Se oyó el chillido de una ardilla procedente de las ramas de un cornejo. Desde la plaza les llegaban la música y las voces de la gente.

—¿Qué... qué has dicho? —logró preguntar.

—Voy a casarme, Colleen.

Debió de pasarle algo en los pulmones, porque de repente era incapaz de respirar.

—No tiene gracia.

—Con Ellen Forbes. Creo que la has visto un par de veces.

Hablaba en serio.

Colleen cerró la boca.

—No... no lo entiendo.

Lucas no le dio más explicaciones.

Colleen retrocedió un paso. Sentía las piernas como si fueran de gelatina.

Ellen Forbes. Ellen Forbes. Ah, mierda, Ellen Forbes.

Sí, la recordaba. Ellen les había ofrecido llevarlos un día de vuelta al campus cuando pasaba en su pequeño BMW y los vio caminando. Aunque los O'Rourke disfrutaban de una situación económica bastante holgada, Ellen tenía ese aura típica de las personas con «Dinero». Dinero con mayúsculas. Y no solo por tener el apellido que tenía (si bien reforzaba el efecto).

Era un aura que emanaba del hecho de mantenerse por completo al margen de esas cuestiones tan mundanas como eran las facturas, los impuestos, los presupuestos y las rebajas, y que le permitía la libertad de concentrarse en otras cosas. Vestía con ropa finolis, aburrida y a todas luces carísima: camisa blanca immaculada y aros de oro en las orejas; un bolso caro, de una marca desconocida para Colleen que tal vez fuera capaz de reconocer un bolso que vendieran en Macy's o en Nordstrom, pero incapaz de hacerlo si procedía de Saks o Bergdorf. Colleen estaba acostumbrada a ser la más guapa y no se preocupaba mucho por la ropa, pero de repente se sintió juvenil y desaliñada con su vaporosa falda larga y su top de tirantes, sus pendientes largos (de Kohl's) y las desgatadas sandalias.

¿Lucas se iba a casar con Ellen Forbes? ¿Se iba a casar?

—¿Lo dices... lo dices en serio? —le preguntó con un hilo de voz.

—Lo siento —respondió él, y la verdad fuera dicha, parecía sentirlo. Esos ojos oscuros tenían una expresión desgarradora.

—¿Por qué? —quiso saber.

Lucas empezó a decir algo, pero se contuvo.

—Lucas... no puedes casarte con ella. ¿Qué pasa con nosotros? A ver, sí, hemos discutido, pero no tenemos por qué...

—Quería decírtelo en persona. Por eso he venido. Lo siento.

¡Dios Santo!

—No puedes casarte con ella —repitió Colleen, esforzándose por hablar con serenidad—. Te quiero, Lucas. Siempre te he querido, desde el día que te conocí. Nunca he querido a otro hombre.

«Cierra la boca», le dijo la voz de Con en su cabeza.

Lucas tenía la vista clavada en la hierba del suelo.

—Lo siento —repitió.

—¿Es por su dinero?

—No.

—¿Está embarazada? —«Por favor, que no sea eso», suplicó.

Lucas la miró en silencio durante un minuto. Colleen vislumbró algo en sus ojos y de repente sintió un nudo en la boca del estómago.

—No —contestó Lucas.

«Gracias Dios mío, gracias», pensó ella. Lucas era un paranoico con respecto a ese asunto.

—Entonces... no... no lo entiendo —balbuceó ella—. Lucas, por favor.

—No quería hacerte daño.

—Lucas... —Colleen tomó una entrecortada bocanada de aire. Y otra más.

«Aguanta, aguanta. Lo sabrás en breve, la explicación de todo esto. Sí, dentro de nada.»

«No te quiere.»

«No, no, por supuesto que me quiere.»

«Tú eres la que querías casarte. Él quería esperar. Esperar a alguien mejor, según parece. Tú eras demasiado facilona. Demasiado asequible.»

Colleen carraspeó.

—Entonces supongo que soy como mi madre. Escucho solo lo que me interesa escuchar. Veo lo que me interesa ver.

—Lo siento.

Ansiaba cruzarle la cara con un bofetón, pero parecía estar paralizada.

«Vete de aquí», le dijo la voz de Connor, de modo que se dio media vuelta y se alejó. La hierba estaba muy blanda y se aplastaba bajo sus pies.

Las lágrimas se negaron a aparecer, porque se le quedaron atascadas en la garganta como si fueran un puño.

Salió del pueblo caminando a toda prisa. Menos mal que todo el mundo estaba en la plaza. El asfalto le quemó los pies mientras subía La Colina, dejando atrás el camino de entrada de varias propiedades, dejando atrás los Viñedos Blue Heron, y se adentró en los campos desde los que llegó al bosque. Siguió un poco más el camino y llegó al lugar que Connor y ella habían creído que era el sitio más mágico del mundo cuando eran pequeños, un arroyo que desembocaba en el lago, con una cascada y todo. El agua era fresca y mansa, un bálsamo para sus sucios y acalorados pies.

Lucas iba a casarse.

¿Cuál era la frase que había usado su padre? «Pasa la página.» Lucas había pasado página.

Otra vez se había equivocado. Se había equivocado con su padre; se había equivocado con Lucas.

Colleen había asistido a un colegio universitario para convertirse en auxiliar de enfermería. Sí, sí, no era lo que la gente esperaba. Pero siempre se le había dado bien cuidar de los demás, y además hacerlo de una manera que no resultase condescendiente ni irritante. Su abuelo había ingresado en una residencia cuando ella era adolescente, y el personal encargado de los cuidados era para tirarse de los pelos.

«Levanta el trasero para mí, encanto», dijo una enfermera una vez, sin esperar a que Colleen saliera de la habitación. O, una peor: «Estupendo, otro paciente con demencia senil. Justo lo que me hacía falta hoy», como si su abuelo, que fue profesor de Lengua en sus buenos tiempos, hubiera escogido que sus células cerebrales se endurecieran y muriesen.

De modo que Colleen empezó a ayudar. Con diecisiete años se preparó para sacarse el título de auxiliar de enfermería, se apuntó de voluntaria y empezó a trabajar en la residencia de su abuelo. Llamaba a los pacientes «señor» o «señora», o señora Carter o señor Slate. Explicaba lo que iba a hacer antes de empezar, la entendieran o no.

—Hazte médico —dijo su padre cuando le contó a su familia los planes que tenía—. ¿Por qué estar en la parte baja del escalafón cuando no es necesario?

No quería ser doctora.

Se graduó en Biología, pero en aquel entonces su familia ya había implodido y ya había cortado con Lucas. Su bisabuela materna murió y Connor y ella heredaron un buen pellizco. Dos semanas después de que Lucas la golpeará con sus noticias, Connor le preguntó si quería comprar el Black Cat, que estaba cerrado, y ella dijo que adelante. Estar cerca de su gemelo le pareció lo más acertado, y le daba en la nariz que Connor era de la misma opinión.

Pasaron todo el verano adecentando el local, y el trabajo duro le permitía caer en un sueño profundo, casi en un coma, todas las noches. El ruido de las sierras y los martillos (y de la rockola, una de sus primeras adquisiciones) mantenía los pensamientos a raya. Ella estaría a cargo de la gerencia y de la barra, mientras que Connor sería el rey de la cocina.

Y aunque nunca se le pasó por la cabeza que acabaría de camarera y sirviendo copas como trabajo a jornada completa, le encantaba. La gente se abría con ella. Connor decía que tenía algo en la cara que hacía que los demás desembucharan todos sus secretos, y la verdad era que se trataba de todo un honor. Y sí, preparar los cócteles también tenía su punto. Catar vinos de los viñedos locales, cerveza de las los lagares familiares... No habían pasado ni seis meses desde su apertura y la taberna de O'Rourke ya tenía fama de ser el mejor lugar para probar los mejores licores, la mejor cerveza y los mejores vinos. Y los mejores nachos también.

Su padre y Gail estaban encerrados en su nuevo caserón. Su madre estaba hundida. Connor estaba agobiado y cabreado, y trabajaba dieciséis horas al día. El abuelo había perdido la capacidad de hablar, y solo ella parecía capaz de alegrarlo un poco. De modo que se quedó en el pueblo, la alegre de la familia, la simpática. Conocía a todo el mundo, le gustaba todo el mundo (más o menos), recordaba los nombres de los bebés y de los novios, daba consejos sobre relaciones, recomendaba personas para los trabajos y les ofrecía a los solitarios un lugar donde alguien, al menos, sería un amigo.

Después nació Savannah Joy O'Rourke y fue un flechazo.

—¿Por qué sigues de camarera? —le preguntó su padre una noche cuando Gail se fue para acostar a la niña.

—Me gusta —contestó Colleen. Solo iba a aquella casa para ver a la pequeña y ya tenía las llaves en la mano para irse.

—Eres demasiado lista para eso —replicó él, y las palabras le provocaron una absurda oleada de rabia en el pecho. Su viejo mantra de lo listos que eran los dos.

«Mira qué lista soy que no vi cómo eras en realidad, papá.»

—Soy la copropietaria de un establecimiento de éxito —repuso con frialdad—. Y sí, también sirvo copas y soy camarera. Se me da muy bien.

—Creía que ibas a ser doctora —replicó él.

—Te equivocaste.

—Ojalá fueras doctora, cielo —dijo Gail, con esa sonrisa falsa de madrastra inocente—. ¡Nos vendría de maravilla una pediatra en la familia! ¡Savannah todavía no duerme toda la noche del tirón! Estoy agotada de llevarla en brazos. ¡Creo que ya pesa la mitad de mi persona! Cariño, a lo mejor tengo que empezar a hacer pesas, ¿qué opinas? —Levantó el brazo para que la admirasen y pestañeó de forma exagerada, no fuera que su padre se olvidase de que era joven y guapa o, Dios no lo quisiera, se concentrase en su hija adulta.

Colleen siguió trabajando en la residencia de ancianos, pero solo ocho horas a la semana. Le caían bien los ancianos y se alegraba de poder ayudar a su abuelo. Rushing Creek contaba con varios niveles de atención, y ella era de las pocas que preferían a los pacientes más graves.

Su abuelo parecía no reconocerla, pero a veces, cuando le sostenía la mano, él le estrechaba los dedos como si le estuviera diciendo que todavía estaba allí, que se alegraba de su compañía y de su amor. Ese gesto le dolía casi más que los días en los que su abuelo ni siquiera abría los ojos.

Su trabajo como camarera ofrecía un buen contraste.

Con el tiempo, había creído siempre, conocería al hombre que la haría olvidar a Lucas Damien Campbell. Lo intentó. Lo intentó con todas sus fuerzas. Más o menos. Bueno, de acuerdo, no se esforzó mucho.

Un par de veces al año salía con alguien, pero siempre acababa descubriendo que estaba casado, que era muy raro o que no le hacía tilín. Y muy de vez en cuando, se lo montaba con alguno, dejaba que la besase y tal vez que le metiera mano. Era mucho más raro todavía que se acostara con alguno, con la esperanza de que tal vez el sexo fuera una gran revelación y de que los dos se dieran cuenta de que «Joder que sí, ¡estamos enamorados, nena!».

No sucedió. Su reputación estaba muy inflada, pero a caballo regalado... Si los demás querían creer que era una especie de vampiresa, que lo creyeran. Era mejor a que supieran que nunca había superado lo de su primer amor... como su madre.

—¿Quieres salir conmigo un día de estos? —le preguntó Bobby McIntosh una noche cuando Lucas llevaba dos semanas en el pueblo. Se estaba bebiendo una cerveza O'Doul's (prueba de que tenía cuerpos apilados en el sótano, o eso era lo que siempre había creído ella).

—No, Bobby. Lo siento, amigo.

—Me gustas mucho. Eres encantadora.

—No soy tan encantadora.

—Pero tienes buenas tetas.

—Eso es cierto. No me esperes en el aparcamiento, hazme el favor. Tendría que darte un rodillazo en la entrepierna si lo haces.

Sacó una Cooper's Cave para Chris Eckbert, que siempre dejaba una propina muy generosa (como era de recibo, porque se sentiría culpable por los siglos de los siglos por no haberla defendido la noche del baile tantos años antes), después se volvió hacia Levi, que estaba sentado con el prometido de Honor Holland, Tom, con un taco de hojas delante de ellos. Planos.

—Buenas, Colleen —la saludó Tom con una sonrisa.

—Buenas, Tom —contestó ella. Adoraba ese acento—. ¿Cómo van los planes de boda?

—La verdad es que no tengo la menor idea. Cosa de mujeres, ¿no te parece? Yo me conformo con casarme.

—No sé qué decirte. Levi aquí presente se obsesionó con el color de las servilletas de su boda, ¿no es verdad, encanto? —Levi la miró con expresión tolerante y ella le alborotó el pelo con cariño—. ¿Qué os traigo, guapetones?

—Yo quiero una cerveza —dijo Levi.

—Tenemos diecisiete cervezas artesanas —repuso ella—. Vas a tener que especificar un poquito más.

—Sorpréndeme.

—Lo haré. ¿Whisky para ti, compañero? —Le guiñó un ojo a Tom.

—Yo también quiero una cerveza, Colleen, y ya me has sorprendido.

—¡Ay! —exclamó ella, que se llevó las manos al corazón—. Levi, ¿por qué no te pareces un poco más a Tom?

—Soy más de los hombres fuertes y callados. Además, estoy a punto de matarme por estos planos —dijo el aludido.

—Ah, ¿son los planos para el sitio ese? —preguntó ella al tiempo queladeaba la cabeza para poder verlos mejor.

—El edificio de protección civil, Coll —puntualizó Levi—. Tus impuestos en funcionamiento.

—Voté en contra —murmuró ella, pero luego le sonrió—. No lo hice. Faith me habría matado. Soy una gran fan de todos vosotros, so tontorrones, ¿a que sí, Gerard?

—Lo que tú digas, Colleen —contestó él con una sonrisa.

—Pues digo que deberías salir con Lorelei, eso digo. Es una repostera alucinante, es encantadora y podría reformarte. Y sabes que necesitas reformarte, Gerard, y mucho.

—Sí, ama y señora —repuso él.

—Así me gusta. —Tiró las cervezas de Tom y de Levi (una Empire Cream Ale para Tom, y una Blue Point Toasted Lager para Levi), y las deslizó por la barra, donde se detuvieron a cinco centímetros del codo de Levi. Una habilidad impresionante, sin duda.

—¿Estás tratando bien a mi amiga, jefe?

—Muy bien —contestó él.

—¿Dirías que ese bien es múltiple? Porque sabes a lo que me refiero, ¿no?

—Creo que todos sabemos a lo que te refieres, Colleen. —La miró con el ceño fruncido, un gesto por el que era famoso—. Y sí.

—¿Y tú, Tom? —quiso saber—. ¿Honor es feliz en el sentido múltiple de la palabra? ¿Eh?

—¿Tú qué crees, querida? —repuso él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me gusta vuestra confianza. Pero no os durmáis en los laureles.

—¡Colleen! —gritó Connor desde la cocina—. Deja de atosigar a los clientes.

—¿Alguien se siente atosigado? —preguntó ella a los presentes en el bar.

Se oyó un coro de negativas procedente de todos sus parroquianos.

Pasó por debajo de la barra para entrar en la cocina, donde su querido hermano trabajaba como un mulo.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —le preguntó.

—¿Sabías que mamá estuvo la otra noche en el hospital? —replicó él mientras agitaba la tempura de verdura que estaba friendo.

—¿Qué? Ah, sí. «Modelos desnudos para solteros», ya. Estuve allí.

—Por Dios, Coll. ¿Modelos desnudos? ¿Mamá ha...?

—Oye, necesita algo en lo que ocupar el tiempo.

—Mandó a un hombre a urgencias por un ataque al corazón.

—Nos pasa a las mejores.

Su hermano la miró con expresión sufrida, una mirada que ella le devolvió tan campante hasta que Hannah entró en la cocina.

—Hamburguesa de queso, poco hecha, queso azul, beicon, mayo...

—Mira, hablando de ataques al corazón —murmuró Colleen.

—Batatas fritas, ensalada César con pollo, una de nachos grande, pastelitos de salmón y el especial de pasta —terminó Hannah, antes de salir. La memoria de Connor era legendaria.

—Sal de mi cocina —le ordenó su hermano.

—Me vas a echar de menos —replicó ella mientras atravesaba la puerta. Se colocó detrás de la barra; le sirvió a Lorena Iskin otro manhattan sin que se lo pidiera; sonrió a Cathy y a Louise, que solo se tomaban una bebida; le rellenó la copa de chardonnay a Jessica Dunn (cortesía de la casa, porque Jess era un encanto) y se acercó para ver cómo iban Tom y Levi.

Lucas estaba sentado dos taburetes más allá.

Joder. Lo que le faltaba. La había... alterado en el hospital el otro día, con esa actitud tan amable y dulce. Tan irritante y tan prejuiciosa. Tan... ardiente... deliciosa... pasional... ¡Joder! Las camisas de vestir blancas estaban infravaloradas. La llevaba remangada, y su piel bronceada le provocaba deseos de comérselo a bocados. Esas manos... Ah, recordaba esas manos, desde luego que las recordaba. Eran manos habilidosas, fuertes y ásperas, pero también muy tiernas... y listas, siempre sabían dónde...

La estaba mirando. Y esbozó una sonrisa torcida, como si supiera lo que empezaba a sentir en sus partes íntimas.

Había llegado el momento de bajarle los humos. Le regaló una sonrisa a Tom y se inclinó hacia él, ofreciéndole una buena panorámica de su impresionante delantera.

—¿Qué tal esa cerveza, Tommy?

—Tápate un poquito, por favor —contestó él, cubriéndose los ojos—. Estoy comprometido con otra, detesto tener que romperte el corazón.

Mierda, sí, ¿en qué estaba pensando? Se enderezó de un salto.

—Lo siento. Bueno, ¿cómo te van las cosas... esto... guapetón irlandés?

Tom dio un respingo.

—Británico, querida. Por favor.

—Sí, ya lo sabía —masculó al tiempo que le lanzaba una mirada a Lucas—. Y tú, Levi, mi fortachón representante de la ley. —Uf.

—No vuelvas a decir algo así —replicó el aludido con sequedad.

—Calla ya, estoy intentando coquetear.

—¿Por qué?

—Mi don particular.

—¿En serio? —La miró con el ceño fruncido.

—Cierra el pico, Levi. ¿Queréis algo de comer?

—Lo que quiero es otro arquitecto, eso es lo que quiero —masculó Levi mientras agitaba los planos.

—¿Os importa que les eche un vistazo? —preguntó Lucas.

Levi lo miró.

—Ah, hola —saludó—. Estuviste en el instituto un tiempo, ¿no? Soy Levi Cooper, el jefe de policía de Manningsport.

Lucas le estrechó la mano.

—Lucas Campbell, el primo de Bryce Campbell.

—Claro, claro. Me alegro de verte. Te presento a mi cuñado, Tom. En fin, será mi cuñado dentro de poco. Se va a casar con la hermana de mi mujer dentro de unas semanas.

—Buenas, compañero —dijo Tom, que también le estrechó la mano. Lucas se acercó para mirar los planos.

Estupendo. Tres hombres guapísimos, uno al lado del otro. Dos pillados y otro... no.

—¿Eres arquitecto? —quiso saber Levi.

Lucas negó con la cabeza.

—Jefe de proyectos de obra en Chicago.

—¿En serio? ¿Qué clase de edificios?

—Rascacielos, hospitales y cosas así.

Annie, una de las temporales de verano, apareció tras la barra con una carta para Lucas y el bloc de notas en la otra mano.

—Hola —susurró la muchacha, y Colleen se imaginó que los ovarios le estallaban de felicidad—. ¿Te traigo algo?

Lucas sonrió. Annie dio un traspie.

—Vete a limpiar los aseos, Annie —dijo Colleen con voz almibarada—. Ya me ocupo yo de Lucas. Somos viejos amigos. —Cruzó los brazos por debajo del pecho—. Lucas, ¿te sirvo algo de beber? ¿Quieres ver la carta? ¿O esperas a alguien? —Sí. Iba a fingir que se trataba de un cliente cualquiera, tan inocente como el reverendo Fisk, que tenía ochenta y nueve años.

—He quedado con Bryce —contestó él—. Pero me tomaré una cerveza.

—Por supuesto. ¿Cuál quieres, cielo? Tenemos Sixpoint Harbinger, Southern Tier IPA, Sly Fox O'Reilly's Stout, Empire Cream Ale, Naked Dove Bock, Blue Point Toasted Lager, Cooper's Cave IPA, Victory Donnybrook Irish Stout, Stone Vertical Epic, Captain Lawrence Brink Brown, Ithaca Flower Power IPA, Dogfish Head Immort Ale, Sly Fox Maibock, Bud, Bud Light, Miller, Miller Lite, Coors, Coors Light, Corona, Stella, y para honrar nuestra tradición neoyorquina, también tenemos Genesee.

Los parroquianos aplaudieron, como siempre, cuando recitó la carta de cervezas de corrido.

—Una Dogfish —contestó él.

—Marchando.

Colleen se acercó a los grifos de cerveza y llenó el vaso a la mitad, después terminó de rellenarlo con 7Up.

—Que la disfrutes —dijo, dejándole el vaso delante.

Lucas dio un sorbo, se atragantó y después tragó.

—¿Te gusta? —preguntó ella—. Es de edición limitada.

Lucas enarcó una ceja. Le vibró el teléfono móvil por la llegada de un mensaje de texto, lo miró y suspiró.

—¿Bryce te ha dejado plantado? —supuso ella.

—Pues sí —contestó él.

—Bueno, no te entretengo más. Buenas noches... —Le regaló su mejor sonrisa.

Lucas la miró con los ojos entrecerrados.

—La verdad es que me voy a quedar a cenar.

—Cena con nosotros, compañero —dijo Tom, el muy traidor. Una no se podía fiar de esos británicos. ¿Acaso la guerra de 1812 no le había enseñado nada?

Muy bien. Perfecto. Soltó la carta sobre la barra.

—No hace falta —dijo Lucas, que indicó con un gesto de cabeza la pizarra (que ella había escrito esa misma tarde e incluso había incluido a un monigote levantando una pinta)—. Quiero la hamburguesa especial.

Estaba para morirse. Se trataba de una hamburguesa de ternera Angus con queso de cabra a las finas hierbas de la granja menonita que había en La Colina, tomates de la zona y cebolla dulce sobre pan inglés, servida con ensalada de rúcula y la famosa batata frita de Con. Como conejillo de Indias de su hermano que era con los especiales de la casa, ella la había probado. Era casi tan buena como el sexo.

—Yo quiero otra, por favor, Colleen —dijo Tom.

—Que sean tres —añadió Levi.

Los miró con una sonrisa encantadora.

—Marchando, guapos.

Entró en la cocina.

—Tres hamburguesas de la casa, Con. Dos al punto... —Tom y Levi eran clientes habituales y sabía cómo les gustaba la carne— y deja la tercera como la suela de un zapato.

—¿De verdad? —preguntó Connor.

—Sí.

Salió una vez más. Hora de hacer relaciones públicas.

—¡Hola, tortolitos, feliz aniversario! —les dijo a los Wheeler, que estaban celebrando su trigésimo segundo aniversario.

Los Murray también estaban en el bar con sus preciosas hijas pelirrojas, y Colleen le preguntó a la mayor qué tal le iba con la trompeta y a la pequeña por el nuevo gatito. Bill y Laura Clemson estaban discutiendo, pero era habitual; era tradición los viernes por la noche. Louis Hudson y Amy Bates, en cambio, se estaban haciendo carantoñas en un reservado en penumbra, y Colleen le dijo a Hannah que les llevara la *crème brûlée*, dos cucharas, cortesía de la casa. Estaban prometidos, gracias a una tal Colleen Margaret Mary O'Rourke.

Cuando regresó, las tres hamburguesas especiales estaban casi listas. Las dos hechas al punto estaban emplatadas en la vajilla de Fiesta amarilla; la muy hecha, en un plato azul. Colleen levantó el pan para comprobar el estado. Estaba negra, sí. Pero no lo bastante.

—¿Qué haces? —preguntó Connor al verla devolver la hamburguesa a la parrilla.

—No está lo bastante hecha —contestó.

—Me has dicho muy hecha. Y está muy hecha.

—He dicho que la dejaras como la suela de un zapato. ¿Dónde está la salsa china?

—¿Qué salsa china?

—La picante.

—Junto al fregadero. Pero no te pases. Es mortal. Bastan dos gotas para que un adulto se ponga de rodillas. —Se concentró de nuevo en el pollo marsala que estaba preparando.

Colleen rebuscó entre la colección de sales de Connor. A ver, ¿qué clase de persona necesitaba siete sales distintas? Del Himalaya, marina, con trufa, negra... ¡Ajá! Allí estaba, el botecito tan raro con el dragón en la etiqueta y unos misteriosos caracteres chinos. Se hizo con el botecito, comprobó que la hamburguesa se había convertido en la suela de un zapato carbonizada y la devolvió al pan. A continuación, regó la hamburguesa con la salsa picante y le echó un buen chorro a las batatas fritas.

Llevó los platos a la barra y los dejó delante de sus respectivos comensales.

—Que aproveche, caballeros —dijo.

Levi levantó el plano del edificio de protección civil.

—Lucas nos va a echar una mano —anunció—. Jefe de proyecto.

—Estupendo —repuso Colleen con voz cantarina—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te ayude.

Lucas la miró un rato antes de llevarse la hamburguesa a la boca y darle un bocado.

Colleen sonrió. La felicidad era estar al mando.

Vio que a Lucas se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas y que el sudor le cubría la frente. Después, enarcó una ceja, masticó y tragó. Desde luego que debía reconocerle el mérito. Le había costado, pero lo había conseguido. Acto seguido, se llevó la cerveza tuneada a los labios y bebió un buen trago. Después se colocó el vaso frío contra la frente.

—¿Estás bien, compañero? —preguntó Tom.

—Estoy bien —consiguió decir Lucas con un hilo de voz, ya que la salsa picante le había paralizado las cuerdas vocales por un instante.

—¿Cómo está la hamburguesa, cielo? —quiso saber Colleen.

—Perfecta. —Lucas se limpió la cara con una servilleta, y Colleen apoyó los codos en la barra para disfrutar de verlo así, sudando, con la cara como un tomate, tal vez un poco más cerca de la muerte que unos minutos antes.

—La he preparado especialmente para ti. —Sonrió con dulzura.

—Me lo he imaginado.

En ese momento Lucas se levantó, le colocó una mano en la nuca y la acercó hacia sí para besarla.

Colleen no lo vio venir.

Aunque tampoco se apartó.

Fue un beso brusco y autoritario que la atravesó. Por el amor de Dios, el Español sabía besar, sí. La barba de varios días la arañó lo justo, y su boca, ay, Dios, esa boca, la boca de un ángel caído... Pero luego se acabó y se quedó delante allí de pie, tan moreno y tan seguro de sí mismo, mientras que ella casi no se sostenía por la maravillosa debilidad que sentía en las rodillas mientras sus partes íntimas hacían la ola, encantadas de la vida. Además, los labios le ardían por culpa de la salsa picante, pero, a ver... había merecido la pena.

En ese instante Lucas esbozó su sonrisa de pirata llena de secretos, travesuras y picardía, y el corazón empezó a latirle y a saltar como un cachorrito hiperactivo.

Ay, por favor. Menudo marrón.

Había un silencio absoluto en el bar.

—Deberíamos quedar para esa cena —dijo él con tranquilidad, tras haber recuperado la voz.

—Creía que esto contaba.

—Pues no.

—Oh. Pues muy bien dijo ella, y tuvo que carraspear.

—Gracias por una comida tan maravillosa.

—No hay de qué —replicó ella—. El placer ha sido mío.

En ese preciso momento la puerta de la cocina se abrió de golpe, Connor le dio unos golpecitos a Lucas en el hombro y después le asestó un puñetazo en la cara.

* * *

—No estoy saliendo con él —dijo Colleen tres horas después—. *Rufus*, dile a tu tío Connor que se saque la cabeza del trasero.

Por desgracia, *Rufus* estaba ensimismado con un documental sobre el Parque Nacional de Yellowstone y no podía apartar sus ojos perrunos de la manada de lobos que salía en la tele. Eran las doce y diez de la noche, y Connor había exigido audiencia para hablar de su vida amorosa. Un chiste en toda regla, porque no tenía tal vida, claro.

Todavía no.

Lucas había encajado la rabia de Connor como un campeón; un macarra de Chicago ni se despeinaba por un puñetazo, por más furioso que estuviera el hermano que lo había asestado. Levi, como policía que era, se puso en pie de un salto, al igual que Tom, pero Lucas se limitó a decir:

—Tranquilos, me lo he ganado.

Tras decir eso, dejó un billete de veinte debajo de su plato, se despidió de Colleen con un gesto de cabeza y se marchó tan campante. Connor lo fulminó con la mirada mientras se alejaba, y después la fulminó a ella, a Levi y a todos los presentes en el bar, antes de regresar hecho una furia a la cocina, donde estuvo dando cacharrazos el resto de la noche tras lo cual volvió para echarle la bronca de hermano mayor que le correspondía. Connor siempre se había tomado muy en serio esos tres minutos de diferencia.

—Colleen, he visto cómo le mirabas.

—En fin, sí, me ha besado. A ver, ha vuelto a la ciudad porque Joe Campbell se muere. Por supuesto que iba a cruzarme con él.

—¿Sabes cómo estás? Estás a nada de convertirte en mamá.

—No soy como mamá —replicó ella con tranquilidad—. ¡Cómo te atreves a decir eso! Y blablablá. ¿Quieres un helado?

Connor se cruzó de brazos y echó la cabeza hacia atrás para mirar el techo (y rezar pidiendo paciencia, bien lo sabía Colleen).

—Si no estás saliendo con él, ¿por qué coqueteabas con él?

—No lo estaba haciendo. —*Rufus* apoyó la cabeza sobre su pie y después le lamió el tobillo con su gigantesca lengua.

—¿En serio? ¿Y a qué ha venido lo de la salsa picante?

—Ah, eso era una... señal. Una advertencia.

—Estabas coqueteando. Y luego has dejado que te besara.

Colleen hizo una mueca.

—Sí. Eso puede que haya sido una estupidez.

—Está divorciado.

—Lo sé.

—¿Quieres volver con él? ¿Vas a mudarte a Chicago? ¿Está saliendo con alguien allí?

—No lo sé. Oye, solo ha sido un beso. —En fin, también estaba aquel otro beso, junto al lago. Dos besos.

—¿Un beso? No ha sido la primera vez, ¿verdad?

—Mira, médium de pacotilla, me ha pillado desprevenida, ¿te enteras?

—Acuérdate de lo que te hizo la última vez. No creo que se merezca una segunda oportunidad. Pero yo solo soy tu hermano. El mismo que ha estado viendo cómo huías de cualquier relación seria durante los últimos diez años.

—A ver, ¿dónde te has dejado a tu mujer? ¿Tienes a tres mocosos guardados en alguna parte? ¿No? Pues ya sabes lo que dicen de tirar la primera piedra. Ni siquiera sales en público con tu mujer misteriosa.

—No cambies de tema. —Connor se sentó en el suelo. *Rufus*, el muy traidor, se tumbó de espaldas y le enseñó la barriga (y otras partes) para que lo admirase. Su hermano dio un respingo—. Deberías castrar al perro.

—Ya está castrado.

Los gemelos guardaron silencio un rato. No solían discutir a menudo; en fin, se picaban entre ellos todo el rato y su madre se quejaba mucho, pero raras veces tenían opiniones enfrentadas.

—No deberías haberle dado un puñetazo —dijo ella.

—Te destrozó ese corazón tan tonto que tienes —masculló Connor.

No podía discutirlo.

Se había esforzado en ocultar sus sentimientos la última vez. Desde luego que no quería ser como su madre. No quería que la gente supiera que la habían abandonado. Se suponía que ella era demasiado lista para eso.

Sin embargo, Connor lo sabía. Pese a su actitud despreocupada con casi todos («Ya sabéis lo inconstante que es el amor adolescente. Casi nunca dura.»), Connor lo sabía.

—No quiero que te hagan daño, Collie, *Cara de Perro* —dijo su hermano.

—Yo tampoco.

—Ten cuidado.

Colleen tragó saliva.

—Ya.

Connor le acarició la barriga a *Rufus* otro minuto antes de ponerse en pie y darle a ella un apretón en el hombro.

—Nos vemos.

—Un momento. ¿Quién es tu novia? ¿La conozco? ¿Es una prostituta? No voy a juzgarlos a ninguno de los dos. Por favor, —dímelo pidió.

—Buenas noches —se despidió Connor desde la puerta. La miró con una sonrisa y bajó la escalera, y sus pasos resonaron en los escalones.

El Rey del Pollo vivía en una casa preciosa de estilo victoriano que en otra época perteneció a la tía política de Mark Twain, según afirmaba la leyenda. Colleen había ido para repasar los detalles del encuentro con Bryce. Y para pasar un rato con Paulie, porque la verdad fuera dicha, le caía bien.

La casa, pintada de color azul con detalles en crema, se alzaba en la cima de una colina en el boscoso vecindario situado junto al lago Keuka. El camino de acceso era largo y estaba bordeado de árboles, y la casa debía de tener al menos veinte habitaciones.

Sin embargo, el jardín, o más bien la propiedad en general, estaba plagado de gigantescas estatuas metálicas de pollos de colores chillones, como si fuera una terrorífica pesadilla infantil causada por un delirio febril. Cuando el viento soplabla, atravesaba las... mmm... obras de arte provocando un silbido y los pollos parecían gemir a causa del efecto. Sus picos parecían muy afilados.

—Mi padre las colecciona, proceden de todas partes del mundo —dijo Paulie—. Son bonitas, ¿verdad?

—Sí —contestó Colleen, que trató de no mirarlas. Siempre le habían dado un poco de miedo los pollos. La estatua pintada con lunares parecía especialmente hostil.

El interior de la casa era precioso, restaurado con mimo y muy elegante. Algo que no encajaba con la imagen del Rey del Pollo. Bueno, no del todo, porque había muchas fotografías de pollos en las paredes y también del señor Petrosinsky disfrazado de pollo junto a varios famosos locales... y también junto a otras personas famosas del país.

—¿Esa es Meryl Streep? —preguntó Colleen.

—Ah, sí. Es muy agradable. Le encanta el pollo frito Sweet Home Alabama con triple rebozado de mostaza de Dijon —contestó Paulie.

—¿Y Vladimir Putin? —A lo mejor los rumores que relacionaban a su padre con la mafia rusa eran ciertos después de todo.

—El pollo frito con Especies Cubanas al Estilo de Miami.

El dormitorio de Paulie estaba pintado de un tono azul Parrish intenso y llamativo. También contaba con un vestido más grande que el dormitorio de Colleen, lleno de ropa.

—Sí, no uso casi nada de esto —explicó Paulie—. Si ves algo que te guste, llévate. Ya me conoces. Casi siempre llevo ropa deportiva. —De hecho, iba vestida con unos pantalones cortos elásticos que se ceñían a sus poderosos músculos, y una camiseta de boxeo de manga corta con el nombre de Cabrera.

—No deberías. Tienes un cuerpazo. Muy fuerte y femenino. A ver. Ponte esto. ¡Madre mía, si es de Armani! ¡Hola, preciosa! Ni se te ocurra morder eso —añadió cuando una de las perritas rescatadas de Paulie, que parecía una fregona sucia, empezó a mordisquear una bota.

Al cabo de unos minutos, Paulie contemplaba su reflejo con el ceño fruncido.

—¿Ves cómo se te ciñe aquí? —le preguntó Colleen—. Te hace parecer más alta y esbelta.

—Estos zapatos me están matando.

—Ofrécele este sacrificio a Dios. Este cinturón es original y juvenil, y te da un toque desenfadado. ¡Estás increíble!

—¿Seguro? Yo me veo rara.

—Eso es hasta que te acostumbres, hazme caso. ¿Dónde compras toda esta ropa?

—La compra mi padre. Le encanta comprar *online*.

—Está soltero, ¿verdad? —preguntó Colleen. ¡Oye! Si estaba buscando un marido ricachón que la consintiera, mejor tener uno que comprara ropa de Armani.

—Ajá. Desde que mi madre se fue, ya sabes.

Colleen le dio un apretón en una mano.

—Muy bien. Vamos a la «Operación rueda pinchada». Este es el plan...

—¡Ay, Dios! ¿Seguro que va a funcionar?

—¡Por supuesto!

El plan era sencillo. Bryce estaba en casa, según había descubierto tras acecharlo en plan inofensivo. Joe estaba con la diálisis; Didi, *la Maléfica* estaba trabajando. Lucas, que la verdad fuera dicha era un nombre que apenas pasaba por sus pensamientos (pausa para reírse a carcajadas), se encontraba en el edificio de protección civil, según Levi, que había entrado en la taberna de O'Rourke para almorzar apenas media hora antes.

—Bueno —siguió Colleen—. Se te pincha una rueda y, oye, mira tú qué casualidad que se te ha pinchado justo delante de la casa de Bryce, y ¡Bryce está en casa! ¿Qué haces?

—Cambiar la rueda.

—No, Paulina. No cambias la rueda. —La perrita ladró, respaldándola.

—¿Por qué?

—Porque quien va a cambiarla es Bryce.

Paulie frunció el ceño.

—Ah.

—Tú vas a interpretar el papel de florecilla desvalida.

—Pero sé cambiar una rueda.

Colleen contuvo un suspiro.

—Y eso es maravilloso, Paulie. Pero hoy Bryce va a cambiar la rueda y a ayudarte, y a sentirse muy viril y listo, porque a los hombres les encanta sentir que tienen el control, aunque sea una treta.

—Ah, ya lo pilló. —En su cara apareció la fantástica imitación del amanecer tan característica de Paulie.

—No sucumbas al pánico. Haz lo que yo te diga y podrás tener una agradable conversación con Bryce.

—¿Qué le digo? Tengo náuseas. ¿De verdad tengo que hablar con él? Joder, este desodorante se supone que es extra fuerte y no hace nada. ¡Detesto estar enamorada!

—Todos lo detestamos en según qué ocasiones, Paulie.

La mujer se dejó caer en su gigantesca cama y se tapó los ojos con las manos. Uno de sus gatos saltó al colchón y empezó a frotarse contra uno de sus muslos.

—Ni siquiera soporto la idea de hablar con él, así que no seré capaz de hablar con él. ¿Y si le hago daño otra vez?

Colleen reflexionó un instante.

—¿Sabes lo que sería estupendo? —le preguntó—. Poder apuntarte lo que tienes que decir. Como Cyrano y Christian. Tienes Bluetooth, ¿verdad?

Diez minutos más tarde, Colleen doblaba la esquina de la casa de Bryce, seguida por el ronroneo del precioso Porsche de Paulie. Aparcó con pericia, sintiéndose un poco como Bond, James Bond, y se acercó a ella.

—Muy bien, nena, aquí es donde tienes el pinchazo —dijo. Tras abrir su navaja suiza, la clavó en la rueda.

—¡Oye!

—Relájate. Ahora conduce muy despacio hasta la casa de Bryce, aparca, bájate y mira la rueda poniendo cara de mujercita desvalida. Ese es tu trabajo, parecer femenina y desvalida, desvalida y femenina. Además, debes mencionar que estás organizando una fiesta y que te encantaría que él asistiera. Vamos. ¡Adelante, chiquitina!

Paulie la obedeció con expresión dudosa.

—¿Me oyes? —le preguntó Colleen a través del teléfono cuando Paulie estaba a punto de llegar al lugar concreto.

—Ajá. Colleen, no me siento bien. —Se oyó un sonido sospechosamente parecido a una arcada.

—Lo estás haciendo fenomenal —le aseguró Colleen con firmeza, el mismo tono de voz que hacía que los clientes que empinaban demasiado el codo le entregaran las llaves de sus vehículos—. Muy bien, para. Esa es su casa.

—Lo sé. Habré pasado por aquí delante mil veces.

Colleen sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Paulie, funcionará, ya verás. Tú relájate e intenta disfrutar.

Desde el lugar donde esperaba, Colleen vio aparcar a Paulie. Esa treta, aunque de alto riesgo en el caso de Paulie y poco recomendable en circunstancias normales, había funcionado con su prima Mónica el año anterior, cuando sufrió un «accidente de bici» delante de los viñedos Fox Den. En ese momento Mónica estaba casada con el heredero de dichos viñedos, y olé. Colleen fue la dama de honor, y era la décima vez que lo hacía.

Paulie se bajó del Porsche.

—Rodea el vehículo despacio, mirando las ruedas —le ordenó Colleen—. Bryce saldrá en cualquier momento. —Miró hacia la casa. Era un día de junio precioso, soleado y perfumado con el aroma de las lilas—. Muy bien, agáchate y haz como que miras la rueda. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¡He pinchado!

—Por supuesto que he pinchado —dijo Paulie—. Le has dado un navajazo.

—Lo sé, pero finge estar sorprendida y horrorizada.

Paulie titubeó, y después se agachó.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Tengo un pinchazo! ¿Qué hago ahora?

Colleen sacudió el teléfono.

—Relájate —le dijo—. No hace falta que exageres tanto, y baja el volumen. No te interesa llamar la atención de otras personas. E intenta no decir palabrotas.

—Mierda, se me había olvidado esa parte. Muy bien.

Esperaron. Nadie salió de la casa.

—No está en casa —susurró Paulie.

—Su camioneta está en el camino de entrada —señaló Colleen—. Seguro que está viendo la tele o algo. Espera, le daré un toque de atención.

Aferró un puñado de piedrecillas y caminó hasta la casa, manteniéndose oculta por la sombra de los enormes arcos de la propiedad del vecino. En la linde oriental de los Campbell se alzaba un espeso seto formado por lilas. Lo atravesó y el aroma intenso y maravilloso de las flores le provocó un subidón.

Sabía que Bryce vivía en el sótano. Didi lo había convertido en un apartamento totalmente equipado para su niño poco después de que él abandonara los estudios universitarios.

Arrojó una piedrecilla. Gracias a las incontables partidas de dardos que había jugado a lo largo de los años, golpeó la ventana al primer intento tal como le confirmó el satisfactorio sonido.

—Todo el mundo a sus puestos —susurró, dirigiéndose al teléfono—. No debería tardar mucho en salir.

Un arrendajo graznó desde un árbol cercano. Una ráfaga de viento hizo que las lilas en flor le rozaran la mejilla. Paulie parecía estar petrificada.

—Échale un vistazo a la rueda como si estuvieras intentando decidir qué narices ha pasado —susurró—. Y prepárate para repetir lo que yo vaya diciendo, ¿de acuerdo?

Bryce no salió.

Colleen lanzó otra piedrecilla. Esperó. Nada. Otra más. Nada.

—Tengo las piernas deshechas —susurró Paulie—. Deja que me levante.

—Claro, claro —replicó Colleen.

Paulie se enderezó entre gemidos, se agarró un tobillo y procedió a estirar los cuádriceps.

—Baja la pierna —le ordenó Colleen—. Estás dándole carnaza al señor Bancroft y todo sabemos que es un poco perverso.

—¡Hola, Paulie! —gritó el susodicho—. ¿Algún problema?

—Dile que no —le ordenó Colleen.

—¡No! ¡Largo de aquí! —contestó Paulie de mala manera.

—¡Henry! Sube al vehículo ahora mismo —ordenó la señora Bancroft—. Ya vamos tarde. ¿Qué pasa?

—¡Nada! Nada de nada —contestó Paulie—. Es que... yo... tengo una infección de orina y he tenido que pararme. Nada más.

La señora Bancroft se detuvo, meneó la cabeza y subió a su automóvil.

—Vamos a dejar las improvisaciones, ¿te parece bien? —le dijo Paulie mientras los Bancroft se alejaban—. Di solo lo que yo diga. Y ahora espera. Esta vez iré en serio. —Miró las piedrecillas que tenía en la mano, eligió la más grande y la lanzó con algo más de entusiasmo.

El cristal se rompió.

—¡Mierda! —masculló.

—¡Mierda! —repitió Paulie.

Sin embargo, la rotura del cristal logró lo que querían. Al cabo de un segundo, la puerta principal se abrió y Bryce apareció, parpadeando bajo la luz del sol.

—¡Ay, Dios mío, ahí está! Ay, joder, que está ahí —dijo Paulie con la voz estrangulada.

—Tranquila, tranquila. Respira hondo —susurró Colleen—. Ha llegado la hora de la actuación. Él es buena gente y tú eres buena gente.

—¡Hola, Paulie! —exclamó Bryce mientras echaba a andar hacia Paulie—. ¿Va todo bien? Se nos ha roto una ventana ahora mismo.

Paulie inspiró hondo de forma audible, y el aire se le quedó atascado en la garganta.

—¡Hala! Madre mía. Qué ojos más... más... azules.

Colleen hizo una mueca.

—No sigas.

—No sigas —repitió Paulie.

Bryce se detuvo y ladeó la cabeza.

—Paulie, relájate. Limitate a... a saludarlo.

Otra respiración entrecortada.

—¡Hola, Bryce! —la oyó gritar—. ¿Qué haces aquí?

Bryce se echó a reír.

—Vivo aquí. ¿Y tú?

—Supongo que habrá saltado alguna piedra. Creo que he tenido un reventón —susurró Colleen.

—Supongo que habrá saltado alguna piedra —repitió Paulie como un loro—. Creo que he tenido un calentón. —Se llevó las manos a la boca—. ¡Reventón, reventón!

No quería decir calentón. Nada de calentones. Un reventón, eso es lo que he tenido.

—Paulie, relájate —susurró Colleen—. Madre mía.

—Madre mía, relájate —repitió Paulie y después se limpió la frente con el brazo—. Esto... tengo una rueda pinchada.

—Vaya por Dios —dijo Bryce, en absoluto extrañado por el hecho de que Paulie pareciera poseída por un demonio.

—¿Puedes ayudarme a cambiarla, Bryce? —preguntó Colleen.

—¿Puedes ayudarme a cambiarla, Bryce? ¿Por favor? Por favor, ayúdame.

Dios Santo. Iba a ser una tarde larguísima.

El edificio de protección civil, a medio construir porque las obras estaban paralizadas, se encontraba sumido en el caos. El primer lugar, cada uno de los tres organismos implicados (policía, ambulancias y bomberos) se creía más importante que los demás. Lucas ya había cambiado los planos para que la comisaría de policía estuviera situada entre el cuerpo de bomberos y la zona dedicada a las ambulancias, porque al parecer los dos últimos solían pelearse como un par de primos discutiendo, como lo hacían sus sobrinas gemelas porque ambas querían sentarse en el asiento delantero.

En segundo lugar, el sistema de ventilación tenía que ser industrial y el sistema de alarma era muy complicado. Resultaba difícil lograr que un edificio funcional también fuera atractivo por dentro y por fuera, y el constructor que los había dejado tirados no se había esforzado mucho. Lucas había solicitado los planos y se había puesto a trabajar en el proyecto. Cambió la entrada trasera de modo que no se accediera directamente a la cocina del cuerpo de bomberos, trasladó el centro de comunicaciones a la parte trasera del edificio, reforzó los muros y añadió algunas ventanas en la pared oriental a fin de que el lugar no pareciera un crematorio. El Ayuntamiento se deshizo en agradecimientos.

Era agradable que alguien lo necesitara.

Le resultaba curioso lo mucho que le gustaba ese tipo de trabajo. Nunca le había importado trabajar en las obras durante las vacaciones estivales de la universidad, aunque en aquel entonces era algo temporal.

Cuando Frank Forbes lo mandó llamar después de enterarse de que había dejado embarazada a su princesa, Lucas esperaba que lo arrojara al vacío desde el piso cincuenta y cinco, la verdad.

Frank Forbes estaba furioso. Lucas no podía culparle.

—Así que quieres casarte con mi hija, ¿no? —le preguntó el hombre.

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Porque es lo correcto.

—Lo correcto. —Frank meneó la cabeza—. ¿Cómo planeas cuidar de mi hija y de mi nieto? Si sigues estudiando para graduarte en Derecho, no podrás trabajar.

—No, señor. He dejado la universidad y he conseguido un empleo en Construcciones Windy City. Empiezo el lunes. Podré unirme al sindicato dentro de un año.

El señor Forbes lo miró en silencio con los dientes apretados. El silencio se hizo opresivo.

Después, soltó el aire con fuerza.

—Renuncia al empleo con Windy City. Trabajarás para esta empresa, en la obra, porque Johnny Hall dice que no eres malo. Ganarás el sueldo que te corresponde por tu categoría y tendrás un seguro médico como todos los empleados. Windy City tiene una estadística de accidentes espantosa, y son unos chapuceros por decirlo suavemente.

Lucas titubeó.

—Señor Forbes, preferiría abrirme camino a mi manera.

—¡Pues haberlo pensado antes de dejar embarazada a mi hija! —le soltó, tras lo cual tomó otra honda bocanada de aire—. Ellen y tú podréis vivir en alguno de los apartamentos de mi propiedad —siguió—. No quiero que mi hija y mi nieto vivan en un mal vecindario, y el apartamento de estudiante donde reside ahora no es lo bastante grande para un bebé. Pero serás tú quien mantenga a la familia. Pagarás las facturas a tiempo y yo no pienso apoyarte jamás económicamente. Firmarás unas capitulaciones matrimoniales en las que renunciarás por completo al fideicomiso de Ellen. Yo pagaré los estudios de Derecho de mi hija. Tú pagarás los gastos de tu familia. Vas a intentar que este matrimonio funcione. Si le haces daño a mi hija, si la tratas mal o la engañas con otra, te prometo que jamás se encontrará tu cadáver. Quiero a mi hija. Es lo más importante del mundo para mí. ¿Te ha quedado claro, muchacho?

—Sí, señor. Supongo que yo pensaré igual de mis propios hijos.

Porque sí. Iba a ser padre, y si algún gamberro barriobajero dejaba embarazada a su hija, suponía que no sería tan educado como lo estaba siendo Frank Forbes.

Frank lo miró un minuto en silencio.

Y después para el asombro más absoluto de Lucas, suspiró y la ira lo abandonó como un globo que se desinflara. Rodeó el escritorio y se acercó a él para abrazarlo.

—Bienvenido a la familia. No me gusta cómo han sucedido las cosas, pero te agradezco que hayas asumido tu responsabilidad. Mi hija es lista y dice que eres un hombre decente y honorable. Te quiere y, me guste o no, ahora formas parte de la familia.

Lucas se quedó de piedra. Había esperado que Frank Forbes tratara de ofrecerle dinero para alejarlo o de amenazarlo antes de que la reunión terminara. Que le diera una paliza de muerte, algo que en su opinión se merecía.

En cambio, los Forbes los invitaron a cenar esa noche, a Ellen y a él. Le preguntaron por su familia, le dieron el pésame por la muerte de sus padres y le demostraron entre murmullos su simpatía cuanto les contó la verdad sobre las actividades delictivas de su padre. De hecho, Frank lo había investigado a fondo y sabía que era huérfano de padre y madre. Lucas pensó de nuevo que también habría hecho lo mismo si se tratara de su hija.

Una hija (o hijo) que crecía en el vientre de Ellen en ese momento.

Lucas hizo todo lo que le correspondía hacer. La tomaba de la mano, le apartaba la silla para que se sentara, le preguntaba cómo se encontraba y la acompañaba al ginecólogo. Cocinaba para ella, algo que Ellen encontraba conmovedor y la escuchaba cuando ella hablaba.

Lucas siempre había deseado tener hijos.

No podía pensar en Colleen. Estaba prohibido. Su mujer era Ellen e iban a empezar una familia. Lo único que podía hacer era echarle un par.

Aunque todo se organizó deprisa y corriendo, la boda se celebró en un enorme hotel del centro de la ciudad. Asistieron trescientos cincuenta invitados. Hubo cinco damas de honor y una orquesta de once músicos para amenizar el banquete. Frank pronunció un discurso y afirmó que Lucas era un buen muchacho, que había cursado sus estudios superiores y que sabía bien lo duro que era el trabajo manual. Lo abrazó, le recordó que debía tratar a Ellen como la princesa que era, y no pareció guardarle el menor rencor.

Lucas empezó a trabajar, y lo hizo con ahínco, manteniendo la cabeza gacha y obedeciendo órdenes. Después regresaba a su bonito apartamento y hablaba con Ellen, que era una mujer muy agradable. Le colocaba las manos en el abdomen, la besaba, le sonría y dormía con ella, aunque tenía la ligera sensación de estar engañando a Colleen. Si Ellen percibía algo raro, jamás lo comentó.

Llevaban casados seis semanas cuando recibió la llamada que le informó de que Ellen se encontraba en urgencias. Estaba de doce semanas de gestación y en cuanto le vio la cara supo que había perdido al bebé. La abrazó y la besó en la coronilla mientras ella sollozaba.

—Sucede más a menudo de lo que creen —dijo el médico—. Lo siento mucho.

La llevó a casa y se acostó con ella, abrazándola.

—No tienes por qué seguir casado conmigo —murmuró Ellen—. Sé que solo lo has hecho por el bebé.

Lucas la miró en silencio.

—No voy a dejarte —replicó.

Había estado dispuesto a mantenerse a su lado cuando estaba embarazada de su hijo. Y no pensaba dejarla solo porque la naturaleza hubiera sido tan cruel con ellos.

Aprendió a quererla. No de la misma manera que quería a Colleen. Ni hablar. Pero Ellen era una mujer buena, sosegada y lista. También aprendió a querer a sus padres. Grace era graciosa, generosa y un poco picante cuando se emborrachaba. En cuanto a Frank... para ser el dueño de un imperio, Frank era un hombre sincero y optimista. En una ocasión un artículo publicado en un periódico lo describió como «El Donald Trump de Chicago». A lo que Frank dijo: «Que alguien me mate ahora mismo» y se echó a reír.

No, los Forbes parecían poseer todas las buenas cualidades de la gente del medio Oeste: eran generosos, amables, optimistas y poseían una inocencia conmovedora.

—He descubierto que si esperas lo mejor de una persona —le dijo Frank en una ocasión—, normalmente eso es lo que obtienes.

—¿Y qué pasa cuando no es así?

—La vida nos da lecciones. Solo hay que aprender.

Lucas siempre había sido muy trabajador, desde que recogía botellas con seis años para devolverlas a fin de que le entregaran el dinero del envase (esa historia hizo que Ellen se echara a llorar). Trabajaba con más ahínco y más tiempo que sus compañeros, con la esperanza de demostrar que no era un capullo al que ascendían por ser quién era. Y lo ascendieron, fue pasando por los distintos puestos hasta llegar a ser capataz y después jefe de proyecto.

Fue... bueno, le gustó. Aunque era duro. Siempre tuvo presente la idea de que jamás podría devolverles a los Forbes todo lo que habían hecho por él. Que durante el curso de una noche había cambiado la vida de Ellen, y la suya, por supuesto. Pero sobre todo la de ella. Porque era Ellen la que tuvo que soportar las doce semanas de náuseas matutinas, y fue su cuerpo el que se vio obligado a aceptar la pérdida del bebé.

Ellen no volvió a quedarse embarazada. Siguió tomando la píldora anticonceptiva, algo que a Lucas le pareció bien. Se matriculó en Derecho, se graduó y la contrató un bufete importante. Trabajaba muchas horas, como él, algo que parecía encantada de hacer. No hablaban de niños abiertamente. Ellen no quería hijos de momento. A Lucas le parecía bien. Eran jóvenes. Tenían tiempo.

Pero habría sido alucinante tener niños, pensaba Lucas, sobre todo cuando veía a sus sobrinas. Pensaba a menudo en el bebé que no... en la edad que tendría su hijo o hija si hubiera nacido; en lo que sentirían al ver a un pequeñuelo correr hacia sus brazos. Al arroparlo por las noches, al taparlo bien, al besar su cabecita y al decirle: «Papá te quiere».

Llevaban seis años casados cuando Ellen llegó un día de su lujoso despacho, se quitó los zapatos y se sirvió una copa de vino.

—Bueno, Lucas —dijo con voz amable—. Creo que ya es hora de darlo por terminado, ¿no te parece?

La pena que lo embargó se debió más al hecho de no haber logrado que su matrimonio funcionara que al hecho de que sus palabras le rompieran el corazón. Ellen le había querido mucho en un momento dado, él había hecho todo lo posible, pero no había sido suficiente.

El divorcio fue tan amistoso que casi resultó vergonzoso. Habría preferido algunas lágrimas o discusiones antes que la serena disolución de su hogar. Solo se llevó una foto de ambos. Aquel día habían llevado a sus sobrinas a la playa y Mercedes estuvo tonteando con la cámara. Ellen y él estaban tomados de la mano y él le había dicho algo que la hizo reír. Tal vez era una señal de que no había sido un mal marido. Esperaba no haberlo sido.

El problema era que su corazón le pertenecía a otra, y ambos lo sabían. Nunca lo habían hablado, pero no dejaba de ser cierto.

La víspera de la firma del divorcio salieron a cenar, a Alinea, el restaurante preferido de Ellen, donde el *maitre* los conocía tan bien que se dirigía a ellos por sus nombres de pila. Ella pidió un martini; él, una cerveza. Hablaron sobre trabajo, sobre los padres de Ellen, sobre Mercedes, que había conseguido el papel protagonista en la obra del teatro del colegio. Ellen les había asegurado a las niñas que seguiría siendo su tía, y Frank y Grace se las habían llevado a dormir a casa una noche y les habían dicho que por supuesto que seguirían siendo el abuelo Frank y la abuela Grace, porque lo eran de verdad.

Ellen respiró hondo y dijo:

—Espero que esto no te moleste. —Ladeó la cabeza como solía hacer cuando tenía algo importante que decir—. He conocido a alguien.

Lucas soltó la cerveza.

—¿En serio? —Seguramente debería añadir algo más—. Me alegro.

Ellen clavó la mirada en el mantel y empezó a decir algo, pero se detuvo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, que se inclinó hacia delante y le cubrió una mano con la suya. Ellen todavía era su mujer, aunque solo fuera por unas horas más.

Ella sonrió y meneó un poco la cabeza mientras parpadeaba para librarse de las lágrimas.

—No sé si lo recuerdas. —Respiró hondo, una vez recuperada la compostura—. ¿Fue durante el segundo año? No, durante el primero, porque teníamos una clase con el profesor Hayden. —Sonrió al ver a algún conocido y siguió—. El caso es que estábamos comiendo en la cafetería y entró tu novia. Tú no te lo esperabas y te levantaste tan rápido que estuviste a punto de volcar la mesa, aunque ni siquiera te diste cuenta. Ella se lanzó a tus brazos y tú la levantaste y empezaste a besaros como si no hubiera nadie alrededor.

El recuerdo le dejó sin aliento. La efervescencia de Colleen, su alegría sin límites y sus muestras de afecto.

—Así es como me hace sentir este hombre —concluyó Ellen en voz baja.

Lucas le alzó la mano y la miró en silencio un rato. Ellen ya no llevaba la alianza. Él, sí.

—En ese caso, me alegro por ti, cariño —le aseguró—. De verdad.

Doce horas después firmaron el divorcio.

Frank fue el más afectado. Lucas era el hijo que nunca había tenido. Desde el divorcio, siguió en la empresa porque el rascacielos Cambria estaba en construcción. Pero ambos sabían que era su último proyecto.

Quería seguir en el mundo de la construcción, no para levantar rascacielos, sino para hacer casas familiares. No era arquitecto, pero había asistido a distintos cursos de diseño a lo largo de los años y tenía un buen ojo. Quería convertirse en aparejador. Trabajar en todos los estadios de la construcción de una casa, desde el sótano hasta el cableado eléctrico. Quería ofrecerles a las personas la casa en la que vivirían durante el resto de sus vidas. Ganaría un cuarto de lo que ganaba como director de proyectos en Forbes pero tenía los contactos, así como la experiencia y la reputación adecuadas.

Eso era lo que lo esperaba en casa. En Chicago, la Jungla de Grandes Hombros.²

De momento, le parecía asquerosamente agradable hacer algo que no fuera sentarse junto a la cama de Joe o convencer a Bryce de que pensara qué iba a hacer con su vida.

De hecho, eso era lo que debería estar haciendo en ese momento.

En cambio, se encontraba en un prado, imaginando la casa que construiría. Lo hacía por deformación profesional. Siempre que viajaba, solía buscar un lugar adecuado. Ese no estaba lejos del centro de protección civil. Situado en lo alto de una colina en cuyas faldas crecían las vides y desde la que se contemplaba el lago a cierta distancia. La casa que construiría tendría muchísimas ventanas, el exterior recubierto con madera de cedro y una chimenea de piedra.

Sí, bueno. A lo mejor podía enseñarle a Bryce algunas cosas sobre el trabajo en una obra. O eso, o cómo ser un *gigoló*, porque su primo tenía un don para las mujeres, era evidente.

Joe tenía diálisis, Didi estaría negándoles a los clientes que reclamaban lo que les correspondía tras haber sufrido alguna amputación y Bryce seguramente estuviera en casa. Lucas se subió a su camioneta y puso rumbo a la casa de Didi.

Tanto Joe como él eran conscientes de que Didi cortaría de raíz cualquier esfuerzo por sacar a Bryce del domicilio familiar. Aunque tenía treinta y un años, le daba una paga mensual, además de haberle entregado una tarjeta de crédito. En otras palabras, lo había castrado.

Lucas aparó la camioneta alquilada a cierta distancia de la casa de su tía. Era una antigua costumbre. Didi detestaba que se aparcase en el camino de acceso a la casa o en la acera. Decía que eso era algo que hacía la gente barriobajera (y mientras hablaba siempre miraba de forma elocuente a Lucas).

La camioneta de Bryce estaba en el camino de entrada (para él no había reglas al respecto). Lucas llamó a la puerta, esperó y después entró. En el sótano se oían disparos y explosiones. Echó a andar hacia la escalera del sótano. El apartamento estaba muy limpio y ordenado. Seguramente Didi tenía a una mujer de la limpieza que se encargaba de limpiar el sótano una vez a la semana. Vio un enorme sofá de cuero, una mesa de billar, una barra con bebidas, un dormitorio y una pequeña cocina que apostaría lo que fuera a que nunca se había usado.

Esperó a que su primo matara a otra persona inocente en la pantalla y después dijo:

—Hola, Bryce.

—¡Colega! Me alegro de verte —lo saludó su primo con una sonrisa.

—¿Qué tal?

—Muy bien. ¿Quieres jugar?

—En otra ocasión, quizá.

—Claro. ¿Necesitas algo? —Bryce apagó la consola.

—¿Cómo te van las cosas en el terreno laboral? —preguntó Lucas.

Bryce asintió con la cabeza.

—Bueno, ya sabes, hago cosillas en la protectora y en el gimnasio.

—¿No has pensado en obtener un certificado para ser un preparador físico profesional?

—A lo mejor lo hago. Supongo, no sé. Si tengo que hacerlo para ganarme la vida, a lo mejor ya no es tan divertido.

—¿Qué te gustaría hacer para ganarte la vida, Bryce? Ya tienes más de treinta años. ¿No te parece que es hora de que te independices?

—¿Estás de broma? ¡Si en casa se vive estupendamente!

Aunque en realidad tenían la misma edad, a Lucas nunca se lo había parecido.

—Supongo que me gustaría ver cómo te abres camino en la vida, primo —replicó Lucas—. Ya sabes. Un trabajo, tu propia casa... el otro día dijiste que te gustaría tener una familia.

—Por supuesto. Me encantan los niños.

—Pero antes tienes que dar ciertos pasos, Bryce. Las cosas no suceden sin más.

—Claro, claro. —Asintió con la cabeza, corroborando la sensatez de la idea.

—Así que a lo mejor podríamos hacer algo al respecto mientras estoy aquí. —Lucas hizo una pausa—. Creo que significaría mucho para tu padre si pudiera verte sentar cabeza, Bryce.

—Sí... ¿A qué te refieres?

Lucas guardó silencio. En los ojos de su primo se atisbaba una inocencia conmovedora, si bien un tanto patética.

—Bryce, tu padre no está bien. No creo que siga mucho tiempo más con nosotros.

El joven se tensó.

—En realidad, está muy bien. Me refiero a que la diálisis funciona como si tuviera bien el hígado.

—El riñón.

—A eso me refería. Además, el día menos pensado le harán un trasplante de riñón. —Bryce empezó a jugar con un agujero que tenía en los *jeans*.

—No está en la lista de pacientes a la espera de trasplante, primo. Lo han excluido por el cáncer.

—Yo le daré un riñón. —Bryce tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo le daría uno de los míos si pudiera ayudarlo. —Lucas le puso una mano en un hombro—. Tú eres su mayor preocupación. Quiere que tengas una vida estupenda...

—Mi vida es estupenda. Y mi padre... hablaré con él. Pero no va a irse a ninguna parte. No lo permitiré. De todas formas, ¿a qué viene lo del trabajo?

—Voy a estar ocupado con una obra mientras estoy aquí. A lo mejor podrías ayudarme. —Bryce no parecía muy convencido—. Así podríamos pasar tiempo juntos, ¿no crees? Y podrías aprender cosas sobre el trabajo que se hace en una obra. ¿Quién sabe? A lo mejor descubres que te gusta.

Bryce reflexionó al respecto.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. ¡Claro! Primero trabajamos con los martillos, después nos tomamos unas cervezas en la taberna de O'Rourke y luego nos vamos al lago, a lo mejor con algunas amigas.

Lucas cerró los ojos un instante.

—Claro. Parece divertido. Mañana por la mañana vendré a por ti, ¿de acuerdo?

En ese momento el cristal de una ventana se hizo añicos, sobresaltándolos a ambos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bryce, que corrió escaleras arriba y salió por la puerta principal, la cual cerró con un portazo tan grande que toda la casa se estremeció.

Sin embargo, la ventana se encontraba en un lateral de la casa, no en la fachada delantera. Lucas se acercó a la ventana, pisando los trozos de cristal esparcidos por el suelo, y miró hacia el exterior.

Colleen O'Rourke estaba escondida entre las lilas de Didi, mirando hacia la calle mientras hablaba por teléfono.

Lucas abrió la puerta por la que se accedía al exterior y sin hacer ruido porque la hierba del jardín amortiguaba sus pasos, se colocó tras ella.

Ah. Paulie Petrosinsky estaba de pie, delante de su Porsche, frotándose las manos en los muslos. Bryce hablaba con ella de forma amigable.

—Muy bien, Paulie —dijo Colleen—. Quiero que...

—¿Qué estás haciendo, Colleen?

Su voz la sobresaltó, de forma que se golpeó la cabeza contra una rama.

—¡Madre mía! ¡Qué susto me has dado! —masculló.

—¡Madre mía, menudo susto! —gritó Paulie, cuya voz se oyó perfectamente a través del teléfono.

—¿Cómo? —preguntó Bryce, cuya voz también se oía a través del teléfono.

—Nada —dijo Colleen.

—¡Nada! —exclamó Paulie.

Por el amor de Dios...

—Dame eso —dijo Lucas.

—No —repuso Colleen.

—No —repitió Paulie.

Colleen silenció su iPhone.

—Veo que todavía se te da muy bien lo de moverte con sigilo —refunfuñó.

Lucas fue consciente de que sonreía, un gesto que parecía salirle del pecho. Sí. En un par de ocasiones (concretamente en cuatro), se había colado en el patio de Colleen, había trepado por el enrejado hasta su ventana y había pasado una noche maravillosa con ella entre sus brazos. No llegaron a hacer el amor, porque así lo habían decidido, pero a punto estuvieron.

Fueron días felices.

Colleen parecía estar pensando en lo mismo, porque se puso colorada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Lucas en voz baja.

—Intentando que Paulie consiga que Bryce se sienta viril.

—¿Cómo?

—Adoptando una actitud femenina y desvalida —contestó ella.

—Ah. ¿Tiene problemas con el motor?

—Le he rajado una de las ruedas delanteras. ¿Crees que Bryce será capaz de cambiarla?

—No.

Colleen sonrió y Lucas tuvo la impresión de haber recibido una descarga eléctrica.

Antes Colleen era la muchacha más guapa del pueblo.

Ahora era una belleza.

Y se había convertido en toda una mujer.

—No me distraigas más —dijo ella al tiempo que apartaba la mirada—. Tengo trabajo que hacer. —Tocó otra vez la pantalla de su teléfono y de nuevo oyeron a los protagonistas de la historia de amor imposible.

—Bueno, mmm... ¿Qué hago ahora? —preguntó Paulie tras carraspear.

—¿Llamar a la grúa? —sugirió Bryce.

—Ah, ¿es que no sabes cambiar una rueda? —quiso saber Paulie, que miró desesperada a Colleen, que a su vez gesticulaba aprovechando que Bryce se encontraba de espaldas.

—Pues no, la verdad. Nunca le he pillado el truco, ¿sabes? —respondió Bryce.

Colleen susurró.

—Dile que estás segura de que es capaz de hacerlo. Sé femenina. Muéstrate desvalida. Haz que se sienta fuerte y masculino.

Lucas puso los ojos en blanco.

—Recuérdame alguna ocasión en la que tú te hayas mostrado femenina y desvalida.

Colleen lo miró con cara de susto. La vio tomar una trémula bocanada de aire.

—Lucas, por favor —susurró, esforzándose por contener las lágrimas—. Solo estoy tratando de ayudar a mi amiga. Tienes razón, es ridículo. Pero no se me ocurre qué otra cosa hacer. —Le temblaron los labios.

—Buen intento.

Ella se encogió de hombros.

—En fin, funciona con todos los demás.

Lucas le quitó el teléfono, cortó la comunicación y se lo guardó en el bolsillo delantero de los *jeans*.

—Si lo quieres, ven a por él.

—Lo haré. Te rajaré el bolsillo con la navaja suiza sin pensar en los daños colaterales. —Esperó. Él no se movió—. Lucas, dame el dichoso teléfono. —Alargó el brazo, pero él le aferró la mano.

—Colleen, tú has organizado este encuentro. Deja que sean ellos quienes lo terminen. —Su mano era suave, de tacto fresco, y encajaba a la perfección en la suya. Como siempre. Incapaz de resistirse, le acarició el dorso de la mano con el pulgar, esa piel tan sedosa y delicada.

—¡Ay! —suspiró ella—. Me estás poniendo a cien. —Lo miró al tiempo que pestañeaba de forma exagerada, y después se zafó de él y le metió la mano en el bolsillo.

¡Hola!

Sin dejar de mirarlo a los ojos, rebuscó en el interior del bolsillo... a propósito, supuso él. La vio esbozar esa sonrisa tan pícaro.

La misma Colleen de siempre.

Gracias a Dios, no había cambiado.

Inclinó la cabeza de manera que le rozó una mejilla con la suya, áspera por la barba.

—Ten cuidado con lo que deseas porque puede hacerse realidad —susurró. Dios, qué bien olía. Incluso mejor que las lilas.

—Tienes un ego como una catedral de grande —replicó ella al tiempo que liberaba la mano, y el teléfono.

Estaba colorada como un tomate, algo que a Lucas le resultó muy halagador. Tras teclear algo en el teléfono, Paulie la imitó y conectó el Bluetooth. El Centro de Control había reanudado las comunicaciones.

Bryce había encontrado la rueda de repuesto en el maletero y estaba usando la llave de tuercas sin aparente dificultad.

—Vi cómo se hacía en una película —dijo tan contento al tiempo que giraba la llave. El brusco movimiento hizo que la llave se soltara y lo golpeará en el brazo—. ¡Uf! Espera, voy a intentarlo otra vez.

—Dile que te alegras mucho de haber pinchado delante de su casa. Que es tu príncipe azul —murmuró Colleen, dirigiéndose al teléfono.

—He tenido suerte de pinchar delante de tu casa —dijo Paulie—. Eres un príncipe, Bryce.

—¡Es lo menos que podía hacer, colega! —replicó Bryce. Parecía haber aflojado los tornillos de la rueda, pero observaba el gato como si fuera un artilugio misterioso.

Paulie esperó mientras se crujía los nudillos. Bryce intentó colocar el gato. Lo puso de costado para ver si así le resultaba más fácil accionarlo, pero sorprendentemente no lo logró.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Mi primo está en casa. Me apuesto lo que sea a que es capaz de hacer esto en diez segundos.

—Puede que en menos —murmuró Lucas.

—No, no dejes que se marche —masculló Colleen—. Improvisa.

—Espera, espera —dijo Paulie—. Esto... a ver... Aquí. Yo levanto por el parachoques y tú cambias la rueda, ¿de acuerdo? A la de tres.

Y, efectivamente, levantó el Porsche del suelo.

—Es magnífica —dijo Lucas.

—Chitón —murmuró Colleen—. Sí que lo es.

—Lo he dicho en serio.

—¡Hala! —exclamó Bryce—. Eres superfuerte. ¿Qué rutina de entrenamiento sigues?

—Marine Boot Camp —masculló Paulie.

—¡Venga ya! ¡Yo también! —exclamó Bryce—. ¿Qué peso levantas?

—Quita la rueda, por el amor de Dios —dijo Paulie—. Voy a acabar con una hernia.

—Es como ver una porno —murmuró Lucas.

Colleen resopló y puso de nuevo el teléfono en silencio, ya que al parecer su protegida era incapaz de seguir órdenes mientras levantaba un vehículo.

—Bueno, ¿por qué te divorciaste? —le preguntó al cabo de un minuto.

—A lo mejor porque nunca he conseguido olvidarte.

—Oooh. Esa es buena. Lo digo en serio. ¿Por qué ponerle fin a esa historia tan romántica?

—Creía que íbamos a cenar algún día. Prefiero no discutir mi matrimonio entre los arbustos. —Dicho lo cual, se dio cuenta de que tenía una vista perfecta de su escote. Sujetador *push-up*, gracias, Señor. Jamás había sido tímida a la hora de resaltar sus encantos, y en ocasiones como esa, no podía menos que sentirse agradecido.

Colleen pareció leerle el pensamiento, porque le miró a los ojos. Pillado. Lucas sonrió.

Y ella lo imitó, con un aplomo sorprendente.

De repente, Lucas cayó en la cuenta de que estaba soltero, de que Colleen también estaba soltera y de que estaría en el pueblo durante...

No. No había ido en busca de una relación, ni mucho menos en busca de una relación que sin duda sería tan intensa y complicada como la que había tenido con Colleen hacía diez años. Ella no era dada a las aventuras sin más.

Al menos no lo había sido en el pasado. Se entregó a su relación en cuerpo y alma, y lo arrastró como si fuera una riada. Eso era lo que sentía cuando se recibía el amor de Colleen O'Rourke.

—Deja de mirarme así —susurró ella, tras lo cual carraspeó—. El truco ese de Heathcliff ya no funciona.

—¿Estás con alguien? —quiso saber él.

—Venga ya.

Bryce quitó la rueda entre carcajadas. Al parecer, a Paulie le temblaban los brazos.

—Al final va a aplastarle la cabeza, ya verás —comentó Lucas.

Colleen suspiró.

—Ve a ayudarlos. Actúa como un héroe viril, Lucas. Se te da de vicio.

—Tienes razón —murmuró—. Ha sido un placer verte, bombón. Deja de tirar piedras a las ventanas, ¿eh?

Y con eso echó a andar hacia el jardín delantero.

—¡Colega, menos mal! —exclamó Bryce.

—Hola, Paulie —dijo Lucas—. Ya puedes soltar el Porsche. Yo me encargo.

Al cabo de un minuto oyó que un vehículo arrancaba y miró hacia el otro lado de la calle. Allí estaba Colleen, detrás del volante de su Mini Cooper descapotable.

Una mujer cañón en un vehículo rojo.

Una fórmula infalible.

—Me alegro de verte, Lucas. Aunque le rompieras el corazón a mi niña hace unos cuantos años.

—Ah, claro —dijo Bryce con una sonrisa. La señora O'Rourke lo miró con una sonrisa tierna.

Lucas asintió con la cabeza.

—Yo también me alegro de verla, señora O'Rourke. —Se le hacía raro ver a la madre de Colleen, desde luego, y era más raro todavía volver a la casa que tantas veces había visitado como novio de Colleen. No había cambiado mucho.

—Llámame Jeanette. De todas formas, creo que voy a recuperar mi apellido de soltera. Pasad, os diré qué tengo en mente. —Los condujo a la parte trasera de la casa

—Este era su despacho. Desde donde llamaba a esa puta para tener sexo telefónico, sin duda. Me gustaría echarlo abajo. Quemarlo si es posible.

—¿Más vale tarde? —sugirió Bryce.

—Eso es, cariño. Han pasado diez años. Hombres. Son todos unos cerdos.

—Yo no, por supuesto —repuso Bryce.

—En fin, todavía no —murmuró Jeanette—. Estoy segura de que puedes serlo. ¿Estás saliendo con alguien, querido Bryce?

—¿Por qué? ¿Le apetece salir un día?

La madre de Colleen sonrió y le dio una palmadita en el brazo.

Jeanette O'Rourke le había seguido el rastro a Lucas y le había dicho que tenía un proyecto para él. Teniendo en cuenta que intentaba enseñarle unas cuantas cosas y que todavía no había empezado la construcción del edificio de protección civil, accedió a ir a su casa y echarle un vistazo.

El despacho era el típico de la década de los setenta. Una habitación alargada con unas ventanas muy pequeñas y algunas estanterías encastradas en uno de los laterales, donde todavía se erigía el pequeño altar a Pete O'Rourke: una foto suya con algún politicucho en un campo de golf, un trofeo del instituto y unas cuantas novelas de Robert Ludlum. Una fotografía de Colleen durante su época universitaria, con una sonrisa descarada, una expresión dulce en sus ojos grises y el pelo brillante por el sol.

Tuvo la impresión de que se quedaba embobado mirando la foto.

—Tal vez podría remodelar en vez de echarlo abajo y quemarlo —le sugirió a la madre de Colleen mientras se volvía para mirarla—. Me parece una pena desperdiciar toda la habitación.

—Es verdad. A lo mejor podría tener aquí mi estudio de arte. Voy a clases.

—¿Qué tipo de clases? —quiso saber Bryce.

—Pinto desnudos —contestó ella al tiempo que lo miraba con expresión inquisitiva—. Que sepas que les pagan a los modelos. Siempre buscan nuevos talentos.

—¡Estupendo! —preguntó Bryce—. ¿Cuánto?

—No lo suficiente —respondió Lucas—. En fin, podríamos poner alguna claraboya, porque de todas formas va a necesitar un tejado nuevo, y también ventanas más grandes. Tendría mucha luz. Cristaleras en esa pared, tal vez una pequeña terraza.

—¡Maravilloso! ¿Cuándo podéis empezar? —preguntó ella.

Se volvió para mirarla.

—¿Seguro que quiere que lo haga yo, señora O'Rourke?

—Jeanette.

—Teniendo en cuenta lo mío con Colleen, Jeanette.

—Estoy segura —contestó ella, con tanta rapidez que empezó a olerle mal el asunto—. ¿Vendríaís los dos? ¿Bryce y tú?

—Sí.

La mujer sonrió.

—Seguramente debería vender entradas. ¿Puedes dibujar unos planos? Me da igual lo que cueste. El infiel de mi marido tuvo que darme un pastizal en el divorcio. Dinero manchado de sangre. Dinero sucio. Dinero prostituido.

Una hora más tarde, Lucas tenía un plano provisional y le dio un presupuesto estimado. Bryce y él se montaron en la camioneta que Lucas había alquilado para usar durante su estancia en el pueblo.

A Joe le gustaría eso. Sería un comienzo, cuando menos, y con suerte Bryce tendría aptitudes para la construcción.

Pasaron junto a un camino de tierra. Colleen y él aparcaron allí una noche, antes de que se fueran a la universidad. Todavía recordaba su piel sedosa, la manera en la que sus ojos parecían más grandes y dulces cuando...

—¿Fuiste a ver a mi padre ayer? —le preguntó Bryce—. Se siente mucho mejor.

Lucas miró a su primo.

—Me alegro de saberlo.

Sí, había visto a Joe el día anterior. Estaba dormido y parecía, por raro que sonase, más pequeño.

Bryce tuvo un gato cuando los dos eran adolescentes, un animal viejo y escualdo que encontró abandonado cerca del colegio. Se lo llevó a casa y lo tuvo en la habitación libre sobre el garaje, un espacio sin terminar donde se almacenaban cajas llenas de juguetes viejos. Didi odiaba los gatos. Pero con el tiempo Bryce se la había ganado. Era incapaz de negarle nada, y el gato no fue una excepción. Era viejo y estaba muy mal, pero ronroneaba de forma exagerada. Bryce le puso el nombre de *Harley*, y el gato lo adoraba. Dormía en la cama de Bryce todas las noches. Si Bryce no estaba cerca, el gato le daba a Lucas unos cuantos cabezazos, pero era evidente que sabía quién era el importante.

Por desgracia, *Harley* era viejo y tenía un montón de problemas de salud, razón por la que seguramente alguien lo abandonó. Pese al millar de pastillas que Bryce conseguía que *Harley* se tragara todos los días, pese a las advertencias del veterinario de que el gato no llegaría a Navidad, pese al hecho de que el gato cada vez dormía más y comía menos, Bryce se negaba a creer que el gato estaba enfermo.

—No ronronearía así si no se sintiera bien —decía mientras le acariciaba la cabeza, y casi parecía verdad.

Hasta el día que volvieron a casa del colegio y descubrieron a *Harley* muerto, acurrucado en la cama de Bryce.

Su primo se quedó de piedra. Lucas lo oyó llorar por la noche, aunque tenía ya dieciséis añazos.

No parecía que las cosas fueran a ser muy distintas con Joe. Pero sí muchísimo peores.

—Deberías pasar todo el tiempo que puedas con él, Bryce —le aconsejó Lucas.

—Ya lo hago. A ver, vivo aquí, ¿no?

—Me refiero a que el tiempo cuenta. Solo eso.

Habría estado bien haber podido hacer lo mismo con su padre. Haberse despedido, haberle sujetado la mano los últimos minutos.

Pero en esa ocasión podría estar con Joe. Y también con Bryce.

* * *

El miércoles Colleen pasó por casa de su madre.

Su madre la llamó la noche anterior para decirle que estaba remodelando el despacho de su padre, ¡alabado fuera el Señor! El décimo aniversario de la marcha de su padre la había revolucionado. Primero lo de los modelos desnudos y después remodelar la casa.

Colleen aparcó en la calle. Había una camioneta en el camino de entrada y un montón de madera apilada junto a la casa, así como un contenedor para los escombros. El Prius blanco de Carol Robinson también estaba aparcado en la calle; lo reconoció por la gran cantidad de casas a la venta que había visitado con ella. También reconoció el vehículo de la señora Johnson, un Buick monstruoso que la mujer (piña colada) solía conducir por en medio de la calzada, provocando el pánico en todas las criaturas vivientes.

—¡Hola, mamá! —gritó al entrar en la casa. El ruido de una sierra de calar resonó un segundo antes de que se apagara.

—¡Estamos aquí detrás! —contestó su madre.

Colleen salió por la puerta del patio trasero. Carol, su madre y la señora Johnson (aunque técnicamente era la señora Holland, pero nadie la llamaba así), estaban sentadas en sillas de jardín bebiendo algo rosa.

—¡Holas, señoras! —las saludó y se inclinó para besarlas una a una—. ¿Qué pasa?

—Solo estamos admirando el paisaje, Colleen dijo la señora Johnson—. Todavía no estamos muertas.

—Toma asiento —la invitó Carol.

Colleen la obedeció. Levantó la vista hacia el tejado.

—¿Es Bryce? —preguntó.

—Y Lucas. Su primo —añadió Carol—. Como ya sabes, Joe se está muriendo. Tal vez le queden seis semanas. ¿No estuviste saliendo con él?

—Nunca he salido con Joe Campbell —murmuró Colleen.

—Hola, Coll —gritó Bryce.

—Hola, Bryce.

Lucas apareció ante ellas.

Ay, la leche. ¡La leche! Llevaba unos pantalones cortos de carpintero, unas botas de trabajo, y una camiseta de manga corta blanca que resaltaba todavía más el moreno de su piel. Un albañil con su enorme y duro... esto... martillo. ¿No había una peli porno con ese argumento? Pues debería. Alguien tendría que rodar una. En ese preciso momento más concretamente.

Al verla, Lucas la saludó con la cabeza. Tal vez incluso sonrió.

—Es verdad —siguió Carol—. Saliste con Lucas. Pero se casó con otra, ¿no? ¡Lucas! ¿Sigues casado? —preguntó a voz en grito.

—No, señora Robinson.

—Yo podría estar soltera en unas pocas horas —dijo la mujer—. ¿Te gustan las mujeres mayores?

—Adoro a las mujeres mayores —contestó él, arrancando un coro de risillas al Equipo Menopáusico. Colleen tuvo que tragar saliva con fuerza.

—¿Vas a llamar a esa puerta, Colleen? —preguntó Carol—. Porque yo lo haría si tuviera tu edad. O si volviera a tener sesenta.

—Se lo diré a Lucas —repuso Colleen—. Pero creo que voy a pasar. ¿Y de dónde has sacado eso de «llamar a la puerta»?

—Es el único hombre del que Colleen se ha enamorado de verdad —dijo su madre.

La aludida puso los ojos en blanco.

—¿Estáis bebiendo algo con alcohol?

—Yo no, cariño —contestó la señora Johnson—. Aunque cuando den las cinco, espero hacerlo. Pero sí, estas dos están bebiendo.

—Un poco de zinfandel rosado y 7UP —explicó su madre.

—Muy bonito. Rompedme el corazón. Señoras, un poco de dignidad. Al menos dejad que os prepare unos mojitos —dijo Colleen.

—Muy bien —accedió Carol—. Pero, ay, espera, que Bryce se está quitando la camiseta. ¡Hazlo, Bryce! ¡Quítatela! —Soltó una risilla adorable.

—Me siento sucia —dijo Colleen.

—Yo también —aseguró su madre—. ¡Bryce, me haces sentir sucia!

—¡Uf! —exclamó Colleen—. ¡Señoras, por favor! Un poquito de decoro.

Sin embargo, ella también observó al joven mientras se quitaba la camiseta. A ver, no estaba muerta. Y era guapo, no se podía discutir. Una tableta de chocolate por abdominales, buenos músculos, ya lo había visto antes.

—Le daría un ocho y medio —dijo la señora Johnson.

—Nueve —repuso Carol.

—Nueve —convino su madre—. Colleen, creo que Lucas y tú deberíais volver. ¿Por qué no?

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, por favor, que mi madre cierre la boca.

—Me he enterado de que te besó en el bar la otra noche.

—Bendita tú eres si puedes cambiar el tema, y bendito...

—Ah, por favor —protestó su madre mientras apuraba su asquerosa bebida—. No seas mojigata. Antes de darte cuenta, serás vieja y tus ovarios se habrán petrificado, y yo seguiré sin nietos. —Empezó a abanicarse—. ¡Uf! ¿No hace más calor? Por el amor de Dios, estoy sudando. Colleen, ¿te has hecho alguna vez las ingles brasileñas? Me lo estoy pensando.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y mientras pensamos en cometer un matricidio.

—Silencio las dos —ordenó Carol—. ¡Lucas! ¡Quítate la camiseta! ¡Tu primo lo ha hecho! Tú también deberías hacerlo.

Carol llevaba razón. Y hacía bastante calor...

Lucas las miró. El blanco de sus dientes relució por el contraste con el tono oscuro de esa barba tan sexi y Colleen lo saludó con lo que esperaba que fuese un gesto tranquilo y no un manotazo al aire, como se temía.

Se quitó la camiseta con un movimiento ágil. Colleen dejó de sentirse las piernas.

—Diez —dijo la señora Johnson.

Diez —repitieron Carol y su madre.

Tal vez fuera la piel bronceada. Los músculos que le cubrían los hombros y el pecho. Su duro, sudoroso y delicioso torso, no tan marcado como el cuerpo de gimnasio de Bryce, solo... solo... completo, absolutamente masculino y el vivo ejemplo de lo que era la perfección de un macho alfa.

—¿Colleen? —le dijo su madre.

Cerró la boca.

—Nueve —dijo con un hilo de voz—. ¿Quién quiere un mojito?

Todas querían. Y a ella también le iría bien. O podría meter la cabeza en el congelador unos minutos.

De modo que Lucas iba a estar por allí. No debería sorprenderse. Su madre no era precisamente la reina de la sutileza. Bryce era un habitual, así que era normal que Lucas también estuviera allí. De acuerdo. Podía aguantarlo.

Con las rodillas flojas por el deseo, entró en la cocina a trompicones. Abrió el frigorífico, que estaba lleno de verduras que, si no cambiaba el cuento, acabarían convertidas en una masa verde que habría que tirar, pero no después de que su madre la llamara para quejarse del precio de las verduras frescas. Pero también había lima, hierbabuena y, por supuesto, ella le mantenía la despensa llena de licor del bueno.

Echó un poco de azúcar y de agua en una sartén y la calentó, dado que su madre no tenía jarabe. Sacó el ron blanco, exprimió las limas y enjuagó la hierbabuena. Desde el exterior le llegaban las risas de las mujeres y el ruido de la sierra de calar.

Tenía la sensación de que en cualquier momento Lucas aparecería para verla.

Y sí, al poco tiempo oyó el ruido de sus botas al bajar la escalera.

Se había puesto la camiseta. Menos mal, porque era la personificación del pecado en busca de un pecador. Un hilillo de sudor le brotaba de la sien y le bajaba por la mejilla y el cuello. Recordaba lo que se sentía al estar rodeada por esos brazos, al estar encima de él y mirar esos ojos oscuros y solitarios que solo parecían contentos cuando estaban a solas los dos.

—Sí, claro. Seguro que Ellen Forbes también le había hecho feliz.

—Hola —la saludó él, y a ella se le aflojaron las rodillas. Eso se tenía que acabar, en serio.

Su voz siempre había sido un arma en su arsenal, grave y con un deje ronco que hacía que sus partes íntimas hicieran la ola con cada palabra.

—¿Tienes...?

—Muy bien, deja que te diga una cosa —lo interrumpió con sequedad mientras rociaba el hielo picado con el jarabe—. Antes de que digas algo tierno como «¿Qué tengo que hacer para que ese nueve sea un diez?», dejemos las cosas claras.

—Colleen...

—Sí, estuvimos juntos, fue muy bonito y terminó cuando te casaste con otra después de decirme que no querías casarte conmigo. A lo mejor fue su dinero o a lo mejor descubriste el amor verdadero, me da lo mismo, Lucas. Agua pasada.

—Colleen... —Su voz parecía más seca, pero ella siguió hablando mientras picaba las hojas de hierbabuena con más fuerza de la necesaria.

—Sí, me resultas atractivo. Estoy viva, vamos, y eres guapísimo de la muerte. Sí, te resulto atractiva, porque lo soy. Pero de todas formas creo que sería una estupidez que...

—Colleen, Bryce se ha disparado con la pistola de clavos en la mano.

Ella alzó la vista de golpe.

—¿Cómo...?

—¿Tienes un botiquín?

—Colega —dijo Bryce con voz cantarina mientras entraba en la cocina con la mano en alto—. Momentazo Jesús en la cruz total, ¿eh?

El clavo sobresalía de su mano, entre el pulgar y el índice, y la sangre le corría por la muñeca.

—Ay —dijo ella—. Esto... sí, tenemos botiquín.

Y se desmayó.

* * *

Cuando Lucas vio que Colleen ponía los ojos en blanco, intentó atraparla. No lo consiguió del todo, por desgracia, porque no llegó a ella antes de que se golpeará la cabeza con la encimera.

—Jeanette! —gritó—. ¡Te necesito! —Miró a su primo—. Bryce, estás manchando el suelo de sangre. Busca servilletas y espera un segundo, ¿quieres?

Tenía a Colleen entre los brazos. No estaba bien tener pensamientos lujuriosos, pero olía a hierbabuena fresca y a sol, y el pelo le hacía cosquillas en la cara.

—Mía —dijo al tiempo que le echaba la cabeza hacia delante para que la sangre le regase bien—. Es hora de despertarse.

—Connor, ¿por qué me has dado un puñetazo? —masculló ella mientras se llevaba una mano a la cabeza.

Lucas sonrió contra su pelo.

—Colleen, ¿estás bien, cariño? —Ella se sentó más erguida y lo miró con expresión desconcertada—. Te has desmayado —le explicó—. También te has golpeado la cabeza al caer.

—No soy de las que se desmayan. Además, se supone que tú me tienes que atrapar. ¿Es que no lo has visto en las películas?

—He evitado que llegues al suelo.

—No ha bastado.

—¿Se ha desmayado? —preguntó Carol Robinson en cuanto las tres mujeres entraron en la cocina como una bandada de gallinas cluecas—. Mi hija se desmayó una vez. No había desayunado, hacía calor y le dije: «Beth, ¿por qué no has desayunado?», pero nadie me hace caso.

—Bryce Campbell, ¿qué te has hecho en la mano? —quiso saber la señora Johnson—. Anda, ven aquí.

—Pero qué guapos estáis los dos sentados juntitos —dijo Jeanette—. ¿Hago mal en pedir nietos?

—Mamá, estoy herida. Compórtate.

Jeanette suspiró y abrió el congelador, del que sacó una bolsa de coles de Bruselas congeladas que le dio a Colleen. Ella hizo ademán de llevársela a la cabeza, pero Lucas le quitó la bolsa de las manos. Aunque quiso protestar, Lucas chasqueó la lengua, el mismo sonido que funcionaba con sus sobrinas, y Colleen volvió a apoyarse en él.

Le apartó el pelo de la cara... menuda melena tenía. Y olía de maravilla. Y era... perfecta. La tenía entre los brazos. Él estaba apoyado en el armario de la cocina y tenía a su mujer entre los brazos.

Era peligroso pensar algo así. Sobre todo después del sermón que le había soltado Colleen.

—¿Qué hago para que ese nueve se convierta en un diez? —le susurró al oído y ella se estremeció.

—¿Siempre les tiras los tejos a las mujeres heridas?

—Eres la primera. —Sonrió.

—Hacen una pareja divina —dijo Carol—. ¿Eres español, Lucas? Pareces un pirata.

—Soy medio portorriqueño.

—Ahhh. Qué exótico —replicó Carol, y tuvo que sonreír al escucharla.

Manningsport no era precisamente un hervidero de culturas diferentes.

La señora O'Rourke estaba delante del congelador, levantándose la blusa.

—Colleen, ¿has encendido la calefacción por casualidad?

—No, mamá, no he encendido la calefacción. —Suspiró, y el movimiento fue muy dulce en opinión de Lucas, que lo sintió contra el torso.

—Ahora no te muevas, querido Bryce —dijo la señora Johnson al tiempo que le sujetaba la mano.

—¿Qué va a hacer? —preguntó él—. ¡Ay, colega! Estaría bien que me avisara la próxima vez.

La señora Johnson sostuvo el clavo en alto.

—Esta juventud de hoy en día... muy descuidada. Ahora, quédate quieto, puede que te escueza un poco. —Observaron cómo la mujer le limpiaba la mano a Bryce con agua oxigenada. Él lo soportó como un hombre.

—Eres valiente, Bryce —dijo Colleen, ganándose una sonrisa por parte de su primo.

—Tiene un umbral del dolor alto —murmuró Lucas contra ese punto situado justo por debajo de su oreja—. Fruto del porrazo que se dio de pequeño cuando se cayó de cabeza.

—¿Sabes quién más tiene un umbral del dolor alto? —le preguntó Colleen a Bryce—. Paulie Petrosinsky. Es durísima.

—¿En serio? —repuso Bryce—. ¿Sabías que es capaz de levantar un Porsche?

—Pues sí —contestó Colleen—. Menudo subidón, amigo mío.

—Deja de hacer de casamentera —susurró Lucas, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios. Se moría por darle un mordisquito.

Colleen volvió la cabeza un poco.

—¿Te importaría dejar de acariciarme con la nariz? —susurró—. Comprendo que no es habitual que estés tan cerca de una mujer como lo estás ahora de mí, pero la cosa empieza a rozar la perversión. Tú, yo, las coles de Bruselas y el Equipo Menopáusico de testigo.

Lucas volvió a acariciarla con la nariz y sonrió al oír que jadeaba.

La señora Johnson vendó la mano de Bryce.

—¿Tienes la vacuna del tétanos al día? —preguntó la mujer—. No te conviene acabar con trismo.

La verdad era que a Lucas no le importaría lo más mínimo que Bryce acabara con trismo y no pudiera abrir la boca. Su primo no había dejado de hablar ni para tomar aliento en todo el día. A regañadientes, se separó de Colleen y se puso en pie, después le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —contestó ella. Tenía la cara colorada.

—Come algo —le dijo—. Vamos, Bryce, voy a llevarte al médico. Volveré mañana, señora O'Rourke.

—Jeanette —lo corrigió ella mientras se frotaba el pecho con un cubito de hielo—. Adiós, muchachos.

Colleen los acompañó a la puerta principal, con la bolsa de coles de Bruselas en su sitio.

—¡Nos vemos, Coll! —se despidió Bryce con voz cantarina mientras se alejaba hacia la camioneta.

Lucas se volvió hacia ella.

—Nos vemos, bombón.

—No juegues conmigo, Lucas —dijo ella con voz tensa.

La sonrisa de Lucas desapareció.

—No has venido a Manningsport por mí y seguro que en cuanto Joe muera, volverás a tu vida de Chicago. Y me parece bien. Pero los besos, el coqueteo, las caricias... eso se tiene que acabar. No tengo problemas contigo, de verdad que no. Eres un buen hombre. Lo sé. Eres bienvenido en la taberna de O'Rourke. Eres bienvenido en la casa de mi madre. Pero me dejaste.

—En realidad, me dejaste tú a mí, Mía.

—Claro, claro. No fui yo quien se casó con otro dos meses después de nuestra primera discusión. Y no me lames «Mía». —En ese momento, Colleen se dio cuenta de que todavía tenía la bolsa de coles congeladas contra la cabeza y bajó el brazo—. Me destrozaste el corazón, Lucas —continuó—. Fue hace mucho tiempo. Pero no soy tan tonta como para permitir que se repita la historia. Así que no juegues conmigo. ¿Queda claro?

La miró un buen rato en silencio, con la conversación de las mujeres de fondo y el trino de los pájaros en los arbustos de la calle. Y por mucho que le apeteciera decirle que sí, que por supuesto que la dejaría tranquila, no podía hacerlo.

Colleen tenía poder sobre él. Era la misma sensación que experimentó al verla por primera vez en la clase, tantos años atrás; esa sensación de estar predestinado, como si hubiera esperado toda la vida para verla... Esa sensación seguía existiendo entre ellos.

Ella también lo sentía. La vio humedecerse los labios y se puso colorada de nuevo. Habría jurado que hasta escuchaba los latidos de su corazón.

—Lo que está claro —murmuró él al tiempo que se acercaba un poco más a ella, hasta que sus cuerpos estuvieron a punto de rozarse— es que va a pasar. Nosotros dos. Es cuestión de tiempo, nada más.

Colleen lo miró también en silencio. Acto seguido, colocó el índice en el hueco de su garganta y, con suavidad, apretó para hacerlo retroceder.

Le cerró la puerta en las narices. No de un portazo, simplemente la cerró.

Lucas acabó sonriendo mientras se dirigía a la camioneta.

Durante las tres semanas que llevaba en Manningsport, Lucas no había logrado identificar con exactitud cuáles eran las esperanzas y las aspiraciones de Bryce en el terreno laboral. No hubo manera. Era como un agujero negro. Él, al contrario, se había hecho cargo del proyecto de construcción del edificio de protección civil, le habían solicitado su opinión para construir un ala nueva en la residencia de ancianos y estaba remodelando una habitación en la casa de la madre de Colleen. Una pareja le había pedido opinión sobre la idea de construir un gallinero de superlujo para sus gallinas, que vivían en libertad, y aunque personalmente no le gustaba construir ese tipo de estructuras, les había dibujado unos planos.

Siempre había sido así. El trabajo le llovía del cielo.

En el caso de Bryce, el trabajo huía. Y su primo, sinceramente, destacaba por su ociosidad. Bryce se mostró encantando con la herida de la mano y si bien había sido aparatosa, la verdad era que podía haberse apañado con un par de apósitos adhesivos, en vez de vendarse la mano que era tal como la llevaba.

Puesto que la construcción no iba a funcionar en su caso (antes de clavarse la punta con la pistola de clavos, Bryce había tirado un montón de tejas del tejado, había perdido siete veces el martillo y se le había caído el móvil al alquitrán), Lucas había hablado con unas cuantas personas, había repasado las páginas de anuncios y había ido a casa de Didi para sacar a Bryce de la cama a fin de darse una vuelta por el pueblo con él.

La primera parada fue el edificio de los bomberos.

Lucas había trabado amistad con Gerard Chartier, ya que se ganó su confianza cuando afirmó que la labor de los bomberos era más importante que la de los otros dos cuerpos. (Lucas también le había dicho a Levi que la labor de la policía era la más importante y le había dado la razón a Kelly Matthews cuando afirmó que las ambulancias del servicio de urgencias deberían ser lo primero. A ver... Así logró que todos estuvieran contentos.) En cualquier caso, Gerard le había dicho que iban a contratar a cinco personas. Al parecer, habían tenido un incendio importante en los Viñedos Blue Heron y la buena gente de Manningsport había accedido a costear un cuerpo de bomberos profesionales.

Un trabajo perfecto para alguien como Bryce. Estaba en forma, tenía don de gentes y... y... en fin, a lo mejor era un buen bombero.

Bryce escuchó asombrado la charla de Gerard y contempló los camiones como si fuera un niño. Lucas se sintió más o menos igual. Al fin y al cabo, todos los niños querían ser bomberos cuando eran pequeños.

—Esto va a ser estupendo —dijo Bryce—. No es por presumir, pero ya he salvado a alguien. ¿Lucas, te acuerdas? ¿Cuándo te salvé?

—Ajá. —Al percatarse de la mirada curiosa de Gerard, Lucas añadió—: Se me trabó el pie en la vía del tren y Bryce me liberó con un empujón.

—Justo a tiempo, por cierto —señaló Bryce con alegría—. Bueno, ¿qué requisitos se necesitan?

—Hay que hacer un cursillo de doce semanas en la academia —contestó Gerard—. Bombero I, Bombero II...

—Hala. ¿Hay una academia?

—Sí. Te enseñan cuáles son las sustancias tóxicas y cómo contenerlas, cómo se responde a las emergencias, cuáles son los agentes patógenos transmitidos por la sangre y esas cosas. Ah, y tienes que ser Técnico en Emergencias Sanitarias, aunque eso es fácil, es un curso de seis semanas.

—¡Joder! La verdad, eso no es lo mío —dijo, logrando que Lucas sacudiera la cabeza—. Pero gracias por tu tiempo, Gerard. —Bryce intercambió un vigoroso apretón de manos con el bombero—. ¡Nos vemos en la taberna de O'Rourke!

—Bryce —dijo Lucas tan pronto como estuvieron en la plaza—, ¿cuál es el problema? ¿La academia? Doce semanas se pasan en un abrir y cerrar de ojos.

—No pienso volver a estudiar —contestó su primo.

—Será divertido —le aseguró él.

—Sí, claro. A ver, saltar desde una ventana, rescatar perros y esas cosas, eso sí es divertido. ¿Cómo contener sustancias tóxicas? No, gracias.

—Bryce, no eres tonto —dijo Lucas, aunque a veces temía que su primo se hubiera dado un golpe en la cabeza que le hubiera dejado como era—. Estoy seguro de que lo conseguirías. —Sobre todo si él le ayudaba a estudiar.

—No te digo que no —replicó Bryce con despreocupación—. Pero no me interesa. Además, podría interferir con mi trabajo en la protectora.

—Tendrías un seguro médico, vacaciones...

—No sé, cuanto más lo pienso, menos me apetece. A ver, ¿y si resulto herido en el trabajo? Podría quedarme lisiado de por vida.

—O no.

—No, menos mal que lo he pensado bien. Me he librado de una buena.

Lucas cerró un momento los ojos. Una vez que Bryce tomaba una decisión, era imposible hacer que cambiara de idea.

Su siguiente parada fue la panadería. Lorelei, la dueña había puesto un anuncio solicitando un aprendiz de repostero. Al parecer, servía pan y dulces a muchos de los restaurantes de la zona.

—¡Hola! —los saludó con una alegre sonrisa—. Bryce, ¿qué te ha pasado en la mano?

—Ah, no es nada —contestó él mientras levantaba con orgullo la extremidad cubierta por la exagerada venda. Ni después de una amputación colocaban tanta cantidad de gasa—. Me he clavado un clavo mientras trabajaba con mi primo en una casa de La Colina.

—Pobrecito —replicó Lorelei, que se derritió cuando Bryce se acercó para enseñarle la pupita.

—¿Estás buscando ayuda, Lorelei? —preguntó Lucas.

—¡Sí! ¿Conoces a alguien?

—Bryce podría estar interesado, ¿verdad, primo?

—Claro —contestó el aludido con afabilidad.

—¿De verdad? —replicó Lorelei, que se puso colorada—. Madre mía. Eso sería... eso sería estupendo.

—Siempre y cuando no tenga que madrugar mucho —añadió Bryce, que le guiñó un ojo.

—Bryce... —dijo Lucas a modo de advertencia.

Lorelei se retorció las manos.

—En realidad, empezaría a trabajar a las cuatro.

—No está mal —replicó Bryce.

—¿En serio? —Lorelei se emocionó de nuevo.

—Claro. Tendría un descanso para cenar, ¿verdad?

—Bryce, las cuatro de la madrugada. —Lucas suspiró.

Bryce no daba crédito.

—¿De verdad te levantas a las cuatro de la mañana?

—No —respondió Lorelei—. Me levanto a las tres y media.

—¡Madre mía! Por cierto, ¿irás a la fiesta de Paulie este fin de semana? Podríamos vernos allí si te parece bien. —Un eufemismo de «echar un polvo», por supuesto.

Porque esa era otra cuestión.

El plan casamentero de Colleen.

Los Petrosinsky organizaban una barbacoa y habían invitado a la mitad del pueblo (casi literalmente).

En ese momento sonó la campanilla de la puerta y, hablando del rey de Roma... o más bien de la reina... una reina guapísima y de ojos grises, allá que entró Colleen,

acompañada por Faith.

—¡Hola, Lorelei! —dijo Faith con la misma alegría que las personas que volvían a encontrarse después de haber estado separadas durante una guerra de varios años

—. ¿Tienes hoy cruasanes de chocolate?

—Claro que sí —contestó Lorelei—. ¡Hola, Colleen!

—Hola, buena gente de Manningsport —replicó ella—. Y, Lucas, siempre es un placer verte. ¿Eres goloso?

—Depende... —murmuró.

—¡Ay, Dios mío! ¿Estas coqueteando conmigo? Dame un segundo para quitarme las bragas y soy toda tuya. Lorelei, quiero una galleta de esas blancas y negras, ¿tienes? —Se había puesto colorada y no fue capaz de mirarlo a los ojos.

Faith ya se había comido la mitad del cruasán. Según se rumoreaba, comía por dos, y Lucas le sonrió. La buena de Faith.

—¿Qué planes tenéis para hoy vosotros dos? —les preguntó.

—Dar una vuelta por ahí —contestó Bryce.

—Bryce está buscando trabajo —dijo Lucas—. ¿Tenéis algo en el viñedo, Faith?

—La verdad es que Bryce ha intentado trabajar en Blue Heron —respondió ella—. Pero no funcionó.

—Pues no, la verdad —añadió el aludido con cordialidad—. Estuve trabajando en la sala de degustación. Supongo que me emborraché un poco. Honor me despidió el primer día. Tu hermana pone los pelos como escarpas, ¿eh?

—Bryce, perdiste el conocimiento detrás de la barra —replicó Faith, con un deje un tanto amonestador.

—Sí, supongo. —Bryce se encogió de hombros tan contento—. Hacéis un vino buenísimo.

—¿Qué tipo de trabajo estás buscando? —quiso saber Colleen.

—Algo creativo, con un horario que me convenga y donde pueda ayudar a la gente —contestó Bryce, y Lucas puso los ojos en blanco.

—Puedo conseguirte trabajo —afirmó Colleen.

—¿En serio? —Bryce miró a Lucas, nervioso.

—Claro.

Lucas esperó. Colleen enarcó las cejas y lo miró a él, no a Bryce.

Ah. Ya lo entendía.

—Bryce, ve a por una galleta —le dijo a su primo. Una vez que se alejó, se volvió hacia Colleen—. ¿Cuánto va a costarme? —le preguntó.

—Tendrás que asegurarme que no vas a interferir entre él y Paulie.

—¿Otra vez vamos a discutir sobre eso?

—No.

Lucas la miró con los ojos entrecerrados. Y esperó.

Ella enarcó una ceja.

—Muy bien. Trato hecho. —Al menos podría decirle a Joe que su hijo tenía un empleo, y eso ya era algo.

—Muy bien, Bryce —dijo Colleen—. Acompáñame. Faith, cariño, vuelvo dentro de diez minutos.

Colleen aferró a Bryce del brazo y lo sacó de la panadería. Lucas los siguió. Una pareja se acercaba al establecimiento. La mujer llevaba a un bebé colgado en una especie de mochila que parecía bastante complicada.

—¡Colleen! —gritó la mujer—. ¿Cómo estás?

—¡Ah, hola, pareja! ¡Mírala! ¡Es preciosa! —Colleen estaba mirando al bebé. Lucas también lo hizo.

Era una cosita monísima, con el pelo oscuro, una cabeza diminuta y unas orejitas perfectas. Colleen soltó a Bryce, que siguió caminando por la calle mientras se comía su galleta.

Colleen se volvió hacia Lucas.

—Lucas, estos son Jordan y Tate Lawrence, y esta preciosidad es su hija, Colleen.

—Le pusimos ese nombre en su honor —explicó el hombre con una sonrisa—. Porque fue ella quien nos emparejó.

—Nuestra pequeña Colleen no existiría sin esta Colleen —añadió la mujer, que tomó a su marido de la mano como si fuera una escena preparada.

—¡Hacéis una pareja preciosa! —exclamó Colleen al tiempo que le lanzaba a Lucas una mirada elocuente—. ¡Que tengáis un buen día! —Esperó a que la familia entrara en la panadería—. Otra pareja que ha sido un éxito mío. Debería dedicarme a esto de forma profesional. ¿Quieres que te busque a alguien, Lucas, cariño?

—Paso.

—¿Sabes cuántas niñas se llaman Colleen en Manningsport? —preguntó, ufana—. Siete. ¡Siete, Lucas! Un uno por ciento de la población lleva mi nombre, a modo de agradecimiento porque fui yo quien unió a sus padres, y eso incluye a dos niños.

—¿Dos niños que se llaman Colleen? —preguntó Lucas.

—No. Uno es Colin y el otro, Cole. Pero ya sabes. Es por mí. Vamos. ¡Bryce! Por aquí, tenemos que cruzar esta calle y ya llegamos.

El establecimiento tenía jardineras en las ventanas, algo que parecía indispensable si se tenía una tienda en Manningsport, cuajadas de flores azules y naranjas. El letrero, rosa y dorado, rezaba: «Felices para siempre».

—¿La tienda de ropa? —preguntó Bryce.

—Ajá. —Colleen abrió la puerta y les invitó a pasar. Vestidos blancos. Sofás rosas. Más vestidos blancos. Mucha pedrería.

Una mujer que tendría más o menos su edad, apareció para recibirlos. Al verlos sonrió de oreja a oreja.

—¡Colleen! ¿Cómo estás?

—Hola, Gwen. ¿Qué tal?

—Muy bien —contestó la mujer—. ¿Quieres una copa de vino? ¿Café? ¿Un masaje en los pies? ¿Necesitas que te limpie la casa? —Se echó a reír con alegría, y Colleen la acompañó.

Después miró a Lucas con una sonrisa ufana.

—He mandado un par de novias a la tienda de Gwen —dijo.

—¿Un par? ¡Más bien un par de docenas! La verdad, cuando te llegue el día, el vestido de novia corre por mi cuenta.

—Y elegiré uno espectacular. Al grano. Gwen, no sé si puedes ayudarme. Bryce está buscando trabajo.

—¿En serio? —preguntó Gwen con el ceño fruncido. Bryce sonrió. De momento no había objetado.

—Sé que estás muy ocupada —añadió Colleen.

—Sí, es verdad. Pero no sé yo si un hetero...

En ese momento se abrió la puerta del probador y salió una mujer y, ¡sorpresa!, lucía un vestido de novia. Un vestido muy vaporoso y tan estrecho que debía de costar trabajo sentarse. Claro que Lucas conocía lo bastante a las mujeres como para saber que la comodidad no era un requisito esencial a la hora de vestirse.

—Hola. ¿Qué tal? —saludó Bryce a la recién llegada—. Estás fantástica.

—Mmm... hola. ¿En serio? —replicó ella con nerviosismo—. No sé yo...

—¿Estás de broma? Es... ¡uf! —añadió Bryce a modo de elogio.

—Me gusta —dijo la novia al tiempo que atusaba las faldas y se miraba en el espejo—. Pero no estoy segura. Vi un vestido en Buffalo que...

Bryce meneó la cabeza.

—No sé cómo sería aquel vestido, pero este te queda clavado. Tu novio tiene mucha, mucha suerte. ¡Madre mía! ¡Estás guapísima!

La novia miró a Bryce y sonrió. Después volvió a mirar su reflejo.

Gwen y Colleen intercambiaron una mirada.

Diez minutos después, Gwen vendía un vestido de ocho mil dólares y Bryce tenía un trabajo.

Bueno, tal vez no fuera la profesión que Lucas habría elegido (dependiente de una tienda de vestidos de novia), pero no pensaba protestar.

—¡Esto es fantástico, de verdad! —exclamó al salir de nuevo a la calle—. ¡Y voy a pasarme el día viendo mujeres guapas! —Levantó una mano para chocar los cinco y Colleen le siguió el juego—. Oye, tengo que irme ya. Me toca lavar a unos perros en la protectora. —Y se alejó corriendo por la calle.

—Ya puedes darme las gracias —dijo Colleen.

—Gracias, Mía.

Junto a la tienda había un callejón donde se habían besado una vez, antes de que se acostaran, cuando todo era novedoso. Colleen lo tomó de la mano y lo metió en el callejón una noche de verano, aquel agri dulce verano entre el instituto y la universidad, y lo besó hasta que todo el cuerpo le tembló por el deseo y fue incapaz de pensar con coherencia. A ese estado primitivo lo dejó reducido. Una muchacha.

La misma que tenía delante.

Extendió el brazo y le colocó un mechón de pelo detrás de una oreja, tras lo cual le acarició el lóbulo.

—Para ya —protestó Colleen sin mucha convicción, con voz ronca.

Lucas se inclinó hacia ella, abrumado por la nostalgia y por el deseo que aún le embargaba.

En ese momento la llamaron al móvil y Colleen se apartó de un respingo.

—Una señal divina —dijo—. Nos vemos, Español.

Y con esas palabras atravesó la calle a la carrera y regresó a la panadería, donde estaría segura entre los dulces y su amiga.

Una de las mejores cosas de Manningsport, además de los viñedos, de la plaza del pueblo, del lago, del precioso centro, de los *muffins* de naranja y arándanos de Lorelei y, cómo no, de la taberna de O'Rourke, era la liga local de béisbol. Tenía cincuenta y tres años de antigüedad y la inusual tradición de mezclar a jugadores de todas las edades y de ambos sexos en los equipos. Sin embargo, era muy competitiva. A ver, estaban en Nueva York.

Para jugar en el equipo había que pasar una prueba. En otras palabras, tenías que ser bueno. Connor, Colleen y Savannah jugaban en el equipo de la taberna de O'Rourke. Savannah era la jugadora más joven de la historia del pueblo en entrar en el equipo. Pero es que la niña era una fiera golpeando la pelota.

Y era estupendo porque Colleen y Connor podían jugar con su hermana pequeña. No había muchas ocasiones en las que pudieran hacer cosas juntos, ya que Connor se mantenía alejado de su padre y de Gail. Casi siempre se reducía a las cenas de los viernes, así que cuando había partido, tanto Connor como Colleen se tomaban la noche libre para demostrar la supremacía de los O'Rourke.

Esa noche, sin embargo, el equipo de la Tienda de Golosinas Stoakes tenía un jugador menos. Como directora, Coll había hecho un gran sacrificio y se había ofrecido para jugar con el rival. Se puso la camiseta de la tienda de golosinas; el lema del equipo Stoakes era un insulso «Caramelos y Béisbol Stoakes: un bocado dulce». Ni mucho menos tan estupendo como el de su equipo: «Taberna de O'Rourke: aplastándoos al resto desde 2009». Porque, efectivamente, eran siempre los campeones del pueblo. A Colleen se le daba bastante bien el béisbol; a Connor se le daba mejor; y aunque era la primera temporada de Savannah, tenía toda la pinta de ser una campeona en ciernes.

Savannah también jugaba en la liga infantil, pero le encantaba el juego y les había suplicado a su padre y a Gail que le permitieran jugar en la liga local. Cuanto más béisbol, mejor. Al principio, la gente se había portado muy bien con ella, lanzándole la bola flojito durante el verano... justo hasta que tenían que tirarse al suelo para esquivar su bolea. Tenía un promedio de bateo de .378 ese año, y eso que se enfrentaba a hombres adultos. ¿Su promedio de bases? Por favor, .479.

Era una noche cálida, Mónica y Hannah se encargaban de la barra y Rafe de la cocina, aunque Con se pasaría más tarde para obsesionarse y microgestionar e irritar a su segundo. Su padre y Gail habían ido para ver a Savannah. Su padre no se había perdido un solo partido. En fin, no se había perdido un solo partido de Savannah. Porque se había perdido muchísimos de Connor y de ella cuando eran pequeños.

Su madre también estaba allí, tan alegre como el ángel de la muerte en una boda. Se encontraba justo delante de la línea de visión de su padre y lucía una de sus caras más conocidas: «Hola, solo soy la Primera Mujer Abandonada».

—Hola, mamá, ¿qué haces aquí? —preguntó Colleen, que se acercó a las gradas con *Rufus* pegado a los talones.

—Estoy aquí, Colleen —comenzó su madre con ese tono un pelín a la defensiva y ese deje engolado que siempre usaba cuando mentía—, para apoyaros a tu hermano y a ti. Y a esa niñita de la iglesia. Da la casualidad de que me adora.

—¿De verdad? ¿Cómo se llama?

Su madre la miró con irritación.

—Sherry.

—Aquí no hay nadie con ese nombre, mamá.

—Sí que lo hay.

—No, no hay nadie.

—La irlandesa. Ya sabes quién es.

—¿Shannon? ¿Shannon Murphy?

—Sí, esa misma. Una niña adorable.

—Tiene dieciocho años.

—De acuerdo, Colleen, ríete de mí. Ya veremos cómo te funciona la memoria cuando tengas cincuenta y cuatro años. —Su madre hizo una pausa—. Ahí está esa niña. ¿Está preparada para estar aquí?

—¿Savannah? ¿Mi hermana? ¿Te refieres a esa niña? Y sí. Es muy buena.

—¿Cuándo empieza esto? ¿Y cuánto dura cada ronda?

—Entrada, mamá. En el béisbol hay entradas. —Rezó una oración pidiendo paciencia a san Gehrig de Lou.

¿Cómo se podía vivir en Nueva York sin ser fan del béisbol? Ella tenía una fotografía en el dormitorio del increíble Jeter saltando a las gradas (¿ de julio de 2004, los Red Sox contra los Yankees, el mejor partido del universo y uno que ella veía cada vez que, SÍ, Network lo reponía).

Un hombre se acercó a ellas y Colleen tuvo que mirarlo de arriba abajo.

—Hola, Jeanette. Me alegro muchísimo de verte de nuevo.

—Es un placer volver a verte —replicó su madre mientras él la besaba en la mejilla. Y después su madre miró a Colleen con expresión ufana—. Te acuerdas de Stan, ¿verdad, Colleen?

—Ah... sí... Estás distinto... con ropa puesta. —Era Stan, Stan, *el Peludo*. Así que esos eventos para solteros sí funcionaban después de todo, y su madre tenía una cita. Para mearse y no echar ni gota. Con razón había ido al partido. Quería que su padre lo viera.

Colleen no pudo evitar sentirse un pelín orgullosa.

—Cariño —dijo su madre en voz bastante alta—, Stan no solo tiene talento artístico, sino que además es médico. —Una expresión triunfal y gélida acompañó esas palabras—. Volvimos a encontrarnos la semana pasada cuando me realizó la colonoscopia.

—Eso es... maravilloso.

Stan sonrió.

—La preparación de tu madre fue perfecta. Totalmente limpia. No he visto un colon tan maravilloso en años.

—Se lo dicen mucho —murmuró Colleen. Stan llevaba una camisa blanca y ella podía ver su pecho de Neandertal en todo su esplendor—. ¡Connor! ¡Ven, hermanito!

—Era demasiado bueno para no compartirlo.

Su hermano la miró con cara de pocos amigos. «¿En qué narices me vas a meter ahora?»

Colleen sonrió. «No te lo puedes perder.»

—Me alegro de verte, Stan —dijo Colleen—. Tengo que irme. Esta noche juego para Stoakes, mamá. ¡Anímame! —Besó a su madre en la mejilla y se alejó con *Rufus*—. Pregúntale cómo se conocieron —le dijo a su hermano cuando se cruzó con él.

En ese momento vio a Savannah, que estaba con su padre y *el Zorrón*. Colleen suspiró.

Ser una mujer atractiva estaba bien, cierto, y Coll no tenía problema en disfrutar de la posición. Sabía que era guapa y valoraba sus buenos genes. Pero Gail... Gail era un anuncio de sexo con patas. Esa noche llevaba un vestido que apenas le tapaba las nalgas. El vestido tenía tal escote que se le veía el sujetador de encaje blanco, por no mencionar la mitad de la delantera. Dos años antes se había puesto implantes y las nuevas tetas quedaban levantadas en un ángulo que desafiaba las leyes divinas y las físicas también.

Tal vez Gail, que ya no era tan joven como cuando se ganó lo de Pibón, temía perder a su padre.

Aunque tampoco era un regalo.

En ese momento estaba alborotándole el pelo a Savannah, dándole un tironcito de un mechón para fingir que no lo hacía cuando ella se volvía para mirarlo. Los dos sonreían y reían a carcajadas, y Gail los miraba de vez en cuando y sonreía, con sus labios pintados de rojo chorizo un poco grotescos a la luz natural.

—¡Hola, Yogi! —saludó Colleen a su hermana pequeña, con el apodo que ella adoraba—. ¿Lista para darles una paliza a unos cuantos pencos? Hola, papá. Gail.

—¿Por qué llevas la camiseta de la tienda de golosinas? —preguntó Savannah.

—Ah, les falta un jugador, así que hoy jugaré con ellos. Tranquila, sigo apostando por nosotros. —Le guiñó un ojo a su hermana.

—¿Cómo estás, Colleen? —preguntó su padre, que miró por encima de su hombro—. ¡Marian! ¡Me alegro de verte! —Sí, le encantaba hacerle la pelota a la alcaldesa.

Gail agitó la melena pelirroja.

—Oye, Colleen —dijo, con voz tensa antes de empezar siquiera—. Eso de que Savvi juegue... —Gail era la única que usaba ese apodo tan ñoño para Savannah, e insistía en que terminase en i, a ser posible con un corazón por punto—. Es su último partido. Vamos a centrarnos en el equipo de animadoras a partir de ahora.

Savannah clavó la vista en el suelo.

—¿En serio? —repuso Colleen—. ¿Te gusta ser animadora, cariño?

—Supongo —masculló Savannah.

Colleen le lanzó una mirada muy elocuente a su padre. Pero este se la devolvió sin entender nada.

—¡Animar será un deporte más adecuado para ti, cariñín! —afirmó Gail—. Y estás muy guapa con el uniforme. Ponte derecha, Savvi. Así estás más mona.

—En fin, también estás estupenda con las protecciones de receptor, Savannah —dijo Colleen—. Tienes pinta de dura.

Gail entrecerró los ojos y apartó la mirada con desagrado, como si Colleen fuera un puercoespín aplastado en el arcén, descomponiéndose. Colleen le devolvió la mirada. Pero no era el momento de discutir, no delante de Savannah, no delante de una multitud, que esa noche estaba llena de turistas y de locales a partes iguales.

Resultaba evidente que la maternidad no le había dado a Gail la clase de hija que creía estar destinada a tener. Quería una muñequita preciosa, una niña ñoña que adorara la ropa, el esmalte de uñas y el pelo largo... Por irónico que fuera, la clase de niña que Colleen había sido. No un marimacho con unos cuantos kilos de más que había pedido un póster de Jorge Pasada para su último cumpleaños.

—De acuerdo, papá, mamá Gail —dijo Colleen, lo que le granjeó otra mirada fulminante—. ¡Nos vemos luego! Vamos, Savannah.

—Ve a por ellos, tigresa —dijo su padre, y la niña le sonrió por encima del hombro—. ¡No te quitaré el ojo de encima!

Colleen experimentó el agujonazo ya habitual. Debería imitar a Connor, que había tirado la toalla con su padre hacia mucho tiempo.

—Collie, no sé si debería ser animadora —dijo Savannah con voz lastimera—. A veces las niñas son crueles.

—¿A qué te refieres con eso de que son crueles?

Su hermana tragó saliva.

—Lo son. Por cómo me miran. —Bajó la voz hasta que apenas fue un susurro—. Una dijo que estaba gorda y nadie quiso hablar conmigo durante las pruebas.

Colleen apretó los dientes.

—No estás gorda, cariño. Estás fuerte.

—Soy regordeta.

—Cariño, las personas somos de todos los tamaños y todas las formas.

—Ojalá me pareciera a ti.

Pronunció las palabras con tal desesperación que Colleen se detuvo y se puso de rodillas.

—Savannah, eres maravillosa. Lo sabes, ¿no? Eres graciosa y lista y me encanta estar contigo. Siempre me ha encantado. Además, eres preciosa. Eres la persona a la que más quiero en el mundo. —Sonrió—. Pero no se lo digas a Connor, porque se pondrá celoso.

Savannah sonrió, pero seguía teniendo la mirada triste.

—Y papá está loco por ti. Nadie quiere que seas nada salvo lo que eres.

Salvo Gail, *el Zorrón*, que rima con Putón O'Rourke. La madre de Savannah, nada más y nada menos.

—Ojalá pudiera seguir jugando al béisbol —susurró Savannah.

—Hablaré con ellos —prometió Colleen—. A ver qué podemos hacer, ¿de acuerdo?

Paulie Petrosinsky salía al campo en ese momento. Perfecto. Un modelo de fuerza física en un paquete poco convencional.

—¡Paulie, ven! —la llamó Colleen—. ¿Conoces a mi hermana? Savannah O'Rourke, te presento a mi amiga Paulie Petrosinsky.

—¿Cómo te va, pequeña? —dijo Paulie, que saludó a Savannah entrechocando su puño con el de la niña—. Se rumorea que eres la mejor jugadora del pueblo.

A Savannah se le iluminó la cara.

—Gracias —contestó.

Bueno, bueno, bueno... Colleen le debía a Paulie una a cuenta de la casa.

Las tres fueron hasta los banquillos, donde se había congregado el resto del equipo mientras se ponían los guantes y las zapatillas con tacos.

—Coll, camiseta equivocada —comentó Kelly Murphy, la hermana de Shannon y parte del Ala de la Muerte del grupo de bateo de la taberna de O'Rourke.

—Lo sé, lo sé —repuso ella—. Tengo que jugar con Stoakes esta noche.

—¿Vas a regalar el partido? —preguntó Bryce, que bajó los escalones que llevaban al banquillo. La cara de Paulie se puso como la grana.

—No va a hacer falta porque somos muy superiores. Gente, hoy tenemos a una nueva jugadora. ¡Paulie, bienvenida!

—Hola, Paulie —saludó todo el mundo.

Connor enarcó una ceja, muy consciente de que estaba ejerciendo de casamentera en ese momento.

—Bryce, ¿ayudas a Paulie con el guante? Nunca ha jugado al béisbol. —Una mentira, pero, a ver...

—¿De verdad, colega? Va a ser estupendo —dijo Bryce—. Seguro que se te da bien.

Objetivo asegurado: un instante de intimidación física. Le había indicado a Paulie que pidiera toda la ayuda posible.

Bryce le dio un tironcito al guante, con la mano en la muñeca de Paulie.

—¡Tiene buena pinta! —Le dio una palmada en el hombro y salió al campo.

—Me ha tocado —susurró Paulie, con la respiración acelerada y superficial.

—Muy bien, no te desmayes. Tengo que irme. Hazme el favor de echarle un ojo a Savannah. Está tristonza. —Además, si a Paulie se le daban bien los niños, tal como parecía, Bryce podría considerarla la madre potencial de sus hijos.

Era duro estar al mando del mundo, pensó Colleen mientras se dirigía a la posición de parador en corto. Savannah estaba totalmente deprimida. Gail no dejaba de gesticular desde las gradas... seguramente algún consejo espantoso del tipo «Mete tripa». Estaba destrozando el juego de la niña.

Y si Gail se salía con la suya, algo que solía pasar, sería el último partido de Savannah.

Su padre observaba a su hija pequeña con atención, vitoreándola cada vez que salía a batear. La pobre niña fue eliminada dos veces.

—¡Buen intento, pequeña! —gritó su padre en ambas ocasiones—. ¡Lo conseguirás la próxima vez!

Colleen apartó la mirada. Le había dicho a Paulie que chocara los cinco con Bryce cada vez que este consiguiera batear (era muy bueno), así que tenía que controlar ese asunto. También estaba pendiente por si Connor le lanzaba miraditas a alguien, porque no soltaba prenda y se negaba a decirle quién era su misteriosa novia. Y era muy listo, porque había borrado el historial de conversaciones de su teléfono móvil, que ella le había birlado esa misma mañana. Dichosa telepatía entre gemelos.

Su madre seguía riéndose a carcajadas por lo que fuera que Stan, Stan, *el Peludo*, estuviera diciendo, y después miraba a su padre, que no la observaba, lo que hacía que su madre se riera todavía más y con más fuerza, hasta que parecía una mula de parto. «¡Jijajijajija! ¡Jijajijajija!»

Entre una entrada y otra, Colleen le mandó un mensaje de texto: «No seas tan escandalosa, le pones demasiado empeño.»

El teléfono móvil le sonó con la respuesta.

«No sé de qué me hablas.» Y otra salva de carcajadas en plan mula.

Suspiró.

Durante la segunda entrada, Colleen demostró cómo se hacía al conseguir un doble, pero después vio cómo eliminaban a los tres corredores siguientes. Durante la quinta entrada, se puso a andar y no consiguió puntuar, ya que el equipo de Stoakes no sería capaz de darle ni a una pelota de play.

Después, durante la octava entrada, mientras ella regresaba al campo, Lucas apareció con Joe y con Didi.

Como era habitual, Didi Campbell parecía cabreada por algo. Bryce se acercó a ellos para saludarlos antes de regresar al banquillo, ya que era el turno del equipo de la taberna de O'Rourke.

Lucas ayudó a Joe a sentarse. Llevaba consigo una silla plegable, menos mal, porque las gradas eran muy incómodas. Joe no tenía buen aspecto; tenía la piel muy oscura y se movía despacio. Hacía fresco esa noche. Lucas también llevaba una manta, con la que arrojó a su tío antes de sentarse junto a él en las gradas y decirle algo que le arrancó una carcajada.

Era un sobrino magnífico.

Colleen sintió que el corazón le daba un peligroso vuelco.

Lucas levantó la vista, y ella la apartó deprisa.

Savannah tenía que batear en ese momento. La vio secarse los ojos con el brazo.

—¡Tiempo muerto! —gritó Colleen antes de correr hacia su hermana—. ¿Cariño? —susurró al tiempo que se arrodillaba delante de ella—. ¿Qué pasa?

La niña apretó los labios.

—Es que es la última vez que voy a batear —susurró la pequeña, y una lágrima se deslizó por su regordeta mejilla. Miró hacia el banquillo, a todas luces con miedo de que se dieran cuenta de que estaba llorando.

Colleen le dio un apretón en el hombro.

—Ay, cariño. Hablaré con ellos. Ya te lo he dicho. No llores.

—¿Crees que podrás hacer que cambie de idea?

—Por favor. ¿Con quién te crees que hablas? ¿Alguien me dice que no alguna vez?

Savannah esbozó una sonrisa temblorosa.

—Supongo que no.

—¡Pues claro que no! —Colleen miró a su padre, que estaba de pie con expresión preocupada. Le hablaría en un aparte más tarde y lo obligaría a permitir que Savannah siguiera en el equipo. Ser animadora estaba bien; de hecho, Colleen lo había sido durante un tiempo en el colegio. Pero no era lo indicado para Savannah—. Anda, vamos. Quiero que la lances fuera del campo, ¿entendido?

—Entendido. —Savannah se secó los ojos una vez más—. No le cuentes a nadie que he llorado.

—De acuerdo. Anda, deja que finja que te miro el ojo. —Colleen le examinó el ojo con seriedad—. Me parece que no tienes nada dijo con voz normal.

—¿Todo bien? —preguntó el árbitro.

—Se le había metido algo en el ojo. Ya estamos listas. ¿Estás lista, Yogi?

Savannah sonrió.

—Sí. Gracias, Colleen.

Coll regresó corriendo a su puesto entre la segunda y la tercera base. De repente, sintió mucho calor y un cosquilleo en la nuca.

Lucas la estaba observando, con los ojos clavados en ella, y durante un segundo tuvo la sensación de que estaban los dos solos.

—¡Strike! —gritó el señor Holland, el árbitro principal.

Colleen golpeó el guante con la mano libre y miró a Savannah con una sonrisa. Frankie, *la Mole*, el lanzador del equipo de Stoakes y un gigante descerebrado, armó el brazo y lanzó de nuevo.

—¡Strike dos!

Lucas seguía observándola.

Siempre la había mirado de una manera que le calaba hasta lo más profundo, haciendo que la piel le ardiera y le cosquilleara.

El crujido del bate al golpear la bola hizo que se concentrara de nuevo en el partido. Bola recta entre bases. Podría atraparla en tres pasos, pero que la partiera un rayo si lo hacía. Dio dos pasos y se lanzó a por la pelota con un salto muy dramático, quedándose corta por apenas unos centímetros antes de golpear el suelo con fuerza. La pelota pasó volando junto a ella y salió del campo, cayendo en tierra de nadie.

La multitud rugió. Savannah pasó por la primera base y corrió hacia la segunda («¡Corre, corre!») y Shannon Murphy hizo una carrera. Colleen se levantó y vio cómo Moore, *el Zurdo* corría hacia la pelota, que seguía rodando. La gente gritaba y vitoreaba mientras Savannah pasaba por la tercera base y seguía corriendo, y Colleen sintió un nudo en el estómago: un *home run* en el campo del pueblo, algo que nunca había pasado, y mucho menos gracias a una niña de nueve años.

El Zurdo le lanzó la pelota a Colleen. Ella la atrapó y la lanzó hacia la base, de forma que golpeará el guante de Evan Whitfield justo un segundo después de que el pie de Savannah pisara el rectángulo blanco.

—¡Dentro! —gritó el señor Holland, y ambas gradas se pusieron en pie, vitoreando, chillando y silbando. Connor salió corriendo del banquillo y levantó en volandas a su hermana pequeña, haciéndole a Colleen un gesto con el pulgar sin que nadie se diera cuenta.

La dulce cara de Savannah brillaba mientras todo el equipo de la taberna de O'Rourke la rodeaba. Con se la subió a hombros y el resto del equipo, las fabulosas Murphy, Bryce y Paulie, Ned Vanderbeek... todos chocaban los cinco con ella, vitoreándola. Con dijo algo y Savannah se volvió y se tocó la gorra saludando al público, lo que arrancó otra salva de vítores, y Colleen supuso que ese era sin duda el mejor día de la vida de su hermanita.

—Ha faltado un pelo, Colleen —dijo Emmaline Neal, la tercera base, con una sonrisa elocuente.

—Menuda estirada —añadió Robbie Mack, que le dio una palmada en el trasero. Desde la grada, Faith la señaló con una mano y sonrió antes de seguir aplaudiendo.

—Buen intento, Colleen —le gritó Jeremy desde la primera base. Ella levantó las manos, como diciendo «¿Qué le vamos a hacer?» y sonrió.

Muy bien, de acuerdo. Había regalado el partido. Era buena jugadora y Savannah había bateado una pelota que se podía atrapar, sobre todo tratándose de la mejor paradora en corto del pueblo. Pero había merecido la pena y sus compañeros de equipo lo sabían. Casi todo el mundo lo sabía, menos Savannah, y Colleen sintió que el amor por sus conciudadanos la abrumaba. Nadie le diría una palabra a Savannah de que le habían regalado ese tanto.

En ese momento su padre corrió hacia la base y Savannah se bajó de los hombros de Connor para lanzarse a sus brazos.

—Papi, papi, ¿lo has visto?

—¿Estás de broma? ¡Ha sido increíble! —dijo él—. ¡Mi niña ha hecho un *home run*! ¡Estoy muy orgulloso de ti, nena!

Colleen esperó a que su padre la mirase con la misma sonrisa tierna que recibía de los miembros de ambos equipos.

No lo hizo. Su padre solo tenía ojos para Savannah.

La feliz burbuja de Colleen se pinchó un poco. Apartó la vista.

—Muy bien, de acuerdo, a sus puestos —dijo el señor Holland, y Paulie recogió su bate y ocupó su puesto.

Colleen también retomó su posición, con las rodillas flexionadas. Pero no dejaba de mirar a su padre. Savannah estaba en el banquillo y seguía aceptando felicitaciones del equipo, charlando alucinada, con los ojos brillantes mientras gesticulaba como una loca, totalmente a gusto con sus iguales. Su padre seguía mirándola con una sonrisa y señalándola, en plan «¿Quién es mi niña?», mientras aceptaba palmadas en la espalda por haber criado a semejante prodigio.

Seguía sin mirarla a ella.

¿No se había dado cuenta? Ella podría haber eliminado a Savannah sin problemas. ¿No sabía que le había dado un precioso momento a la niña para que lo atesorara? Sobre todo, teniendo en cuenta que la insulsa de su mujer florero tenía unas ideas ridículas acerca de cómo debería ser una niña. ¿Su padre no lo entendía? ¿No...?

En ese momento oyó el crujido de un bate y un sonoro golpe, y se vio de rodillas. ¡Y madre del amor hermoso, la cabeza! Se llevó una mano al lugar que gritaba de dolor y vio la pelota de béisbol a sus pies.

Le habían golpeado en la cabeza con una dichosa pelota.

—¡Ay! —dijo con un hilo de voz.

¿Qué haría Jeter en su situación? Colleen recogió la pelota, se la lanzó a Robbie y este la lanzó a primera base. Jugador eliminado. Igual que ella. El suelo se acercó a Colleen para saludarla, y todo se quedó en silencio.

* * *

Que la sacaran en camilla del campo tenía un aquel. Un aquel espantoso, vergonzante y desde luego nada sexi.

Marian Field, la alcaldesa de Manningsport, insistió en que fuera al hospital, Jeremy le dio la razón y los voluntarios del equipo de emergencias sanitarias, la mitad de los cuales estaba presenciando el partido, no habrían estado más contentos, ya que adoraban el dolor y la desdicha, sobre todo la que llegaba sin avisar, porque así tendrían algo de lo que alardear en la taberna de O'Rourke.

De modo que le pusieron un collarín y la subieron a una camilla, todo muy ridículo y muchísimo más incómodo que recibir un pelotazo en la cabeza. Y allí estaba, tirada como el puercoespín en el que había pensado, mientras Ned Vanderbeek le sujetaba una bolsa de hielo contra la cabeza e intentaba no reírse.

Lucas le sostenía la mano.

Era una sensación maravillosa, pero también muy perturbadora.

Ella insistía en zafarse de su mano, pero él fruncía el ceño y se la volvía a aferrar.

—¿Podemos ponernos en marcha, por favor? —preguntó ella, soltándose por enésima vez. Camillas. No eran su estilo. Intentó incorporarse, pero Lucas la obligó a tumbarse con ternura.

—La paciente se resiste —comentó Ned Vanderbeek con una sonrisa.

—Te voy a dar yo a ti resistencia, niñato. Ven aquí.

—Deja de quejarte —dijo Lucas, que se apoderó de su mano una vez más.

—No me estoy quejando. Estoy dando órdenes. ¿Y a qué viene esa actitud tan posesiva y preocupada? Tengo un chichón en la cabeza. Ya ves qué cosa.

—Has perdido el conocimiento. Y es la segunda vez esta semana.

—Bueno, pero también he conseguido lanzar la pelota, ¿no?

—Muy bien, eres Derek Jeter —masculló Lucas—. Y ahora vas al hospital. Fin de la discusión.

—Oh, qué mandón y qué macho. Creo que estoy teniendo un orgasmo.

Ned se atragantó.

—Tú eres la que insiste en caer rendida al suelo cuando estoy cerca —repuso Lucas—. Admítelo: quieres que te cuide.

—¡Joder! ¡Modesto, baja, que sube Lucas! ¿Te lo tienes un poco creído o se me hace a mí?

Lucas sonrió y el orgasmo se convirtió en una posibilidad real. Colleen frunció el ceño, pero luego buscó ayuda a su alrededor.

—¡Jeremy! ¡Por favor, deja que me vaya a casa! Necesito una copa y a mi perro. Por cierto, ¿dónde anda?

Connor apareció en su campo de visión. Miró a Lucas con el ceño fruncido, pero no le dio un puñetazo, sino que se concentró en ella.

—Bonita jugada, Collie, *Cara de Perro*.

—Por fin alguien me reconoce el mérito. ¿Sabes dónde está *Rufus*?

—Aquí.

La cabeza peluda de su perro apareció y empezó a lamerla con fruición. Colleen le rascó las orejas con la mano libre.

—¿Quién es mi niño bueno? ¡Tú, *Rufus* el Rufián! ¡Tú! ¡Sí, lo eres!

—Ha sido muy gracioso. Te has caído como un trozo de carne —dijo Connor porque, aunque era adulto ya, ¿qué podía ser mejor que ver cómo su hermana gemela resultaba herida?

—Ríete —repuso Colleen—. Nada superará aquella vez que te rajaste el escroto cuando teníamos seis años. —Connor, Lucas y Ned hicieron una mueca a la vez. Bien.

—Enseguida vuelvo —dijo Connor—. He oído el camión del helado.

—Tráeme uno de nueces.

Y en ese momento apareció Paulie, con cara de preocupación.

—Coll, ¡lo siento muchísimo! ¡De verdad! ¿Estás bien?

—Ah, claro. Buen golpe, por cierto. La próxima vez intentaré atrapar la pelota con el guante y no con la cabeza. —Se soltó de la mano de Lucas una vez más y le dio unas palmaditas a Paulie en el musculoso brazo—. No te preocupes.

—Hola, colega, ¿puedes sujetar esto? —le preguntó Ned a Lucas al tiempo que le tendía el paquete de hielo—. He visto a la muchacha que me gusta. ¡Sarah! ¡Oye! ¿Cómo te va?

Lucas la miró con una sonrisa y le puso el hielo en la frente al tiempo que le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estás muy mona —dijo.

Sus partes íntimas se derritieron.

—Eres un perverso.

—Podría serlo.

—Hacéis una pareja fantástica —dijo Paulie, que suspiró encantada—. Absolutamente romántica.

—¿Qué va a ser romántico, Paulie? —Colleen cerró los ojos.

Lo era. Lucas era la primera persona que vio al recuperar la consciencia; cierto que solo había estado fuera de combate cinco segundos, pero su cara preocupada la estaba mirando y habría jurado que la llamó «Mía».

Ese apodo era peligroso.

¿Qué más daba que estuviera divorciado? Pronto se marcharía y ella debería recordarlo. Sin importar lo bien que se sintiera a su lado.

—¿Dónde está mi niña? —Su madre se abrió paso entre la multitud, y el olor a Jean Naté fue el heraldo del fin del mundo y la desesperación—. ¡Mi niña! ¡Pobrecilla!

Colleen soltó un suspiro muy católico.

—Hola, mamá.

—¡Mi preciosa niña! Ah, Lucas, hola, cariño. Eres muy amable al cuidar de Colleen. Las nuevas ventanas son preciosas, por cierto. —Y de nuevo a Colleen—. ¿Nos vamos a ir pronto? La acompaño —añadió su madre con gran pompa para anunciar su martirio—. Soy su madre, después de todo.

Su gemelo había vuelto y se estaba comiendo un cucurucho de helado de nueces.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Colleen.

—Me he quedado sin calderilla —contestó él, dándole un bocado—. Hola, mamá.

—Voy a acompañar a tu hermana al hospital. ¿Vienes?

—Connor, no dejes que me acompañe —masculló Colleen—. Te mataré mientras duermes si lo permites.

—Mamá —dijo Connor con voz paciente—. No quiere que vayas. Iré yo.

—¡Pues claro que voy a ir! ¡Eres mi hija! Eres mi prioridad. —Su madre buscaba a su padre con la mirada, ansiosa por ganar el premio de Madre Preocupada, aunque tampoco había competición alguna—. Ah, y Stan ha tenido que irse. Colitis ulcerosa, menudo follón. —Su madre intentó hacerse con su mano libre, golpeándola en el chichón de la cabeza.

—¡Ay!

Lucas le sujetó la mano con más fuerza. ¿Estaba conteniendo las carcajadas?

Colleen se zafó de las manos de esas dos personas tan irritantes.

—Gerard —le dijo al hombretón—, ¿no puedo escoger quién me acompaña?

—Normalmente es el familiar más cercano. ¿Cuánto es nueve por siete?

—No lo sé. Nunca lo he sabido.

—Su cociente intelectual está a la altura de la temperatura ambiente —explicó Connor.

—Solo por eso tú tampoco puedes venir en la ambulancia —dijo ella—. ¡Gerard! Por favor, ¿podemos irnos?

Como de costumbre, parecía que el personal de la ambulancia tenía que escribir una novela o algo. Los servicios de emergencias se habían ido al traste por culpa los iPads... Habría jurado que Jessica Dunn estaba buscando vestidos en ModCloth.com. Jeremy, que se había portado estupendamente durante los primeros minutos después de que ella recuperase el sentido, estaba moviendo en ese momento el brazo derecho de Carol Robinson, ganándose muchas risillas y chillidos encantados.

—¿Cuánto son doce por nueve? —preguntó Gerard.

—¿Te importa dejar las matemáticas? —le soltó—. Quiero acabar con esto e irme a casa. Ah, Levi, ¿dónde está Faith?

—Aquí mismo —contestó la aludida—. ¿Estás bien? ¿Quieres que te acompañe?

—Sería estupendo. Gracias, amiga.

—Ah, espera. Tengo que vomitar. Vuelvo enseguida.

—El siguiente —dijo Colleen cuando Faith salió corriendo, seguida de cerca por Levi.

Gerard le dio unas palmaditas en la pierna.

—¿Lista para dar una vuelta?

—Llevo lista desde hace media hora, Gerard.

—¿Te estás quejando? Porque puedo decirle a Ned que pille todos los baches que se encuentre hasta el hospital. —Comprobó algo en su iPad—. Oye, los Yankees van ganando de cinco. Bueno, ¿quién te va a acompañar?

—Yo —dijeron su madre y Connor al unísono.

Lucas la miró.

—Yo —dijo él.

—Él —convino Colleen.

Las sillas de la sala de espera eran tan incómodas que resultaba ridículo. Entre eso y las miradas furibundas de Connor, a Lucas se le estaba haciendo la noche larguísima.

Cuando llegaron a urgencias, Colleen lo mandó a la sala de espera y la enfermera lo miró con cara de pocos amigos hasta que obedeció. No le gustaba estar alejado de ella, y no le gustaba lo callada que había estado en la ambulancia. Parecía encontrarse bien mientras hablaba con Gerard del episodio, pero le pasaba algo más.

Las cosas se estaban complicando.

Durante mucho tiempo había mantenido a raya sus sentimientos por Colleen. Desde que Ellen le dijo que estaba embarazada, renunció al derecho a pensar en ella y, por supuesto, al de echarla de menos.

Pero esos sentimientos fluían como un río subterráneo en su vida, y de vez en cuando algo se desmoronaba, erosionado por la corriente. Soñaba que la veía sonreír con esos oscuros ojos grises de mirada cristalina, con esa sonrisa sagaz y ladina, y que la seguía hasta una habitación vacía creyendo que quizá por fin, por fin, volverían a estar juntos... y después se despertaba sobresaltado y oía la suave respiración de Ellen y recordaba que estaba casado con otra. Que había pronunciado unos votos. No podía traicionarla con los recuerdos de otra.

Pero de todas formas...

Colleen siempre estaba allí. Ese río de aguas rápidas y oscuras.

—Así que estás trabajando para mi madre y andas detrás de mi hermana —dijo Connor, que habló por fin. Llevaban esperando más de una hora.

—Connor, hace un trabajo maravilloso —comentó la señora O'Rourke con sinceridad. Estaba leyendo un ejemplar de la revista *People*—. Lo sabrías si vinieras alguna vez a casa. Vaya por Dios. Justin Bieber ha cortado con su novia. Qué triste. Connor, ¿qué te pareció Stan?

—Es muy peludo. —Connor siguió echándole una mirada asesina.

A Lucas le daba igual. Allí estaba, y seguiría allí hasta que viera que Colleen se encontraba bien.

La había visto mirar a su padre, distraída del partido, y sintió una especie de premonición. Antes de que Paulie golpeará la pelota, él ya se había puesto de pie, seguro de que Colleen sufriría un golpe. Al cabo de un instante, detuvo la pelota con la cabeza, cayó de rodillas y, por el amor de Dios, fue capaz de seguir la jugada, tras lo cual cayó redonda al suelo como si hubiera muerto.

Lucas no tardó en llegar a su lado y alguien gritó:

—¡No la muevas!

No lo hizo. Se limitó a colocarle la mano en la espalda para comprobar si estaba respirando, y gracias a Dios, lo estaba.

—¿Mía? ¿Cariño? —dijo con voz ronca.

—Ay —gimió ella—. ¡Mi cabeza! Connor, ¿por qué me has pegado?

Jeremy Lyon la examinó y Levi llamó a la ambulancia. La hermana pequeña de Colleen había estado llorando, y Gail y Pete O'Rourke se la llevaron del terreno de juego.

Una contusión era algo serio, sobre todo si sucedía en una propiedad del ayuntamiento. Cuando Lucas era pequeño, se cayó por la ventana de la planta alta de la casa de Tommy O'Shea y estuvo diez minutos sin conocimiento. Su mayor preocupación era que la señora O'Shea se enfadara, porque les había dicho que estuvieran calladitos mientras ella veía la serie de televisión que le gustaba.

—Tienes un buen chichón —dijo su padre cuando Lucas fue al taller para enseñárselo—. Ponte un poco de hielo.

Hoy en día, había que llamar a urgencias, había ambulancias y médicos. Seguramente para bien.

—¿Se puede saber por qué estás aquí? —le soltó Connor.

—Porque se preocupa por tu hermana, Connor. Déjalo tranquilo —terció la señora O'Rourke—. A lo mejor vuelven a ser pareja, ¿verdad, Lucas?

—No va a volver con mi hermana —dijo Connor.

—Por favor —replicó su madre—. Es su primer amor. Y tú sabes muy bien lo poderoso que es, Connor.

—Lo que me faltaba —murmuró el aludido.

Una muchacha de rasgos asiáticos, muy menuda, entró en la sala de espera. Parecía tener unos trece años, pero llevaba una bata de médico y tenía un estetoscopio en torno al cuello.

—¡Hola! Soy la doctora Chu. ¿Cómo están? —Esperó a que le respondieran—. ¿Todos están aquí por Colleen O'Rourke?

—Sí —dijo Lucas.

—Me lo suponía. Es una noche supertranquila. Es la única paciente que tenemos. Estaba viendo *Juego de Tronos* en el teléfono móvil cuando la trajeron y fue como un subidón. ¡Bien, un paciente, por fin!

—Soy su hermano y esta es nuestra madre —dijo Connor, sin molestarse en añadir información alguna sobre Lucas.

—¡Fantástico! ¿Son gemelos? Parecen idénticos.

—Son gemelos, sí —contestó la señora O'Rourke—. Connor pesó tres kilos y setecientos gramos, y Colleen, tres kilos y medio.

—¡Es usted una campeona! —exclamó la diminuta asiática—. ¿Usted es el marido?

—No es el marido —refunfuñó Connor.

—Su primer amor —contestó la señora O'Rourke.

—¡Oh, qué romántico! —exclamó la doctora—. Bueno, pues tiene un traumatismo craneal cerrado, que es una forma finolis de decir «¡toma contusión!». ¿De acuerdo? La hemos tenido un tiempo en observación para asegurarnos de que no vomitaba ni nada de eso. Porque sería una mala señal. ¡Pero Colleen está bien! No hay emesis, que es el término médico para los vómitos, y no hay signos de desorientación. Se ha negado a hacerse un TAC, algo que yo también habría hecho. Por qué exponerte a la radiación por un golpe de nada en la cabeza, ¿verdad? —Les sonrió a los tres y al ver que no obtenía respuesta, miró el portapapeles—. Necesita que alguien se quede con ella esta noche para examinarla un par de veces, despertarla y ver cómo se encuentra. Si no la pueden despertar o si parece confusa, o deja de respirar, llamen a urgencias de inmediato, ¿de acuerdo? Que no tome ibuprofeno ni tampoco una aspirina al menos durante cuarenta y ocho horas. Solo hielo si le duele.

¿Alguna pregunta?

—¿Cuántos años tiene? —quiso saber Connor.

—Veintitrés. Casi veinticuatro. Me gradué pronto, soy una niña prodigio, más o menos, aunque no lo digo para presumir. ¿Alguna otra pregunta sobre Colleen? Por cierto, es guapísima.

—Dicen que se parece a mí —comentó Jeanette.

—¿En serio? ¡Ah, pues sí! ¡Ahora que lo dice, es cierto! Buen entendimiento con la familia, ¡hecho! Bueno, creo que ya hemos acabado, así que me vuelvo a las decapitaciones. —Y se marchó dando saltos prácticamente.

Una enfermera llegó con Colleen en una silla de ruedas.

—Parece que tenemos a alguien aquí listo para volver a casa —dijo la enfermera.

—A ver si adivináis quién es. Os daré una pista. Yo —replicó Colleen, que torció el gesto.

—¿Cómo estás? —le preguntó su madre.

—Bien.

—Me quedaré contigo esta noche —anunció la señora O'Rourke.

Lucas intentó no sonreír al ver la cara de Colleen, que lo miró.

—Mmm... Lucas puede llevarme a casa —dijo, y él sintió que algo se le movía en el pecho.

—Yo te llevaré a casa —terció Connor, enfatizando el «yo».

—Lucas me llevará a casa, mandón. ¿Verdad, Lucas?

—Claro.

—La doctora ha dicho que necesitas que alguien se quede contigo esta noche —dijo Connor.

—Qué va.

—Connor, quiere que sea él quien se quede con ella —señaló la señora O'Rourke—. Así podrán solucionar las cosas.

—Yo me quedaré contigo —insistió Connor.

—Nadie va a quedarse conmigo —repitió ella.

—Yo me quedaré contigo —dijo Lucas.

—¡Muy bien! Lucas se quedará conmigo —masculló—. Durante una hora. Y ahora, ¿podemos irnos, por favor? Quiero ducharme.

* * *

Lucas la llevó a su casa y la siguió por la escalera hasta la planta alta. Encontraron una nota pegada en la puerta.

Hemos sacado a pasear a *Rufus*. Siento mucho haber vomitado. Llámame cuando llegues a casa. Bss Faith.

Añadido con otra letra podía leerse también:

La próxima vez, usa el guante. Levi.

Colleen sonrió mientras leía la nota.

—Tienes buenos amigos —comentó Lucas.

—Desde luego que sí. —Colleen abrió la puerta con la llave, entró y Lucas la siguió.

Un ciervo entró en la cocina. Ah, que no. Era su gigantesco perro, que aulló un par de veces antes de irse directo a olisquearle la entrepierna. Apartó la cabeza de la bestia, un movimiento que hizo que el perro cayera al suelo como si le hubieran disparado y que le enseñara la barriga.

—Impresionante —murmuró Lucas—. Deberías castrarlo, seguramente.

—Está castrado. Bueno, voy a darme una ducha.

—Llama si me necesitas.

Ella puso los ojos en blanco, hizo una mueca y se marchó.

Lucas echó un vistazo por la estancia. El apartamento era de techos altos y ventanas alargadas y estrechas. Las paredes de la cocina estaban pintadas de un cálido amarillo, las sillas eran rojas y azules, y reinaba un alegre desorden. Había fotos en la puerta del frigorífico, un cuenco con melocotones en la encimera, unos cuantos catálogos y la correa a cuadros del perro. El salón contaba con una chimenea llena de troncos de abedul y con una bonita vista de la calle. El mobiliario era alegre: una silla de lunares y un sofá rojo que parecía muy cómodo, una mesa con una pequeña estantería debajo.

Había fotos familiares por doquier, sobre todo de Colleen, de Connor y de Savannah. También vio una de Colleen con sus primos, que eran un montón. Colleen a los doce años más o menos, en un barco. Otra de *Rufus* y Savannah tirados en el suelo. La niña tenía la cabeza apoyada en el perro, como si este fuera una almohada gigante, mientras leía un libro. En otra había una novia, Faith, abrazando a Colleen. Ambas reían.

Lucas sintió otra vez que algo se le movía en el pecho.

Durante todos esos años Colleen había seguido viviendo en el pueblo. Parecía ser amiga de todo el mundo: de Bryce, de Levi, y de ese inglés, Tom, y de todos los compañeros de instituto que recordaba. Trabajaba con su hermano gemelo. Adoraba a su hermana, era evidente.

Estaba unida a esa comunidad de una forma que para Lucas resultaba inimaginable. Sí, él era del South West, pero el tiempo que había vivido fuera parecía haberlo convertido en alguien sospechoso a los ojos de aquellos que se habían quedado en el barrio. Ya no pertenecía a él, y no le importaba. Al fin y al cabo, se marchó cuando tenía quince años. Tras divorciarse de Ellen, se mudó de la zona de Gold Coast (donde siempre se había sentido como un impostor) a un edificio de apartamentos cercano a Irving Park.

Pero aunque conocía Chicago como si fuera la palma de su mano, a veces se perdía cuando regresaba conduciendo a casa. No porque no recordara cómo llegar, sino porque no estaba seguro de dónde debería ir.

Rufus gimió y estiró las patas. El perro debía de medir más de un metro ochenta de envergadura.

El agua dejó de correr en el baño y al instante oyó el sonido de la cortina.

—¿Tienes hambre, Colleen? —preguntó.

—No —contestó ella, que abrió la puerta un poco—. Comí antes del partido. Pero de todas formas, me apetece un poco de helado de Ben & Jerry.

Salió unos minutos después, cubierta con un pijama de algodón blanco, con aspecto de supermodelo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lucas.

—Mucho mejor. —Le echó un vistazo al contestador—. ¡Ooh! Dieciséis mensajes y diez más en el teléfono móvil. Me siento como la reina del baile.

Salvo que ella no había ido al baile de graduación, pensó Lucas.

El recuerdo cruzó también por la cara de Colleen. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, ella pulsó el botón del contestador para escuchar los mensajes de sus preocupados fans.

Su expresión se fue apagando a medida que escuchaba los mensajes. También escuchó los del móvil. Después, se acercó al ordenador, pulsó una tecla y les echó un vistazo a los mensajes de correo electrónico.

—Bueno. Supongo que podré responder mañana —dijo, con un deje triste en la voz.

—Ven a sentarte —sugirió Lucas al tiempo que él lo hacía en el sofá.

Ella lo hizo a su lado, pero no lo miró. Se limitó a acurrucarse y a clavar la vista al frente.

Lucas le echó un brazo por los hombros, un gesto peligroso, pero no pudo resistirse. La pegó a su cuerpo, aunque ella se debatió un poco.

La sensación fue la de siempre, esa especie de familiaridad y de novedad al mismo tiempo.

—Menuda pelota te has dejado escapar esta tarde —le dijo.

—¿Te refieres a la que he parado con la cabeza?

—No, a la anterior. —Le besó el pelo húmedo—. Eres una buena hermana.

La oyó tragar saliva.

—¿Mi padre se interesó por mí? —preguntó con un hilo de voz—. Mientras estaba sin conocimiento.

Lucas titubeó.

—Sabía que estabas bien.

—Es decir, que no. —Se le agitó la respiración—. Ay, mierda —murmuró—. Estoy celosa de una niña de nueve años. Mi padre es un capullo, y yo todavía quiero que me dé palmaditas en la espalda y me diga que soy una niña buena. ¿A que es ridículo?

—No es ridículo. Es una reacción humana.

—¿Qué es lo que me pasa? —preguntó Colleen—. Solo me fijo en hombres que me abandonan. —Su perro se acercó y le colocó la enorme cabeza en el regazo—. Menos tú, *Rufus*. —Se limpió las lágrimas con la manga y se apartó de él y del perro para acercarse al teléfono. Marcó un número con ademanes furiosos—. Hola. Soy la otra hija, la que ha estado en el hospital. Sí, lo que tú digas. Pásame a Savannah. —Tomó una entrecortada bocanada de aire y después su tono de voz cambió y añadió con deje cantarín—: ¡Hola, preciosa! No, no llores, en serio. Estoy bien. Es que no se puede usar el teléfono móvil en urgencias. No, no. Ya estoy en casa. Ajá. *Rufus* me está cuidando muy bien. Voy a comer helado y a ver pelis. Muy bien, cariño. Oye, esta noche lo has hecho fenomenal. Estoy muy orgullosa de ti. —Sonrió—. Ya te digo. Buenas noches. —Colgó y se quedó donde estaba, con la mirada perdida—. Lucas —dijo en voz baja—, no puedo enamorarme de ti otra vez.

Sus palabras lo golpearon con fuerza. Como si lo hubiera notado, el perro movió su gigantesca cabeza, la acercó a la pierna de Lucas y le dio un lametón.

—Pero tampoco puedo mantenerme alejada de ti. Es horrible, pero me resultas irresistible. Es vergonzoso. —Esbozó una sonrisa torcida, pero su mirada seguía siendo seria.

Lucas apartó la cabeza de *Rufus* de su muslo y se levantó para acercarse a ella.

—Colleen —dijo, y no supo qué más podría haber añadido porque en ese momento lo llamaron al móvil.

Mierda.

Lo sacó y lo puso en silencio.

—Contesta —le dijo Colleen.

—No.

—Puede ser Joe. —Colleen retrocedió un paso, aferró su móvil y empezó a escribir un mensaje.

Lucas suspiró, se sacó el teléfono otra vez del bolsillo y lo miró.

Ellen.

Miró a Colleen, que seguía escribiendo.

—Hola —dijo.

—Hola, Lucas. ¿Cómo estás? ¿Cómo está el tío Joe?

—Aguantando, más o menos.

—Me alegro. —Ellen hizo una pausa—. Iré al pueblo la semana próxima. Creo que tengo algo para ti, relativo al divorcio.

—Estupendo.

—¿Sabes de algún sitio donde pueda alojarme?

Miró a Colleen.

—Te enviaré un mensaje de correo con algunas sugerencias. —Hizo una pausa—. ¿Estás bien para volar?

—Sí, claro. Bueno, pues ya te digo qué día llego. Tengo ganas de verte.

—Lo mismo digo. Gracias por llamar.

Cortó la llamada y miró a Colleen, que tenía una expresión neutra.

—¿Tu mujer? —le preguntó ella, aunque era obvio que sabía de quién se trataba.

—Mi exmujer.

Ella asintió con la cabeza.

—Bueno. Volviendo a lo que te decía. Gracias por haberme traído a casa, pero no deberíamos... involucrarnos demasiado el uno con el otro. Aunque estés muy bueno y yo también, y esas cosas.

—Colleen, creo que deberíamos hablar —replicó él.

—Faith llegará en cualquier momento. Fiesta de pijamas. Solo para mujeres, lo siento.

—Colleen...

—Lucas, tu vida está en Chicago. La mía está aquí. Es ridículo que embrollemos las cosas. Yo... no puedo hacerlo. Solo tengo aventuras sin importancia. Desde que te fuiste no he tenido un novio de verdad. Solo algún lío que otro. Y me va bien. Me gusta que las cosas sean así. De hecho, soy un poco guarrilla.

Lucas la recordó besando al otro hombre. Un recuerdo que todavía le escocía, como si fuera un moratón que se hubiera desvanecido, pero que no hubiera sanado del todo.

—Lo dudo —repuso.

—Bueno, pues lee los mensajes escritos en los cuartos de baño. —Tragó saliva y desvió la mirada hasta la ventana—. Pero no creo que pueda tener un lío contigo.

—Mía, no...

—No, por favor. A ver, por más irresistible que seas, acabaré deshecha, tú te irás, volveré a odiarte. Ahora no te odio y prefiero no odiarte nunca más. ¿Te parece bien?

La puerta del apartamento se abrió y entró un golden retriever.

—¿Alguien ha llamado a una arquitecta paisajista y a su perro fiel? —preguntó Faith, que entró en el salón con cuatro tarrinas de helado de Ben & Jerry—. Ah, hola, Lucas.

—Faith.

Su mirada se posó primero en uno y luego en la otra.

—Mmm... ¿Queréis que me vaya?

—No —contestó Colleen—. Lucas ya se iba. —Se volvió para mirarlo—. Muchas gracias por quedarte conmigo. Nos vemos.

Tenía razón, pensó Lucas. Se marcharía de nuevo. Pronto. Las ideas que se le ocurrían cuando estaba con ella solo eran eso. Ideas. Dadas las circunstancias, era ella la que llevaba razón, y debería sentirse agradecido.

—Me alegro de que estés bien —dijo él, y con esas palabras se apartó del golden retriever, que estaba tratando de montarle la pierna, y se marchó.

—La comida está asquerosa —dijo Joe al tiempo que apartaba el plato.

—Inténtalo, tío. No está tan mal. —Le volvió a colocar el plato de papilla de cereales delante y el hombre se llevó una cucharada a la boca antes de hacer una mueca.

—Mataría por un Big Mac —dijo.

—Y el Big Mac te mataría a ti —replicó Lucas.

—Pero ¿y lo maravilloso que sería morir así? —dijo Joe—. Todo ese sodio tan rico... —Sonrió, una sombra del antiguo Joe.

Estaba en el apartamento alquilado de Lucas en el antiguo edificio Opera House. Un agradable cambio de ambiente, le había dicho. Sin embargo, subir la escalera hasta la segunda planta parecía haberlo dejado sin energía. Se suponía que la diálisis era para que se sintiera mejor, pero «mejor» era un término muy relativo cuando se padecía un cáncer además de fallo renal.

Joe se sacó el reloj de bolsillo. A Lucas siempre le había encantado verlo cuando Joe iba a Chicago de visita, y también escuchar la historia de su antepasado y de su heroica lucha en Antietam, la historia de cómo recibió el reloj de manos del mayor a quien le había salvado la vida. Al ser el primogénito, Joe había heredado el reloj de su padre. Muy pronto Bryce recibiría el reloj, y con suerte tendría un hijo o una hija a la que legárselo cuando llegara el momento.

—Necesito que te ocupes de algunas cosas —dijo Joe en ese momento. Frunció el ceño—. He llamado a Ellen. Espero que no te importe. No recuerdo si te lo dije o no.

—Me ha llamado ella.

—Bien. En fin... El imbécil del hermano de Didi es nuestro abogado y es evidente que no puedo confiar en él. —Joe acarició con gesto distraído el reloj de bolsillo—.

Vendí una aplicación hace un par de meses y quiero que Bryce obtenga un buen colchón de las ganancias.

—Bien hecho, Joe. —Lucas sonrió.

—Sí, fue divertido. ¿Te acuerdas de *MataRatas*?

—¿Cómo me iba a olvidar?

—Bueno, pues esto es un poco más sofisticado. —Su sonrisa se desvaneció—. Ellen me dijo que se encargaría por mí. Pero en lo referente al entierro... Bryce no estará en condiciones de hacerlo y Didi hará aquello que le reporte más puntos socialmente.

—¿Cómo te gustaría que fuera?

—Me encanta esa iglesia de piedra. Trinity Lutheran. En cuanto al panegírico he pensado que estaría bien si... en fin... Quiero que lo haga Bryce.

Por un segundo Lucas había creído que su tío se lo pediría a él. Pero era evidente que su hijo era una opción más lógica.

—Por supuesto.

—Y aquí tienes las canciones que quiero que suenen después. Nada de himnos solemnes, ¿entendido? —Le dio a Lucas la lista. U2, los Rolling Stones, Pearl Jam... Sonrió. Su tío tenía un gusto musical exquisito.

Había llegado el momento de las preguntas más difíciles.

—¿Cómo quieres que sea el final, Joe?

Su tío suspiró.

—En fin, con el menor dolor posible. Me gustaría que vosotros dos estuvierais presentes. Y que Didi no.

—¿Qué me dices de Steph? Vendría si se lo pidieras.

—No, tranquilo. Tiene que cuidar de las niñas. Con vosotros dos me basta.

Poco se podía replicar a eso.

—¿Sabes lo que más echo de menos? —preguntó Joe con la vista clavada en la ventana—. Navegar. Los Big Mac y navegar.

—¿Sigues teniendo el barco? —quiso saber Lucas.

—No, no. Lo vendimos hace tiempo. Didi dijo... En fin, joder, ¿cuánto me queda? ¿Un mes? No lo desperdiciemos hablando de Didi. —Se quedó callado un momento, removiendo sin ganas la papilla. Después miró a Lucas—. Eres clavado a tu padre, ¿sabes? Menos en los ojos. Tienes los ojos de tu madre.

Lucas esbozó una sonrisa torcida.

—¿Te acuerdas de ella? —preguntó Joe.

—No muy bien.

—En fin, era la mujer más guapa que he visto en la vida. —Guardó silencio un segundo—. Supongo que pronto volveré a ver a tus padres.

Las palabras se le clavaron en el estómago. Era consciente de que Joe se estaba muriendo.

Sin embargo, eso no quería decir que le doliera menos la pérdida. La pérdida de ese último vínculo con su padre. La pérdida del tío afable y bonachón que siempre se había portado bien con él.

—¿Cómo le va a Stephie? —preguntó Joe, que cambió de tema—. ¿Va a venir de visita?

—Sí —contestó Lucas—. Vas a ver a las cuatro.

Joe se echó a reír.

—Fantástico. Esas niñas son tremendas. Será bonito que estemos todos juntos. ¿Sabes qué? Quiero hacer un *picnic*, todos los Campbell juntos. ¿Qué te parece?

—Una idea estupenda.

—¿Te parece bien que invitemos también a los Forbes? Es como si hubieran sido de la familia estos últimos diez años.

—Claro.

Joe sacó el teléfono móvil y marcó un número.

—Hola, Didi. Sí, lo siento, lo que tú digas, mira, me estoy muriendo, ¿qué quieres? —Puso los ojos en blanco—. Oye, quiero organizar un *picnic*. Steph y las niñas van a venir y... No, no se me ha olvidado. Sí. Claro. No, he pensado que solo nosotros... Ah. No, yo... Sí. Muy bien. Lo que digas. Te cuelgo. —Soltó el móvil—. Dice que es demasiado trabajo, que deberíamos salir a cenar sin más, y que si vamos a hacer un *picnic* familiar, las hienas que tiene por familia también tienen que venir. Aunque ella no lo ha expresado de esa manera, claro.

—Yo me encargo de todo. Voy a ver a otro abogado mañana por lo del divorcio —dijo Lucas. Uno que estaba especializado en casos difíciles—. Didi no se merece un hombre como tú, tío Joe.

—Tú lo has dicho, sobrino. Tú lo has dicho.

—¿Le habías pedido antes el divorcio? —quiso saber.

Joe asintió con la cabeza.

—Cuando Bryce tenía unos ocho años. Dijo que se iría tan lejos que nunca volvería a verlo. Antes de casarnos firmamos unas capitulaciones, ¿sabes? En aquella época se suponía que yo sería quien más dinero ganara. Pero también firmé las capitulaciones y la suerte quiso que fuera ella quien trajera el pan a casa. —Suspiró—. Y después tu madre murió y las cosas se complicaron todavía más.

En otras palabras, dos muchachos a los que criar en vez de uno solo. De modo que Joe se había quedado. Por Bryce y también por él.

—Me encargaré de todo, Joe. No te preocupes de nada.

—Sé que lo harás, hijo.

Al oír esa palabra, «hijo», Lucas tuvo que clavar la vista en la mesa.

—Ah, Lucas. Ya sabes lo que dicen —comentó Joe al tiempo que le cubría la mano con la suya—. Solo los buenos mueren jóvenes.

* * *

Al día siguiente Lucas recibió una noticia que no era la que quería oír.

—Lo entiendo, de verdad que sí —dijo la abogada—. Pero teniendo en cuenta el margen de tiempo, seguramente no sea posible. Aunque no se opusiera al divorcio, sería muy difícil, aunque conozco a un juez que tal vez nos hiciera el favor debido al estado de salud de su tío. Tal como están las cosas, sin embargo, no lo veo factible.

Lucas se encontraba en Ithaca para ver a la abogada, recomendada por un antiguo compañero de la universidad. Para divorciarse en el estado de Nueva York era obligatoria una separación previa de los cónyuges durante seis meses, y a Joe no le quedaba tanto tiempo ni mucho menos. La ley no hacía excepciones para un hombre que solo quería morir sin estar atado a la zorra de su mujer.

La abogada frunció el ceño.

—¿Cree que podríamos demostrar un tratamiento inhumano y cruel?

—Seguramente —dijo Lucas, que pensó en el oscuro cuartucho de Joe junto a la cocina.

—Ser una zorra no significa necesariamente que se sea cruel e inhumana —repuso la abogada, como si le leyera el pensamiento—. ¿Ha tenido alguna aventura que usted sepa?

—No.

—Qué pena. —La abogada suspiró—. Ojalá pudiera ayudarlo.

Adiós a sus esperanzas. Era una lástima, porque le habría encantado ver la cara de Didi cuando le entregaran los documentos del divorcio. Y la cara de Joe cuando se viera libre de su estirada y amargada mujer.

En fin. Pronto se liberaría.

Lucas salió al aparcamiento. Tenía que pasarse por el edificio de protección civil; habían echado los cimientos de hormigón y la estructura progresaba a buen ritmo. También podría llevar a Bryce a casa de Jeanette O'Rourke y que empezara a lijar la madera. La tienda de novias era un trabajo a media jornada. Con suerte, Bryce sería capaz de hacerlo sin resultar herido.

Lo llamaron al móvil.

—Hola, Joe. ¿Qué pasa?

—Siento molestarte, pero me preguntaba si podrías venir a buscarme. Estoy en diálisis y Didi lleva una hora de retraso. No la localizo ni llamándola al móvil ni al teléfono del trabajo.

Su voz sonaba exhausta.

—Estoy a una hora del hospital —replicó Lucas—. ¿Bryce está por ahí cerca?

Se produjo una pausa.

—Te he llamado a ti primero. Lo siento. Debería haber caído en el asunto.

—No, no te preocupes. Le llamo y te digo algo. —Alguien tenía que ayudar a Joe a entrar en la casa y a acostarse. Un taxista no serviría, aunque Manningsport tuviera servicio de taxis.

Buscó el número de Bryce en su agenda de contactos. Le saltó el buzón de voz, lo que indicaba que el móvil estaba apagado. Llamó al fijo, y saltó el contestador.

—Bryce, si estás ahí, contesta. Soy Lucas.

Nada.

Mierda.

Se frotó la barbilla. Solo le quedaba una alternativa. Un segundo después hizo la llamada.

—La taberna de O'Rourke, hogar de los mejores nachos de todo el puñetero planeta —canturreó Colleen.

—Colleen, soy Lucas. —Su voz le pareció tensa incluso a él.

—¿Va todo bien? —preguntó ella enseguida.

—Mi tío se ha quedado tirado en diálisis y no consigo hablar con Bryce. ¿Está por ahí?

—No, lo siento. Pero puedo ir a por Joe si es lo que necesitas.

Lucas se lo pensó un segundo nada más.

—Sería estupendo.

—¡Hecho! ¡Connor! Tengo que irme. Que Mónica venga a sustituirme, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo Lucas—. Estoy en Ithaca, pero ya voy de camino.

—No conduzcas como un loco —le advirtió—. Lo cuidaré bien.

—Lo sé.

Se hizo el silencio.

—De acuerdo —dijo Colleen, con un tono de voz más dulce—. Nos vemos.

* * *

—Vamos, Yogi —le dijo Colleen a su hermana—. Vamos a ser ángeles de la misericordia.

—Muy bien —dijo Savannah al instante, al tiempo que salía del reservado donde estaba dibujando—. ¿Qué es un ángel de la misericordia?

—Somos nosotras. Mi amigo está enfermo y necesita que alguien lo lleve a casa desde el hospital. Y se va a alegrar un montón de verte. Le encantan los niños. Sobre todo los listos y agradables.

Se metieron en el Mini, se pasaron a recoger a Rufus (Joe adoraba a Rufus, ¿y quién no?). El perro se subió con cuidado por encima de Savannah en el asiento trasero, arrancándole una carcajada a la niña. Su hermana adoraba a ese monstruo.

El hospital quedaba a quince minutos. Colleen no dejó de parlotear, pero tenía el corazón en un puño.

Pobre Joe.

Y pobre Lucas. Le había parecido tan... preocupado. Preocupado y tenso y... y agradecido.

Esa voz tan cálida y grave, como el chocolate negro, debería estar prohibida.

—Quédate aquí, Rufus. Vamos, Savannah, tenemos que buscar a nuestro amigo.

Colleen no perdió tiempo y fue directa a diálisis, y allí estaba Joe, empequeñecido e incómodo en una silla de la sala de espera. Estaba dormido. Debía de parecerse mucho al padre de Lucas, porque Colleen captaba el parecido con Lucas, ese mentón fuerte y la nariz recta. Bryce y Lucas podrían pasar por hermanos.

Se acercó a la silla y se arrodilló a su lado.

—Hola, guapetón —dijo en voz baja al tiempo que le guiñaba un ojo a Savannah, que parecía un pelín preocupada. Joe abrió los ojos, un poco desorientado—. ¿Alguien ha llamado a un servicio de acompañantes?

—Colleen —dijo él con una sonrisa—. Este debe de ser mi día de suerte. ¿Y quién es esta niña tan guapa?

—Es mi hermana, Savannah —contestó ella—. Savannah, te presento a Joe Campbell, *el Sonrisas*, el hombre más simpático del mundo.

—Hola —lo saludó—.

Diez minutos después ayudaban a Joe a entrar por la puerta de su casa, con *Rufus* deambulando por todas partes en busca de un buen sitio. Colleen le había dejado un mensaje a Bryce, pero este no le había devuelto la llamada.

—¿Eres capaz de subir la escalera? —le preguntó a Joe, ya que estaba exhausto tras haber recorrido tan solo la distancia desde el Mini.

—Mi habitación está junto a la cocina —contestó.

La antigua habitación de Lucas.

Colleen echó un vistazo al interior de la casa. No había muchos recuerdos, ya que siempre habían ido a la suya siempre que era posible (o lo habían hecho en el asiento trasero de su Honda o en el discreto motel de Rutledge). Pero había estado en ese dormitorio, por supuesto. Y básicamente era una despensa grande. Sin ventana.

La casa era enorme. Salón, sala de estar, despacho, porche acristalado, cocina, comedor, lavadero... y eso solo en la planta baja.

Y Joe estaba en la misma despensa donde en el pasado habían desterrado a su sobrino.

—Vamos a llevarte al sofá —dijo Colleen, que sujetó a Joe del brazo—. Corre una brisa maravillosa y esta habitación está un pelín cargada.

—Me parece bien —repuso Joe con voz débil.

Le ayudaron a llegar al salón, demasiado formal y decorado de manera pretenciosa. Chenilla por todas partes, como una explosión nuclear de Laura Ashley. Savannah tuvo la deferencia de buscar un cojín y una manta, y *Rufus*, que era un arcángel disfrazado, se sentó junto al sofá como un buen guardián.

—Siempre he creído que sería bonito tener un perro —comentó Joe mientras acariciaba a *Rufus*. Se quedó dormido en cuestión de segundos.

—¿Duerme en una despensa? —susurró Savannah mientras entraban en la cocina.

—Lo sé —dijo Colleen—. Su mujer es una cabeza de chorlito de campeonato.

—Tendríamos que hacerle un refugio acogedor —sugirió Savannah—. Se me da bien hacerlo.

Colleen lo meditó.

—Sí, hagámoslo —dijo—. Iniciando construcción de un refugio bonito.

Una hora después el porche acristalado estaba transformado. Un cartel multicolor colgaba de la puerta: «El refugio de Joe», cortesía de Savannah, que había pegado cinco hojas de papel y había descubierto un montón de rotuladores de colores en un cajón de la cocina.

—Está increíble —dijo Paulie, que se tumbó en la cama de hospital. Cerró los ojos—. Muy cómoda. —*Rufus* le golpeó el hombro con el hocico, con la esperanza de que le permitiera subir a la cama, y Paulie sonrió.

Porque, sí, habían pedido refuerzos. Colleen necesitaba ayuda para cambiar los muebles de sitio y la necesitaba a la orden de ya. Mucho se temía que Didi, *la Cabeza de Chorlito* volviera a casa y sufriera un ataque, aunque tuviera derecho a sufrirlo, por aquello de que se trataba de su casa y tal.

Sin embargo, también era la casa de Joe. El hombre se estaba muriendo y era una gilipollez que estuviera metido en ese cuartucho oscuro.

Además, quedaría bien que Paulie hiciera algo bonito por el padre de Bryce. Se había presentado en la casa cinco minutos después de que Colleen la llamara. Llevaron la mesita auxiliar y dos enormes sillones al trastero y metieron la cama de hospital. Todavía quedaban el sofá y un sillón, así como el enorme televisor, aunque lo mejor de todo era la preciosa vista del patio, de los árboles, del cielo, de los pájaros y de cualquier otro animal que cruzase por allí.

Muchísimo mejor que cuatro paredes.

Savannah había deambulado por la casa como una ladrona, agenciándose cualquier cosa que creyera que podría animar a Joe: una foto de Bryce y él tomada hacía años, un póster de los Yankees que Bryce tenía en su apartamento del sótano, algunos cojines de uno de los dormitorios vacíos, un móvil azul de cristal del comedor...

—¿Quién es? —preguntó la niña en ese momento, que regresó con otra foto enmarcada—. ¿Es Joe?

Colleen miró la foto con el corazón en un puño.

—Sí. Ese de ahí es Joe, y ese otro parece su hermano. Y esos son Bryce y Lucas.

Incluso en una fotografía resultaba evidente qué hermano había corrido peor suerte y quién había llevado una vida más fácil. El padre de Lucas y Joe eran casi idénticos, pero Dan Campbell era más delgado y tenía un aspecto más tosco. La clase de hombre capaz de cuidarse solo, como se solía decir.

De tal palo, tal astilla.

Los niños tendrían unos diez años en la foto y estaban en un partido de béisbol. Bryce y Lucas lucían sonrisas enormes y tenían los ojos como platos. Unas pestañas de infarto los dos.

A veces, resultaba un poco incómodo ver lo mucho que se parecían.

No había visto muchas fotos de Lucas de pequeño. La verdad, no había visto ninguna.

Era guapísimo. Delgado y absolutamente guapísimo.

—Hola.

Colleen dio un respingo.

—Hola. Has vuelto.

—Siento haber tardado tanto. Me he topado con obras. —Recorrió con la mirada lo que habían hecho—. Hola, Paulie.

—Estoy descansando dijo ella con voz amable desde la cama—. ¿Cómo te va, Lucas?

—Bien. —Bajó la vista—. Hola, niñita que juega de maravilla al béisbol.

Savannah sonrió.

—Soy Savannah. Su hermana.

—Sí, os parecéis mucho.

El rostro de la niña se iluminó y Colleen sintió que otro trocito de su corazón se derretía.

—Hemos reorganizado un poco el espacio —señaló Paulie al tiempo que se levantaba—. Tu tío está dormido en la habitación de al lado.

—Ha quedado estupendo —afirmó Lucas. Miró a Colleen, y allí estaba de nuevo, diciéndolo todo sin palabras—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy estupendamente —dijo Joe, que salió del salón—. Ay, Dios, ¿qué habéis hecho? ¿El refugio de Joe? ¿Qué demonios? ¡Señoritas, muchas gracias! ¡Es maravilloso! —Se acercó a la cama y se tumbó—. Qué refugio tan maravilloso.

—¿Le gustaría un cojín mullido? —preguntó Savannah, que le ofreció el de terciopelo rojo.

—Me encantaría un cojín mullido —contestó Joe—. Gracias, cariño.

En ese momento se abrió la puerta de entrada y por la cocina aparecieron Didi y Bryce.

—Hola, grupo —dijo Bryce con voz afable—. ¿Estamos celebrando una fiesta?

Los labios de Didi desaparecieron tras una mueca mientras entrecerraba los ojos y ponía los brazos en jarras.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó como si estuviera oliendo una letrina.

—Hemos supuesto que a Joe le gustaría un cambio de ambiente —contestó Lucas.

—Mamá, te presento a Paulie Petrosinsky —dijo Bryce—. ¿Cómo te va, Paulie?

—Hola —saludó la aludida con la cara en llamas—. Esto... me alegro de verla, señora Campbell.

—¿No eres la Princesa del Pollo? ¿De los anuncios de la tele?

Paulie se puso más colorada todavía y Colleen se dijo que tenía que ponerle detergente lavavajillas a Didi en la siguiente bebida que pidiera en la taberna de O'Rourke.

—Eres el verdadero poder tras el trono, ¿a que sí, Paulie? —dijo ella—. Señora Campbell, Paulie es la jefa de operaciones de las franquicias de su padre.

Didi no se dejó impresionar.

—Sigo sin saber qué hacéis aquí.

—En fin, se te ha olvidado ir a recogerme, Didi, así que he tenido que buscarme a alguien que me traiga a casa —repuso Joe.

—¿Y quién os ha dado permiso para que remodelen mi casa?

—Yo —contestó Lucas, y Colleen sintió un subidón al notar el deje acerado de su voz. Tan a lo Heathcliff—. Joe se merece algo mejor que una despensa. —Miró a su tío—. Siento mucho no haber caído antes en el asunto.

—Una idea absolutamente fantástica —dijo Bryce—. Papá, podemos ver los partidos de béisbol aquí, y si te quedas dormido, no tendrás que arrastrarte hasta tu habitación.

—¿A nadie le importa mi opinión? —preguntó Didi con expresión dolida—. ¡También es mi casa! Vivimos gracias a mi dinero. Vivimos gracias a mi trabajo duro...

—Puso los ojos como platos por el pánico y retrocedió a trompicones—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué narices es eso? ¡Ayúdame! ¡Bryce, ayúdame!

Todos se volvieron.

—Solo es un perro —dijo Bryce—. Tranquila, mamá.

—¡Sacad a ese bicho de aquí! —ordenó Didi.

Rufus, al percibir su miedo, también se asustó y ladró.

—¡Ya vale! ¡Sacadlo!

—No le grite —dijo Colleen—. Lo está asustando y puede atacar cuando se siente amenazado. —Claro que lo último que *Rufus* había atacado fue el beicon que se dejó en el plato la semana pasada, pero el beicon se lo había buscado—. Tranquilo, *Rufus*, no le hagas caso a esta señora tan repelente.

Rufus movió la cola y tiró el mando a distancia y varios adornos de la mesita.

—¡Lo está destrozando todo! —exclamó Didi. *Rufus* ladró de nuevo—. ¡Sacadlo!

—Vamos, *Rufie* —dijo Savannah—. ¿Quieres dar una vuelta? ¿En el Mini? ¿Quieres dar una vuelta en el Mini?

Rufus saltó al oír las palabras mágicas y golpeó la cama de Joe (algo que solo le arrancó una sonrisa), se subió a uno de los sillones ladrando de alegría y después atravesó la casa a la carrera en busca de la puerta que lo conduciría a su afición preferida.

—Te espero fuera, Collie —dijo Savannah.

—De acuerdo, cariño. Gracias.

—Voy a mandarte la factura de la limpieza —soltó Didi—. Joe necesita tranquilidad. No se puede quedar aquí. Lucas, trasládalo todo a tu antigua habitación.

—Ellen y sus padres van a venir de visita —comentó Lucas, y Colleen sintió el aguijón de los celos—. Quieren ver a Joe. A saber lo que pensarán si lo ven en ese cuartucho oscuro de la parte trasera.

Didi se quedó callada. La mujer siempre había sido una lameculos, recordó Colleen.

—Muy bien —dijo al cabo de un instante—. Tengo migraña. Voy a echarme un rato.

Tras decir eso, se alejó acompañada por el repiqueteo de sus tacones y subió la escalera hecha una furia.

—Lo siento mucho —se disculpó Bryce—. Últimamente está sometida a mucha presión.

—Nada, tranquilo —dijo Paulie. Extendió la mano como si fuera a darle unas palmaditas en el brazo, pero miró a Colleen en busca de aprobación. Esta se la dio y la palmadita se hizo efectiva mientras Paulie tomaba una entrecortada bocanada de aire.

—Gracias, Paulie —replicó Bryce—. Oye, Lucas, ¿Ellen va a venir de verdad? Es estupendo.

Estupendísimo, pensó Colleen, pero se reprendió en silencio por la mezquindad.

—Debería irme —dijo—. Me alegro muchísimo de verte, Joe. Nos vemos, Bryce.

—Colleen, Paulie, no sé cómo agradecerlos —repuso Joe—. Pero ya se me ocurrirá algo. Dile a tu hermana que es mi nueva mejor amiga, ¿quieres, Colleen?

—Lo haré.

—Nos vemos en el gimnasio, Paulie —dijo Bryce.

La aludida respondió con una enorme, y preciosa, sonrisa. Colleen también sonrió. Su habilidad como casamentera empezaba a dar sus frutos. Una vez más.

—Os acompaño —dijo Lucas. Les abrió la puerta y salieron al porche.

Savannah le había lanzado una pelota a *Rufus* y salió corriendo tras él para alcanzarlo. Corrieron hasta la parte trasera de la casa mientras *Rufus* ladraba con alegría, y Colleen deseó que los ladridos le martillearan la cabeza a Didi.

—En fin, os dejo para que os hagáis ojitos —dijo Paulie—. Nos vemos, hombretón. —Le dio un puñetazo a Lucas en el hombro lo bastante fuerte para que se tambaleara.

—Eres una buena persona, Paulie —repuso él, besándola en la mejilla—. Mi primo tiene suerte de conocerte.

«Vaya, vaya, vaya.»

A Paulie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Caray, Lucas, gracias. No sabes lo que significa para mí. —Le dio otro puñetazo, lo miró con una sonrisa trémula y corrió hacia su vehículo.

Savannah se encontraba en el patio trasero y, a juzgar por los ladridos de *Rufus*, el animal estaba encantado.

—Creo que podemos pasar sin hacernos ojitos —dijo Colleen tras carraspear.

Lucas la rodeó con los brazos y la pegó a su cuerpo, acunándole la cara contra su precioso y cálido cuello.

—Gracias —susurró, y ella sintió que la recorría una especie de corriente eléctrica.

—Ah, bueno... —dijo ella con voz temblorosa. Intentó apartarse, pero él la abrazó con más fuerza.

—Cena conmigo mañana —susurró con los labios cerca de su oreja—. Te prometo que no te romperé el corazón.

El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Lucas olía de maravilla. Su cuerpo era maravilloso. Su sabor... «Para el carro, guapa», se dijo mientras reprimía el impulso de mordisquearle el cuello.

—Mañana no puedo. Es la fiesta. En casa de los Petrosinsky.

Lucas se apartó y la miró con esos ojos tan oscuros, brillantes y preciosos, con esos ojos tan expresivos.

—Pues otro día, pero pronto.

Rufus apareció corriendo, seguido de cerca por Savannah, y chocó contra ellos, haciendo que la rodilla de Colleen estuviera a punto de dislocarse.

—Ay, Dios, ¿os estáis besando? —preguntó su hermana.

—No del todo —contestó Lucas al tiempo que la soltaba, y Colleen retrocedió un paso—. Todavía no.

—Me matas, Español —susurró ella.

—Hago lo que puedo. —Sonrió, y esa fue prácticamente su perdición.

Estaba metida en un buen lío.

Capítulo 19

Colleen presentía que Bryce necesitaba ver a Paulie en su ambiente, donde esperaba que se sintiera más cómoda.

La casa de los Petrosinsky era una preciosidad... al estilo surrealista francés o circense. Las estatuas de los pollos parecían enormes y amenazadoras, si bien alegres, alrededor de la carpa de rayas amarillas y rojas emplazada en el jardín. En torno a una enorme barbacoa construida en el suelo picoteaban montones de gallinas. Había una mesa llena de ensaladas y de platos veraniegos, un puesto de limonada y un bar con un surtido completo de bebidas. Un grupo tocaba en la gruta (sí, también había una gruta), y a lo lejos brillaba el lago Torcido.

Colleen había elegido un vestido para Paulie, algo que formaba parte de la campaña «Soy femenina», y después la había maquillado (de forma sutil, solo un poco de rímel y de brillo de labios para suavizar esos rasgos tan marcados) y la había peinado, lo que resultó un tanto desafiante. Pero el vestido era muy mono, amarillo y alegre, con una falda de vuelo cuyo frufri se oía cada vez que se movía, resaltando sus musculosas piernas. Parecía estar funcionando. Bryce se había acercado a Paulie de inmediato y, siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, ella lo había acompañado para enseñarle la multitud de estatuas de pollos emplazadas por toda la propiedad. Sus perros adoptados los seguían, encantados.

De repente, se oyó el canto de un gallo. Cómo no. Ronnie Petrosinsky iba a celebrar un concurso para ver quién lo imitaba mejor.

Lucas no parecía haber llegado. ¿Debería haber quedado con él para cenar? ¿Acabarían en la cama? La simple idea hacía que se le aflojaran las rodillas.

Tampoco ayudaba mucho que cada rincón del pueblo pareciera albergar algún recuerdo pecaminoso. Muy pecaminoso. La primera vez que permitió que Lucas le metiera mano por debajo de la camisa. La primera vez que ella le quitó la camiseta. La primera vez, simple y llanamente, cuando le dijo que lo quería y pareció que a él se le iba a romper el corazón después de oírla.

Suspiró, ya fuera por el anhelo, por la frustración, por la nostalgia, por el deseo o por todo eso junto. Sus partes íntimas necesitaban atención. Y eso era un problema.

Necesitaba una copa. Vino, más concretamente.

—¿Sangría?

—Connor, justo cuando estoy a punto de subastarte en una asociación de madres solteras, vas tú y te redimes. —Aceptó la copa y paseó la mirada por el resto de los invitados.

—¿Buscas a Lucas? —le preguntó su hermano—. ¿Es que eres tonta y quieres que te destroce el corazón otra vez?

—Qué buen tiempo hace, ¿verdad?

—Coll...

—Connor, no quiero que me destroce el corazón. No.

—Pues entonces mantente alejada de él.

—¿Has venido acompañado, hermano mío?

—No. No ha venido. ¿Estás de broma? ¿Contigo y con mamá aquí? Por no mencionar a papá y a Gail.

Y sí, efectivamente, allí estaba su madre querida, tomándose un zinfandel rosado con 7Up, su cóctel por excelencia.

—¿Crees que bebe eso solo para castigarnos?

—Pues sí —contestó su hermano.

Colleen bebió un sorbo de sangría.

—Bueno, esta mujer misteriosa debe de estar deseando conocer a tu querida gemela, Connor.

—No mucho.

—Lo está. Admítelo.

—Colleen, solo hemos quedado tres veces.

—¿Sexo?

—Sin comentarios. Y será mejor que no te vayas a la cama con Lucas.

—¡Venga ya! Así que lo estás haciendo con ella. Bien. ¿Es rubia? Me apuesto lo que quieras a que lo es. ¿Verdad que lo es? Me encanta. Connor, en fin, durante un tiempo pensé que eras gay. Me imaginaba que Jeremy y tú acabaríais juntos porque hacéis una pareja ideal...

—Ya está bien. Dejaré de darte la tabarra con Lucas si tú dejas de dárme la a mí.

Colleen sonrió sin apartar los labios del vaso de sangría.

—Trato hecho.

—Pero no me vengas llorando cuando...

—¿Sabes qué? Voy a hablar con mamá. A este extremo me has llevado. —Se acercó a su madre—. Hola —la saludó al tiempo que le daba el obligado beso.

—Allí están tu padre y esa puta.

—Sí. —En ese caso, Savannah también habría ido. La buscó entre los invitados. Con suerte, estaría jugando con la gente de su edad. Pero seguro que se había escondido en el interior de la casa y estaría comiendo en secreto para que Gail no pudiera castigarla, pobrecilla.

No había ni rastro de Stan, Stan *el Peludo*.

—¿No has venido acompañada, mamá? —preguntó.

—No —respondió su madre, sin apartar los ojos de su padre y de Gail—. Al final resulta que Stan era un poco desagradable. Estaba demasiado fascinado con su trabajo. Solo hablaba de intestinos infectados y parásitos intestinales.

—Y eso te echó para atrás, ¿verdad?

Su madre seguía mirando a su padre, a quien se le daba de vicio pasar por alto a su exmujer. Tenía la mano en la espalda de Gail, justo sobre su famoso trasero.

Pobre mamá.

—Colleen, este es el problema —dijo su madre lentamente, y Colleen se preparó para escuchar sus amargos lamentos—. Nunca lo he olvidado. Debería haberlo hecho, quería hacerlo, sé que me puso los cuernos y sé que él me ha olvidado, pero yo sigo queriéndolo.

No había amargura. Y tampoco había rastro de ingenuidad fingida, no puso la excusa de que se debía a un lapsus del sentido común. Por espantoso que pareciera, su madre se limitó a afirmar ese hecho.

—Lo siento, mami —susurró Colleen, que le dio un apretón en la mano.

—Soy un hazmerreír.

—¡No, no lo eres! Eres estupenda. En los Viñedos Blue Heron te quieren, tienes un sinfín de amigas y...

—No. Soy un hazmerreír, una idiota menopáusica que no sabía que su marido la engañaba y que buscó excusas de manual para disculparlo.

Su madre tenía los ojos llenos de lágrimas, lo que hizo que los de Colleen se pusieran igual, porque si había algo que no podía soportar era ver llorar a su madre.

—Te mereces a un hombre mejor que papá.

—Bueno, ¿y dónde está? ¡Porque estoy preparada para recibirlo! El médico peludo especialista en el colon no era exactamente mejor, no paraba de preguntarme que cuántas veces al día...

—¡Hola, Jeanette! ¿Qué tal estás? —Era Bryce, que se inclinó para besar a su madre—. Te veo tan guapa como siempre. Ahora mismo vamos a sacar la sandía.

Hablaba en plural, y se refería a ¡Paulie!, que salía en ese momento con un par de enormes sandías bajo los brazos. Por algún motivo, se había puesto un Thneed amarillo.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó, señalando a su madre con la barbilla.

—Creía que habíamos hablado sobre la ropa —murmuró Colleen mientras Bryce seguía coqueteando con su madre.

—Me ha dado frío —repuso Paulie.

—Bueno. —Esas sandías debían de pesar siete kilos cada una—. Deja que él lleve una para que se sienta un hombre fuerte y eso... —sugirió en voz baja.

—Un hombre fuerte, muy bien. Pero tiene una herida en la mano.

Efectivamente, Bryce llevaba la mano vendada hasta tal punto que parecía el guante de un boxeador.

—Paulie, puede cargar con una sandía sin problemas. Dale la oportunidad de parecer viril y de ayudar. ¿Te parece bien? ¿Recuerdas lo que hablamos sobre cosas de mujeres y de hombres?

—Jeanette, ¿bailarás conmigo luego? —estaba diciendo Bryce—. Llevo años coladito por ti.

—Eres un encanto, ¿lo sabías? —replicó su madre, mucho más contenta—. Ah, aquí está la señora Johnson, seguramente presumiendo del embarazo de Faith. Y Carol también está. Tiene once nietos, Colleen. Once. —La miró por encima del hombro con la famosa mirada de mártir católica. Colleen se limitó a enarcar una ceja.

—Bryce —dijo, prestándole atención de nuevo al proyecto que la ocupaba—, ayuda a Paulie, ¿sí? Aunque está hecha una campeona, esas sandías deben de pesar una tonelada.

—No, qué va —replicó Paulie—. ¡Ah! Espera, que sí, que pesan un montón. Muchísimo. No sabes cuánto. Esto, Bryce, ¿podrías ayudarme con una sandía?

—Claro.

Perfecto. Colleen sonrió mientras el primo de Lucas trataba de quitarle una sandía. La cara de Paulie parecía a punto de entrar en ebullición por lo colorada que se estaba poniendo. Todo iba sobre ruedas. Bryce estaba forcejeando con la sandía muy cerca del pecho de Paulie.

Dejó a la joven pareja y entró en la casa para buscar a Savannah. El sonido de la risa falsa de su padre le llegó flotando con la brisa, y Colleen miró en la dirección de la que procedía. Su padre la vio, pero en vez de sonreírle o de hacerle un gesto con la cabeza, se limitó a mirarla como si no existiera. Su mirada pasó de largo sin reconocer su presencia en absoluto.

Sintió un vacío en el pecho.

Cuando era pequeña, había sido propensa a sufrir virus estomacales, y su padre se sentaba en la cama y le leía cuentos. Su madre vomitaba para demostrarle su solidaridad si se acercaba demasiado, de manera que le tocaba a su padre. Eran su maravilloso olor, su camisa almidonada y su voz firme lo que recordaba de aquellas noches, algo que hacía que fueran maravillosas, dejando a un lado los vómitos, claro.

Su padre rio de nuevo.

No recordaba la última vez que habían mantenido una conversación de verdad.

Entró en la casa mientras tragaba saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta. En el interior reinaba el silencio, ya que todo el mundo estaba fuera. ¿Quién iba a culparlos? Hacía una noche estúpida.

Oyó una voz. La voz, para ser más exactos. Grave hasta un punto casi imposible, con ese deje tan masculino que parecía acariciar sus partes íntimas de una forma la mar de satisfactoria y gratificante.

Lucas y Savannah estaban sentados en un sofá de respaldo curvado. Lucas estaba leyendo *El viento en los sauces*, un libro que Colleen había leído miles de veces cuando era pequeña. Lucas llevaba gafas, eso era algo nuevo. Y muy sexi. Parecía culto, pero con un aspecto pecaminoso, como si fuera Lucifer en versión profesor. Y ella se sentía un poco como una universitaria guarrilla que estuviera a punto de ofrecer cualquier cosa con tal de que su notable se convirtiera en un sobresaliente.

—Pero Topo se quedó quieto un momento, pensativo. Como cuando te despiertas de repente de un precioso sueño y tratas de recordarlo, pero lo único que perdura es la vaga sensación de la belleza, ¡la belleza!

Lucifer... esto... Lucas, era un buen narrador. Savannah estaba pegada a su brazo, mirando las ilustraciones. Por supuesto que podría haberlo leído ella sola. Pero claro, si Lucas se hubiera ofrecido a leerle a ella algo, lo que fuera, aunque se tratara de las instrucciones de uso del mando a distancia universal, por ejemplo, habría dado saltos de alegría mientras le decía que sí. Sobre todo si de esa forma podía acurrucarse a su lado en el sofá. Desnuda.

—¡Hola, Collie! —la saludó Savannah al verla.

Colleen dio un respingo, sintiéndose culpable, y después fingió sorpresa.

—¡Hola, pareja! —exclamó.

—¿Quieres ver la habitación secreta que he descubierto? —le preguntó Savannah, que se levantó del sofá.

—Mmm... quizá no deberíamos...

Savannah ya iba escaleras arriba.

Lucas se puso en pie y se guardó las gafas en el bolsillo de la camisa.

—Tú primera —le dijo.

—Muy bien —susurró Colleen.

Subió la escalera, seguida de Lucas. ¿Podría verle algo por debajo del vestido? ¿Llevaba ropa interior bonita? Bueno, claro que sí, para algo era Colleen Margaret Mary O'Rourke, ¿o no? Pero...

—¡Aquí arriba! —gritó Savannah.

Descubrieron otra escalera, cuya barandilla no estaba tallada como la de la primera, que subía hasta la segunda planta.

Tras subirla llegaron a un pequeño pasillo.

—Cariño, no creo que debamos cotillear por la casa —dijo Colleen.

—Oh, venga ya —replicó Lucas—. Es divertido. ¿Dónde está tu sentido de la aventura, Mía?

—Supongo que ahora soy una adulta —respondió ella, que enarcó una ceja.

—¿Y? Los adultos pueden tener sentido de la aventura —señaló Savannah mientras abría una puerta—. ¡Mirad! Desde aquí arriba se ve todo. Podemos ser como Harriet, la pequeña espía.

El techo de la estancia se inclinaba hasta llegar a las paredes. Aunque la habitación estaba rematada por completo, no dejaba de ser el ático y, con ese clima, resultaba un lugar caluroso y con olor a cerrado. Salvo por unas cuantas cajas de cartón y dos ventanas de buhardillas, no había nada.

Pero sí, las vistas eran espectaculares. Sobre todo para espiar. Los invitados a la fiesta parecían estar pasándolo en grande. ¿Y por qué no iba a ser así? El grupo de música estaba tocando, el humo se alzaba de la barbacoa, y el lago Keuka relucía a lo lejos, con sus aguas azul cobalto salpicadas de velas blancas.

Colleen sintió a Lucas detrás de ella, y se vio obligada a reprimir el impulso de apoyarse en él para sentir cómo la rodeaban sus brazos, para sentir el roce de su...

«Tu mente es un basurero, de verdad», le dijo la voz de su hermano.

Se concentró en la multitud que disfrutaba en el jardín. Allí estaba Faith, reconocible por su melena pelirroja. *Rufus* y el perro de Faith jugaban alegremente de un lado para otro, haciendo que los niños gritaran de alegría (o de miedo, quizá). Ah, y qué bonito. Bryce estaba empujando a una niña en el columpio; parecía Cole Richards, una de las niñas cuyo nombre la homenajeara. Paulie también estaba allí, y era reconocible gracias al Thneed amarillo. El grupo empezó a tocar *Devil with a blue dress on*. El señor Petrosinsky no había reparado en gastos. Con suerte, Paulie podría sacarle partido al momento.

—Ahí abajo huele de maravilla —comentó Savannah con melancolía.

—¿Tienes hambre, preciosa? ¿Quieres comer conmigo?

—¡Hola, cielo! —exclamó Gail, que apareció en ese momento como si la conversación la hubiera invocado—. ¡Estás aquí! ¿Qué hacéis? ¿Espiendo? —Se acercó a la ventana. Llevaba tacones, hasta para una barbacoa.

—Hola, Gail —la saludó Colleen.

—Colleen... —Miró a Lucas con una sonrisa enorme que dejó a la vista sus blancos dientes—. Hola. Creo que no nos conocemos.

—Yo creo que sí —replicó Lucas, que no añadió nada más.

—Mami, tengo hambre —dijo Savannah, que aferró una de las manos de su madre y le dio tirón—. Deja que me coma una hamburguesa, ¿eh? ¿Y un poco de ensalada de patata? Me encanta la ensalada de patata.

—Claro, cielo. Pero nada de pan, y en vez de la ensalada de patata, una ensalada verde. Recuerda que no debemos comer hidratos de carbono. —Le enseñó de nuevo

los dientes a Lucas—. Debemos cuidar la figura, ¡sobre todo si vamos a ser animadoras!

—Gail, creo que no vamos a ser animadoras —la corrigió Colleen—. No veo yo a Lucas dando saltos. En mi caso, ya paso de los treinta y tú tienes, ¿cuántos? ¿Cuarenta y dos?

—¿Qué dices, Colleen? —replicó Gail con sequedad—. Tengo treinta y cinco.

—¿En serio? Hoy en día hacen maravillas con el bótox. Deberías probarlo.

—Mamá... —gimoteó Savannah.

—¡No me des tirones, Savvi! —exclamó Gail con voz cantarina al tiempo que pestañeaba de forma exagerada, gesto que resaltó las pestañas postizas que más bien parecían patas de tarántulas—. Ya sabes cómo son los niños, Lucas. —Se dio media vuelta, se alisó el vestido pasándose las manos por el trasero y echó a andar hacia la puerta contoneándose de tal forma que Colleen temió que acabara en el suelo.

—Gracias por leerme el libro —dijo Savannah, mirando hacia atrás.

—Ha sido un placer —replicó él, con esa voz tan grave.

Gail y Savannah se marcharon, cerrando la puerta tras ellas.

Hacia calor allí arriba. Además, pensó Colleen, estaba con el Príncipe de la Oscuridad, lo que hacía subir aún más la temperatura.

Tal vez se debiera a la confesión de su madre cuando admitió sus sentimientos, al hecho de verla todavía colgada del hombre que la había abandonado por otra. De tal palo, tal astilla, al fin y al cabo. Enamorarse otra vez de Lucas... mierda, ya lo estaba. Y como no se anduviera con cuidado, pronto sería como su madre y estaría dibujando hombres peludos desnudos para distraerse.

Lucas la estaba mirando, interpretando de nuevo el papel de ángel caído.

Ella respiró hondo. El aire era seco y olía a cerrado.

—Gracias por ser tan amable con mi hermana.

—Estaba escondida debajo del sofá cuando entré.

Colleen sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿De verdad?

—Sí. Comiendo galletas.

Mierda.

—Gail lleva años poniéndola a dieta. Tiene problemas con la comida.

Lucas hizo un ruido evasivo.

—¿Cómo no va a tenerlos? Para Gail lo importante es el aspecto físico. Savannah está un poco rellenita. Menudo problema. Ya crecerá. Yo también estaba rellenita de pequeña.

—Me resulta difícil creerlo.

—Bueno, pues lo estaba. Un poco. Bueno, muy poco. Está bien, es mentira. ¿Y qué? ¿A ti qué más te da?

Lucas esbozó una sonrisa torcida.

—¿Estás nerviosa, Colleen?

¡La madre que lo...! Esa voz tan grave y pecaminosa. Cuando estaba en la universidad, la llamaba por teléfono de vez en cuando y mantenían conversaciones subidas de tono. ¡Joder! Por dios, ¡las cosas que le provocaba esa voz!

—No estoy nerviosa. Estoy... irritable. Quiero a Savannah y no me apetece verla convertida en una gorda, en una anoréxica o en alguien que odia su físico solo porque le ha tocado Gail como madre.

—En ese caso, tiene suerte de contar contigo.

Lo miró con expresión penetrante.

—¿Lo dices con sarcasmo?

—No.

Lucas se limitó a observarla en silencio. La brisa entró por la ventana, tras mecer las hojas del arce situado frente a la casa, y agitó su precioso y abundante pelo. Esos ojos oscuros siempre transmitían más cosas que sus palabras.

En fin. Al menos eso era lo que había pensado siempre, y solo había que ver adónde había llegado. Catalogada como la vampiresa del pueblo, con una relación seguramente malsana con su hermano, que aún no confiaba en los hombres, y que no había mantenido una relación seria en diez años.

—¡Hala, vaya horas! Me muero de hambre —dijo al tiempo que extendía una mano hacia el pomo de la puerta. Se había atascado, de manera que le dio un tirón y acabó arrancando ese chisme. ¿Eh?

Intentó devolverlo a su sitio, pero era uno de esos pomos de cristal antiguos y el eje metálico seguía en su interior. Lo introdujo de nuevo en el eje, pero al instante estaba suelto de nuevo. Lo intentó otra vez. Lo movió. Nada.

—Lucas, ¿puedes arreglarlo, por favor?

Él se acercó. ¿Se acercaría tanto a los demás? Clavó la vista en el pomo que ella tenía en la mano y dijo:

—Te lo has cargado.

—No. Se ha salido. Ponlo otra vez.

—Está roto, Colleen.

—Lucas, ¿puedes intentar arreglarlo?

—Sí, Mía. Si me lo pides tú, lo intentaré.

Se arrodilló y en el suelo y... en fin, ¡ay! Estaba arrodillado ¡a sus pies! Como no dejara de pensar en esas cosas, iba a darse una torta ella misma. Bien fuerte. Lucas introdujo el pomo en el... eje, ejem, lo empujó hasta el fondo y trató de hacerlo girar. El pomo cayó de nuevo al suelo.

—¿Lo ves? —le dijo.

—Sí, sí. —Colleen aporreó la puerta—. ¿Hola? Estamos encerrados. ¿Podéis abrir la puerta?

Esperaron. Nada. Lucas sonrió, como si ella hubiera acabado de venderle su alma.

Se enderezó con agilidad.

—Esto nos ofrece la oportunidad de hablar.

—No vamos a hablar.

—Creía que necesitábamos hablar.

—¡Pues habla tú! ¡Habla, Lucas! ¡Por Dios! Qué calor hace aquí dentro. Es como una de esas saunas suecas donde matan a la gente. ¿Quién va a hablar aquí?

«Resultado difícil de creer que en otra época se te dieran tan bien los hombres, porque te has convertido oficialmente en una cacatúa que habla sin ton ni son.»

Se acercó a la ventana. Estupendo, allí abajo había un montón de gente y hacía más fresco.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Estamos atrapados aquí arriba! ¡Hola! —Nada. Al parecer, la música estaba demasiado alta. En ese momento el grupo tocaba *Let's spend the night together*, perfecto... Vamos a pasar la noche juntos... Nadie miró hacia arriba.

«Connor, te quiero ver aquí arriba ahora mismo», pensó, con la esperanza de que en esa ocasión funcionara la conexión psíquica entre gemelos.

El crepúsculo se cernía sobre los invitados y el cielo se había teñido de un precioso tono azul pizarra.

—Colleen, siéntate —le ordenó Lucas, que ya estaba en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. *Jeans*. Camisa blanca. Y esa piel... esa maravillosa piel morena.

Suspiró de nuevo y le obedeció al tiempo que se cruzaba de brazos con gesto enfurruñado. Se sentó en el rincón opuesto al lugar que él ocupaba.

«Para verte mejor, querido.»

Se percató de la sonrisilla que asomaba a sus labios. Tenía una boca perfecta. De labios voluptuosos y bonitos, con un leve rictus malhumorado.

«Te ha dado fuerte, sí», le dijo la voz de Connor.

—Ya te digo —musitó.

—¿Cómo?

—¿Dónde te has comprado las pulseras? —le preguntó ella al tiempo que hacía un gesto con la cabeza para señalar las pulseras trenzadas que llevaba alrededor de una muñeca.

—Esta me la hizo Tiffany. Esta, Cara. Mis sobrinas.

—Las recuerdo. —Resultaba difícil creer que las niñas tendrían ya... ¿Cuántos años? ¿Trece, catorce?

Lucas siempre había sido un tío cariñoso. Y encima llevaba pulseras de la amistad hechas por sus sobrinas, de aquellas que había que llevar puestas siempre o cortarlas con una tijera, algo que Colleen sabía que no haría nunca.

Peligrosamente atractivo.

—Pareces más feliz —dijo de repente, y aunque la verdad era que no desearía verlo triste, esa certeza fue como una puñalada.

Él se encogió de hombros.

—¿Sigues trabajando para tu suegro? —Oye, para eso estaba Google, para buscar información.

—Exsuegro. Y sí, aunque no por mucho tiempo.

—¿Vas a fundar tu propia empresa? —quiso saber.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Colleen se tiró de la falda para taparse las rodillas.

—Creo que te pega más. Eres un solitario. O lo eras.

—¿Y tú, Mía? ¿Eres feliz?

—No me llames así, ¿de acuerdo? Podría empezar a pensar en cosas románticas y maravillosas y de ahí a escribir tu nombre en mi cuaderno va un paso. —Clavó la vista en la copa del enorme arce que se veía por la ventana, cuyas hojas se agitaban con la brisa—. Sí, soy feliz.

—No te has... —Lucas dejó la frase en el aire.

—¿No me he qué? —preguntó ella con un deje un tanto brusco.

—¿No te has casado? ¿No has estado a punto de hacerlo con nadie?

—Lucas, me ofende que no me hayas espiado en Facebook.

—No, nunca lo he hecho.

¿Por qué iba a hacerlo? Tenía una vida, una esposa, otro huso horario distinto. Vivía en la Jungla de los Grandes Hombros, era el yerno de Frank Forbes.

—No has respondido la pregunta —señaló él.

Colleen hizo un mohín con los labios.

—En una ocasión estuve a punto. Contigo. Después de eso, no.

—¿Pero eres feliz? —le preguntó.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Te sientes culpable y quieres aliviar tu conciencia?

—Porque siempre he esperado que lo fueras.

En fin... Mierda. Su cínico corazón dio un vuelco. Lucas siempre había tenido la capacidad de ponerle fin a sus tonterías con esa arma tan efectiva: la sinceridad.

—Soy feliz —le aseguró—. El bar va muy bien.

—Parece el corazón del pueblo.

—Gracias. —Esperaba que lo fuera. Porque ese era el objetivo, más o menos—. También echo una mano en la residencia de ancianos.

—Te vi allí el jueves.

—¿Ah, sí?

—Me han pedido opinión sobre la construcción de un ala nueva. Estabas con tu abuelo. No quise entrometerme.

Su abuelo tenía un mal día. Se mostró totalmente apático. Solo aceptaba beber agua si ella le acercaba el vaso a los labios, como si fuera un pajarito.

El ruido de la fiesta del jardín llegaba hasta ellos, risas y música, flotando en la brisa estival.

Colleen carraspeó.

—¿Y tu matrimonio? ¿Fue bueno? —Mierda. Eso de hablar era muy difícil.

Los ojos de Lucas parecían muy oscuros.

—En su mayor parte, sí.

Vaya por Dios. Tendría que preguntarlo. Tendría que hacer la gran pregunta.

—Lucas —dijo, y le tembló un poco la voz—, ¿por qué ella y no yo? Me dijiste que no querías casarte tan joven. ¿Lo hiciste por quién era ella? ¿Por su familia?

¿Por el dinero? No voy a criticarte. Solo quiero saberlo.

Lucas no contestó de inmediato.

—Se quedó embarazada.

Las palabras parecieron flotar en el aire cargado del ático y llevárselo todo, de tal manera que tuvo la impresión de que no podía respirar.

A lo mejor siempre lo había sabido. Aquel espantoso día se lo preguntó, y aún recordaba la pausa que hizo Lucas antes de decirle que no. Esperó durante nueve meses para tener noticias del bebé, aunque no se sentía orgullosa de haberlo hecho. Esperó y esperó.

Pero no hubo anuncio del nacimiento. En aquel entonces fue un alivio.

Pero en ese momento...

—Lo siento mucho —susurró.

Lucas asintió una vez con la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

—Gracias.

Durante unos minutos no dijeron nada más. Colleen se limpió las lágrimas con disimulo.

Lucas la estaba mirando de nuevo, con expresión sombría.

—Vine a verte —dijo—. Después de que cortaras conmigo. No podía soportarlo más.

Colleen ya sabía por qué no habló con ella.

—Estabas con otro —siguió Lucas, con voz serena—. Parecía que ibas en serio con lo de dejar lo nuestro. Regresé a casa, me encontré con Ellen unas semanas después y me acosté con ella. Una sola vez. Nada más.

—Pero te pregunté. Cuando volviste, te pregunté si estaba embarazada.

Él asintió otra vez con la cabeza.

—Ellen no quería que nadie lo supiera, aparte de sus padres. No quise... no quise hacerte más daño del que iba a hacerte. Y tenía que respetar los deseos de Ellen. —Guardó silencio un momento—. Sufrió un aborto un mes después de la boda.

—Lo siento mucho —repitió Colleen.

Lucas esbozó una sonrisa triste.

—Yo también.

Colleen tragó saliva.

Ellen Forbes se quedó embarazada y Lucas se casó con ella. Algo lógico teniendo en cuenta su sentido del honor y de la responsabilidad... y el hecho de que era un hombre de familia.

Y supo, sin necesidad de que él lo dijera en voz alta, lo que debió de suponer para él la pérdida de aquel bebé. Lucas, que habría sido el mejor padre del mundo. Jamás habría abandonado a Ellen, no después de haber sufrido esa pena compartida.

—¿La querías? —le preguntó.

—Sí, por supuesto.

A ella nunca se lo había dicho. «Te quiero.» Ese pensamiento apareció de forma inesperada, y sintió un nudo en la garganta por culpa de las lágrimas. Lucas la miró con esos ojos cristalinos. Se acercó a ella, extendió un brazo y le limpió una lágrima que al parecer se había deslizado por su mejilla.

—Entonces, ¿por qué te has divorciado? —susurró.

Lucas miró al suelo y después la miró a ella de nuevo.

—Porque no la quería lo suficiente —contestó.

Y en ese momento le besó, por supuesto que le besó. Porque esas palabras le atravesaron el corazón, si bien fue una herida dulce y ardiente. Fue un beso tierno, delicado y casi tímido, como si le estuviera besando por primera vez de nuevo. Comprendió que a Lucas también le habían destrozado el corazón, si no había sido por su culpa, por la triste pérdida del bebé. Lucas había perdido tantas cosas en la vida...

Le enterró las manos en el pelo, ese pelo abundante, lustroso y ondulado, y separó los labios. Lucas tiró de ella para sentarla en su regazo, y le acarició la mejilla con la palma de la mano. Sus brazos eran seguros y fuertes mientras la atrapaban contra su musculoso torso. El cariz del beso cambió en ese instante. Menos dulce, más apasionado y maravilloso, porque así habían sido siempre las cosas entre ellos. Esa pasión descarnada que casi la levantaba del suelo con su fuerza. Eso era lo que anhelaba. Se preguntó cómo había podido sobrevivir tanto tiempo sin él, sin esa fuerza arrolladora y ardiente que hacía que su corazón se estremeciera. El roce áspero de su mejilla, el calor de sus manos, lo bien que encajaban su cuerpos... todo eso la hizo temblar.

«Ve despacio, ve despacio, ve despacio», le repetía su cerebro.

Se apartó de Lucas con la respiración entrecortada. Él tenía los párpados entornados, la respiración agitada y la miraba como ningún otro hombre la había mirado jamás.

«Eres mía.»

—No está mal, Español —dijo y él se echó a reír. Esa risa ronca y sensual. Siempre era capaz de hacerlo reír.

—Mía, ¿qué voy a hacer contigo? —susurró Lucas, que le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Otra vez con el nombrecito. Que no soy tuya. Soy de alquiler.

—No lo parece.

Las palabras le provocaron un incendio en el pecho.

—Definitivamente voy a escribir tu nombre en mi cuaderno.

Lucas sonrió, pero sus ojos mantuvieron una expresión preocupada.

—Dentro de poco regresaré a Chicago —dijo.

Eso agitó un poco el momento.

—Ya. Lo sé.

—Pero parece que no puedo mantenerme alejado de ti.

—No.

Hubo una pausa. Colleen oía los latidos de su corazón.

—¿Quieres que te deje tranquila, Colleen? —le preguntó.

Le estaba dando la oportunidad de apartarse o, al menos, de detenerse. Y sí, se sentía tan vulnerable y expuesta como un cachorrito recién nacido. Debería preguntarle por el futuro. Debería ir despacio, asegurarse esa vez en vez de saltar y...

Sin embargo, la última vez tenía el futuro totalmente programado. La casa, los niños, el plan. A lo mejor en esa ocasión era mejor... dejarse llevar.

Lucas la miraba con esos ojos oscuros entrecerrados, nunca se había parecido tanto a un pirata español como en ese momento, a punto de reclamar a su mujer.

—No. No me dejes tranquila —contestó, y su boca la devoró de nuevo.

Le introdujo las manos bajo el vestido y la aferró por las caderas para pegarla más a él al tiempo que sus lenguas se encontraban y entonces lo supo. Lucas era su hombre, no le cupo la menor duda. Por mucho que la asustara. Pese al riesgo de perderse de nuevo en las profundidades de ese abismo, era suya, simple y llanamente.

La puerta se estampó de repente contra la pared y apareció Connor.

—Coll, ¿dónde te has...? ¡Por el amor de Dios!

Colleen se levantó de un salto del regazo de Lucas y se bajó la falda.

—¡Estupendo! Esto es maravilloso —dijo su hermano, que le dio la espalda—. Paulie y Bryce han desaparecido y vosotros dos estáis aquí arriba, dándoos un revolcón. —Les dio un segundo más y después se volvió para mirarlos con desaprobación—. El Rey del Pollo quiere que le ayudes a encontrar a su princesa, Coll. ¿Te apetece ponerte las pilas?

* * *

Una cosa era la lógica, reflexionaba Lucas mientras bajaba la escalera detrás de los gemelos O'Rourke, y otra... eso.

No tenía sentido liarse con Colleen. No era un amor de verano, dulce y efímero. Colleen era una mujer para siempre. Y él se marcharía en breve, regresaría a su vida en Chicago, donde tanto había trabajado para construir algo. Una vida. Amigos. Una carrera profesional en la que lo respetaban. Allí tenía a su familia, a Steph y las niñas, a Frank y a Grace.

Y Ellen era, tal vez, su mejor amiga.

Colleen era Manningsport. Ella era el corazón del pueblo y jamás se marcharía, y él no se quedaría.

No quería hacerle daño otra vez. Nunca había pretendido hacerle daño.

Pero ya eran adultos. Podían hablar de las cosas. Podían lograr que funcionara de alguna manera.

Hasta que conoció a Colleen todo parecía... mancillado en cierta forma. Complicado. Su padre había sido un buen hombre, pero había acabado vendiendo droga. Solo había que preguntarle a la madre de cualquier adicto a la metanfetamina para saber lo buena persona que era Dan Campbell. Los recuerdos que tenía de su madre eran su imagen de persona enferma, frágil, el hecho de tratarla con cuidado y de no hacer mucho ruido. Steph... por supuesto que quería a Steph, pero hasta los últimos seis o siete años había sido un desastre de persona. Bryce era idiota, pero más bueno que un trozo de pan, y Joe era el tío incapaz de plantarle cara a Didi. Ellen era la mujer con la que había hecho su vida por culpa de las circunstancias y, por más que lo había intentado, no había logrado que funcionara.

Pero Colleen siempre había sido perfecta. Pura en el sentido más... Mierda, no sabía exactamente cómo explicarlo, pero así era.

Era imposible darle la espalda a algo así.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Ronnie Petrosinsky. Parecía furioso, como si Paulie fuera una quinceañera que se hubiera fugado con un estudiante mayor que ella—. ¿Está con el tonto ese, amigo tuyo?

—No estoy segura, señor Petrosinsky —respondió Colleen—. Pero ambos son adultos.

—¡No son adultos! —gritó el hombre—. ¡Ese Bryce es un inútil, y mi hija es una persona inocente, que ha llevado una vida muy protegida, Colleen! ¡No estoy contento! Si el tal Bryce la compromete, lo lleva muy crudo. ¿Crees que el Rey del Pollo se convirtió en rey sin un gran derramamiento de sangre?

Colleen se mordió el labio, tratando de parecer compungida (y de no reírse, supuso Lucas).

—No, no. Respeto su opinión, señor Petrosinsky. Pero los polluelos tienen que abandonar el nido en algún momento, ¿verdad?

—¡Mentira!

—Pero no creo que vayan a hacer algo...

En ese momento sonó un portazo y, de repente, aparecieron Paulie y Bryce.

Paulie llevaba el jersey del revés y tenía la cara colorada. Bryce estaba sudoroso y sonreía de oreja a oreja.

—Estás a punto de morir —murmuró Lucas.

—¡Colega! ¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó su primo.

—¡Paulina! ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? —bramó su padre—. ¿Qué te ha hecho?

—Hola, papá. Le estaba enseñando el gimnasio a Bryce.

—Es capaz de levantar mi peso —dijo Bryce—. A ver, lo que quiero decir es que es capaz de levantarme a mí tumbada en el banco.

—Y tú que pensabas que te iba a dejar caer —añadió Paulie, con una sonrisa radiante.

—¿Habéis estado levantado pesas? —preguntó Ronnie.

—Ajá —contestó Paulie—. Bueno, he levantado a Bryce. —Se puso colorada y miró a Bryce con una sonrisilla que él le devolvió.

«Vaya, vaya, vaya...»

Colleen miró a Lucas y enarcó una ceja en un inconfundible gesto de «te lo dije». No le quedaba más remedio que reconocer que llevaba razón.

—Bryce —dijo el señor Petrosinsky—, ya puedes marcharte.

—¡Papá! —exclamó Paulie—. Es mi amigo. No lo echas.

—Gracias, Paulie —replicó Bryce con una cálida sonrisa—. ¡Eres la mejor!

—Bryce, vete de aquí. —Ronnie se volvió hacia Paulie—. Tú. No quiero verte tontear más con este idiota. ¿Entendido?

—Papá —repuso Paulie—, tengo treinta y un años.

—Con esta cabeza de chorlito no.

Lucas se pasó una mano por la cara para ocultar una sonrisa.

Bryce parecía confundido.

—Colega...

Ronnie volvió la cabeza para mirar a Bryce con expresión asesina.

—No soy tu «colega». ¿Te parezco un vaquero o algo así? Porque no lo soy. Te prohíbo que veas a mi hija. —Miró a Paulie—. ¿Quieres un marido? Yo te buscaré un marido. Dmitri lleva años trabajando para mí. —Miró de reojo a Bryce—. Está al cargo del matadero. ¿Me entiendes, amigo? Paulie, si quieres casarte, Dmitri se casará contigo.

—¡Hala! —exclamó Bryce—. Nadie ha hablado de boda, señor Petrosinsky. Las cosas no son así. —Miró a Paulie de reojo—. Tengo novia.

Mierda. Lucas cerró los ojos.

—¿Cómo? —balbuceó Colleen—. No tienes novia.

—Claro que sí —la contradujo Bryce—. La mujer de la tienda de novias, ¿te acuerdas? ¿La novia? Dejó a su prometido y hemos estado saliendo. Está cañón.

—Bryce... —Lucas suspiró.

Pobre Paulie. Se llevó las manos a la boca y después las dejó caer. Tras darse media vuelta con gesto rígido, salió de la estancia, pero se detuvo al llegar a la escalera, se volvió y los miró con la cara demudada por el llanto.

«Mierda, Bryce», pensó Lucas. «Aunque fuera por una vez estaría bien que entendieras las cosas a derechas.»

—Oh, oh —dijo Bryce—. Bueno, mierda. Ahora me siento mal.

—Fuera —ordenó Ronnie.

Lucas se volvió hacia Colleen.

—¿Estás contenta?

—Déjame en paz —replicó ella, que se mordió la uña del pulgar—. No empieces.

Lucas la miró un minuto en silencio.

—Te llamo luego.

Ella le dirigió una mirada furibunda.

—Muy bien. Si no lo haces, ten cuidado. O te escupiré en la cerveza otra vez.

«Otra vez.»

Esa era su Colleen.

—No es culpa tuya —dijo Paulie, con los ojos llenos de lágrimas—. Nunca he tenido la menor oportunidad. Al menos hemos pasado tiempo juntos. —Tomó una entrecortada bocanada de aire y se hizo con el cubo del Rey del Pollo. *Rufus*, que odiaba que la gente llorase, gimió por la lástima (y por las ganas de pollo) desde donde estaba tumbado junto al perrillo de Paulie y dos de sus gatos.

—Paulie, lo siento muchísimo. —No tenía ni idea. Colleen le dio unas palmaditas a su amiga en la pantorrilla—. He hablado con Gwen y al parecer lo despidió al segundo día.

—Tranquila, no pasa nada, de verdad. —Sonrió, pero se atragantó un poco y empezó a comer de nuevo. En fin, comía por la ansiedad. Y ella no pensaba criticarla.

Era el día posterior a la fiesta. El Rey del Pollo la había echado de la habitación de su princesa la noche anterior, aunque Colleen estuvo despierta hasta las dos de la madrugada hablando con ella por teléfono. Esa mañana el señor Petrosinsky casi no la había dejado entrar en la casa, y no podía culparle.

—¿Quieres una alita de pollo? —preguntó Paulie con voz ronca—. Son las Haitianas con Salsa Yuyu y Doble Fritura para que estén más ricas.

—No, gracias. —Eran las nueve de la mañana, aunque el pollo olía muy bien. *Rufus* era de la misma opinión, porque se estaba relamiendo. El perro apoyó la cabeza en la espinilla de Paulie y la miró con su mejor cara de «Me llevan al matadero en una hora». Como de costumbre, funcionó. Paulie le dio un trozo de pollo, que él se tragó en un suspiro.

—Paulie... —Colleen hizo una pausa—. A lo mejor Bryce no es lo bastante bueno para ti. ¿Lo has pensado?

Paulie sacó un pañuelo de papel y se sonó la nariz con tanta fuerza que *Rufus* se sobresaltó.

—No, no lo he pensado porque lo es. Es gracioso y listo y amable y generoso.

—¿Estás segura? ¿No será que quieres que sea todas esas cosas? —Dio un respingo al decirlo, ya que no quería desilusionar a Paulie. Pero Bryce había hecho lo mismo de siempre: había escogido a una mujer superficial y atractiva para acostarse con ella en vez de ver que Paulie valía más que diez de esas mujeres juntas.

—Deberías verlo en la protectora de animales, Colleen —siguió Paulie, secándose los ojos—. ¡Es tan atento! A ver, es un trabajo de mierda, literalmente hablando, pero ¡le da igual! Les habla a los perros mientras lo hace, diciéndoles cosas como «Te mereces un sitio bien limpio, ¿a que sí, colega?». Y ha conseguido que adopten hasta el último animal desde que empezó a trabajar. Incluso ese apuesto boxer con displasia de cadera que mordía a todo el mundo. Lorena Iskin se lo llevó y el perro parece otro.

—No, eso se le da bien. Si fue él quien me consiguió a *Rufus*. Pero a lo mejor...

—Colleen, el problema es que él no cree que valga para nada. Cuando era un niño, siempre tenía a Lucas al lado, tan perfecto. Luego piensa en su madre, que básicamente le dice que solo tiene que vivir con ella para siempre y ser el niño de mamá. Su padre siempre ha sido muy gracioso y divertido, nunca le obligó a estudiar ni a conseguir un trabajo. Por eso siempre elige el camino más fácil. Porque nadie cree que puede enfrentarse a las cosas.

Caray.

—Nadie salvo tú.

—Sí. —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. No es solo por esos ojos azules. —Se llevó otra alita a la boca—. Aunque tampoco es que hagan daño.

Colleen inspiró hondo.

—¿Sabes qué? Creo que la novia esa no va a durar. La cosa acabará y nosotras...

Paulie tiró el hueso de pollo en el cubo.

—No, se acabó. No quiero seguir poniéndome en ridículo. Me queda algo de orgullo. No me quiere.

Esas palabras se le clavaron en el corazón.

—Paulie, no tires la toalla.

—Fue un buen intento —dijo ella con un suspiro—. Y te agradezco mucho la ayuda. —Paulie miró el cobertor: pollitos amarillos con flores rosas en los picos. Una cucada—. Bueno, Lucas y tú... parece que hay algo entre vosotros.

—No hay nada, solo el pasado —replicó Colleen.

—Pues eso no es lo que me parecía.

—En fin, estoy a punto de cometer una estupidez y conseguir que me rompan el corazón otra vez, si eso hace que te sientas mejor.

—Por favor... —dijo Paulie al tiempo que asía una alita con bastante violencia. *Rufus* y la *Señora Tuggles* la miraron esperanzados—. No seas tonta, Colleen. ¿Sabes lo que daría porque alguien cobrara vida cuando me mirase? A ver, que habría sido fantástico que fuera Bryce, pero me refiero a... ¡a cualquiera! ¡A cualquiera, Colleen! ¡Y tú tienes a un pirata guapísimo que te mira como si estuvieras desnuda y cubierta de nata! ¿Qué más da que las cosas no salieran bien la primera vez? ¿Qué más da, eh?

Colleen cerró la boca.

—Pues sí —susurró.

Paulie la empujó con fuerza.

—Fuera. Ve en busca de ese hombre y ponle el mundo patas arriba. Nos lo debes a todas las que estaríamos dispuestas a vender alguna parte del cuerpo con tal de conseguir un beso de un hombre como Lucas. O como Bryce. Así que vete y deja de protegerte de un posible corazón roto, porque, para que lo sepas, por una vez me encantaría poder tener el corazón roto porque alguien me ha querido y me ha dejado, y no tenerlo roto porque ni siquiera he conseguido subirme a ese tren.

* * *

Colleen tenía la cabeza hecha un lío en el trabajo. Le tocaba el turno del almuerzo ese día y la taberna de O'Rourke estaba llena de turistas y lugareños. Rafe estaba en la cocina, cantando ópera y dedicándole las canciones cada vez que entraba. Siguió la rutina de siempre, bromeando con el personal, alborotándoles el pelo a los niños, preguntándoles a los turistas qué viñedos habían visitado y sugiriéndoles lugares a los que ir si se cumplían las previsiones de lluvia.

A eso de las dos, cuando las hordas se fueron a los viñedos, al lago para navegar o a la cama para echarse una siesta, Colleen estaba limpiando la barra mientras la batidora chirriaba aniquilando más sandía para preparar el cóctel del día (mojitos de sandía, para morir de los buenos que estaban). Los únicos clientes eran una familia de suecos que estaba al fondo; Víctor Iskin, que iba todas las tardes para disfrutar de un descanso de su esposa; y Prudence y Carl Vanderbeek, que fingían ser desconocidos que echaban una partida de billar, aunque llevaban casados casi veinticinco años.

La puerta se abrió y entró su padre.

Qué raro. Normalmente solo iba al bar para recoger a Savannah, y en esas ocasiones le mandaba un mensaje desde el aparcamiento.

—Hola —lo saludó.

—Hola. ¿Está Connor?

—No, ha ido al mercado local.

—Ah. —Su padre se quedó quieto un segundo.

—Siéntate —le dijo—. ¿Quieres algo de beber? ¿Te traigo la carta?

—No, Colleen, no he venido para comer. Ya he comido.

Sí, por supuesto. Nunca comía en el bar, un hecho que la aliviaba y la molestaba a partes iguales.

—En fin, siéntate. Me estás poniendo nerviosa —dijo ella.

—Me voy a divorciar de Gail.

Mierda.

El padre sueco se acercó y le pagó la cuenta.

—Muchísimas gracias —dijo el hombre.

—¡Adiós! —corearon los niños, todos rubios y monísimos. La preciosa madre también se despidió con la mano.

—¡Adiós, guapos! —exclamó Colleen—. ¡Volved otro día! —Esperó a que se hubieran marchado para volverse hacia su padre—. ¡Mierda!

—Las cosas se han enfriado entre nosotros...

—Papá, ¿a quién le importa eso? ¿Qué pasa con Savannah?

Su padre la miró con expresión gélida.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Lo sabe? ¿Cómo lo lleva?

—Todavía no se lo hemos dicho. Estará bien.

—Seguro que sí, supongo. No quiera Dios que su estado emocional se interponga en tu camino. ¿Ya tienes una amante más joven?

—Colleen, no todo tiene que ver contigo, ¿sabes? Esperé a que Connor y tú fuerais mayores para divorciarme de vuestra madre. Creo que ya deberías haberlo superado. —Hizo una pausa—. Quería que lo supieras.

Tras decir eso, se dio media vuelta y se fue.

Colleen aflojó la mandíbula. El muy cabrito no había contestado a su pregunta de lo de la amante.

Savannah se iba a quedar deshecha. Sacó el teléfono móvil y le envió un mensaje de texto a su hermana: «¡Me he acordado de ti, Yogi! ¿Cómo te va el día? Bss.»

Un segundo después le llegó la respuesta: «¡Yo tb te echo de menos! ¡La fiesta fue estupenda! ¿Sabes qué? ¡He perdido 1 kilo!»

Colleen cerró los ojos. Una niña de nueve años no debería estar preocupándose por su peso. «Me muero de ganas de que llegue el viernes», le contestó. «¡Te quiero!»

Sonó el teléfono del bar, despertando a Victor.

—La taberna de O'Rourke, hogar de los mejores mojitos de sangría de todo el universo conocido.

—Soy Lucas.

El deseo la abrumó con rapidez.

—Hola.

—¿Cenamos esta noche? —Se oían martillazos de fondo, estaría en casa de su madre o en el edificio de protección civil.

—De acuerdo.

—Dime el sitio.

—Mi casa.

—Entendido. ¿A las siete?

—Estupendo.

Colgó. La conversación telefónica más corta del mundo, pero a ver... A Lucas nunca se le había dado bien lo de hablar. Iban a dormir juntos esa noche. Bueno, dormir, la verdad era que iban a dormir poco. Había llegado el momento.

Connor entró por la puerta cargado con lo que fuera que había comprado en el mercado local para el especial de ese día. Le bastó una mirada a su cara para detenerse en seco. La miró con el ceño fruncido.

—No quiero saberlo —dijo—. Quedas advertida.

—Gracias por la preocupación fraternal. Papá y Gail se van a divorciar.

—Ay, mierda —dijo su hermano—. Pobre Savannah.

—Lo sé. Papá se está comportando como el capullo que siempre ha sido.

—¿Por qué iba a cambiar? —Atravesó las puertas de vaivén que daban a la cocina, donde Rafe estaba limpiando las encimeras.

—Descanso para fumar para los guapos —anunció Rafe, que soltó la bayeta en el fregadero y recogió su mochila. Salió por la puerta trasera.

Colleen se sentó en una de las encimeras de acero inoxidable.

—Bájate de ahí —le ordenó Connor—. Hay personas a las que les preocupa cómo se prepara su comida, a diferencia de lo que te pasa a ti.

—Una vez me comí un helado de mantequilla de cacahuete que me encontré en la calle —repuso ella—. Y aquí me tienes, sigo vivita y coleando.

—Eso no hace que sea menos asqueroso. Venga, abajo. —Le dio un empujón hacia el taburete y luego roció la encimera con expresión martirizada y obsesiva.

—No me gusta Gail, bien lo sabe Dios —dijo Colleen—, pero no creo que a Savannah le vaya mejor si se divorcian.

—Supongo que le has preguntado a papá por qué se separan.

—Sí. No me ha contestado. Yo apuesto por la Amante Pibón 2.0 —dijo. Pobre Gail. Toda su identidad giraba en torno a ser la amante/esposa pibón... y aunque no era tan joven como antes, seguía siendo muchísimo más joven que su padre. Pobre Gail. Eso sí que era una novedad—. Con, ¿echas de menos al antiguo papá?

Su hermano dejó de limpiar de forma obsesiva y levantó la vista.

—¿Qué antiguo papá? Siempre ha sido un capullo, Coll. —Le dio un apretón en el hombro de camino al fregadero, donde empezó a enjuagar el cilantro.

—No siempre.

—Siempre. Pero como tú eras su favorita, no te dabas cuenta.

—No es tan sencillo. —Miró a su hermano a la cara. Estaba en el «trance de la comida», hipnotizado por los olores y las texturas de su trabajo—. ¿Por qué te has tenido que quedar con todos los genes zen? —preguntó ella.

—Y con los de la inteligencia, que no se te olvide.

—¿Es lo que te dice tu mujer? Ah, por cierto, ya sé quién es.

—¿En serio?

—Julianne, la de la biblioteca.

—No.

—Mierda, muy bien, me voy. Mónica y Hannah trabajan las dos esta noche, y también Annie, *la torpe*. Que te vaya bien.

Connor levantó la vista.

—Ten cuidado —dijo al cabo de un segundo.

—Sí. Nada de beber si voy a conducir, y nada de sexo sin protección.

—Y nada de atún.

—Entendido.

—¿Cocinas tú o él?

—Yo.

—Pobre Lucas.

—Oye, ¿por qué no nos preparas tú la comida? Puedo venir a recogerla antes de las siete.

Su hermano puso una cara descompuesta.

—No, Colleen. No pienso preparar la cena presexo.

—Podría ser postsexo.

—Me estás revolviendo el estómago.

—Muy bien —replicó ella—. No te necesito. Si se sabe leer, se sabe cocinar. No hace falta ir a una escuela de cocina. —Le sacó la lengua y le dio una colleja mientras se iba.

—Por cierto, no pienso volver a casa esta noche —gritó él—. Porque no tengo ganas de oír ni medio gemido.

—Por mí estupendo. Vete con tu amiguita. —Se detuvo en la puerta—. ¿Es Lorelei? Porque creo que haría muy buena pareja con Gerard.

—Largo de mi cocina. Y ten cuidado.

—¡No habrá atún para nadie! —exclamó al salir.

* * *

La lluvia anunciada empezó a caer sobre las seis.

El apartamento estaba en silencio. *Rufus* y ella habían salido a correr poco antes y su perro parecía estar sumido en un coma, muerto delante del sofá. No había música puesta porque tenía que concentrarse. Normalmente no pisaba mucho la cocina. ¿Para qué tener a un hermano cocinero si no podía comer de gorra? Pero en noches así quería prepararle a su hombre la cena.

—Si se sabe leer, se sabe cocinar —repitió en voz alta y después miró los ingredientes que había comprado.

El menú de esa noche era para impresionar, sí. De entrantes, ensalada de remolacha, almendras y queso de cabra; después irían unas vieiras a la plancha con reducción de vino blanco sobre un lecho de puré de nabo y patata, adornadas con eneldo fresco; un acompañamiento de zanahorias y chirivías asadas con queso curado rallado; y de postre, natillas de nata fresca con vainilla, decorada con frambuesas.

Tal vez se había pasado un poquito.

Frunció el ceño y repasó las recetas que había buscado en Internet. Mierda. Lo de las zanahorias tardaba tres horas en hacerse. ¿En serio? ¿Merecía la pena cocinar unas zanahorias tanto tiempo? A ver, sonaba todo muy pretencioso, ¿no? «Yo, la humilde zanahoria, que ha crecido en la tierra, exijo pasar tres horas en el horno.»

Y ya que estaba con verduras rebeldes... el nabo era grotesco y tenía un puntito homoerótico. El del supermercado tuvo que llevarla a la estantería donde estaban. Treinta y un años y no había visto un nabo en la vida, a pesar de que su gemelo consideraba que preparar la cena era lo mismo que realizar una operación a corazón abierto en un niño en mitad del campo después de un accidente aéreo.

Ah, en fin, había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Dado que el pescado crudo le revolvía el estómago, decidió cocinar las vieiras en primer lugar. Fundir la mantequilla (¡pan comido!), abrir el paquete y echar las asquerosas criaturas a la sartén. Hablando de estómagos revueltos, llevaba dieciocho horas sin hablar con Faith.

Buscó el teléfono, salió a la terracita y llamó a su amiga. La casa de Levi y de Faith estaba en la siguiente manzana, dos casas más allá, de modo que sus patios traseros casi se tocaban.

—¡Hola! —saludó cuando Faith contestó la llamada—. Estoy mirando tu casa. Si me compro un telescopio, podría espiaros sin problemas.

—Lo bueno pasó hace una hora, en cuanto ese hombre entró por la puerta —dijo Faith con voz alegre.

—Ains. ¿Cómo está mi ahijado?

—Por cierto, ya es oficial. Se lo hemos dicho a mi padre. Hubo lágrimas.

—¡Ay! ¡Si es que los Holland sois...! Por favor, pídele a tu padre que me adopte, ya que me dejó tirada por esa ama de llaves guarrilla.

—Pienso contarle a la señora Johnson lo que has dicho.

—Ni se te ocurra. —Oía la voz de Levi de fondo.

—Bueno, ¿qué hay entre Lucas y tú? —preguntó Faith—. No creas que no me di cuenta de que desaparecisteis durante una hora en la fiesta de ayer.

—Esto... va a venir a cenar.

—¿Es un eufemismo para el sexo?

—Seguramente. —Era segurísimo—. ¿Estoy haciendo el tonto, Faith?

Se produjo una pausa.

—No te imagino haciendo el tonto.

—Esa pausa me preocupa. —Vio al señor Wong, su vecino, haciendo taichí en su patio (o espantando un mosquito a cámara lenta)—. Puede que sea tonta. Lo nuestro no es algo seguro.

—¿Lo es alguna vez? A ver, que Jeremy y yo éramos algo seguro.

—Circunstancias atenuantes, guapa.

—Y durante un tiempo creí que Honor y Tom no llegarían a ninguna parte, pero míralos. Oye, ¿llevarás a Lucas a la boda la semana que viene?

—No lo sé. ¿Debería hacerlo?

—¡Sí! ¡Es muy romántico! Levi, ¿crees que Colleen debería ir con Lucas a la boda de Honor? Dice que sí.

Flotaba un olorcillo raro en el ambiente... alguien estaba quemando hojas o basura.

—Tendría que dejarte —dijo Colleen—. Tengo muchas cosas que hacer. Cosas con comida. También tengo que ponerme la ropa interior de guarrilla.

—Pásatelo bien —la animó Faith—. No eres tonta.

Colleen sonrió.

—Gracias, cariño. Hablamos mañana.

Se volvió, se quedó paralizada y luego salió corriendo.

No estaban quemando hojas. Se estaban quemando las vieiras.

Apartó la sartén del fuego. El olor era fuerte, pero no del todo asqueroso. Oía como a aceite chamuscado.

—¡Uf! —masculló.

En fin, los grandes cocineros eran innovadores, ¿no? Puso las vieiras sobre papel de cocina y las dejó para que se enfriaran... Joder, las zanahorias y las chirivías tenían que estar haciéndose ya, ¿no? Agarró otra olla, la llenó de agua, ya que pensó en cocerlas un poco para ablandarlas antes de asarlas. Y todavía le quedaba el estúpido puré. ¿A quién se le había ocurrido eso? ¿Habría sido tan difícil ir a un restaurante?

Cortó las zanahorias y las chirivías, pensando que así se harían más rápido, y las echó en la olla. Regresó a las vieiras. Les cortaría los trocitos quemados. Pero, a ver, ¿las vieiras ennegrecidas no eran algo bueno?

Hora de pedir refuerzos.

—Oye, —Con saludó.

—Estamos hasta la bandera. ¿Qué pasa?

—Vieiras ennegrecidas... ¿están ricas?

—Están perfectas. Adiós.

¡Estupendo! Decían que la necesidad era la madre de los inventos.

¿Quién decía que cocinar era difícil?

* * *

Una hora después, justo a tiempo, alguien llamó a la puerta.

Mierda.

—¡No entres! —gritó—. ¡No entres todavía! ¡Y no se te ocurra mirar por la ventana! Te arrancaré los ojos si lo haces. ¡Lo siento! Ha sonado muy mal. No era mi intención.

—¿Hay alguna manera de que «te arrancaré los ojos» no suene mal? —preguntó Lucas con voz risueña.

Esa voz era unos preliminares de la muerte. Ya podía causarle ella el mismo efecto, porque lo contrario no sería justo.

Claro que antes tenía que darle de comer. No estaba preparada para irse a la cama (necesitaba una hora más). Y antes de poder comer, tenía que... en fin, que librarse de las pruebas. Siguió agitando un paño delante de la ventana en su intento por eliminar el humo que invadía la cocina. ¿Quién iba a imaginar que asar remolachas era tan difícil? ¿Cómo se atrevían a ser tan difíciles? Ni que fueran la hortaliza más popular del mundo.

Rufius entró en la cocina, olisqueó las vieiras y agachó la cabeza antes de retroceder. Tal vez no fuera una buena señal.

No olía demasiado bien. Se apresuró a buscar velas perfumadas y las distribuyó por todos los rincones del apartamento.

Lucas volvió a llamar.

—¿Colleen? ¿Va todo bien?

—¡Deja de atosigarme! ¡Ya sé que estás ahí! Dame... dame un segundo.

—¿Seguro que estás bien?

—¡Sí! ¿Por qué lo preguntas? Todo va bien. Es que... me estoy cambiando, nada más.

Y sí, tenía que cambiarse de ropa, porque en ese momento llevaba una camiseta de la taberna de O'Rourke manchada de vieiras, de remolacha y de un montón de cosas más con unos pantalones de deporte que le había robado a Connor el mes anterior y a los que les había cortado unos diez centímetros de bajo, algo que no era tan sexi como parecía.

El humo se iría solo. Tenía que ponerse guapa. Se quitó la camiseta y pisó a *Rufius*.

—Lo siento, guapo.

—¿Has dicho algo? —preguntó Lucas. Parecía que se estaba riendo.

—¡Cierra el pico! ¡Tú espérame! —La camiseta se le enganchó en la pinza del pelo, dándole un buen tirón, y se golpeó la rodilla con el marco de la puerta, claro que eso fue antes de caer sobre la puerta y hacer que esta golpeará con fuerza la pared.

—¿Colleen?

—¡Ya voy! No te alteres.

Siete minutos después, estaba un pelín sudorosa pero absolutamente divina, gracias a Dios. Vestido negro ceñido, pelo suelto (aunque le olía un poco a vieiras chamuscadas), un poco de brillo de labios, pendientes largos de plata y descalza, porque se había tirado agua hirviendo en un pie y sus zapatos de entra a matar ya le hacían daño sin heridas previas.

Ah, vaya. Necesitaba echarse una siesta. Y que viniera el cuerpo de bomberos.

Pero no, no, Lucas estaba allí. Su primer y único amor y blablablá, y sí, estaba emocionadísima. Habría sido agradable poder darse una ducha, pero a ver... ¿Qué podía hacer una? Abrió la puerta.

—Hola —lo saludó, intentando poner una pose sensual, y la voz le salió más ronca, sí, gracias a la inhalación de humo—. Pasa.

Rufius empezó con su serenata al visitante. ¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuuuuuuuuu!

—Huele muy bien —dijo Lucas—. ¿Estabas quemando plumas?

—Calla. Estará buenísimo. Se me ha quemado algo un poquito. Una tontería. ¿Quieres una copa de vino?

—Me parece que lo voy a necesitar. —Le ofreció un ramo de rosas amarillas.

—Gracias —dijo ella.

Eran sus preferidas. Se había acordado.

Ains.

Lucas observó la cocina.

—Madre mía, cómo está esto. ¿Has preparado la cena para toda la población de China?

—¿Quieres comer o no? —preguntó ella.

Pero, sí, podía ver la cocina a través de sus ojos. Platos, ollas, cuencos, espátulas, tres sartenes, una olla de hierro fundido, varias varillas batidoras y tres bandejas de horno. Ah, y el bate de béisbol que había usado al no encontrar un rodillo de cocina.

—¿Cuántas personas vienen a comer? —quiso saber él.

—Solo tú. —Sirvió dos copas de vino y apuró la suya, después se la rellenó y le dio a Lucas la primera—. Bueno. ¿Qué te cuentas? Ay, mierda, ¡me he olvidado de esas remolachas arrogantes! Ve al salón y no me molestes. ¡Lo siento! Lo decía con cariño. Vete. Ya. Vamos, estoy perdiendo la guerra.

—¿Quieres que te ayude, Colleen?

—¡No! Tú vete. Ráscale la barriga a mi perro.

Se fue, seguido por *Rufius*, y Colleen se puso un guante de horno, sacó la remolacha (parecían briquetas de carbón, por el amor de Dios, a lo mejor se sentía mejor después de comer algo ^o no había sido una buena idea). La bandeja de Pyrex se le escurrió de las manos y cayó contra la puerta del horno, derramando la mitad de su contenido carbonizado.

—¡Estoy bien! —gritó—. ¡No entres!

Cuarenta y cinco minutos después, con la sensación de haberse enfrentado a un regimiento de gorilas rabiosos, se sentó a la mesa.

—Ensalada de remolacha con queso de cabra y almendras tostadas sobre un lecho de rúcula —anunció.

No tenía hambre, no después de haber visto comida de sobra para durar una eternidad, pero a ver... a lo mejor se sentía mejor después de comer algo.

Intentó cortar la remolacha. Estaba un pelín más dura de lo que debería estar. Había eliminado las partes achicharradas y tenía el requerido color sanguinolento, pero no estaban muy tiernas que se dijera. Siguió intentándolo. No, nada. ¿Tal vez si hacía más presión? El cuchillo se rompió y ella golpeó la mesa con fuerza, desplazando los platos.

Lucas enarcó una ceja, el Príncipe de las Tinieblas en Versión Sardónica, pero no habló.

En fin, ¿y una almendra? Las almendras eran criaturas inofensivas. Salvo que esa parecía petrificada. Pues el queso de cabra. Eso al menos estaba buenísimo. Un trocito se le cayó del tenedor y salió disparado derecho a su canalillo. Colleen optó por fingir que no se había enterado.

Lucas sonrió.

—¿Cómo te ha ido el día, cariño? —le preguntó.

—De maravilla —contestó él, que intentó cortar una remolacha y, al no conseguirlo, pinchó algo de rúcula, masticó y se tragó el bocado con un buen sorbo de agua. A la cárcel con ella, no era temporada de rúcula, ¡de acuerdo! Estaba amarga—. ¿Cómo está Paulie hoy?

—Triste. Hambrienta. —Colleen lo intentó con otra almendra. Joder, estaba más dura que una piedra. Con suerte no se había roto una muela—. ¿Qué tal Bryce?

—Desempleado una vez más.

—Sí, ya me he enterado. —De la cocina les llegó un ruido, como si se descorchara una botella.

¡Mierda! Había subido el fuego de las vieiras para que se calentaran, ya que a lo mejor las había preparado demasiado pronto (como dos horas antes de tiempo).

—Vuelvo enseguida.

Descubrió que las vieiras podían estar correosas, quemadas y crudas a la vez. El puré de nabo y patata tenía la consistencia del agua; tal vez no debería haber hervido tanto los ingredientes, pero solo quería acelerar el proceso. Las zanahorias y las chirivias estaban bien, si a uno le gustaban las verduras insulsas y pasadas.

Ah. Había una vieira diminuta que solo estaba chamuscada, no cruda. Se la comió y puso cara de asco por el sabor carbonizado, y también oyó el inconfundible sonido de la arena al ser masticada.

—Está todo riquísimo —dijo Lucas—. A lo mejor podemos salir a por unas hamburguesas después.

Cerró los ojos, derrotada.

—De acuerdo, es un desastre. De nada.

—Te lo agradezco mucho. Te mereces un sobresaliente por el esfuerzo. La próxima vez cocino yo para ti.

Lo miró con los párpados entornados.

Cuando el Príncipe de las Tinieblas sonreía, las mujeres de todo el mundo deberían ponerle un candado a sus partes íntimas.

La recorrió una corriente eléctrica, casi dolorosa por su intensidad.

Sus partes íntimas no iban a cerrarse con candado, de eso nada.

—He tenido cierto éxito con el postre —dijo ella.

—Pues vayamos a por el postre.

—¿Te parece que salgamos de la zona cero y comamos en el salón?

—Me parece estupendo.

Lucas se hizo con las copas y la botella de vino, y ella recogió las velas que no conseguían disimular el olor a quemado para dejarlas sobre la mesita auxiliar. Al menos olía mejor en esa estancia, y era muy acogedora y estaba ordenada, salvo por las revistas que *Rufus* parecía haberse comido y regurgitado mientras ella se peleaba con las verduras. Suspiró y regresó a la cocina en busca de servilletas de papel.

—Deja que lo haga yo —se ofreció Lucas.

—Tú estate sentadito y muy mono.

La lluvia arreciaba, y su repiqueteo era un sonido precioso, interrumpido de vez en cuando por algún que otro vehículo al pasar por la calle. *Rufus* se pegó a Lucas y le mostró sus partes sin vergüenza alguna.

Colleen pasó de su perro guarrillo (aunque lo entendía a la perfección) y entró en la cocina; se lavó dos veces las manos en el fregadero atestado y después sacó las natillas del frigorífico y sirvió dos porciones, que decoró con las frambuesas. Precioso. Al menos podrían comer eso. Daba pena como cocinera, pero el postre se le daba bien. Mandaba la necesidad, o eso decía la teoría.

Volvió al salón con dos ramequines y decidió que no todo estaba perdido. Allí estaba Lucas, sentado en el suelo delante del sofá, rascándole la barriga a su perro.

—Puedes sentarte en el sofá, que lo sepas —le dijo.

—Estoy bien aquí —repuso él.

Sí, lo estaba. Aunque estaría mucho mejor en su cama.

Se llevó una cucharada de natillas a la boca, que por desgracia llevaba una frambuesa. Una frambuesa que no había masticado. Se produjeron unas cuantas toses agónicas.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Estupenda —jadeó ella al tiempo que buscaba un pañuelo de papel para secarse los ojos—. Bien, bien. Todo va bien. Si puedes ahogarte, puedes respirar. —Se atragantó otra vez, sin querer—. ¿Lo ves?

Lucas esperó a que ella respirase más o menos con normalidad antes de seguir comiendo natillas. Que estaban buenísimas, por cierto.

Un relámpago iluminó el salón, seguido por un trueno a lo lejos, y, joder, *Rufus* odiaba los truenos. Como era de esperar, el perro se puso en pie de un salto, tirando las natillas de Lucas al suelo y corriendo hacia el abdomen de Colleen.

—¡No, precioso! ¡No! ¡Tranquilo! ¡No pasa nada! —Se quedó sin aliento cuando el perro le clavó la cabeza en el estómago en busca de refugio—. Ya vale, bonito.

Abajo. —El perro gimió y se estremeció—. Tranquilo —masculló mientras intentaba levantarse, una tarea nada fácil con setenta kilos de mamífero aterrado sobre el regazo—. Tengo un tranquilizante para él.

Auuuuuuuuuu, gimió su adorada mascota.

—Ven aquí, bonito —dijo Lucas, que se levantó. Le quitó el perro de encima y ella consiguió ponerse en pie para correr a la cocina. Por san Patricio bendito... el follón que tenía montado allí parecía haber aumentado. Tardaría semanas en limpiar.

Dio con la medicina de *Rufus*, se aprovisionó con mantequilla de cacahuete y regresó al salón.

—Aquí tienes, bonito. A dormir. Sí, qué perrito más bueno.

El perro lamió, obediente, con expresión trágica, y ella se arrodilló a su lado para abrazarlo.

—Qué bueno es mi perrito. Vamos, a la cama. —Lo condujo al dormitorio, le ordenó que se tumbara y luego le acarició la enorme cabeza hasta que cerró esos preciosos ojos.

Perro listo. Bendito fuera el veterinario que le recetó las pastillas. Actuaban deprisa y no dejaban efectos secundarios, duraban lo justo para una tormenta. Por desgracia, su vestido negro estaba cubierto de pelo gris, claro que ese era el precio a pagar por tener perro. Facturas astronómicas de la tintorería.

Lucas había recogido las natillas y volvía a estar sentado en el suelo delante del sofá.

—Ven aquí —le dijo al tiempo que daba unas palmaditas al espacio que tenía al lado.

—Sí, un segundo —repuso ella, que se sentó en su lado. Porque, la verdad, estaba muerta de hambre y a ella al menos le quedaban natillas.

Se metió unas cucharadas en la boca (alimento para el ejercicio que se avecinaba, por favor, Señor) y lo miró.

Ese día no se había afeitado y una sonrisa asomaba a sus labios. Sus manos, esas manos grandes y preciosas, descansaban sobre su regazo, y la camisa le brillaba a la titilante luz de las velas.

Había llegado el momento. La adrenalina le corrió por los brazos y las piernas... y por sus partes íntimas.

Y sí, Colleen O'Rourke sabía lo que estaba haciendo en la antigua alcoba (o salón, lo que fuera). Cierta que casi todo lo que sabía lo había aprendido del hombre que tenía delante, pero tal vez pudiera enseñarle un par de cosas.

Se colocó a gatas y empezó a gatear hacia él, como en esa película tan subida de tono cuyo título se le escapaba. Le crujió la rodilla (aunque seguramente Lucas no se enteró) y el pelo le cayó por la cara (¿Era erótico o solo servía para que no viera un pimiento?). Se lo apartó con lo que esperaba que fuese una mirada ardiente (pero la rodilla le dolía bastante), perdió el equilibrio y se ladeó un pelín (muy poco, a lo mejor ni se notaba) de modo que golpeó la mesita auxiliar.

Y como esa noche la suerte le había dado la espalda desde el principio, dos de sus velas con olor a limón (que le habían costado diecisiete dólares cada una), cayeron al suelo y se produjo una pequeña deflagración (porque acababa de provocar un incendio).

—¡Ah, por favor! —gritó—. ¡Esto es muy injusto!

Lucas agarró un cojín y apagó las llamas. Era el cuadrante azul tan bonito que tanto le gustaba a *Rufus*, el que tenía los volantitos. Unos volantitos que se estaban derritiendo y cuyo olor se sumaba al delicioso aroma a quemado que parecía flotar en su apartamento. Tiró el vino al cojín, se oyó una especie de siseo, subió una columna de humo y se acabó.

Lucas miró debajo del cojín.

—Ya no hay fuego.

—Ah, estupendo. Al menos no vamos a morir esta noche. Algo que celebrar.

Lucas miró el cojín medio derretido y después a ella.

Hora de admitir la derrota. Colleen suspiró y se sentó sobre los talones.

—Normalmente se me da mejor —le aseguró.

—No quiero saber lo que haces normalmente —replicó él. Acto seguido, le tomó la cara entre las manos y la besó, y, ay, Dios, su boca, y el repiqueteo de la lluvia y

el recuerdo de los dos juntos, de cómo encajaban, de la suavidad de sus labios y del roce de esa barba de dos días, de su olor a limpio...

La pegó a su cuerpo, le enterró las manos en el pelo y le dio un tironcito, de modo que su cuello quedó expuesto a sus besos y al roce de sus dientes contra ese punto tan sensible sobre la clavícula, y ella se estremeció de placer. Le metió las manos bajo la camisa, con ansia, y exploró su piel ardiente y aterciopelada. No recordaba cómo se respiraba, porque unos jadeos apresurados brotaban de su boca, y lo besó con ansia, con pasión, mientras lo estrechaba entre sus brazos y se pegaba a él. Lo besó hasta que Lucas la tumbó en el suelo tras apartar el cojín medio derretido.

Y, por el amor de Dios, lo maravilloso que era tenerlo encima, por fin, otra vez. Era tan duro, tan sólido y tan increíble que todo su cuerpo se había convertido en una masa palpitante, y por fin, por fin, volvían a estar juntos, Lucas y Colleen, como estaba escrito.

Lucas se levantó y tiró de ella para llevarla al dormitorio. Sonó un trueno que sacudió toda la casa, pero *Rufus* seguía roncando en su cama.

Y de repente se sintió nerviosa.

A pesar de haber estado con él tantas veces en el pasado, a pesar de saber perfectamente qué hacer con un hombre, pese a todo eso. No estaba hablando de un hombre cualquiera. No se trataba de cualquiera.

Era el único hombre que había significado algo para ella.

La dejó sentada en la cama y la miró, con sus ojos negros de español insondables a la tenue luz del anochecer. Le tomó la mano y le besó la cara interna de la muñeca, y volvió a mirarla mientras le acariciaba con el pulgar el punto que le acababa de besar. Y ella se dio cuenta, de repente, de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te he echado de menos —susurró, y él volvió a incorporarse y la besó con muchísima ternura antes de enjugarle las lágrimas y besarla una vez más.

—Ah, Mía —susurró—. Yo también te he echado de menos.

A continuación, Lucas le bajó la cremallera del vestido y se lo apartó de los hombros, haciendo que la tela se deslizará por su cuerpo hasta caer al suelo. Tenía las manos ásperas por los callos, pero eran cálidas y sabían lo que hacían, y le acariciaron la piel en busca del cierre del sujetador, que le quitó. La boca de Lucas se detuvo en su cuello, en sus hombros, y Colleen sintió que la sangre le corría como lava dulce por las venas.

Eso era el amor. Eso era lo que había echado en falta las veces anteriores, cuando intentó dar con lo que Lucas y ella habían tenido.

Con razón nada había funcionado. Nadie era Lucas.

Abrió los ojos al darse cuenta de que él se había detenido. Después, sonrió, un asomo de sonrisa nada más, y esa sonrisa le provocó una cálida oleada en el corazón. Se dejó caer en el colchón y tiró de él, con las manos en su cinturón.

—Conquistame, Español —susurró antes de morderle el lóbulo de la oreja, y su carcajada fue como un trueno que resonó en su corazón.

Lucas se despertó alrededor de medianoche. Ya no llovía y una brisa fresca agitaba las cortinas. Gracias a la suave luz de las farolas, vio que Colleen estaba dormida como un tronco boca abajo, con la boca entreabierta, seguramente con algún hilillo de baba, el rímel corrido y el pelo alborotado y enredado. Toda una belleza, en otras palabras.

Diez años antes se había casado con otra mujer. Le había roto el corazón y se había largado, dejando tras de sí los destrozos.

Sin embargo, allí estaba, contemplándola. Le apartó el pelo de la cara. Ella gimió y le dio un manotazo, tras lo cual se dio media vuelta, ofreciéndole la imagen de sus hombros y de más pelo enredado.

Olía a limón, a pesar de haber provocado casi un incendio esa noche. Apoyó la frente en su nuca. Le dio un beso en el hombro. Y luego otro. Al que siguió un tercero. Consiguió que exhalara un pequeño suspiro.

El rabo del perro de Colleen comenzó a golpear el suelo.

Lucas la rodeó con un brazo. Su pecho encajaba a la perfección en su mano, era suave, turgente y...

—Oye, perverso, deja de manosearme.

—Imposible, Mía. Has sido creada para que te manoseen.

Colleen rodó sobre el colchón, abrió los ojos y le besó al tiempo que se colocaba sobre él, le rodeaba con brazos y piernas y le estrechaba contra su cuerpo. Su generosa, preciosa y sonriente Colleen. Lucas no perdió el tiempo, se limitó a colocarla de espaldas sobre el colchón, haciendo que sus carcajadas se convirtieran en un jadeo y después en un suspiro, y después que pronunciara su nombre.

Cuando le sonrió de nuevo, con las mejillas sonrojadas y la piel brillante por el sudor, le dijo:

—Vístete, bombón. Me muero de hambre.

Con *Rufus* ocupando el asiento trasero de la camioneta, pusieron rumbo al Rey del Pollo más cercano, que estaba abierto hasta las 2.00 de la madrugada, y le pidieron al agobiado adolescente que atendía el mostrador una ración de Texas Cowboy Grande y Abundante Extra Picante (¡Frito en manteca de verdad!). Colleen le dio a Lucas indicaciones para llegar a una colina en cuya cima se extendía un prado donde se oía croar a las ranas arborícolas y donde las luciérnagas revoloteaban y relucían a miles.

Lucas sacó de la parte trasera de la camioneta una de las lonas que siempre llevaba consigo, así como la manta que habían traído del apartamento de Colleen, y lo dispuso todo en el suelo, tras lo cual alejó a *Rufus* de la comida.

Comieron y contemplaron las luciérnagas, bañados por la luz de la luna creciente. Oyeron que un búho ululaba desde algún lugar cercano y que otro le contestaba. Un olor dulzón flotaba en el aire y el pollo estaba buenísimo, aunque les estuviera robando varios años de vida.

Era uno de esos momentos perfectos de la vida, como la época previa a que su madre enfermara, cuando la familia fue al lago y él buceó por primera vez, logrando que Stephanie le vitoreara cuando salió de nuevo a la superficie y que sus padres aplaudieran. O como la vez que consiguió un *grand slam* contra el mejor lanzador del equipo rival y lograran cuatro carreras con su bateo en su primer año de instituto, uno de los pocos partidos a los que su padre pudo asistir. O como la primera vez que besó a Colleen y supo lo que había estado tratando de obviar: que era la mujer de su vida.

La mujer de su vida le sonrió en ese momento y le dio otro mordisco al poco saludable pollo. Acto seguido, se limpió las manos en una de las múltiples servilletas que les habían dado en el Rey del Pollo. Lucas se acostó en el suelo con la cabeza en el regazo de Colleen y ella le acarició el pelo de forma distraída. Se sentía como si hubiesen regresado al pasado, cuando ella era lo único real, incondicional y suyo en la vida.

Tendría que irse con él a Chicago. Tendría que hacerlo. Podría ser feliz allí. Tendría que serlo.

—¿Sabes algo sobre las constelaciones, Español? —le preguntó ella, mirando el cielo.

—No.

—Yo tampoco. —Sonrió y se acostó a su lado. El perro se acercó y se dejó caer a su lado, si bien colocó la cabeza en el regazo de Lucas—. Bueno, en cuanto a... esto. A nosotros...

—Sí. En cuanto a esto.

Colleen respiró hondo y después soltó el aire despacio.

—Vamos a dejarnos llevar esta vez.

—¿Qué significa eso?

—No quiero darle demasiada importancia.

—Colleen...

—Vamos a vivir el presente. Porque ahora mismo me parece perfecto y no quiero estropear las cosas haciendo planes.

Lucas se incorporó para apoyarse en un codo y la miró a la cara. Estaba seria, pero no triste.

Colleen extendió una mano, le acarició los labios, trazando su forma con las yemas de los dedos, y esbozó una sonrisilla.

—No es que no te quiera, Español —le dijo—. Es que ahora soy más lista.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso, a vivir el momento. A disfrutar del presente. Del día a día. A mirar a ambos lados antes de cruzar la calle. A no usar los dientes como herramientas. —Le enterró la mano en el pelo y le dio un tirón a un mechón—. No quiero estropear lo que sea que haya entre nosotros planeando las cosas a largo plazo. Sé por qué estás aquí y sé que no vas a quedarte, y no quiero que pienses en eso ahora. —Apartó la mirada y le rascó la cabeza a su perro.

—Colleen, podrías...

—Chitón. ¿No sabes que soy la reina de las relaciones esporádicas? Disfruta conmigo.

La sonrisa de Lucas se esfumó.

—Esto no es algo esporádico —refunfuñó.

Los ojos de Colleen se llenaron de lágrimas.

—Ten cuidado con lo que me dices, Lucas —susurró.

—Esto no es algo esporádico —repitió él.

—No tienes por qué...

—Colleen. Esto no es algo esporádico —insistió, enfatizando cada palabra.

—Muy bien. Eres un dictador. Que lo sepas.

En ese momento la besó con dulzura, la saboreó y ella separó los labios al tiempo que le enterraba las manos en el pelo.

—Como me rompas el corazón, le digo a este perro salvaje que te destroce —le advirtió, hablando contra sus labios—. Y después azuzaré a Connor para que se encargue de lo que quede de ti. Y le daré tus restos al Rey del Pollo, que...

—¿No te vas a callar nunca? —le preguntó él, que le dio a su boca otra ocupación mejor, y se besaron, y se besaron. Un duelo de lenguas y dientes, labios y susurros, y sí, también hubo alguna que otra sonrisa. Introdujo la mano bajo su camiseta para acariciar la suave piel de su pecho, y disfrutó al notar cómo contenía la respiración—. Hace mucho tiempo que no pasaba la noche fuera de casa con una mujer —comentó.

—¿Y con un hombre?

Lucas soltó una carcajada.

—Con un hombre tampoco.

—¿Te acuerdas de aquella vez que sacamos la barca de mi padre, nos quedamos dormidos y nos despertamos en Urbana?

—Me acuerdo de tu sujetador negro —contestó—. El que tenía una florecilla rosa delante. —Le desabrochó los *jeans*.

—Y aquella vez en Chicago cuando vimos los fuegos artificiales. También estuvimos fuera toda la noche.

—No recuerdo los fuegos artificiales. Recuerdo que aquella noche hiciste algo que no habías hecho nunca.

Colleen se puso colorada.

—¿Ah, sí? Yo no recuerdo nada.

—Será un placer refrescarte la memoria. Estábamos tú, yo, tu boca y...

—Muy bien, muy bien, ya me acuerdo. Y si eres bueno, a lo mejor hasta me dan ganas de repetirlo.

—Seré muy muy bueno. Creo que ya te lo he demostrado. Dos veces.

—Vaya por Dios. Modesto, baja, que sube... Ah, estupendo. —Dejó de hablar en cuanto Lucas le metió la mano por debajo de los *jeans*.

Lucas volvió la cabeza para mirar al perro.

—Largo de aquí —dijo, y *Rufus* se levantó de inmediato con cara de dolido.

—Has herido sus sentimientos —murmuró Colleen.

—Lo superará —replicó él—. Pero yo no lo superaré si no te desnudo ahora mismo.

Colleen le quitó la camiseta.

—A ver si te callas y vamos al lío, Español. —Sonrió—. Y deja de reírte o nos va a oír alguien. Estamos en un sitio público. Nos pueden arrestar por conducta inmoral.

—Vamos a intentarlo con ahínco —replicó Lucas al tiempo que le quitaba los *jeans*.

Un buen rato después, cuando la hubo adorado lo suficiente y la dejó trémula, sin fuerzas y con los ojos cerrados, la tapó con la manta al sentir que su respiración se relajaba y apoyaba su peso en él. Las estrellas brillaban en el firmamento, era una noche cálida y oscura, y llegó a la conclusión de que en ese momento tenía todo lo que deseaba en la vida.

Colleen se subió a su Mini unos días más tarde, canturreando. Porque, sí, la vida era bella. La vida era prácticamente perfecta, de hecho. *Rufus* parecía darle la razón. El perro le apoyó la enorme y pesada cabeza en el hombro para ver mejor el camino.

Felicidad. Dicha absoluta, tal vez. Había olvidado lo que era estar con un hombre que la... que la conocía de verdad. Durante los años que Lucas y ella habían estado separados, sus relaciones con los hombres habían sido frívolas por lo general. El problema no era que no quisiera encontrar a alguien, porque sí lo quería. El problema era su capacidad para decir a los diez segundos si había potencial o no.

Nunca lo hubo, de modo que se aseguró de que en las contadas ocasiones en las que el coqueteo pasó a un plano físico, fuera con alguien que no pudiera salir mal parada. En otras palabras, no se lió con la gente del pueblo. Solo le faltaba haber tenido algún rollo con Levi, por ejemplo. Lo veía todos los días y se había casado con su mejor amiga. Tom Barlow le hacía tilín, pero en cuestión de segundos se dio cuenta de que *a)* necesitaba una amiga al otro lado de la barra y *b)* no estaba emocionalmente disponible... A menos que una se llamase Honor Holland, algo que no se cumplía en el caso de Colleen.

De ahí que se liara con Greg, el camarero del Hugo's el verano anterior, y con hombres así. Una aventura. Y la verdad, admitió en ese momento, no merecía la pena esforzarse en una aventura. Porque estaba el sexo y después estaba Lucas.

Lucas, que se tomaba su tiempo. Cuya sonrisa bastaba para aflojarle las rodillas y para que sus partes íntimas se derritieran. Cuyas manos eran fuertes y cuyo cuerpo era cálido y fuerte y...

—¡Mierda! —gritó, dando un volantazo—. Lo siento, *Rufie*.

La calle estaba atestada de vehículos. ¿Había algún funeral o algo? ¿Una boda? ¿Un *bar mitzvah*? ¿Cómo no se había enterado ella, que lo sabía todo?

Ay, Dios. El camino de entrada de su madre estaba atestado y la camioneta de Lucas estaba encerrada. *Rufus* soltó un ladrido contento (el muy perro siempre a la caza y captura de más beicon) y entró a paso ligero en el patio trasero.

Ajá, el equipo menopáusico se había reunido en todo su esplendor en el patio trasero, y desde luego que sus filas habían aumentado exponencialmente. Su madre, la señora Johnson, Carol Robinson, Laura Boothby, Cathy y Louise. Supuso que el ser lesbianas no implicaba que no supieran apreciar a los hombres guapos. Faith también estaba allí.

—¿No deberías estar comiéndote con los ojos a tu marido? —preguntó Colleen.

—Viene de camino. Para dirigir el tráfico —respondió Faith—. En teoría yo he venido a por la señora Johnson para poder cenar todos juntos, pero dice que no se mueve de aquí.

—No hasta que no me quede más remedio —dijo la aludida, que apartó su bebida de la enorme lengua ladronzuela de *Rufus*.

Bryce Campbell estaba sirviendo un líquido fluorescente verde lima de una jarra. Descamisado. Louise le estaba dando propina.

—¡Hola, Coll! —la saludó él con alegría.

—¿Seguimos con el espectáculo de *striptease* masculino? —preguntó Colleen.

—Por favor, no seas tan mojigata —repuso su madre—. Es el último día de Lucas. —Su madre señaló el tejado con el vaso de plástico.

Allí estaba él, en todo su esplendor obrero. Y aunque la había dejado muy contenta, en múltiples ocasiones, la noche anterior, Colleen sintió que todas sus partes íntimas se tensaban, se hinchaban, florecían y hacían la ola.

—Hola —la saludó él.

—Ay, por el amor de Dios, esa voz —dijo Carol—. Lucas, di mi nombre. Di: «Carol, sigues siendo una mujer guapa». Dilo.

—Creía que tenías a Jeremy Lyon para eso —repuso Colleen.

—Cierra la boca, Colleen —ordenó Carol—. Tengo que animarme de alguna manera.

—Carol, sigues siendo una mujer guapa —dijo Lucas con una sonrisa de pirata.

Carol soltó un chillido, se puso a reír como una loca y después le ofreció el vaso vacío a Bryce para que se lo rellenara. Él la obedeció mientras le guiñaba un ojo a Colleen.

—Ah, Colleen —dijo Carol—. Te he buscado una casa para que le echés un vistazo. Puede que esta sí sea perfecta, y ni siquiera se ha puesto a la venta todavía. He pensado que debería darte preferencia.

Por algún motivo esas palabras le provocaron una punzada.

—¿Dónde está? —preguntó al tiempo que miraba de reojo a Lucas. Lo encontró arrodillado en el tejado, haciendo algo en la base de la chimenea.

—En Ivy Lane. La casa de los Lowenstein.

—¡Ah, esa casa es preciosa! —exclamó la señora Johnson—. Las rosas, las hortensias, ¡el porche acristalado del patio trasero!

Colleen conocía la casa, una preciosidad de piedra salida de un cuento de hadas. Desde luego que tenía un jardín precioso y un patio delantero con mucha sombra. Y un arroyo en la parte posterior de la propiedad.

—Gracias, Carol. Le echaré un vistazo.

—Pues esto está listo, Jeanette —anunció Lucas—. Ya he terminado aquí arriba.

Hubo un coro de protestas y clamores del equipo menopáusico.

—Ni siquiera te has quitado la camiseta —se quejó Carol.

Lucas suspiró.

—Es muy duro que te conviertan en un objeto sexual de esta manera —protestó.

—Buuuuuu —gritó Colleen—. Tú hazlo, Español.

Lucas sonrió, suspiró y obedeció. Y recibió un aplauso fervoroso.

—Diez dijo —su madre.

—Diez —repetieron Carol y la señora Johnson.

—Nueve y medio —dijo Colleen. No quería que se le subiera a la cabeza.

—Jeanette, ¿tienes licencia para esto? —Levi Cooper se acercó, meneando la cabeza—. Señoritas, me han decepcionado muchísimo.

—Quítate la camisa, Levi —dijo Carol—. A ver qué tienes.

—Inapropiado, Carol —replicó él, que miró a Faith—. Hola, preciosa.

—El amor —dijo Jeanette con un suspiro—. Señora Johnson, tiene mucha suerte de estar a punto de tener nietos. —Le lanzó una mirada elocuente a Colleen, que luego clavó en Lucas—. No me importaría que dejaras embarazada a mi hija, Lucas.

—Muy bien, todo el mundo en dique seco —interrumpió Colleen—. Levi, haz el favor de comprobar si están sobrias, ¿quieres?

Bryce se acercó a ella poniéndose la camisa.

—Coll, ¿tienes un minuto? —le preguntó.

—Claro, hombre. —Se alejaron unos metros de las mujeres, aunque no antes de que Laura Boothby le metiera diez dólares en el bolsillo.

—A ver... todo este asunto con Paulie... Me siento fatal.

Colleen suspiró.

—Ya. Le gustas mucho.

—Supongo que por eso adoptó todos esos animales —dijo él con el ceño fruncido.

—Ajá.

La miró con una sonrisa triste.

—No le caigo bien a demasiada gente.

—¿Qué dices? Le caes bien a todo el mundo.

Bryce se encogió de hombros.

—En fin, puede ser. Es que... ya sabes. Dejo de caerles bien cuando me conocen y descubren que soy... en fin, que soy guapo y tonto. Nadie me vuelve a mirar después de eso.

—¡Bryce! No eres tonto.

—Por favor. ¿Te has parado a pensar en mí?

Ahí le había dado.

—Me despidieron de la tienda de vestidos de novia —siguió él—. Y la novia en cuestión volvió con su marido. Prometido. O lo que sea. Al final no resultó tan divertida.

—Si te sirve de algo, Bryce, a Paulie le gustas de verdad. No porque seas guapo. Y ella no cree que seas tonto.

—Bueno, ahora sí, seguro —repuso él—. La cosa es que me preguntaba cómo le iba. La llamé el otro día y le dije que me gustaría que pudiéramos seguir siendo amigos.

—¿Qué te contestó?

Bryce jugueteó con un botón de su camisa.

—Me dijo que tenía que madurar. Pero lo dijo con muy buenas palabras. No me sermoné.

—¿Crees que tiene razón?

—Seguramente. —Sonrió—. En fin, debería irme. Nos vemos, Colleen. —Se alejó, y Colleen no pudo reprimir la lástima que sintió por él.

—Hola, bombón.

Miró hacia atrás y allí estaba Lucas.

—Español. —Una sensación cálida se extendió por su estómago.

—¿Estás ocupada después? —preguntó él al tiempo que se ponía la camiseta. Una pena.

—Siempre estoy ocupada —murmuró ella.

—¿Quieres venir a mi casa cuando dejes de estarlo? Así podrás prenderle fuego a mi apartamento esta vez.

—¿Es una metáfora para hablar de sexo?

—Ajá...

—En ese caso, sí.

La abrazó con fuerza, le dio un beso brusco y fugaz, la magreó un poco y se alejó, mirándola con una sonrisa por encima del hombro.

Ains.

Quince minutos después, cuando el equipo menopáusico estuvo organizado (y Levi le puso una multa a Carol por aparcar delante de una boca de riego), su madre le dio a *Rufus* un tercer trozo de beicon, puso las manos en jarras y miró a Colleen.

—Bueno, ¿te vas a quedar o no?

—Ay, qué bonito, mamá. ¿Por qué? ¿Tienes planes?

—La verdad es que sí. —*Rufus* robó una cuarta tira de beicon antes de lamer la mano de su madre.

—¿Te vas a clubes de *striptease* con Carol?

—No, tengo una cita.

—¿Stan, Stan, *el Peludo*, va a tener una segunda oportunidad?

—No, eso se acabó. Me mandó una foto de su cosa, y si te pareció que su espalda era peluda, entonces...

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

—Ay, para ya.

—No, para tú. Por favor te lo pido.

—Muy bien. —Su madre miró el reloj—. Tengo una cita y tú seguro que tienes planes con Lucas. ¿Os vais a casar o qué?

—Ahora mismo tenemos una relación puramente física.

Su madre enarcó una ceja.

—Claro.

Colleen se encogió de hombros y apartó la vista.

—No lo sé, mamá. Ahora mismo no pienso mucho en el futuro.

—*Carpe diem* y tal, ¿no? —preguntó su madre.

—Exacto. No comas atún.

Su madre esbozó una sonrisa desvaída.

—En fin, vete. Es hora de que te largues. Fuera. Adiós, cariño. No te olvides de tu perro. —Acompañó a Colleen a la puerta principal—. Ya no vienes nunca.

—Cuesta sentirse bien recibida cuando estás a punto de echarme a patadas... —Sonó el timbre—. ¿Será el hombre misterioso? —preguntó Colleen. Abrió la puerta principal—. Hola, soy la hija. —Se le congeló la sonrisa antes de desaparecer por completo—. Pero supongo que ya lo sabías. —Su padre estaba en la puerta, con un ramo de flores—. Esto va a acabar como el rosario de la aurora —dijo Colleen.

* * *

Fue algo inesperado, le dijeron sus padres. Era todavía demasiado pronto. Solo estaban tanteando el terreno. Pero era evidente que tenían un pasado.

—¡Sé que tenéis un pasado! —rugió Colleen—. ¡Yo soy vuestro pasado!

Se le hacía rarísimo que los dos estuvieran en el estudio de yoga/refugio de artista/porche/lo que narices hubiera hecho Lucas. La última vez que estuvieron allí juntos fue cuando su padre les informó con gesto adusto de la existencia de *el Zorrón* y de su embarazo, mientras su madre sollozaba de forma inconsolable y Connor lo miraba blanco como el papel.

Connor, al menos, estaba en el bar en esa ocasión. Un cabrón con suerte.

—Creía que te alegrarías —dijo su padre.

Colleen lo miró, hizo ademán de hablar pero después cerró la boca.

—No sé cómo me siento —replicó—. No puedes deshacer todo lo que ha pasado, papá. Ahora tienes a Savannah. Han pasado diez años. Además, ¿estáis mamá y tú juntos? ¿O solo estás celoso porque ha empezado a salir con otros hombres?

Su padre miró a su madre, cuya expresión no dejaba traslucir demasiado.

—Siempre he querido a tu madre.

Colleen resopló.

—Es verdad.

—La querías tanto que le pusiste los cuernos. La querías tanto que la convertiste en el hazmerreír del pueblo mientras tu mujercita, esa tan joven, y tú os mudabais a una casa más grande aquí mismo porque ni siquiera tuviste la decencia de irte a otra ciudad; la querías lo bastante...

—De acuerdo, Colleen, ya conocemos tu opinión al respecto —la interrumpió su madre—. Te agradezco la preocupación y comprendo que tienes que expresar lo que sientes, pero tal vez deberías hacerlo de forma más positiva y saludable.

—Deja de comprar libros de autoayuda.

—He descubierto que el *kickboxing* ayuda mucho.

Colleen suspiró.

—Tengo que ir a ver al abuelo. Tu padre, papá, por si se te ha olvidado. Vamos, *Rufus*.

Sería bonito, pensó mientras se dirigía a realizar su turno en Rushing Creek, tener una familia normal. Como Faith: tres hermanos, un padre perfecto, una madrastra agradable, una sobrina, un sobrino. En cambio, tenía a dos chalados por padres, una madrastra vestida como una prostituta adolescente y un abuelo mudo cuyo pobre cuerpo se negaba a rendirse. Al menos contaba con Savannah y con Connor.

Y tal vez también con Lucas.

Claro que esa idea era peligrosa. Durante diez años le había ido bastante bien a la hora de evitar que le rompieran el corazón y sin romper ella ninguno. Y no tener el corazón roto... no estar totalmente arruinada... era mejor que la alternativa.

Unas cuantas noches después, Colleen se recogió el pelo en un moño dejándose unos cuantos mechones sueltos y se puso los pendientes de cristales de Swarovski que le había regalado Connor para su cumpleaños en un extraño arranque de atenta metrosexualidad. Había elegido un vestido rojo para esa noche (por el mito de las mujeres vestidas de rojo y tal), con escote delantero recatado, pero con la espalda al aire, y largo hasta los pies. Los tirantes iban atados detrás del cuello, así que con suerte Lucas podría darle un tironcito a la lazada después, cuando estuvieran solos, y quitarle dicho vestido en un pispás. O lentamente. Despacio y sin prisas. Su boca podría seguir la dirección que había seguido el vestido... y con suerte no se habría afeitado, porque le encantaba sentir el roce áspero de su barba contra la piel; el contraste de sus labios suaves y firmes; la ardiente y húmeda...

—¿Estás lista? —gritó Connor desde el conducto de la colada, que hacía las veces de portal mágico entre sus respectivos apartamentos.

—Llevo lista veinte minutos —mintió—. ¿Estás listo tú? ¿Vamos a recoger a tu cita? Podrías decirme quién es.

—No va a venir.

—¡Connor! Te odio.

—Y yo a ti más —replicó él, sonriéndole a través del conducto—. Voy arrancando.

Colleen le tiró a la cabeza la toalla húmeda y cerró la portezuela del conducto.

—Adiós, amigo —le dijo a *Rufus*, que mordisqueaba con aire triston su hueso de plástico—. Te quiero más que a Connor. Mucho más. —Y con esas palabras, bajó la escalera, acompañaba por el taconeo de sus sandalias de tiras, que eran divinas.

* * *

El granero de Viñedos Blue Heron estaba precioso esa noche. El cielo lucía un precioso tono azul pizarra, en los árboles brillaban guirnaldas de luces, ¡y las flores! Laura Boothby se había superado. La luz de las velas titilaba en el interior, iluminado también por las lámparas fabricadas con botellas. Era tan romántico y bonito que Colleen sintió un nudo en la garganta por la emoción.

Bien por Honor, que había elegido una boda por todo lo alto. Se lo merecía... todos esos años viviendo con su padre, defendiendo el fuerte y encargándose del aspecto empresarial de Viñedos Blue Heron. La mayoría del pueblo hacía negocios con Honor, que sería una presidenta estupenda si quisiera, y todo el mundo apreciaba a Tom, el británico reubicado y entregado por completo a Charlie, el adolescente que iba a ser su padrino esa noche. Ella también apreciaba mucho a Tom, a quien conoció ese mismo invierno, la primera noche que pasó en el pueblo. Efectivamente, Tom le regaló una sonrisa mientras la saludaba con la mano.

¡Ajá! Connor estaba hablando con Jessica Dunn.

—¡Hola, Jess! —la saludó—. ¿Eres la mujer misteriosa de Connor? Si es así, deberíamos hablar.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia... —murmuró Connor.

—Yo también me alegro de verte, Colleen —replicó Jess con sequedad.

—Eso es un sí, ¿verdad? Lo sabía. Escúchame. Seré una cuñada estupenda, puedes ponerlo en la columna de las cosas positivas de mi hermano, para compensar sus muchos defectos. Y quiero que sepas que llevo años hablándole bien de ti.

—No estamos saliendo —dijo Jess.

—¡Mierda! —exclamó Colleen—. Bueno, si te lo piensas mejor, cuenta con mi bendición. Que lo sepas.

Se sentaron cerca de la primera fila. Al fin y al cabo, Jessica trabajaba en Viñedos Blue Heron.

Y también lo hacía su madre. Todo el personal de Viñedos Blue Heron, tanto los que trabajaban a jornada completa como los que lo hacían a tiempo parcial, había sido invitado, pero su madre «tenía planes». Y esos planes seguramente estuvieran relacionados con su padre. Seguro que era algo repulsivo.

No le había dicho nada a Connor sobre lo de sus padres, en un rarísimo caso de secretismo entre gemelos. En primer lugar, porque se pondría furioso. En segundo... Bueno, porque esperaba que se les pasara pronto la efervescencia. Su madre acabaría recapacitando y se daría cuenta de que su padre seguía siendo... aún era... lo que fuera.

Pero claro, ella los entendía.

¿Cuántas personas tenían una segunda oportunidad con su primer amor?

Y hablando de primeros amores... Se puso de puntillas para echarle un vistazo a la multitud.

—¿Me estás buscando? —preguntó esa voz. Pillada.

—No. Estoy buscando al señor Holland. Llevo enamorada de él desde los ocho años. —Se volvió y se quedó sin aliento—. Español, no es justo que seas tan guapo —dijo y sí, le tembló un poco la voz.

Lucas no replicó, se limitó a mirarla de abajo arriba con esos ojos tan negros como... como... como el café o lo que fuera. Esa noche no estaba muy fina en el apartado del pensamiento racional. Por decirlo suavemente, bastaba una mirada de Lucas para derretirla.

Lucas la tomó de la mano y se la besó. Pronto acabaría muerta por la lujuria, pensó. Y menuda manera de morir.

Se sentaron con los demás invitados. Tom y Charlie estaban de pie junto con el reverendo Fisk y con una versión más baja y mayor de Tom, que debía de ser su padre, quien había viajado desde Inglaterra.

En cuanto sonó la música, Jack Holland entró acompañado por la señora Johnson. Los seguían las damas de honor, Faith, Pru y la hija de esta, todas preciosas vestidas en distintos tonos de lavanda.

Y después llegó Honor del brazo de su padre, y Colleen miró a Tom. Era lo que más le gustaba, observar al novio cuando veía a la novia por primera vez, y Tom no la defraudó. Pareció quedarse atónito e incluso se llevó una mano a la boca. Después, bendito fuera, se echó a llorar. Charlie, su padrino, le pasó un brazo por los hombros y sonrió.

Honor estaba espectacular, y Colleen se sintió orgullosa en parte, porque había sido ella quien la había maquillado esa misma tarde. Estaba radiante, la verdad, mientras miraba a Tom, con una sonrisa que dejaba a la vista sus preciosos hoyuelos. Parecía tan enamorada que a Colleen también se le llenaron los ojos de lágrimas. El vestido de novia era fantástico. De color marfil y corte imperio, increíblemente romántico y vaporoso, con una caída maravillosa hasta los pies. Llevaba el collar de perlas de su madre, sus joyas preferidas, y los pendientes a juego. Todo muy sencillo, clásico y bonito. ¡Ah! E iba descalza, de manera que por debajo del vestido se le veían las uñas de los pies pintadas de rosa. Un toque divino, en opinión de Coll.

En ese momento el señor Holland besó a la novia e intercambió un apretón de manos con el novio, tras lo cual se limpió las lágrimas y se sentó para que la ceremonia diera comienzo.

Lucas no le soltó la mano en ningún momento y, aunque intentó evitarlo, no pudo controlar sus pensamientos, que se desbocaron con el tema de las bodas. Pensamientos sobre el matrimonio y, lo que era mejor, sobre los maravillosos días que Lucas y ella podían pasar... tal vez en la preciosa casita de piedra que Carol le mencionó el otro día. Despertarse los domingos por la mañana, hacer tostadas francesas y disfrutar de un café en el patio enlosado. Un niño de pelo oscuro, o tres. Sería maravilloso.

Tom besó a su mujer y los invitados estallaron en vítores.

Lucas fue la cita perfecta durante toda la noche. No hablaron de Bryce y Paulie, menos mal, porque de esa manera Lucas no señaló que había estado en lo cierto desde el principio. Tonteó con ella y se pasó toda la velada mirándola con esa expresión tan sensual y ardiente. Bailó con ella (no un pasodoble, que era lo que Colleen

había sugerido, arrancándole una carcajada, pero de todas formas Lucas lo hizo bien).

—¿Cómo está Joe? —le preguntó mientras bailaban *What a Wonderful World* de Louis Armstrong—. Lo vi el otro día en el hospital.

La mirada de Lucas se ensombreció.

—No muy bien. El cáncer avanza muy rápido.

A Colleen se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento mucho.

—Parece ser que no podrá divorciarse de Didi.

Le habló del tema. Cinco abogados distintos le habían dicho lo mismo. Colleen apoyó la cabeza en su hombro. Pobre Lucas, estaba a punto de perder a alguien más.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —dijo, al tiempo que se apartaba para mirarlo—. Amenázala con echar por tierra su reputación. Seguro que no le haría ni pizca de gracia que la gente supiera que Joe quería divorciarse, aunque no lo consiga. Sobre todo no querrá que se entere Bryce. A lo mejor lo hace si le aseguras que lo mantendrás en secreto. Después, cuando él... se vaya, que ella explique las cosas como le dé la gana.

Esos ojos de pirata sonrieron y al cabo de un segundo lo vio sonreír también con los labios.

—Eres un genio, Colleen O'Rourke.

—Me lo dicen siempre —replicó.

—No me extraña.

—También me dicen que soy «guapísima» y «una fiera en la cama».

—Doy fe.

—Y también la dan...

—No quiero escucharlo —la interrumpió él con un deje enfurruñado en la voz—. Lo único que quiero oír es que nunca me has olvidado.

—Bueno. Si prefieres pensar eso...

—Es cierto.

Colleen sonrió.

—Digamos que sí por el bien de tu enorme ego. —Colocó de nuevo la cabeza en su hombro. La culpa le provocó un hormigueo en las rodillas y su sonrisa desapareció.

Se había acostado con otros hombres. No con muchos, pero si Lucas llegaba a enterarse de...

—Damas y caballeros, ha llegado el momento de que el padrino haga el brindis —anunció el pinchadiscos, interrumpiendo el rumbo de los pensamientos de Colleen.

Estaba en una boda con Lucas, y él la quería. Estaba casi segura. Desterró de su mente cualquier otro pensamiento, más complicado.

Brindaron por los novios y comieron tarta, y después de que Connor y ella se marcaran un bailecito hortera, y Emmaline Neal (que tomaba St. Germain con vodka) hubiera atrapado el ramo de la novia, Lucas por fin la miró y le dijo:

—Vente a casa conmigo.

Era una orden. La aterciopelada promesa de algo delicioso.

Colleen aferró a Connor del brazo.

—¿Te importa sacar a Rufus por mí? —le preguntó.

—Esto es lo peor. Campbell, escúchame —masculló su hermano—. Como le rompas el corazón, te mato. Lo digo en serio. La última vez...

—Muy bien, muy bien, gracias por compartir tus sentimientos —lo interrumpió ella—. Adiós, Con.

Se despidieron de la feliz pareja y de los Holland, y se internaron en la oscuridad de la perfumada noche. Desde el lago les llegó el sonido de un trueno lejano, y al instante un relámpago iluminó la parte inferior de los grises nubarrones. La lluvia haría acto de presencia esa noche.

—Es bonito que Connor y tú estéis todavía tan unidos —comentó Lucas mientras descendían por La Colina de vuelta al pueblo.

—Pues sí. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

—El vuelo desde Chicago solo es de una hora.

—Lo recuerdo. —De BuffaloNiagara a O'Hare... ¿Cuántas veces lo había hecho?

Pero un momento. ¿Qué estaba diciendo?

Allí estaban, frente a los apartamentos Opera House. Lucas bajó, le abrió la puerta y sonrió. Ella intentó devolverle la sonrisa.

El vuelo era de una hora... ¿Quería decir que ella fuera de visita? ¿Para verlo? ¿O que viajara hasta el pueblo para ver a Connor?

En fin. Ya lo hablarían dentro. O no. Tal vez esa fuera precisamente la conversación que deberían evitar.

Subieron hasta el segundo piso. Lucas se volvió para besarla y le colocó una mano en la nuca.

—Esta noche me lo he pasado muy bien —murmuró.

—Pues la noche está a punto de mejorar —replicó ella.

—Me alegra oírlo. —Lucas abrió la puerta y se apartó. Siempre había hecho gala de unos modales perfectos. Esos padres suyos habían hecho un gran trabajo.

Colleen entró y después retrocedió de un salto, sorprendida, al tiempo que soltaba un chillido. Había alguien dentro.

Alguien rubio. Una mujer.

Una mujer embarazada.

—Ellen —dijo Lucas—. No te esperaba.

Ay, mierda. Lo último que Lucas necesitaba era la tensión que palpitaba entre las dos mujeres, pero allí estaba, en mitad de la habitación, como una serpiente enroscada.

—¿A alguien le apetece tomar algo? —preguntó. No era muy elegante tener a su ex embarazada sentada en el sofá—. ¿Colleen? —La miró y estaba blanca.

—Nada, gracias.

Ellen se puso en pie.

—Yo ya estoy servida. —Miró a Colleen—. Soy Ellen Camp... Forbes —se corrigió—. Nos conocimos cuando fuiste a ver a Lucas a la universidad.

—Sí, me... me acuerdo. Estás embarazada. No lo sabía. Enhorabuena.

Ellen sonrió.

—Gracias. Mi prometido y yo estamos emocionados.

—¿Vas a casarte?

—Sí. El uno de septiembre, los gemelos nacerán a finales de noviembre.

—¿Gemelos? —exclamó Colleen—. Estupendo. *Mazel tov*.

—Gracias. —Sonrió. Lucas—, lamento mucho haber venido. Alguien cometió un error con mi reserva y reservaron mi habitación dos veces. La otra pareja ya la había ocupado. Te llamé, pero no contestabas. La señora del hotel conoce a la dueña del edificio, así que me dejó entrar cuando le dije quién era. —Hizo una pausa—. Supuse que podría quedarme en el dormitorio de invitados esta noche.

Maravilloso. Lucas miró a Colleen, que seguía allí plantada, en silencio. Aquello pintaba mal. Fatal.

—Sí —dijo, al darse cuenta de que no había contestado—. Claro que puedes quedarte.

—Es evidente que estoy alterando tus planes. Lo siento. —Miró de nuevo a Colleen con una sonrisa.

Colleen salió de su trance.

—No, no, no... no pasa nada. Ya hablaremos, Lucas. Esto... Ellen, encantada de verte. —Tras decir eso, se dio la vuelta y se fue. A toda prisa.

Lucas miró a su ex.

—Vuelvo enseguida. La acompañaré a casa.

—Tómate el tiempo que necesites. Lo siento muchísimo.

—No, no. A veces pasan estas cosas. Ponte cómoda.

Cuando salió a la calle, Colleen ya iba por el centro de la plaza. Corrió para alcanzarla y la agarró del brazo. Ella se zafó.

—Vaya, tu ex ha venido de visita. Gracias por habérmelo comentado.

—Colleen, deja de correr. No es para tanto.

—¿En serio? Porque para mí lo es. Y encima está embarazada. Joder.

La obligó a detenerse.

—Mía, no...

Colleen siseó.

—No es el mejor momento para que me llames así, Lucas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Colleen se detuvo delante del monumento a la Guerra de Secesión y soltó ese suspiro tan femenino que proclamaba que «los hombres son imbéciles».

—Lucas, en primer lugar, la mujer por la que me dejaste está aquí.

—No te...

—Y en segundo lugar, está comprometida. Y embarazada.

—Muy bien. ¿Y eso por qué es un problema?

Otra mirada asqueada.

—Así que solo... querías...

En fin, mierda. Se había puesto a llorar.

—Colleen —murmuró—. Cariño.

—¡Cierra el pico! ¡No me vengas con cariños! ¿Cómo te atreves a decirme eso? Ella siguió con su vida, encontró a otra persona y va a tener un bebé... pero ni siquiera entonces... ¿es que no pensaste en mí? ¡No! No pensaste en mí hasta que me tuviste delante de las narices.

—Lo que estás diciendo está tan alejado de la verdad que hasta tendría gracia.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevas divorciado?

—¿Oficialmente?

—¡Sí! ¡Oficialmente!

—Dos años. —Hizo una pausa—. Y tres meses.

—¿Y por qué no me llamaste hace dos años y tres meses? ¿O hace dos años? ¿O hace un año? ¿O hace seis meses? ¿Por qué solo te has molestado en volver a pensar en mí ahora, cuando Joe te necesita y Ellen espera gemelos con otro hombre?

Mujeres. Le vendría de perlas tener un decodificador para entenderlas.

—No se trataba de que no pensara en ti. Es que no pensaba que fuera a tener...

—No le vengas con excusas a la reina de las excusas, Lucas. ¿Sabes cuántas veces he oído a los hombres soltar esas paridas? Un trillón de veces, que lo sepas.

—Colleen, no lo conviertas en algo que no es. Mira, ahora estamos juntos los dos. ¿Verdad?

—¡Yo no soy quien tiene a una embarazada en su apartamento, Lucas!

Una pareja ya mayor paseaba a su perro y lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Va todo bien, Collie? —preguntó el hombre.

—La verdad es que no, Bob, pero ¡gracias por preguntar! —respondió ella—. Hola, Sue. Hola, *Muffin*.

Lucas esperó a que la pareja entrase.

—Sí, Ellen está en mi apartamento. ¿Debería decirle que duerma en la calle?

—Tú... y o... Es... ¿Sabes qué? Que te den. Vuelve con tu ex, que es perfecta en todos los sentidos, no es un desastre, ni una histérica, ni una camarera tonta.

—No eres una camarera tonta. Colleen, tranquilízate.

—¿Sabes por qué creo que estás conmigo, Lucas? Porque estoy aquí. Tú estás aquí por tu tío, estás triste y, ¡oye, mira por dónde, si es tu antigua novia! ¡Anda, y sigue soltera! Y es fácilona, al parecer, porque, a ver, ¿cuánto tiempo has tardado? ¿Tres semanas en bajarme las bragas?

—Más de cuatro.

—Más de cuatro. Vaya. Soy tan eficaz como un cinturón de castidad. También soy muy conveniente, Lucas. Tu mujer se divorció de ti y encontró a otro, y tú te interesas por mí ahora. Y ni siquiera has venido por mí. Lo sabía. Soy idiota.

—Colleen, no seas ridícula. —Mala elección de palabras, tal vez, porque ella le contestó enseñándole el dedo corazón antes de alejarse hecha una furia—. No eres

conveniente —le gritó a su espalda—. ¡Eres de lo más inconveniente, Colleen! —Nada—. Te llamaré mañana, cuando te hayas tranquilizado.

Y tampoco fue lo más inteligente. En esa ocasión el gesto fue mucho más creativo.

Lucas suspiró y se pasó una mano por el pelo. Había sido una noche fantástica hasta hacía quince minutos.

En fin. Ellen sí que estaba en su apartamento, y era abogada, y su tío moribundo necesitaba un abogado, y Colleen podría... podría...

Era imposible que creyese que aquello era lo más conveniente.

Corrió las dos manzanas hasta la casa de Colleen. Vio luz en su dormitorio, aunque la planta baja estaba a oscuras. Con un poco de suerte su hermano no saldría para darle una paliza.

—¡Colleen! —le gritó a su ventana.

No obtuvo respuesta, aunque la enorme cabeza de su perro apareció por la ventana.

—¡Colleen!

—¡Como no te calles, llamo a la policía! —masculló ella—. Es un vecindario tranquilo. —Levantó la mosquitera y sacó la cabeza para mirar a la puerta de al lado—.

Lo siento, señor Wong. Es el idiota de mi novio. ¿Tiene un arma? Para espantarlo o herirlo un poquito.

—Lo siento, Colleen —respondió su vecino—. Soy antiarmas.

—Qué pena. Perdón por el escándalo. —Se volvió hacia Lucas—. ¿Qué?

—No te enfades conmigo, so inconveniente.

—Estoy enfadada. Déjame tranquila.

—¿Puedo llamarte?

—No. Estoy a punto de comerme una tarrina entera de helado de Ben & Jerry. Déjame tranquila.

—¿De qué sabor?

La pregunta le arrancó una sonrisa, aunque ella la borró enseguida.

—De mantequilla de cacahuete.

—Yo prefiero el de café.

—Pues cómprate una tarrina a ver si te atragantas.

Sonrió al escucharla.

—Duerme bien, Mía.

—No pienses que te vas a librar de esta porque me estás haciendo una serenata en plan Romeo, Español. Estás a punto de romperme el corazón. Lo presiento.

—Te equivocas.

—Largo. —Se metió en la casa y bajó la mosquitera—. Llámame mañana.

* * *

En su apartamento, Ellen se había preparado unos huevos revueltos.

—Ahora como por dos. Pienso aprovecharme de ese tópico durante todo el embarazo, que lo sepas. —Se llevó un bocado a la boca y sonrió—. Siento haberte estropeado los planes. ¿Está bien?

—Está bien —mintió él.

—Sigue siendo guapisísima.

No quería hablar de Colleen con Ellen.

Habían hablado de ella en una sola ocasión, porque no hacerlo, jamás, habría hecho que pareciera más importante. Que lo era, pero ¿qué podía hacer él? Quería que su matrimonio funcionase, suponía que había quemado todos sus puentes con Colleen y no pensaba suspirar por su amor de instituto cuando Ellen se había mostrado sincera, decente y amable en todo momento. Así que le habló a su mujer de Colleen y le dijo que era el típico amor de juventud, muy intenso pero que se consumía solo.

En resumidas cuentas, mintió.

—Háblame de Joe —le dijo ella mientras sacaba su portátil ultrafino—. ¿Cómo está?

—Sigue yendo a diálisis —contestó Lucas—. Puede... puede que le queden unas pocas semanas.

Ellen lo miró con una sonrisa comprensiva.

—Muy bien —dijo—. Esto es lo que he sacado en claro acerca de lo del divorcio. —Hizo una pausa—. Por cierto, mi padre te echa de menos.

Lucas asintió con la cabeza.

—El Cambria está casi listo —comentó—. Hablé con los diseñadores de interiores ayer.

Ellen le miró con expresión tolerante.

—No me estaba refiriendo a eso. Te quiere como si fueras su hijo, nada lo cambiará. Ni siquiera Steve.

—No, supongo que no.

—En fin —dijo ella con una sonrisa—. Pronto volverás a Chicago.

Por algún motivo, las palabras le sonaron un tanto... ufanas.

Puesto que Lucas estaba ocupado con su exmujer, con el tío Joe y con Bryce, con el edificio de protección civil, asegurándose de tener el pelo bonito, ondulado y arrogante, y con el resto de las cosas en las que empleaba su tiempo, Colleen hizo lo que siempre hacía cuando estaba estresada: limpiar.

—¡Mierda! —dijo Connor cuando la vio restregar la barra con su queridísimo limpiador con aroma de limón—. ¿Qué ha hecho? ¿Lo mato?

—No me tientes —respondió ella—. ¿Cómo está la preciosa Jessica? ¿Seguro que no estáis saliendo?

Connor se apoyó en la parte de la barra que ya estaba limpia.

—Así que no quieres hablar de Lucas ni de cómo te advertí de que esto no iba acabar bien, ni de...

—Oye, tú, desgraciado. Solo porque nacieras tres minutos antes no quiere decir que lo sepas todo.

—¿Estás segura? Porque sí que lo sé. Al menos en lo que se refiere a ti.

—¡Hola! —Savannah entró en la taberna de O'Rourke ataviada con una falda muy corta que le quedaba estrecha y uno top de encaje. Obra y gracia de la tarjeta de crédito de Gail, sin duda alguna. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados—. Mamá me ha dicho que me quede con vosotros mientras ella va a hablar con el abogado. —Y con eso, estalló en sollozos.

Una vez que Connor y ella la tranquilizaron con las frases típicas y le administraron una buena dosis de la tarta de queso y caramelo de Rafe, Colleen se la llevó a su apartamento. *Rufus* seguro que la animaba, o al menos moriría en el intento.

Sin embargo, recordaba bien la época en la que su vida familiar se desmoronó y, en fin, ella era mucho mayor que Savannah. Todo iba a cambiar para ella: las vacaciones, los fines de semana, la vida hogareña... pudiera ser que incluso tuviera que cambiar de casa. ¿De dónde era Gail, por cierto? No le sonaba que fuera de Nueva York.

Le pintó las uñas a su hermana (Gris Piel de Zombie) y dejó que ella a su vez le pintara las de los pies (Fucsia Furcini). Vieron juntas un episodio de *Bob Esponja* y Savannah se quedó dormida en el sofá, bajo la atenta vigilancia de *Rufus*.

Pobre niña. Estaba agotada de tanto llorar. Colleen le acarició el pelo, besó a *Rufus* en la cabeza y se fue a la cocina. Prepararía unas galletas de mantequilla de cacahuete, las preferidas de su hermana.

Estar en la cocina le recordó el chasco culinario de la semana anterior. Lucas había limpiado la cocina entera mientras ella dormía. Qué más daban las rosas que le había regalado. Lo de limpiar sí que era un detalle romántico.

Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

Justo estaba sacando la primera hornada cuando alguien llamó a la puerta. Era su madrastra.

—Hola —la saludó Colleen.

—Hola. —Gail no parecía tan buenorra. Llevaba sus típicos *jeans*, con la cintura tan baja que prácticamente se le podía ver la cicatriz de la cesárea, y una camisa corta de seda. También lucía los sempiternos zapatos de tacón, pero tenía bolsas debajo de los ojos—. Connor me ha dicho que Savannah está aquí.

—Ajá. Está durmiendo en el sofá. Agotada de llorar, supongo.

—¿Eso es una acusación, Colleen? Porque que te quede bien claro que no soy yo quien quiere este divorcio.

—No lo es. Vamos, pasa. ¿Quieres una galleta? Todavía están calientes.

Gail la miró con recelo, pero se sentó a la mesa mientras ella colocaba cinco galletas en un plato y le servía un vaso de leche.

—Gracias —murmuró Gail.

Colleen respiró hondo.

—Escucha, me apena lo que va a sufrir Savannah por todo lo que está pasando.

—Pero no te compadesces de mí, por supuesto.

Colleen enarcó una ceja.

—No, de ti no. Recuerda que eres la puta destrozamrimonios que le hizo polvo el corazón a mi madre hace diez años.

—Siento mucho haberme dejado en casa la letra escarlata.

¡Madre mía! Menuda sorpresa. Una referencia literaria de *el Zorrón*.

—No te sorprendas tanto —dijo Gail—. Sé leer, por si no lo sabías. —Hizo una pausa mientras elegía una galleta del plato y la partía en dos—. Creo que está liado con otra.

Por supuesto que su padre estaba con otra, con su madre más concretamente. Aunque no les auguraba nada bueno, la verdad era que había cierta justicia poética en todo el asunto.

Gail se metió la mitad de la galleta en la boca y la masticó.

—Sé que me odias, Colleen —dijo—. Sé que fui la otra. Pero quiero a tu padre. Hace diez años era muy inocente.

—¿En serio? Porque yo creo que saliste de la barriga de tu madre con una calculadora en una mano y un par de Manolo Blahniks en la otra.

Gail suspiró y se comió el resto de la galleta.

—Muy bien. Si quieres verlo así, tú misma. Pero que sepas que no todo ha sido divertido. ¿Crees que habría elegido a un hombre con dos hijos ya mayores? ¿Crees que quería ser un zorrón?

—¿Alguien te puso una pistola en la cabeza, Gail?

—No me dijo que estaba casado. Tardó mucho en hacerlo.

Mierda. Eso parecía típico de su padre, ¿verdad?

—Y para cuando lo hizo, el daño ya estaba hecho. Estaba enamorada de él. Me dijo que estaba en proceso de divorcio, y me lo creí. Y después me quedé embarazada. Sé que tú no lo crees así, pero adoro a Savvi. Lo es todo para mí. —Para sorpresa de Colleen, a Gail se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entonces, ¿por qué quieres convertirla en una Barbie? —susurró Colleen—. ¡Gail, la pones a dieta! La obligas a que sea animadora y le pones una ropa espantosa.

—Quiero que sea... —Gail dejó la frase en el aire.

—¿Guapa? —sugirió Colleen.

—¡Ya es guapa! No es eso. Quiero que... se sienta integrada. Que sea popular, y feliz y que encaje. Está gorda, Colleen, y Connor y tú la atiborráis de nachos, de tarta y de hamburguesas que no la benefician en absoluto. Solo conseguimos que yo sea la mala de la película. ¿Estás al tanto de las estadísticas sobre la obesidad infantil?

Colleen sintió un ramalazo de culpa.

—No está obesa, Gail. Está regordeta.

—Cinco kilos más y sufrirá de obesidad según su pediatra —susurró Gail con vehemencia—. Te gusta verme como a la madrastra malvada, y se te da estupendamente, pero la verdad es que solo intento que mi hija esté sana. Le preparo pescado hervido, ensaladas y la llevo a andar por el campo y a pasear. No todas tenemos tu metabolismo.

—Pero, Gail, no puedes convertirla en una copia tuya. Ella es como es.

—¡Ya lo sé! La he apuntado a clases de gimnasia, de baile y de kárate, pero solo le gusta el béisbol, que no es un deporte precisamente aeróbico. Con las animadoras al menos tiene que moverse. —Aferó otra galleta—. Y ahora come para aliviar el estrés. Igual que yo. Estas galletas están buenísimas. —Soltó un sollozo que intentó evitar, si bien solo logró espurrrear las migajas de galleta, y empezó a llorar.

Colleen le ofreció una servilleta y sacó la segunda hornada de galletas del horno con cuidado. Muy bien, sí. Savannah estaba gorda, tal vez no solo estuviera «regordeta». Y bien era cierto que ella la consentía con comida de la que no disfrutaba en su casa (lo mismo que hacía Connor). Llevarla a nadar de vez en cuando tal vez fuera una manera mejor de pasar el rato con su hermana, en vez de llevarla al cine para comer palomitas y beber batidos (aunque si no se bebían batidos de vez en cuando, ¿qué sentido tenía la vida?).

Sin embargo, no estaba acostumbrada a equivocarse. Era una sensación incómoda.

—¿Qué puedo hacer para ayudar, Gail? —preguntó mientras la aludida se ventilaba la última galleta.

Gail no la miró, se limitó a doblar la servilleta hasta convertirla en un cuadrado minúsculo.

—A lo mejor podrías hablarle bien de mí de vez en cuando... a Savannah. No quiero que tenga la impresión de que hay dos bandos enfrentados; los O'Rourke en un lado y yo, en el otro.

Mierda. Al fin y al cabo, así habían sido las cosas hasta ese momento. Claro que Gail tampoco había colaborado mucho para que fuera distinto. Connor y ella nunca habían trabado amistad con *el Zorrón*, ni ganas que tenían.

A lo mejor Gail se había aferrado a su padre no solo para demostrar que era la tipa más buenorra sobra la faz de la Tierra, sino porque no tenía a nadie más. Y Colleen Margaret Mary O'Rourke, famosa por ser amiga que todo bicho viviente residente en Manningsport, nunca le había ofrecido su amistad.

Carraspeó y dijo:

—Claro que sí. Sabes que quiero mucho a Savannah. Me aseguraré de que no se sienta atrapada en el medio. —Hizo una pausa—. Y también me aseguraré de que coma verdura de vez en cuando.

—Gracias. —Gail se limpió las lágrimas y clavó la vista en la mesa.

—Pero deja que siga en el equipo de béisbol. Gail, es una gran jugadora. Podría obtener una beca. Que deje lo de las animadoras, y la llevaré conmigo a las clases de *kickboxing*. A lo mejor Tom Barlow deja que se una a su club de boxeo, aunque los alumnos son adolescentes. Hablaré con él.

—Te lo agradezco —susurró Gail—. ¿Puedo comer más? —preguntó, al tiempo que señalaba el plato vacío de galletas.

—Oído cocina —replicó Colleen.

Sí. La madre de Savannah necesitaba una amiga y, aunque fuera en contra del orden divino y de la propia naturaleza, ella sería esa amiga.

* * *

Era una noche tranquilísima en la taberna de O'Rourke, y menos mal porque llevaban dos meses de locura. Todos necesitaban un descanso. Colleen mandó a Mónica a casa, le dijo a Annie que se ocupara de la barra para servir a los cuatro clientes que había en ella, y se asomó a la cocina. Su hermano estaba limpiando la parrilla.

—Hermano mio, déjalo ya —dijo—, y vente con las mujeres para que no tengamos que hablar de ti a tus espaldas.

Faith, su hermana Pru y Emmaline Neal estaban sentadas a su mesa habitual, ya que era su «noche de marcha para mujeres», y Levi y Jeremy ocupaban un reservado mientras se bebían tranquilamente unas cervezas, aunque Levi no paraba de mirar a su mujer con cara de deseo.

—¡Levi, ya está bien! —gritó Colleen—. La testosterona me está asfixiando, ¿te enteras? Con razón has dejado embarazada a Faithie. Jeremy, ¿por qué no lo distraes un poco?

—Haré todo lo posible —contestó el aludido.

—Pues si trabajaras con él... —comentó Emmaline—. La llama a todas horas. «¿Cómo estás, nena? ¿Necesitas algo, cariño?» Me pone enferma. —Miró a Faith con una sonrisa y después miró a Levi—. Eres un jefe horrible —añadió.

—Pues renuncia —replicó él sin dudar—. Jeremy te contrataría al instante.

—Eso es verdad, Emmaline —confirmó Jer—. Además, el sueldo es mejor.

—Pero ¿puedo ir armada en un consultorio médico? —preguntó.

—El problema es que ofrece más bien el mensaje opuesto —contestó Jeremy.

—Y hablando de amor... —dijo Faith.

—Ah, ¿vamos a hablar de Carl y de mí? —la interrumpió Pru—. Debo confesar que hacerlo en el asiento trasero es más incómodo de lo que recordaba. Mi espalda empezó a protestar cuando él...

Faith le tapó la boca con una mano.

—Cuando él ¿qué? —quiso saber Colleen.

—No respondas —dijo Faith—. Quería hablar de Paulie. ¿Qué ha pasado con Bryce y con ella, Colleen?

La aludida suspiró.

—Uno de mis raros fracasos.

—¿Te refieres a Bryce Campbell? —preguntó Jessica.

—Ajá.

—Es un poco facilón, ¿no os parece? —replicó Emmaline.

—Pues sí.

—Pobre Paulie —dijo Faith—. Con lo buena que es... —Suspiró—. En fin, ¿cómo van las cosas con Lucas, Coll?

—Mejor hablamos de Connor, ¿os parece bien? ¿Alguien sabe con quién está liado? Aparte de su muñeca hinchable, me refiero.

—Estoy aquí —dijo Connor.

—¿Ah, sí? Qué susto. —En ese momento la llamaron al móvil. Miró la pantalla—. Es Lucas. Voy a hacerlo esperar, porque no soy de esas que dejan tiradas a sus amigas por un hombre. Con, ¿adónde vas?

—Me voy. Tengo que llamar a mi mujer misteriosa.

—Voy a pincharte el teléfono.

—Yo también tengo que irme —dijo Emmaline—. Esta noche hay episodio de *Ink Wars*. Nos vemos.

—Yo también me voy —repuso Prudence—. Toca noche de rol en casa de los Vanderbeek. Abby se queda a dormir en casa de Helena, gracias a Dios.

—¿Noche de rol? —repitió Faith.

—Sí, de juego de rol —confirmó Pru con entusiasmo—. Somos el profesor Snape y MacGonagall. —Guiñó un ojo con gesto pícaro.

—¿Harry Potter? ¿Vais a destrozár *Harry Potter*? —gritó Faith—. ¿Es que ya no hay nada sagrado?

—No vamos a destrozár nada —la corrigió Pru—. Vamos a mejorarlo.

—Estoy a punto de echar la pota —dijo Faith.

—Que te diviertas, Pru —añadió Colleen mientras la susodicha, que llevaba veintitantos años casada, se marchaba—. Tanta creatividad es admirable —comentó.

—¿Qué va a ser admirable? —protestó Faith—. Bueno. Lucas y tú. Desembucha. ¿Por qué no has contestado su llamada?

—Estoy cabreada con él.

—¿Por qué?

Colleen no respondió de inmediato.

—No lo sé —admitió—. Es que... me pregunto si nos acostamos solo porque estamos en el mismo pueblo. Porque nos viene bien. Su ex está en el pueblo y sé que formó parte de su familia durante mucho tiempo de la misma manera que Lucas formó parte de la suya, pero los celos me están matando. Ah, y ella está embarazada y prometida, pero sigue siendo amiguísima de Lucas, al parecer. Se está alojando en su apartamento.

—Ay, Dios —replicó Faith.

—Exacto. Pinta mal, ¿verdad?

—No, me refería a la parte de los celos —respondió Faith, que hizo una pausa—. ¿Por qué se queda en su apartamento?

—Porque la habitación que había reservado en el Black Swan estaba ocupada cuando llegó.

—Ah, sí. Hicieron lo mismo en enero, cuando Mike y Liza vinieron para la boda, ¿te acuerdas? En fin. —Bebió un sorbo de agua—. ¿Va a quedarse después de que... de que Joe muera?

—No. —La idea de que Lucas se marchara le provocó un nudo en la garganta.

—¿Y tú te mudarías a...?

—No. —Tomó una entrecortada bocanada de aire—. Tampoco es que me lo haya preguntado, y no hemos hablado del asunto porque... bueno, a ver, Faith, no lo sé. Estoy asustada. La verdad es que tengo tan poca experiencia en esto de las relaciones serias que resulta ridículo. Dime qué hago.

—¿Yo? Solo he tenido relaciones serias con dos hombres y están los dos en ese reservado.

—¿Y yo qué sé? —susurró Colleen—. Soy la reina de las relaciones esporádicas, pero hace años que no tengo novio. He unido a un montón de parejas, doy consejos como si fuera el doctor Phil, ¿y yo qué? Tengo treinta y un años, he estado enamorada una sola vez en la vida, y aquí me tienes, aterrada por la idea de que Lucas me destrozara el corazón como hizo la última vez.

Y, para sorpresa de Faith, Colleen se echó a llorar.

—¡Tío Joe, sinvergüenza! —Stephanie se agachó y le dio a su tío un enorme abrazo antes de besarlo en la mejilla y limpiarle el pintalabios rojo—. Niñas, ¿os acordáis del tío Joe?

Las mayores le dieron abrazos como era su deber, pero de buena gana. Chloe, en cambio, lo miró fijamente.

—Siento mucho que te estés muriendo —declaró con voz solemne.

Didi parecía haber pisado una caca del tamaño de *Rufus*. Joe, sin embargo, se echó a reír.

—Gracias, cariño. Por un segundo creí que ya había muerto, porque sois tan bonitas como los ángeles. ¡Tú también, Stephie!

La hermana de Lucas y sus niñas, así como Frank y Grace Forbes, habían tomado el avión esa mañana y habían viajado en limusina desde el aeropuerto directamente a ese lugar, al parque junto al lago, donde se podían reservar zonas para hacer *picnics* y barbacoas.

—Frank, Grace, habría sido un placer que os quedarais en casa —dijo Didi con voz compungida al tiempo que fulminaba a Lucas con la mirada—. Ojalá hubiera sabido que veníais. Por supuesto, nuestra casa no puede compararse con la vuestra, pero nos parece muy acogedora, y me habría encantado alojaros. —Una opinión distinta de la que tenía cuando pensaba que solo acudirían los Campbell, por supuesto, y Lucas se había sentido muy satisfecho al negarle a su tía el placer de besarles el trasero a los que fueron sus suegros.

—Es perfecto —dijo Grace—. Ellen, cariño, siéntate y toma algo.

Las niñas corrieron hacia el agua. Lucas había comprado unos cuantos barquitos de madera en la ferretería, y en vista del antiguo entretenimiento, los dispositivos electrónicos quedaron relegados al olvido con gusto. Didi se desvió con Ellen e intentó comportarse como una rica, mencionando su bolso de Coach y lo caras que eran las cosas de calidad; claro que Grace ya lo sabía, y no, Didi y Joe no disfrutaban de una situación tan acomodada como Grace y Frank, por supuesto que no, pero les iba bastante bien, aunque no le gustaba alardear, pero Nueva York no era un lugar barato para vivir y ella era muy lista con el dinero, no lista al mismo nivel que los Forbes, por supuesto que no, pero admiraba la calidad. Ellen lo miró de reojo y esbozó una sonrisilla. Tanto ella como su madre eran demasiado educadas como para hacer otra cosa.

Frank y Joe hablaron y rieron, y Joe se esforzó por aparentar que estaba bien. Esa noche dormiría como un muerto.

Mala elección de palabras.

—Quítate de en medio, hermanito —dijo Stephanie con un empujón poco cariñoso—. Siempre se me han dado mejor estas cosas que a ti. —Le quitó la espátula y comprobó el papel de aluminio que envolvía los sándwiches que él estaba preparando. Unos sándwiches de pollo, jamón y pepinillos, réplica de los cubanos que se comía siempre Joe en Diego's, en su antiguo barrio, cuando iba de visita.

—¿No son malos para él? —preguntó Steph en voz baja.

—Sí.

Su hermana asintió con la cabeza y una lágrima cayó sobre la parrilla, provocando un siseo.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—La diálisis puede mantenerlo vivo indefinidamente —contestó Lucas—. Pero el cáncer se extiende y quiere irse cuando todavía sea soportable. Al menos, antes de que resulte espantoso.

—Supongo que no puedo culparle. —Steph tragó saliva con dificultad antes de añadirle más mostaza al pan—. ¿Cómo lo lleva Bryce? —preguntó, señalando a su primo con la cabeza, que estaba lanzando a las niñas al agua, para su absoluto disfrute.

—Es Bryce. Se niega a hablar de que su padre se está muriendo y también se niega a que él hable del tema.

A Steph le temblaron los labios.

—No estuve tan unida al tío Joe como tú, evidentemente, pero era... es... muy dulce. No estaba preparada para ver lo mucho que ha envejecido. —Se secó los ojos con disimulo y después saludó con la mano a Mercedes, que tenía una vista de lince—. ¿Cuándo vamos a tener la charla?

—Luego.

De momento, Joe podía comer algo normal, beber un poco de cerveza y estar con su familia. Había ensalada, ensalada de col, costillas, sandía y galletas de chocolate de la sonriente mujer de la panadería, así como un frigorífico lleno de té helado, refrescos y cervezas, y una botella de vino para Grace. Un riesling seco de Blue Heron, que le había vendido la madre de Colleen esa misma mañana.

Un par de horas más tarde, después de que todos comieran y de que Joe se hubiera echado una siesta en una de las hamacas a la sombra, Lucas le pidió a Bryce que les diera a las niñas una vuelta en las embarcaciones de recreo que salían cada dos horas.

—¿No quieres venir, tío Lucas? —preguntó Chloe.

—Me quedaré a hablar con los adultos —contestó.

—Pues yo también me quiero quedar.

—Vamos a hablar de bancos. Es muy aburrido.

—Me encantan los bancos.

—Estupendo —replicó—. Ya es hora de que te busques un trabajo. Pero de momento, vete.

—Chloe, no seas tonta —dijo Mercedes al tiempo que tomaba a su hermana pequeña de la mano—. Nos están condenado al ostracismo.

—Bonita expresión —comentó Lucas.

—Gracias. Estoy en una clase avanzada de Lengua.

—Sí. Ya me lo has dicho como siete u ocho veces. —Le guiñó un ojo y ella sonrió mientras se alejaba.

—Vamos, niñas —dijo Bryce, que levantó a una gemela con cada brazo—. Ojalá que no os caigáis por la borda. Ya sabéis que en el lago vive un monstruo y que le encantan las niñas pequeñas. —Ellas chillaron como se esperaba, y si Bryce se preguntó por qué era el único adulto que iba a la excursión por el lago, no pidió explicaciones.

Cuando ya estaban lejos, Lucas le dio a Ellen otra botella de agua. Didi estaba preguntando por la boda de Ellen y Steve, e intentaba que la invitaran con el poco disimulo que era característico en ella.

—¿Habrá muchos invitados? ¡Ay, adoro Chicago en septiembre! No he vuelto a ir desde la maravillosa fiesta que tus padres celebraron en...

—¿Por qué no vamos al grano? —la interrumpió al tiempo que se sentaba entre su hermana y Ellen. Joe asintió con la cabeza y entrelazó los dedos—. Didi, no voy a andarme por las ramas: Joe quiere el divorcio.

Su sonrisa lisonjera se congeló y echó la cabeza hacia atrás un milímetro.

—Es... es... —Les lanzó una mirada nerviosa a Frank y a Grace, que se la devolvieron con expresión impasible—. Muy gracioso, Lucas.

—No es una broma.

—¡Claro que lo es! ¡No pienso divorciarme de mi marido enfermo!

—Pero yo sí quiero divorciarme de ti —replicó Joe.

Didi estaba blanca como el papel y, por un segundo, Lucas casi se sintió mal... hasta que recordó que había metido a Joe en ese cuartucho oscuro y sin ventanas donde él solía dormir.

—Didi —dijo Ellen con una mano en el vientre—. El estado de Nueva York establece que una pareja tiene que haber pasado seis meses separada antes del divorcio.

—Habr  muerto antes de que pasen seis meses —repuso Didi—. Seguramente mucho antes.

Grace Forbes cerró los ojos un momento, el único indicio de su desaprobación.

—Conocemos a un juez que lo tramitar  siempre que t  no te opongas —siguió Ellen.

El apellido Forbes llegaba a todas partes, después de todo.

— Me opondrá! —masculló Didi—.  Qu  pensaría la gente si me divorcio de Joe un mes antes de su muerte?  Es una treta para sacarme de tu testamento, Joe?

Aunque no necesito tu patético seguro de vida...

—Mi dinero est  en un fondo fiduciario a nombre de Bryce hasta que se case —explicó Joe con calma—. Lucas lo controlar  hasta ese momento.

—Dudo mucho que se case alguna vez. No es de ese tipo de hombres.  Y un fondo fiduciario?  Para veinte mil dólares?  Para qué molestarse?

De modo que Joe le contó que Apple le había comprado su nueva aplicación por un millón y medio de dólares.

Didi se puso colorada como un tomate.

—Me opondrá con todas mis fuerzas —masculló.

—El testamento est  blindado —repuso Ellen con calma al tiempo que se colocaba el pelo detrás de la oreja—.  Y recuerdas las capitulaciones matrimoniales? No te corresponde ni un céntimo de la propiedad intelectual de Joe. A ningún juez del mundo le parecer  raro.

En otras palabras, las capitulaciones matrimoniales que habían obligado a Joe a quedarse al lado de su esposa le estaban dando por saco a ella en ese momento. Al parecer, el karma funcionaba.

—Didi —dijo Lucas—, Joe va a presentar la documentación digas lo que digas, aunque muera antes de que el divorcio sea efectivo. Si te opones, supongo que la gente se preguntar  por qué Joe Campbell, ese hombre tan encantador, quería alejarse de ti a toda costa.

—Pero...

—Pero si le concedes el divorcio sin oponerte —siguió Lucas—, no dir  una palabra y nadie tendr  que enterarse. Ni siquiera Bryce.

— De verdad?  Pues yo creo que mi hijo debería saber que su padre se est  comportando como un imbécil!

—Didi —dijo Grace con esa voz tan amable que tenía—, entiendo que es muy chocante. Y la verdad es que creo que demuestra el enorme corazón que tienes al considerar siquiera...

— No lo estoy considerando!

—... concederle al padre de tu hijo su último deseo. Aunque resulte duro de aceptar, ya que has sido una esposa tan devota todos estos años.

Didi ni capt  el sarcasmo.

—Pero dado que es el último deseo de Joe, parece muy ... desconsiderado negárselo.

Didi parpadeó. Colleen estaba en lo cierto. La reputación lo era todo para ella.

Por supuesto, por eso Grace y Frank estaban all . Por eso y para despedirse de Joe.

—Y por supuesto, seguiremos consider ndote parte de la familia —continuó Grace, que le lanzó una mirada elocuente a Lucas—. Esperamos que sigas viniendo de visita por Año Nuevo y demás.

Didi adoptó una expresión especulativa.

Al fin y al cabo, siempre había adorado sus fiestas de Año Nuevo. Miró a Joe, y Lucas casi podía verla sumar mentalmente. Bryce dispondría de su propio dinero, lo suficiente para tener casa propia. No tendría que vivir en el sótano de su madre, no con más de un millón de dólares en el banco.

Pero si conseguía que la invitaran a la famosa fiesta de Año Nuevo de los Forbes, Didi podría encontrar a un hombre rico. Para gustos, los colores, la verdad fuera dicha.

—Es muy estresante, estoy seguro —dijo Frank—. Una vez que se hayan tramitado los documentos y se haya calmado la polvareda, deberías pasar una temporada en la casa del lago para descansar.

Eso cerró el trato. La casa del lago de los Forbes era más un complejo, con hectáreas y hectáreas de terreno a orillas del lago en Wisconsin, varias lanchas y un ama de llaves interna. El triunfo brilló en los ojos claros de Didi.

—Es muy generoso de tu parte, Frank —dijo ella—. Me encantaría. Pero solo si es lo que Joe desea.

* * *

Más tarde, después de acordar los detalles y de que Didi se marchara, después de que Steph se llevara a las niñas de vuelta al apartamento de Lucas, donde pasarían la noche, y después de que Ellen y sus padres regresaran a Chicago, Lucas empujó la silla de ruedas de Joe hacia el embarcadero, con Bryce a su lado.

—T rame al agua —dijo Joe con voz jovial—. Ah rrame la molestia.

—Papá, no bromees con esas cosas. Estás estupendo.  Qu  hacemos aquí?

—Se me ha ocurrido dar un paseo en barca —contestó Lucas—. Si no te importa navegar de nuevo, Bryce.

—Qué va, me encantan los barcos.

Carol Robinson era la propietaria de una embarcación que rara vez se usaba, y cuando Lucas le preguntó si podía darle una vuelta a su tío en ella, la mujer solo le cobró un beso en la mejilla.

— Usala,  sala! —dijo ella—. Joe es un buen hombre.

Bryce y Lucas subieron a Joe a bordo de la embarcación, una preciosa balandra. Lucas no era un gran marinero, pero sabía lo suficiente para sacar la balandra del puerto. Colleen le enseña cuando salían juntos. Esos dos últimos años, después de que el divorcio llevara consigo demasiadas noches solitarias, se apuntó a unas clases.

El sol se estaba poniendo, era ese momento de la tarde cuando el día parecía renuente a marcharse y el cielo se te a de esa luz dorada. Joe se sentó en la embarcación y cerr  los ojos enseguida, de modo que Lucas se sentó en la popa con la mano en el timón, con Bryce junto a él. Las velas recogieron el viento y la balandra salió al agua.

Lucas miró a Bryce.

— Va todo bien? —le preguntó.

—Claro. Es que... No lo s .

Tal vez la verdadera condición de su padre por fin había hecho mella en él. Costaba creer que todavía no lo hubiera hecho.

—Echo de menos a Paulie —dijo Bryce.

No era lo que Lucas había esperado oír.

—Es una buena persona.

—Ya. No juzga y esas cosas.

Bordearon Meering Point. Un montón de críos jugaban debajo de la cascada, y sus chillidos alegres resonaban en el aire.

—Bryce —dijo Lucas al cabo de un minuto—,  alguna vez has pensado que te subestimas?

Bryce lo mir  con expresión interrogante.

—Tienes muchas más cosas de lo que crees —siguió Lucas—. Eres como tu padre. Tienes un gran corazón, no tienes ni un ápice de maldad en el cuerpo.  Por qué crees que se te dan tan bien los animales?  Y los niños? Ya has visto cómo te adoran las niñas.

—Sí, son estupendas. —Se dio un tironcito de un agujero que tenía en los *jeans*.

—A lo mejor deberías creer más en ti mismo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —repuso Bryce.

Lucas pens  antes de hablar.

—¿Por qué?

Bryce se encogió de hombros y miró a su padre, que parecía dormido como un tronco.

—No lo sé, Lucas. A lo mejor porque nunca seré tan bueno como tú.

Lucas parpadeó.

—A ver, sé que no hay comparación posible. Tienes un trabajo estupendo...

—Que voy a dejar.

—... te casaste con una Forbes...

—Y me divorcié de ella.

—... y nunca te fuiste de Chicago. Papá cree que eres un Dios. —Se calló un momento—. Por eso te mandó venir. Para que cuidaras de mí, ¿verdad?

—En fin, no es el único motivo. Pero sí, se preocupa por ti. Quiere ver que sientas la cabeza.

Bryce tragó saliva.

—¿Cómo que quiere ver que siento la cabeza? ¿Quiere verme casado y con niños?

—Creo que deberías empezar buscando trabajo, colega.

—¿Haciendo qué?

—Lo que sea. No tiene nada de malo trabajar duro. —La balandra se dejaba llevar mientras las olas golpeaban el casco.

—Mi madre dice que debería esperar a que algo me llame por completo. No hay necesidad de hacer trabajos menores.

—Puedes empezar por trabajos menores. Yo lo hice. Mucha gente con éxito lo hizo, ¿no? El padre de Paulie empezó limpiando los excrementos de los pollos, si los anuncios no mienten.

Bryce meditó sus palabras.

—¿No crees que es mejor no tener trabajo y ser un señor, a tener un trabajo insignificante?

—Bryce, tienes treinta y un años. No tener trabajo no te hace ser un señor. Búscate uno.

Su primo asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que debería hacerlo. —Guardó silencio un instante—. A lo mejor Paulie cree que... en fin... que he madurado un poco.

—Hazlo. Demuéstrale que te mereces una segunda oportunidad —dijo Lucas.

—Ni siquiera sé si me gusta de esa manera.

—¿Alguna vez has echado de menos a alguna mujer con la que has cortado?

—A ninguna. —Bryce lo miró de reojo y sonrió—. Pero Paulie no es como las mujeres con las que suelo salir.

—¿Y cómo son?

—Guarrillas y guapas. De las de darse el lote.

Lucas se echó a reír. Colleen había dicho algo parecido.

—A lo mejor ha llegado el momento de que pruebes con algo distinto. Confía en ti mismo, Bryce. Puede que se te dé bien algo además de los videojuegos y las adopciones de perros. —Le dio un apretón a su primo en el hombro y este sonrió.

—Sí, tienes razón, colega. Gracias por la charla motivadora.

—Para eso he venido. Anda, siéntate con tu padre.

Joe se despertó en cuanto su hijo se sentó a su lado, y le echó el brazo por encima de los hombros. Bryce besó la cabeza de su padre y los dos se quedaron sentados juntos, disfrutando de la brisa, mientras la suave luz del sol le arrancaba destellos al agua.

Lucas volvió la cabeza al darse cuenta de que esa era la despedida que Joe ansiaba con desesperación.

Él habría dado lo que fuera por poder despedirse de su padre de esa forma... o de cualquier otra. Por tener los brazos de su padre sobre él una última vez, por haberle estrechado la mano mientras exhalaba su último aliento, en vez de saber que había muerto solo en el frío suelo de cemento del sótano de la cárcel, en un estado que solo había visto a través de los barrotes de las ventanas.

Habría dado lo que fuera por haber visto la cara de su padre una vez más.

Pero al menos Bryce sí disfrutaría de ese momento. Y si bien él no había podido acompañar a su padre, sí estaba acompañando a Joe.

Colleen se había entregado de nuevo a la terapia de la limpieza con lejía, en esa ocasión en el baño de señoras de la taberna de O'Rourke.

Las cosas no iban muy bien entre él y Lucas desde hacía dos semanas, cuando Ellen, *la Perfecta* llegó al pueblo con su radiante embarazo.

No discutían precisamente, pero percibía una alteración en la Fuerza.

Al parecer, gracias a un juez que había formado parte en Yale de una sociedad secreta junto con Frank Forbes, Joe Campbell había conseguido un divorcio discreto. Lucas le había dado las gracias por la idea, pero... no podrían haberlo conseguido sin Ellen. Claro que Colleen no estaba ni celosa ni insegura (ejem). No, Ellen era simpaticuísima, elegante, estaba comprometida y embarazada. Entonces, ¿por qué narices la irritaba tanto? Ya había vuelto a Chicago, al igual que la hermana de Lucas y sus sobrinas. Se habían pasado por el bar para saludarla y se habían quedado a cenar, y ella se había visto obligada a refugiarse en la oficina para llorar durante un segundo. ¡Las niñas estaban enormes! En el pasado, Lucas y ella habían hecho de canguros de Mercedes y de las gemelas. Ni siquiera había llegado a conocer a la pequeña cuando nació.

Didi se había marchado a Boca a visitar a una amiga y se quedaría allí hasta que todo acabara. Según le había dicho Lucas, solo le había costado cuatro mil pavos, y lo consideraba un dinero bien invertido. Joe por fin podía morir en paz.

El baño estaba como los chorros del oro. Colleen suspiró y regresó al jaleo del bar. Sin embargo, se pasó toda la noche obsesionada. Preocupada, intranquila, dándole vueltas a la cabeza y, por irónico que pareciera, tratando de no pensar en Lucas.

El final se acercaba. Aún seguían acostándose, pero era casi demasiado. La intensidad, el significado, la melancolía. Pronto lo harían por última vez. O no. Tal vez intentarían lo de llevar una relación a larga distancia.

Sin embargo, Lucas se lo había dejado claro sin necesidad de explicarlo con palabras: Manningsport no era su hogar. Su hogar era Chicago. Manningsport solo era el pueblo donde había vivido durante un corto periodo de tiempo, nada más. Un lugar que no significaba nada para él, y que lo significaba todo para ella.

No pensaba marcharse.

Claro que él tampoco se lo había pedido, la verdad.

Al final de su turno, llamó a la residencia de ancianos para preguntar por su abuelo.

—¡Hola, Coll! —la saludó Joanie—. Ahora mismo está un poco inquieto.

—Entonces voy para allá —replicó ella.

Media hora más tarde estaba sentada junto a la cama de su abuelo, al que había tomado de la mano mientras le hablaba sobre los especiales que había preparado Connor, sobre el baño que se había dado con Savannah en el lago Keuka, y sobre lo fría y clara que estaba el agua.

—Recuerdo que me contaste que la abuela y tú disteis un paseo en barca a la luz de la luna durante vuestra luna de miel —siguió—. Me dijiste que ella parecía un ángel, y que escuchaste a un chotacabras cantar. —Su abuelo no respondió, pero esperaba que pudiera imaginárselo, que pudiera recordar aquellos días lejanos con el amor de su vida.

Pero en un momento dado, se quedó sin temas de los que hablar. *Rufus*, a quien se había llevado para que le hiciera compañía, estaba tumbado en el suelo, agitándose mientras soñaba. Salvo por sus suspiros (el sueño debía de ser estupendo), todo estaba en silencio.

Su abuelo gimió, y Colleen le besó la mano. *Rufus* golpeó el suelo con el rabo como si quisiera tranquilizar al anciano. «Sigo aquí, abuelo. Tranquilo.»

Connor iba a visitarlo una vez a la semana, más que cualquier otra persona salvo Colleen. Los otros primos O'Rourke pensaban, tal vez con toda la razón del mundo, que sus visitas solo servían para confundir al abuelo, porque el personal les informaba de que se quedaba muy nervioso cuando se marchaban.

Su padre nunca iba a verlo. En una ocasión, Colleen llevó a Savannah, pero Gail y su padre se habían puesto como fieras después: que si había expuesto a su inocente florecilla a los estragos del paso del tiempo, etcétera, etcétera. Así que solo iba ella. A veces pensaba que si pudiera, se mudaría a Rushing Creek porque siempre había existido un vínculo especial entre su abuelo y ella.

El anciano se zafó de su mano y se frotó la frente, un gesto que siempre hacía cuando estaba nervioso.

—Bueno, abuelo, pues me he enamorado otra vez —dijo, más para escuchar su propia voz que para otra cosa. Pero se alegró de decirlo en voz alta—. Del mismo hombre que la vez anterior. Soy tonta, ¿verdad? Se ve que no he aprendido nada. Se marchará dentro de poco. Intentamos no hablar del asunto. Creo que quiere que viva en Chicago y yo quiero que se quede aquí, y ninguno de los dos vamos a conseguir lo que queremos.

No obtuvo réplica.

Arropó mejor a su abuelo con la manta.

—Tienes razón. Disfruta del momento. Cómete primero el postre. Por cierto, te he traído galletas. De mantequilla de cacahuete. Tus preferidas.

—Hola.

Colleen dio un respingo. Lucas estaba en el vano de la puerta. Con suerte, no la habría escuchado.

—Hola, ¿qué haces aquí tan tarde?

—La verdad es que ya me iba. —Hizo una pausa—. Acaban de admitir a Joe en el ala de enfermos terminales. Esta tarde ha empeorado de repente.

—Oh, Lucas. Lo siento mucho.

—Ahora está dormido. Sedado. Ha sufrido un ataque de tos muy violento y ha escupido sangre, así que ya no puede seguir con la diálisis y... —Se pasó una mano por el pelo—. No tardará mucho.

—Iré a verlo.

Lucas esbozó el fantasma de una sonrisa.

—Siempre le has gustado. —Otro silencio—. ¿Cómo está tu abuelo? —le preguntó.

—Igual.

Lucas se acercó a la cama y aferró la mano de su abuelo.

—Hola, señor O'Rourke —dijo—. Soy Lucas Campbell. Me alegro de volver a verlo, señor.

—Mentiroso —le soltó Colleen, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas.

Su abuelo apartó la cabeza y cerró los ojos. Tras liberar la mano, se giró sobre el colchón y les dio la espalda.

—Ahora dormiré un rato —dijo ella—. Es el pie para que me vaya.

Le hizo un gesto a su perro para que se levantara y los tres enfilaron el pasillo en silencio.

—¿Esa es tu bici? —le preguntó Lucas.

—Ajá.

—¿Puedo llevarte en la camioneta a casa?

—Tengo un faro delantero y todo. Y un chaleco reflectante. —La distancia hasta su casa era de algo más de un kilómetro, y a *Rufus* le iría bien correr (aunque en ese momento había vuelto a tumbarse en el suelo). A esa hora, llegaría a casa tan rápido como si hubiera aceptado la invitación de Lucas.

—Colleen, lo que quiero decir es —puntualizó él, acariciándola con esa voz dulce y pecaminosa— que si puedo llevarte en la camioneta hasta mi apartamento y si quieres quedarte conmigo en mi cama, y dejar que te haga el amor.

Lucas no sonreía, lo que hizo que sus palabras resultaran mucho más demoledoras.

—De acuerdo —susurró ella, y Lucas la besó. Fue un beso delicado, largo y tierno, y le costó la misma vida no echarse a llorar porque sabía que el tiempo estaba a

Unas cuantas noches más tarde, Lucas se encontraba en la taberna de O'Rourke, con la esperanza de disfrutar de una cena rápida y de poder ver a Colleen un rato antes de regresar a Rushing Creek para sentarse con Joe, que se apagaba poco a poco. La mayor parte del tiempo estaba dormido, pero si se despertaba, le gustaba tener compañía, y Bryce lo había estado evitando, algo que Lucas no comprendía.

No sabía lo que el futuro les depararía a Colleen y a él.

Ella trataba de ser la misma persona alegre, coqueta y sarcástica de siempre, pero había algo en sus ojos que no presagiaba nada bueno, y cuando se lo preguntó unas noches antes, Colleen se limitó a sonreír y a besarlo, y todos sus intentos de persuadirla para que se sincerara fueron en vano.

Eso era un problema porque tenía que regresar a Chicago, acabar el edificio Cambria y dejar atrás su etapa en Forbes Properties. Aunque no dejaría atrás a los Forbes ni a Ellen, no del todo. Claro que tampoco quería relacionarse con ellos de otra manera que no fuesen las visitas ocasionales. En el pasado formó parte de su familia y sabía que, sobre todo Frank, querría seguir invitándolo a cenar y a navegar en el lago Michigan. Lo invitarían durante las vacaciones, como siempre, pero las cosas estaban cambiando. Ya no se sentía parte de la familia.

Steph y las niñas tenían una relación distinta con Frank y Grace (y con Ellen también, la verdad, ya que se habían hecho grandes amigas, por más distintas que fueran; Steph, la madre soltera con sus tatuajes y sus piercings, y Ellen, con su belleza y su pinta de niña rica elegante). Pero un ex, un exyerno... no.

Ellen volvería a casarse pronto. Tendrían otro yerno, y dos bebés, y aunque sabía que en cierto modo había defraudado a Ellen, en el ámbito emocional por más que se había esforzado, y no podía guardarle rencor por haberle pedido el divorcio, tenía la impresión de ser un extraño que estaba de nuevo en el exterior de la casa, contemplando a la familia desde la ventana.

Había llegado el momento de labrarse su propio camino, con la mujer de la que se había enamorado la primera vez que la vio. Había llegado el momento de hacer lo correcto.

Sin embargo, su idea de lo correcto difería de la de Colleen, y era evidente que iba a convertirse en un problema bien gordo.

Entró en el bar y ella alzó la vista mientras preparaba un martini. Añadió un buen chorro de vodka y otro de zumo de lima. Sus labios esbozaron una sonrisa fugaz, esa que le regalaba en los últimos días tras haber estado callada demasiado tiempo.

—Hola, Español —lo saludó mientras él se sentaba—. ¿Qué te pongo?

No contestó al instante, y vio que las mejillas de Colleen adquirían un suave tono rosado.

—El especial de la casa y una cerveza.

—Yo soy el especial de la casa —replicó ella al tiempo que enarcaba una ceja.

—Pues me lo pido —dijo Lucas.

—Yo también me pido el especial de la casa —terció el hombre que estaba sentado en un taburete, también en la barra.

—Está pillada —soltó él, sin apartar la mirada de Colleen.

—Sándwich de cangrejo con salsa cajun y ensalada húngara de pepino, ahora mismo lo traigo —dijo Colleen—. Y, Greg, gracias por la parte que me toca. —Bajó dos vasos de la estantería superior y tiró un par de cervezas—. Como no has especificado, Español, te pongo lo mismo que está tomando él. Cerveza artesana Ithaca Flower Power. —Echó a andar hacia la cocina, si bien se detuvo para admirar a un bebé. Seguramente fuera una de las Colleen o de los Colin que llevaban su nombre.

—¿Estáis juntos? —le preguntó el tal Greg a Lucas.

Él lo miró, volviendo la cabeza despacio.

—Sí.

Greg torció el gesto.

—Pues buena suerte. Espero que no pilles nada.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, lo sujetó por la camisa y lo tiró al suelo. El jaleo de la clientela no disminuyó, aunque Tom Barlow, que había regresado de su luna de miel, le abrió la puerta.

—¡Joder, colega! —gritó Greg—. ¿Qué narices estás haciendo?

Lucas lo tiró en la acera y Greg se levantó como pudo, levantado las manos en señal de rendición.

—Tranquilo, ¿eh? Madre mía. He supuesto que te iría bien una advertencia. Se ha tirado a la mitad de los hombres del pueblo. Yo incluido.

—No vuelvas a este sitio.

—¿Quién va a impedírmelo? —replicó.

Lucas dio un paso hacia él y el gilipollas titubeó, tras lo cual se dio media vuelta y salió corriendo.

Regresó al interior con el corazón desbocado.

—Bien hecho, compañero —dijo Tom—. Sea lo que sea lo que haya hecho, estoy seguro de que se lo tenía merecido.

Lucas asintió con la cabeza, volvió a su taburete y apuró la cerveza.

Colleen salió de la cocina.

—¿Dónde está Greg? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Ha tenido que irse —murmuró Lucas.

Sí, sabía que Colleen no se había mantenido célibe durante los últimos diez años (por muy bonito que fuera imaginarse lo contrario). Pero eso no quería decir que tuviera que aguantar con buena cara que le dijeran esas cosas.

—Lucas lo ha echado de una patada en el trasero —dijo Gerard.

—¿Por qué? —quiso saber Colleen.

—Porque ha sido un maleducado —contestó Lucas.

—Entiendo. ¿Te ha dicho que me acosté con él?

—Prefiero no discutir esto en un bar.

Colleen suspiró.

—Español, resulta que soy la dueña de este bar. Intenta no ser un carca, ¿quieres? Siento mucho no haberme pasado todos estos años en casa sentadita, cosiendo vendas para los soldados heridos mientras esperaba tu regreso.

Le dirigió una mirada furiosa que ella le devolvió, tras lo cual se marchó al otro extremo de la barra para servirle una copa a alguien.

—Hola, Lucas. —Faith se sentó como pudo en el taburete contiguo al suyo, y Levi se sentó en el siguiente.

Menos mal que Levi no estaba presente unos minutos antes, porque de lo contrario tal vez en ese momento fuera de camino a la celda de la nueva comisaría de policía. Respiró hondo y relajó la mandíbula.

—El edificio de protección civil tiene una pinta fantástica —dijo Levi—. La construcción ha sido rápida.

Lucas asintió con la cabeza. Había sido una tarea fácil comparada con levantar un rascacielos de cincuenta y siete pisos, y los trabajos se habían llevado a cabo sin muchas complicaciones. Tan pronto como los pintores acabaran, los tres departamentos podrían trasladarse.

—¡Hola, preciosa! —exclamó Colleen, que se inclinó sobre la barra para besar a Faith—. ¿Cómo va mi ahijado flotando ahí dentro?

—De momento bien —contestó su amiga con alegría, y Levi le acarició una mejilla.

Lucas recordaba esa sensación. El asombro de estar esperando un hijo, el afán de proteger a su mujer.

La demoledora sensación que le invadió el pecho cuando vio a Ellen en el hospital, con la cara blanca y llorando.

Rezó para que Faith y Levi no conocieran jamás ese dolor. Nadie merecía algo así. Y ya de paso, también pidió que los gemelos de Ellen y Steve nacieran sanos y fuertes.

Colleen le puso el plato delante con un golpe seco, de forma deliberada seguramente. Y también era casi seguro que lo había aderezado con otra generosa dosis de la salsa picante que le había puesto a la hamburguesa aquella vez.

Acto seguido, se inclinó sobre la barra para alborotarle el pelo.

—Faith, ¿alguna vez has visto un pelo tan bonito como este? —le preguntó a su amiga, y así sin más se le pasó el enfado.

—A mí es que me gustan rubios —contestó Faith—. Pero no, no he visto un pelo tan bonito como ese. Sin contar el tuyo, claro.

—Español, te diría que dejes de hacer pucheros —siguió Colleen, que se inclinó de nuevo sobre la barra para golpearlo de lleno con la asombrosa panorámica de su canalillo—, pero me pone mucho.

Lucas le dio un mordisco al sándwich. Estaba buenísimo. Y en esa ocasión no acabó con el esófago achicharrado.

—¡Hola, hermano! —lo saludó Bryce, que apareció de repente, sonriendo de oreja a oreja—. ¡A ver si lo adivinas! ¡He conseguido trabajo! —Levantó un puño cerrado para que Lucas se lo chocara, algo que hizo al instante.

—¿De qué?

—Hola, Bryce —lo saludó Colleen—. ¿Quieres una cerveza?

—¡Sí! ¡Estoy de celebración! Tengo trabajo.

—¡Eso es estupendo! —replicó ella, que le echó un vistazo a la concurrida barra mientras servía una IPA—. ¿Qué vas a hacer?

Bryce se sentó y aceptó la cerveza.

—Seré el instructor del Boot Camp Menopáusico —anunció con orgullo.

Lucas estuvo a punto de atragantarse.

—¡Caramba! ¿Y en qué consiste exactamente?

—Coll, ha sido tu madre quien me ha dado la idea —explicó Bryce—. ¿Sabes? Están todas agobiadas porque van cuesta abajo, quejándose de que les duelen las rodillas y de los sofocos, y les suelto: «Señoras, necesitan salir un poco más, mover un poco el esqueleto, ¿no les parece?». Y tu madre va y dice: «Bryce, si el instructor se parece a ti, me apunto la primera». Y le contesto: «Caramba, ¡qué idea más buena!». Y consiguió que todas las demás se apuntaran. ¿A que es fantástico?

—Creo que mi abuela acaba de apuntarse —apostilló Faith.

—¡Sí! —exclamó Bryce—. ¿Qué opinas, Lucas?

Como siempre, su primo buscaba su aprobación.

—Me parece fabuloso, primo. Vas a hacerlo muy bien. —Hizo una pausa—. Necesitas un seguro, contratos, un sitio para impartir las clases y todo eso.

—Lo sé —replicó Bryce—. Carlos Mendez me ha dicho que si empiezo a prepararme para obtener un certificado oficial de instructor físico, me dejará trabajar en el gimnasio, siempre y cuando mis clientes paguen la cuota. —Hizo una pausa—. No se me dan bien muchas otras cosas, pero sé cómo hacer ejercicio y me gustan las mujeres. —Sonrió y se encogió de hombros.

—Bien por ti, Bryce —dijo Lucas.

—Creo que es fantástico —añadió Colleen—. Podrías llamarlo «Mujeres encantadas de mirar a Bryce». Seguro que se apuntaba medio pueblo.

—A ti, como no te interesa mirarme... —repuso Bryce al tiempo que le guiñaba un ojo, y Lucas no estuvo muy seguro, pero le pareció que Colleen se quedaba casi... pasmada.

Sin embargo, al cabo de un instante estaba riéndose de un comentario de Faith y coqueteando con un hombre mayor vestido con una camisa de franela.

Hannah O'Rourke salió de la cocina.

—Colleen, Connor te necesita.

—Ahora mismo —dijo, y entró en la cocina, logrando que todos los hombres de la barra, Lucas incluido, la siguieran con la mirada.

En ese momento lo llamaron por teléfono. Rushing Creek.

—Señor Campbell, debería venir lo antes posible —dijo la enfermera—. Parece que ha llegado la hora.

* * *

—Deberíamos decírselo a mi madre —protestó Bryce mientras Lucas lo obligaba a caminar por el pasillo en dirección al ala de enfermos terminales—. Voy a llamarla.

—No tenemos tiempo —dijo Lucas. Didi y Joe le habían ocultado el divorcio a Bryce, como si fuera un niño frágil de ocho años—. Vamos, primo.

Durante los últimos once días, Lucas había pasado un montón de tiempo en la habitación de su tío. Había llevado álbumes de fotos, cuidadosamente seleccionadas desde el nacimiento de Bryce, y había escuchado mientras Joe le explicaba quiénes aparecían en ellas, o le describía el lugar en el que se encontraban. «Aquí estábamos en la cordillera de las Cascadas... Esto fue en el Parque Nacional Zion. ¡Ah, el paseo por la ribera del río en San Antonio! Y esta es de cuando fuimos a Francia.»

La habitación se le antojó distinta en ese momento, ya que solo se oía la dificultosa respiración de Joe. Su tío tenía la cara hinchada, y parecía estar dormido.

Bryce titubeó en el vano de la puerta.

—¿Joe? Estamos aquí —dijo Lucas, que se acercó a la cama y le tomó una mano, al tiempo que le hacía un gesto a Bryce para que se acercara. Pero él no se movió.

—Hola —susurró Joe, que abrió los ojos haciendo un gran esfuerzo y vio a Bryce—. Hola, muchacho —dijo.

Bryce tomó una entrecortada bocanada de aire.

—Hola, papá.

—Acércate —le dijo Joe, y Bryce obedeció al tiempo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Papá, por favor, no te mueras. —El pánico se había adueñado de su voz, pobrecillo. Se sentó en el sillón situado junto a la cama y tomó a su padre de la mano.

—Lo siento, hijo —susurró Joe. Se oía una especie de murmullo en su respiración.

Lucas se colocó en el otro lado de la cama y le puso a su tío una mano en el hombro.

—¿Qué necesitas, Joe? —preguntó.

No había podido despedirse de su padre, pero estaba junto a su tío en ese momento.

Joe le miró.

—Lucas... —Cerró los ojos un instante—. ¿Te importaría... dejarnos a Bryce y a mí a solas?

Lucas parpadeó. Miró a su primo, que lloraba en silencio, con la cabeza apoyada en el brazo de su padre.

—Mmm... claro. Por supuesto. —Hizo una pausa y después se inclinó para besar a su tío en la frente—. Gracias, Joe —murmuró—. Por haberme acogido en tu casa.

Sin embargo, el moribundo solo tenía ojos para su hijo, de modo que Lucas no pudo hacer otra cosa que obedecerle y cerrar la puerta al salir.

El pasillo estaba a oscuras y en silencio. Una enfermera pasó por delante y le miró con gesto amable.

Podría llamar a Colleen. Seguro que iría a esperar con él.

Al fin y al cabo, no tenía a nadie más.

En cambio, siguió donde estaba. Al cabo de un rato, se sentó con la vista clavada en la puerta cerrada. El dolor que sentía en el pecho hacía que le costara trabajo respirar, era como si se lo hubiera atravesado una lanza fría y gruesa.

Llamaría a Steph cuando todo acabara. Y a Didi. Y a Ellen. Haría lo que debía hacer, lo que Joe le había pedido que hiciera, y después quería marcharse del pueblo y no regresar nunca, porque en ese lugar siempre había sido un forastero, un impostor.

Salvo con Colleen.

La puerta se abrió y Lucas se puso en pie de un salto.

—Se ha ido —anunció Bryce—. Se ha ido de verdad.

Estalló en enormes sollozos y Lucas abrió los brazos y estrechó a su primo con fuerza.

Desde ese lugar podía ver a Joe en la cama, innegablemente inmóvil.

—He logrado decirle lo de mi trabajo —sollozó Bryce—. Y me ha dicho que estaba orgulloso de mí, que era un emprendedor como él, y que me iría muy bien.

—Estupendo. Me alegro.

—¿Sabes qué más me ha dicho? —siguió Bryce entre lágrimas, si bien se apartó de él para limpiarse la cara.

—¿El qué, primo?

—Que siempre he sido el hijo que esperaba tener. —Bryce se echó a llorar de nuevo.

—Hola —los saludó la enfermera amable—. ¿Necesitan pasar un rato más con su padre?

—Es mi padre —la corrigió Bryce—. No el suyo.

Y eso lo resumía todo.

Colleen acababa de salir de la ducha y estaba pensando en darse un atracón de helado de Ben & Jerry para resistir la tentación de llamar a Lucas. Bastante ocupado estaba como para que ella le molestase con mensajitos de texto como «¡Estoy pensando en ti!» u «¡Oye! ¿Te vienes a casa?». Además, era la 1.33 de la madrugada. Bien podría estar durmiendo. Y antes se le había encogido el corazón al ver lo cansado que estaba.

Ajá. Pues a por un poco de helado de Ben & Jerry, los dos únicos hombres que jamás la habían decepcionado. ¿Vainilla con tropezones o mantequilla de cacahuete crujiente? La mantequilla de cacahuete, que era como la metanfetamina de los helados. Había comprado once tarrinas la semana anterior, aterrada por la posibilidad de que Faith se pasara antes por el supermercado y acabara con las existencias.

Rufus se puso en pie. *Auuu. Auuuu. Auuuuuuuuuuuuuuuu*, aulló con su voz de barítono. Y sí, alguien llamó a la puerta.

Devolvió el helado al congelador y abrió.

Era Lucas, y esos ojos de pirata la miraban con expresión desolada.

—Ay, cariño —dijo, y lo abrazó con fuerza porque lo llevaba escrito en la cara.

—Ya no está —dijo Lucas. Dejó que lo abrazara, pero parecía... perdido.

Auuu, auuuuuuuuuuu, rugió su bestia.

—Pasa —susurró—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres beber algo?

—No. Colleen... —Se detuvo—. Ella esperó.

Lucas no añadió nada más.

En cambio, *Rufus* comenzó con su investigación habitual de «¿Eres macho o hembra?».

—No, *Rufus*, no. Ya vale, precioso.

El perro obedeció. Pero Lucas siguió allí plantado.

Mierda. El pánico y la culpa le provocaron un agujonazo en el corazón. Lucas lo sabía. Ay, demonios, lo sabía. A lo mejor debería habérselo contado antes, pero...

—Tengo que decirte una cosa.

Tragó saliva, tenía la garganta tan seca que se le había cerrado. Ojalá llevara puesto algo más que una camiseta de Piolín y unos boxers.

—Esto... ¿quieres sentarte?

—No. —Él se limitó a mirarla y, después, por sorpresa, le tomó la cara entre las manos—. Colleen... lo único que solo ha sido mío de verdad eres tú.

¡Por Dios! Las palabras la golpearon como un mazazo. Pero un mazazo de los buenos.

—Ay, Español susurró.

—Los únicos recuerdos de cuando era niño son la enfermedad de mi madre, que mi padre empezó a trabajar a todas horas y que Steph siempre estaba con alguno. Y después, cuando me vine a vivir con Didi y con Joe... —Se pasó una mano por el pelo—. Mi sitio no estaba aquí y Didi se aseguró de que lo supiera.

—Lucas —murmuró ella con los ojos llenos de lágrimas—. Sé que Joe te quería.

—Esta noche me ha dicho que saliera de la habitación. Al final.

No, no, eso no era justo.

«Ay, Joe, ¿por qué lo has hecho?»

—Siempre creí que si era lo... lo bastante bueno, lo bastante tranquilo o lo bastante servicial, me ganaría el puesto, ¿sabes a lo que me refiero? Pero no ha sido así. Y después lo he entendido de golpe, así... de repente... que lo único que he tenido que solo fuera mío eres tú, Colleen. Bryce conseguía todo lo que quería, tenía una casa y unos padres que lo adoraban y que hacían cualquier cosa por él, pero en cuanto te conocí, eso dejó de importar. Te tenía. Lo eras todo para mí y lo estropeé.

—En fin... yo también lo estropeé —repuso ella, susurrando.

—No. Estabas alterada, como era lógico. No hice bien las cosas. Debería haberme esforzado más, debería haberme portado mejor contigo, y me he arrepentido todos los días de estos últimos diez años. Eres mía, Colleen, y esta vez lo haré mejor.

—Lucas... —dijo, pero fue la única palabra que consiguió pronunciar.

Él la besó en ese momento, y ella le devolvió el beso con toda su alma, lo rodeó con los brazos, se pegó a su piel ardiente y a sus ojos negros, y aunque Lucas por fin había dicho todo, o casi todo, lo que ella quería escuchar, el temor le provocó un escalofrío que atravesó la explosión de calidez que habían suscitado sus palabras.

Aunque eso daba igual, se dijo mientras lo llevaba a la cama, para consolarlo, para demostrarle lo mucho que lo quería. Ese detalle no significaba nada, mientras que eso lo era todo; él, lo era todo.

Al velatorio de Joe Campbell asistieron cientos de personas. Nunca había sido un miembro muy activo ni muy preeminente de la comunidad, ya que no era de los que se unían a la asociación de padres y madres del instituto, ni tampoco al equipo de voluntarios para emergencias sanitarias, pero tampoco podía decirse que tuviera enemigos.

Bryce lo llevaba bien. Estaba triste, pero era capaz de sonreír y de estrechar manos. Didi aceptaba el pésame al lado de su hijo. Lucía una tensa sonrisa que la mayoría de la gente atribuía a la pena en vez de a la irritación.

Lucas, Stephanie y las niñas también hicieron acto de presencia, y ya no había más familiares. Bueno, si no se contaba a Ellen Forbes, a sus padres y a su prometido, todos ellos sentados en la segunda fila de sillas. Un bonito detalle, por supuesto. Nada más lejos de la intención de los Forbes que no cumplir al pie de la letra las recomendaciones de etiqueta de Emily Post.

«¿Deberíamos asistir todos al entierro del tío de mi exmarido?»

«¡Pues claro que sí! Sobre todo si os lleváis bien.»

Algo que era muy cierto en el caso de Lucas y Ellen.

Como si le hubiera leído la mente, Lucas miró a Colleen y le sonrió.

La quería. Todavía no le había dicho las palabras mágicas, pero, por favor... Solo era un tecnicismo. Y, por el amor de Dios, ella lo quería también.

—Hola, guapa —la saludó Gerard, que le dio un abrazo tan fuerte que la levantó del suelo—. ¿Te he dado las gracias por emparejarme con Lorelei? Esa mujer sí que sabe hornear, te lo digo yo.

—Bueno, también sabe Norine Pletts, así que si las cosas no van bien con Lorelei, siempre puedes probar con ella. Solo tiene setenta y un años.

—Lo tendré en cuenta —replicó Gerard.

Los cuatro jinetes de la familia Holland estaban presentes junto con sus respectivas parejas, salvo Jack que seguía soltero, por espantoso que pareciera, y que se había marchado un rato antes. (Se recordó que debía hacer algo al respecto; su herencia genética era demasiado buena como para desperdiciarla.)

Todo el mundo conocía a Bryce, por supuesto, y Lucas se había convertido en parte de la comunidad, gracias a su participación en la construcción del edificio de protección civil. Allí estaba Marian Field, la alcaldesa de Manningsport, con su hijo Everett. Y Víctor y Lorena, clientes habituales de la taberna de O'Rourke, que siempre habían sido amables con Joe. Connor le dirigió la mirada de: «Aguanta, lo estás haciendo muy bien». Ella le sonrió, agradecida.

Como siempre, Con le había leído el pensamiento. Era raro ser la pasada y futura novia, la verdad, que no la otra mujer, pero se sentía como si lo fuera. No había lugar para ella junto con la familia (aunque habría estado con ellos si Lucas se lo hubiera pedido), pero quería estar presente durante el velatorio de todas formas. Cada vez que recordaba lo que le había dicho la otra noche, que se sentía muy... solo, se le partía el corazón.

«Lo único que ha sido mío de verdad has sido tú.»

Lograban salir adelante. Tenían que hacerlo. Se las arreglarían como fuera.

El velatorio debería acabar a las ocho, y ya eran menos cuarto. La fila de personas que aguardaban para dar el pésame era más corta, y Grant Jacobs, el director de la funeraria, apareció en la parte posterior de la estancia para hacer una discreta señal.

Con suerte, Lucas podría ir a su casa esa noche. Aunque a lo mejor no podía, porque con sus hermanas, sus sobrinas... y los Forbes en el pueblo... Lo único que ella quería era consolarlo. Lograr que se tumbara en su sofá y que apoyara la cabeza en su regazo, o masajearle los hombros, o hacerlo sonreír como fuera. Sentía el corazón rebosante de amor, y también lo tenía dolorido.

—Hola —dijo alguien a su izquierda.

—¡Paulie! ¿Cómo estás? Hace mucho que no te veo —la saludó Colleen, al tiempo que la abrazaba. Claro que ese «mucho» solo equivalía a una semana en el diccionario de Colleen, pero Paulie le devolvió el abrazo con entusiasmo, haciendo que le costara un poco respirar.

—¿Cómo está Bryce? —quiso saber Paulie al tiempo que hacía un gesto con la cabeza en su dirección.

—Muy tocado. —Ambas miraron a Bryce, que ciertamente estaba llorando en ese momento. Pobrecillo. Lucas le colocó una mano en un hombro, le dijo algo y él asintió con la cabeza.

—Iré a decirle algo, entonces —replicó Paulie—. Mmm... ¿vienes conmigo? Este tipo de cosas me incomodan mucho. ¿Se puede decir «jolin» en un tanatorio? En realidad, estaba pensando en otra palabra. La he cambiado en el último momento, supongo. Mierda, estoy hablando como un loro. Estupendo, y acabo de soltar una palabrota.

—Tranquila, amiga. —Colleen le dio un apretón en el bíceps.

—Sí. —Paulie suspiró. Tenía muy buen aspecto con el vestido negro, aunque parecía un poco tensa—. Es que se me parte el corazón con esa escena. —Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando miró a Bryce.

—Se alegrará de verte. Vamos.

Se acercaron al ataúd de Joe y Colleen tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le formó en la garganta al ver a Joe Campbell, *el Sonrisas*, que jamás volvería a sentarse en el extremo de la barra para beberse su Empire Cream Ale. Paulie colocó una mano en el hombro de Joe y se limpió las lágrimas.

—Paulie... —dijo Bryce—, hola.

—Lo siento mucho —replicó ella y le tendió la mano. Bryce la estrechó entre sus brazos, para lo cual tuvo que inclinarse porque Paulie era muy bajita, y enterró la cara en su cuello—. Ay, colega —le dijo Paulie—, has sido un hijo estupendo.

Los hombros de Bryce se sacudieron por los sollozos.

Mierda. Colleen también estaba a punto de echarse a llorar.

Bryce se enderezó.

—Lo siento —se disculpó al tiempo que se limpiaba las lágrimas—. Me alegro de verte. —Se volvió hacia su madre para decirle—: Mamá, ¿te acuerdas de Paulie Petrosinsky?

—Lo siento mucho, señora Campbell —dijo Paulie.

—Gracias. —Didi miró por encima de la cabeza de Paulie y les sonrió a los Forbes—. Bryce, por favor, ¿te importaría traerme un poco de agua?

—Yo se la traeré, señora Campbell —se ofreció Colleen—. Bryce, debes de estar cansado. ¿Por qué no te sientas un rato y hablas con Paulie?

—Estupendo —contestó Bryce—. Si no te importa, Paulie, claro.

—Joder, claro que no, en absoluto —le aseguró Paulie.

No se había puesto colorada. No, parecía totalmente normal.

—Kathleen, ¿y si me traes el agua? —le preguntó Didi.

—Es Colleen, señora Campbell, ahora mismo se la traigo. —Nada más lejos de su intención que parecer maleducada en un velatorio.

Se acercó al dispensador de agua situado al fondo de la estancia y llenó un vaso. Cuando se volvió, descubrió a Stephanie Campbell enfrente de ella.

—Hola —la saludó la hermana de Lucas.

—Hola, Steph —replicó ella.

—Me alegro de que Lucas y tú hayáis vuelto, y no pienso añadir nada más. Nos vemos mañana. —Sonrió, le dio un apretón a Colleen en un hombro y salió de la estancia con sus hijas.

Una bendición fraternal. La aceptaría.

Cuando regresó a la parte delantera, los Forbes se habían acercado a la familia y ella se sintió incómoda allí con el vaso de agua. Didi ni siquiera la miraba, porque estaba muy ocupada haciendo la pelota. Colleen esperó. Lucas estaba hablando con Ellen y con su prometido, Steve, y la madre que los trajo a todos, pero otra vez se sentía como una camarera.

—Discúlpeme, por favor —dijo con voz amable y el señor Forbes se apartó de un brinco.

—Oh, lo siento, querida —replicó el hombre.

—No, no es necesario que se disculpe —repuso Colleen—. Aquí tiene el agua, señora Campbell. —Se obligó a sonreír y después se acercó a Lucas. O tal vez no debería hacerlo. Tal vez debería alejarse. Mierda, qué situación más incómoda.

—Bueno, entonces nos vemos en la función benéfica de la semana que viene, ¿no? —oyó que le preguntaba Ellen.

—Creo que sí —contestó Lucas.

—Estupendo. Siento mucho no poder quedarme para el funeral —siguió Ellen—. Pero sabes que estaré pensando en ti.

—Te lo agradezco —le dijo él, mientras le estrechaba la mano a Steve—. Que tengáis un buen viaje de regreso. Ell, asegúrate de descansar.

—Mira quién va a hablar —replicó ella—. Que sepas que me he dado cuenta de que cojeas. Ponte hielo en la rodilla.

¿En la rodilla? ¿En qué rodilla? ¿Lucas tenía un problema con una rodilla?

—No se le escapa nada —terció Steve, al tiempo que le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero Lucas tiene razón, nena. Deberías poner las piernas en alto un rato.

No solo uno sino dos hombres bañándose en la luz que irradiaba Ellen con su embarazo.

Bryce y Paulie seguían hablando. Los Holland se habían marchado. La mayoría de la gente lo había hecho, y no quería quedarse allí plantada como una tonta, mientras Lucas besaba a Ellen en una mejilla (pero, la leche que les dieron, los vio por el rabillo del ojo). Regresó al fondo de la estancia y le envió un mensaje de texto a Savannah.

«¿Cómo vas? Estoy en un velatorio. ¿Qué estás haciendo?»

La respuesta le llegó al cabo de unos segundos: «Mamá y yo stamos d pedicura. ¡Diver!»

Eso estaba bien. Madre e hija pasando tiempo juntas. «¡Estupendo!», le envió a modo de respuesta. «¡Divertíos, guapas! Saluda a tu madre de mi parte.»

Por extraño que pareciera, Gail y ella se estaban haciendo... bueno, no exactamente amigas. Aliadas, quizá. Unas noches antes se tomaron una copa de vino juntas en la taberna de O'Rourke, la primera vez que Gail había ido sola al bar. Su madrastra le había pedido su opinión sobre la decisión de permitir que Savannah viajara con el equipo de béisbol para participar en la liga en otoño (algo que Colleen apoyó al cien por cien).

No habían hablado de su padre. Si Gail sospechaba que estaba saliendo con su exmujer, no dijo nada y Colleen se lo agradeció.

—Mía.

Colleen dio un respingo.

—Español. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Esto se está quedando muy tranquilo. —Le aferró una mano y se la besó. Dos veces.

Estaba guapísimo con el traje de color gris oscuro, la camisa blanca y la corbata roja. Necesitaba un afeitado. Se recordó que estaba feo ponerse cachonda en el tanatorio, pero Lucas no le estaba poniendo las cosas fáciles con esa boca tan divina, esos ojos tristes, tan oscuros y penetrantes... y quizás iluminados por una pequeña chispa de felicidad. Quizás ella tuviera algo que ver en eso.

—Hola, pareja —los saludó Bryce, que se acercó con Paulie.

—Paulie —replicó Lucas—. Me alegro de verte de nuevo.

—Lo mismo digo —repuso ella, que le dio un puñetazo en un hombro.

Él se lo devolvió, sin aplicar mucha fuerza, y después aferró otra vez la mano de Colleen.

Bryce sonrió.

—Bueno, entonces estáis otra vez juntos, ¿no? Estupendo. Me alegro de que no te haya molestado que nos enrolláramos, hermano.

El corazón de Colleen dejó de latir. Literalmente. Sintió que la sangre se le agolpaba en los pies y después que subía de repente, haciendo que el pulso le latiera a un ritmo peligroso.

No se atrevió a moverse.

Nadie lo hizo tampoco, salvo Bryce, que saludó a alguien con la mano.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Lucas en voz muy baja.

—¿Qué? Ah, Colleen y yo —respondió Bryce.

¡Caramba! ¡La madre que lo parió! Colleen sintió que se le aflojaban las rodillas.

—¿A qué te refieres con Colleen y tú? —preguntó Paulie, que frunció el ceño.

Bryce se dio cuenta de que había metido la pata y el descubrimiento se reflejó en su apuesto rostro.

—Ah. Mmm... esto... ¿a nada?

Colleen miró a Lucas y deseó al instante no haberlo hecho.

La cosa pintaba mal. Muy, muy mal.

—¿Habéis... habéis salido alguna vez? —preguntó Paulie.

—Bueno, y o no lo llamaría así —respondió Bryce.

—Este no es el momento —protestó Colleen con la voz tensa y un poco rara.

—No, no —repuso Lucas—. ¿Cómo lo llamarías, Bryce?

—Eh, mmm... bueno, a ver, que echamos un polvo, pero...

Un nuevo silencio.

—¿Estás de broma? —soltó Paulie.

Lucas parecía esculpido en granito.

—Este no es el momento —susurró Colleen.

Paulie había abierto la boca por la sorpresa.

—Colleen, ¿te has acostado con Bryce?

El problema era que la voz interna de Paulie era más bien externa y, al escucharla, tanto Didi como el pastor y los Forbes se quedaron petrificados. Por la megafonía se oía *Yellow Ledbetter* de Pearl Jam, por algún motivo, y de todas formas, ¿quién entendía la letra de la canción? Si parecía que estuviera hablando en otro idioma.

«Colleen, concéntrate», se dijo.

—Mmm... yo... —Parecía incapaz de articular palabra.

Al fin y al cabo, ¿qué podía decir?

—Esto es... ¿sabéis lo que os digo? —preguntó Paulie—. Que esto no me incumbe. Bryce, siento lo de tu padre. Lucas, nos vemos. —Y se marchó.

Colleen tragó saliva.

—Mmm...

Lucas miraba con cara de pocos amigos a Bryce, que a su vez la miró aterrado, y después miró a su primo.

—Lucas, amigo, eh... ¿te acuerdas el día que te salvé la vida?

Y en ese momento Lucas la miró y, joder, Colleen deseó que no lo hubiera hecho, porque esos ojos negros la atravesaron y no precisamente de forma positiva.

—Vamos a hablar de esto en privado —susurró ella.

—No es necesario —replicó Lucas, que siguió mirándola durante un segundo que se le antojó larguísimo y después se dio media vuelta y salió de la estancia, llevándose el corazón de Colleen con él.

—Esto no me gusta un pelo —dijo Bryce.

Colleen lo miró.

—Bryce...

—Mierda, Coll, lo siento. Es que... no sé, lo de mi padre y eso. Supongo que estoy un poco sentimental.

—¡Fue solo una vez y acordamos que jamás lo mencionaríamos! ¡Venga ya! Tampoco es que fuera algo tan memorable.

—Ay —protestó él.

Colleen recordó que estaban en el velatorio de su padre, al fin y al cabo, y le puso una mano en un brazo.

—Lo siento.

Bryce esbozó una sonrisa torcida.

—No, no, tienes razón. No lo fue. Lo siento mucho.

Colleen respiró hondo, aunque no logró que su corazón latiera más despacio.

—Bueno, ya no tiene remedio. Debería irme. Ánimo, Bryce. Nos vemos en el funeral.

—Gracias —replicó él—. Y lo siento, Coll.

Y sabía que lo decía en serio. Bryce era un tonto inofensivo.

Pero ella era más tonta todavía.

* * *

Seis años antes y sin un motivo en particular, Colleen tecleó «Lucas Campbell, Chicago» en el buscador de Google.

No pudo evitarlo. De vez en cuando lo hacía. Lucas no tenía perfil en Facebook, ni cuenta de Twitter, como las personas normales. Pero estaba casado con la hija de uno de los ciudadanos más importantes de Chicago, y de vez en cuando encontraba alguna mención.

Había visto un artículo sobre su boda en un periódico digital de la ciudad. Las acompañantes de la novia fueron su mejor amiga del Internado Miss Porter, rezaba el artículo, así como la hermana del novio y la sobrina mayor de este. Las sobrinas gemelas del novio portaron las flores. El padrino fue el primo del novio, Bryce Campbell. La recepción se celebró en el Hotel Drake, donde los invitados disfrutaron de la música en directo de la Moonlight Jazz Orchestra. La tarta fue una creación de la conocida repostera Sylvia Weinstock. El vestido de la novia era un diseño exclusivo de Isaac Mizrahi, un amigo de la familia. La pareja se conoció en la universidad. Lucas Campbell llevaba con orgullo sus orígenes del South Side y trabajaba en las labores de construcción con Forbes Properties. Al cuerno con el grado en Derecho, pensó Colleen. ¿Para qué molestarse en estudiar cuando se iba a formar parte mediante el matrimonio de una las familias más ricas de Chicago?

Pero no le parecía correcto. Lucas no era así.

Aunque claro, tampoco lo conocía tan bien como creía.

Después de encontrar el artículo, se juró que no volvería a buscar información sobre él nunca más. Bryce vivía fuera del pueblo en aquella época, y Joe le hacía el favor de no mencionar a Lucas cuando iba al bar. No tenía por qué saber nada de él si no quería.

Su firme resolución duró unos ocho meses, hasta el día de su cumpleaños, cuando se bebió ella sola una botella entera de chardonnay Blue Heron, y empezó a buscar artículos sobre nacimientos de bebés en Google.

Nada.

A partir de ese día miraba de vez en cuando, porque por razones puramente masoquistas quería saber si Lucas ya era padre. No quería enterarse de esas noticias de sopetón cuando estuviera trabajando en el bar, porque sabía que sería incapaz de disimular sus sentimientos.

Pero no encontró el anuncio del nacimiento de ningún bebé. No durante dos años, que fue cuando dejó de mirar.

Aunque no pudo evitar seguir pensando en él. Faith y ella debatieron muchas veces sobre lo injusto que era el poder del primer amor. Después de cada hombre que resultaba ser inferior a Lucas, después de cada celebración de los «Días de vino y rosas» que señalaba otro año más sin él, lo echaba tanto de menos que tenía la impresión de que le dolía el alma.

Y después, una noche en la que se encontraba prácticamente sola en el bar porque estaba nevando, sin ningún motivo en especial, buscó su nombre otra vez en Google y ¡bum! Encontró un artículo en el *Chicago Sun-Times*.

Se estaba riendo en la foto, igual que su mujer. Hacían una pareja fantástica. Ella con su pelo rubio y él, tan moreno. Ellen llevaba un vestido amarillo y lucía pendientes de diamantes. Lucas, maldita fuera su estampa, parecía un pirata de altos vuelos con su esmoquin, como si fuera un poco peligroso, y estaba guapísimo de la muerte. El pie de foto rezaba:

Lucas Campbell y Ellen Forbes-Campbell recibieron los halagos del maestro de ceremonias de la gala anual celebrada en el Hospital Infantil Lurie.

Colleen fue incapaz de apartar la vista, aunque le provocó la misma sensación que si una rama le hubiera atravesado el pecho.

Todavía lo quería.

Qué idiota era. Todavía quería a un hombre que se lo estaba pasando en grande con su esposa a muchos kilómetros de distancia.

Cerró la página, borró el historial de navegación para que Connor no descubriera lo patética que era y regresó a la barra, donde estaba sentado Bryce Campbell. Por un instante se le antojó tan parecido a Lucas que se echó a temblar por la añoranza del muchacho que tanto la quiso en el pasado.

—Hola, Bryce. ¿Qué te pongo?

Le sirvió una cerveza y estuvieron hablando. Bryce era un hombre muy dulce. Sencillo. Sin complicaciones. Y esa noche, sin nadie alrededor, Bryce no tenía otro sitio en el que estar y ella tampoco, y les pareció agradable contar con un amigo.

La acompañó caminando a casa, porque estaba nevando con fuerza, un gesto muy caballeroso por su parte. Cuando llegaron a la puerta, se detuvieron y le preguntó con la vista clavada en el cielo:

—¿Alguna vez has deseado haberte marchado del pueblo, Colleen?

—La verdad es que no —contestó ella al cabo de un segundo—. Pero te entiendo. Alguna vez se me ha ocurrido.

—Nunca pensé que acabaría aquí. En casa de mis padres. Siempre imaginé que sería... no sé. Mejor. Más listo.

Colleen no entendió exactamente a lo que se refería, pero le pareció muy triste. Extendió una mano y le sacudió la nieve del pelo.

—Bryce, a mí me parece estupendo tal como eres —le aseguró.

Y entonces la besó.

Sí, claro, por supuesto que sabía que era una estupidez. Pero bueno, era una noche tan tranquila y solitaria, y cuando lo miraba desde cierto ángulo podría confundirlo con Lucas... precisamente esa noche que había visto la prueba fehaciente de que Lucas era feliz sin ella... y en fin.

Dos personas que se sentían solas. Una tormenta de nieve. Unas cuantas cervezas. La combinación no ayudaba a tomar la mejor decisión del mundo en ningún caso, y como no podía ser de otro modo, cuarenta y dos minutos más tarde Colleen se odiaba a sí misma.

Y también era justo decir que Bryce más o menos se sentía igual.

—Seguramente hayamos metido la pata —dijo al tiempo que se ponía la ropa.

—Sí. No te ofendas, pero creo que sí.

—Eres una buena persona, Coll.

—Tú también.

—Pero... —Bryce dejó la frase en el aire.

—Lo sé. —Necesitaba una ducha, se sentía asqueada. Y no porque Bryce fuera desagradable, sino porque aquello no le parecía adecuado—. Bryce, si pudiéramos olvidarnos de esto, creo que sería lo mejor.

—Estupendo. Sí. Definitivamente.

—No se lo digas a Lucas —susurró ella.

—Por Dios, no. En serio. Ya está olvidado, ¿sí? Nos vemos.

—Muy bien. Gracias, Bryce.

Y eso fue todo. Algo irrelevante, mediocre, un error. Bryce no era Lucas. Ni por asomo. Más que un acto de venganza por su parte, había sido una decisión patética. Colleen O'Rourke, que supuestamente era tan lista en lo que a las relaciones se refería y tan buena con los hombres, había quedado reducida a una persona tristemente solitaria que se había tirado a un hombre que le recordaba a su primer amor.

En cuanto a Bryce... Bueno, era todo espuma y nada de cerveza. De esos hombres que iban a por las mujeres que lo ponían fácil, y ella se lo había puesto fácil.

De modo que pasó un par de meses hecha polvo. Bryce siguió yendo al bar, y bendito fuera, pareció olvidar el asunto. No hubo miraditas deseosas, ni saltaban chispas entre ellos (¡por favor!), ni tampoco hubo indicios de que estuviera resentido.

Al final, Colleen consiguió superarlo. Fue un «lapsus del sentido común», esa expresión tan familiar para ella, un error que no pensaba cometer de nuevo. Era hora de olvidar a Lucas Campbell. Encontraría a alguien más, en algún momento. Nadie tenía que enterarse de lo de Bryce y nadie lo supo.

Hasta ese día.

La primera parada era la casa de los Petrosinsky. Fue el padre de Paulie quien le abrió la puerta.

—¿Qué has hecho ahora? —masculló el hombre—. Se está comiendo una ración entera de Pollo Refrito con Rebozado Extra.

—Lo siento mucho, señor Petrosinsky.

—Entra —le dijo con cautela—. Habla con ella. —Abrió la puerta y Colleen pasó junto a la estatua de un gallo disfrazado de mayordomo, tras lo cual subió la escalera en dirección al dormitorio de Paulie.

La puerta estaba abierta, y allí encontró a su amiga, con el cubo de pollo en las manos, comiendo y llorando mientras veía *Terminator* ♯ en su enorme televisor.

—¿Paulie? —dijo.

Paulie arrugó otro pañuelo de papel y lo arrojó a la papelera, donde se reunió con los numerosos hermanos que lo esperaban.

—Pasa —murmuró.

Colleen entró de puntillas y se sentó en el borde de la gigantesca cama.

—Siento mucho no haberte dicho nada —susurró.

Paulie la miró con los ojos llorosos y después clavó la vista de nuevo en la tele.

—¿Quieres pollo?

Seguramente no hubiera mejor persona en la Tierra que Paulie Petrosinsky, y Colleen sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Gracias. —El pollo estaba buenísimo, por espantoso que pareciera. Se lo zampó mientras observaba cómo Arnold adelantaba al tráiler en su moto.

—Siento mucho haber montado una escena —se disculpó Paulie—. Es... vergonzoso. Como si pudiera estar con Bryce cuando él puede conseguir a alguien como tú.

Me quedé alucinada.

—Paulie, tú eres diez veces mejor que yo.

—Sí, claro. A ver si te miras en el espejo, Colleen.

—El aspecto no es lo importante.

Paulie resopló.

—Ya. Si yo me pareciera a ti, tendría a Bryce pegado a mí como una lapa.

—Mi aspecto me ha reportado bien poco —le aseguró Colleen—. Soy guapa, ¿y qué? Estoy soltera, solo he tenido una relación seria en mi vida, todo el mundo piensa que soy la guarrilla del pueblo y yo no hago nada por contradecir esa idea. De hecho, me gusta que piensen así. Es mejor eso a que sepan que soy un desastre. Contigo pasa al contrario, todo el mundo te mira y saben que eres una persona decente.

—Decente. Una virgen decente, mira tú qué pena —replicó Paulie, que aferró otro trozo de pollo—. Come un poco más. Este rebozado lleva Frosted Flakes machacados.

—Con razón está tan rico —dijo Colleen, que eligió una pechuga enorme—. Paulie, nunca he mencionado lo de Bryce porque fue un error. Un error que no se repitió.

—¿Lo hiciste porque estabas cabreada con Lucas? Porque en mi opinión, si es por eso, has quedado fatal.

Colleen tragó saliva.

—No. Fue porque me sentía sola. Lo quería, él se había casado y yo seguía anclada en el pasado. —Hizo una pausa—. Y me sentía muy, muy sola.

—No sabes cómo te entiendo.

—Paulie, si te he hecho daño, lo siento mucho.

Su amiga suspiró y se tumbó en la cama. En la pantalla, el nuevo terminator, tan espléndido él, atravesó a una enfermera con un brazo y la mató en el acto.

—Muy bien, acepto tus disculpas, Coll. A ver, es una mierda imaginarse a vosotros, la gente guapa, tirándose a los feos, pero te agradezco que hayas intentando emparejarme con Bryce. De corazón.

—Te echa de menos.

—Sí, lo que tú digas.

—Me refiero a que no pierdas la esperanza.

—Ya lo he hecho. La esperanza es una mierda. —Paulie suspiró de nuevo—. ¿Crees que Lucas te ha perdonado?

—Ahora mismo ni siquiera me imagino que pueda hacerlo. —Colleen también se tumbó en la cama.

Paulie le aferró una mano, le dio un apretón y después le pasó la caja de pañuelos de papel.

No se merecía a una amiga como Paulie. Pero, demonios, le encantaría tenerla.

—¿Paulie? —susurró.

—¿Qué?

—Siento mucho lo que pasó en sexto. Ojalá hubiera podido ayudarte mejor.

Paulie guardó silencio durante un minuto entero.

—Bueno, nadie más se atrevió. A ver, sí, te odié una temporada, pero te he estado observando todo este tiempo. Siempre has sido simpática conmigo.

Colleen tragó saliva y se limpió las lágrimas que le estaban mojando el pelo.

—Gracias.

—Y ahora fuera de la cama y vete para que siga regodeándome en mis penas. ¿No deberías hablar con Lucas?

—Oh, seguramente.

—Pues hala, fuera de aquí. —Se incorporó y le ofreció otro trozo de pollo—. Llévate esto para el camino.

Tuvo que hacer acopio de todo el valor del que fue capaz para llamar a la puerta de Lucas. De todas formas, le temblaban las manos. Y las piernas también. A la lista había que añadir el corazón, porque le latía tan rápido que parecían las alas de un colibrí en movimiento, y mucho se temía que podía acabar desmayándose.

La puerta se abrió. No era Lucas. Era Mercedes.

—¡Hola, Colleen! —la saludó—. ¿Cómo estás?

—Hola —dijo ella—. ¿Está tu tío?

—Sí, espera. ¡Tío Lucas! —gritó, haciendo que Colleen diera un respingo—. ¡Tu novia está aquí! —Se volvió hacia ella—. Lo siento, pero es que se os nota mucho.

—Ah.

Mercedes la miró, extrañada («¿Antes no se te daba bien lo de hablar con la gente?»), y después se marchó, y llegó Lucas, cuya presencia llenó el vano de la puerta con su increíble carga de testosterona.

—¿Tienes un minuto? —susurró ella.

—No.

—Lucas, por favor.

La verdad era que sus ojos parecían estar abrasándola. Lucas se volvió, le dijo algo a Stephanie, y salió al pasillo.

—¿Podemos ir a algún sitio más íntimo? —le preguntó.

—No.

No era un buen comienzo. Aunque claro, tenía motivos para estar furioso.

Se plantó en el pasillo con los brazos cruzados por delante del pecho, mirándola con expresión inescrutable.

Colleen respiró hondo.

—Bueno, a ver, esto es incómodo. —Empezó a mordisquearse la uña de un pulgar, pero bajó la mano—. Mmm... sí, me acosté una vez con Bryce. No tuvo importancia.

—Para mí sí la tiene.

—Ya. —Tomó una entrecortada bocanada de aire—. Lucas, fue hace mucho tiempo.

—¿Y eso lo excusa?

—No. Lo siento —dijo—. Lo siento mucho, Lucas. Ojalá no lo hubiera hecho. Los dos pensamos lo mismo, Bryce y yo... y de que verdad que no tuvo...

—Colleen, en el pueblo hay muchos hombres con los que acostarse. Por lo que me has dicho, lo sabes muy bien.

Eso hizo que Colleen diera un respingo.

—¡Ay!

—No te estoy criticando.

—¿Ah, no? Pues a mí me parece que sí. Me siento muy criticada.

—Pero ¡mi primo! —Su voz era tan corrosiva como el ácido.

—Bueno, no solo es tu primo... Quiero decir que no me acosté con él porque fuera tu primo, sino que hubo otros además de él y... Mmm... —Estupendo. Su Síndrome de Tourette del Terror acababa de aparecer—. Lo que quiero decir es que no fue...

—¡Colleen, no me interesa hablar de los hombres con los que te has acostado! —masculló Lucas.

Alguien le bajó el volumen del apartamento situado frente al de Lucas. No podía culparlo.

Colleen se retorció las manos.

—Lo siento —susurró—. De verdad que lo siento, Lucas. Pero que no se te olvide que en aquel entonces tú estabas casado. ¡Casado! Ni que te hubiera puesto los cuernos.

—Te lo has tenido muy callado durante todo el verano. Sabías que yo sí le daría importancia. Lo sabías, y me has hecho quedar como un idiota.

Colleen guardó silencio y tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—¿De qué manera te ha hecho quedar como un idiota el hecho de estar conmigo?

—Creo que ha quedado bien claro hace un rato. En el tanatorio. Delante del pastor. Y delante de mi antigua familia política.

Colleen estuvo a punto de llevarse de nuevo la uña a la boca, pero apretó los puños.

—De verdad que lo siento, Lucas. No soy perfecta.

—No, ahora mismo ese adjetivo no forma parte de la lista de epítetos que te dedicaría.

—¡Ya está bien de tonterías! Me equivoqué, lo sé, lo tengo muy claro. Pero solo intentaba encontrar a alguien después de que tú te casaras.

—Fuiste tú quien cortó conmigo, Colleen. ¿Lo recuerdas? Era o boda o largarme. O sigues mis normas, o a la calle.

—Ni se te ocurra soltarme frases de *De profesión duro*. Me he visto todas las películas de Patrick Swayze.

La miró, hirviendo de furia.

—Ese es tu problema, Colleen. Que no puedes tomarte nada en serio. Ni lo nuestro, ni a Bryce, nada.

—¡Lo siento! ¡Estoy nerviosa! ¡Me estoy tomando esto en serio!

—Te acostaste con mi primo. Eres la única que sabe lo que me hizo Bryce.

—¿Te refieres a que te salvó la vida?

—A que deseaba todo lo que yo tenía, y no quisiera Dios que a Bryce le faltara de nada. ¡Hasta te consiguió a ti!

—Lucas, no soy un cucurucho de helado. No es lo mismo.

—¡Colleen, me privó de la oportunidad de ver a mi padre por última vez! ¡Por Dios, se acostó contigo!

—Sí, bueno, vamos a relajarnos a un poco. ¿Y qué pasa con lo que me dijiste la otra noche? Sobre nosotros. Eso también es importante, ¿no? —Se mordió la uña y el dolor fue lo único que le pareció real en ese momento.

Lucas estuvo a punto de sonreír. Pero no de forma agradable.

—¿Te refieres al comentario de que eres lo único que de verdad fue mío?

—Me refería a...

—Porque supongo que estaba equivocado, ¿no?

—Muy bien. Soy un pendón desorejado.

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace.

Lucas no replicó, pero sus ojos no la miraban precisamente como si la hubiera perdonado, y Colleen sintió que la esperanza la abandonaba por completo. Paulie tenía razón. La esperanza era una mierda.

—Bueno, pues que te lo pases bien siendo san Perfecto, Lucas. Buena suerte.

Él la miró con expresión inescrutable.

—Estaba siendo sarcástica. No eres perfecto, que lo sepas. Nunca me dijiste que me querías. Jamás.

—Menos mal, ¿verdad?

El corazón, que tanto tiempo había tardado en sanarle, se le partió de nuevo en dos en ese instante. Sin mediar otra palabra, se dio media vuelta y se marchó antes de empezar a llorar.

Sabía desde el principio que Lucas la destrozaría otra vez. Y no se había equivocado.

—Colega, no estarás cabreado, ¿verdad? —preguntó Bryce por trigésima vez, por lo menos.

—No quiero hablar del asunto —respondió Lucas entre dientes, al tiempo que se obligaba a relajar las manos para no apretar los puños.

Didi sonrió con sorna.

Estaban en la limusina de camino a la iglesia para el funeral de Joe.

—Porque, a ver... solo fue sexo.

—Cierra la boca.

—Y Colleen... ya sabes cómo es. Se puede decir que se hace querer.

—¿Quieres que te dé una tunda, Bryce? —gruñó—. ¿En el entierro de tu padre? Porque como digas una sola palabra más, te la doy. —Hizo una pausa—. Y no hables así de ella.

Bryce se dejó caer contra el asiento de la limusina.

—Lo siento.

—Es una buscona —dijo Didi.

—Didi, cierra la boca o te vas andando a la iglesia. Recuerda que quien paga el funeral soy yo.

Ante la mención del dinero, Didi entrecerró los ojos.

—Lucas, por favor, no hace falta ser grosero.

No se molestó en replicar.

—Mamá, deberías quedarte en el pueblo —dijo Bryce—. ¿De verdad te vas a Wisconsin mañana?

—Bryce, cariñín, ya sabes cómo soy. Prefiero llorar en la intimidad. Y tengo vacaciones acumuladas para hacerlo.

Lucas sospechaba que ya se estaba buscando un nuevo marido. Quería jugar la baza de la viuda enseguida. Tampoco se quedaría para la lectura del testamento de Joe.

Bryce seguía sin saber cuánto había heredado, y Lucas sería su albacea.

Tampoco era necesario que él se quedara. El testamento era muy claro, y solo contaba con una carta sellada que Joe le dirigía a Bryce.

No había carta para él.

Llegaron a la iglesia. Tanto Bryce como Lucas serían portadores del féretro, junto con cuatro amigos de su tío, dos de la universidad y dos de Manningsport. Bajaron el ataúd del vehículo de la funeraria y lo levantaron, llevándolo despacio al frío interior de la iglesia de piedra.

Eso era lo último que haría por Joe. Se marcharía después del funeral y, la verdad, se alegraría de alejarse de ese lugar.

La iglesia estaba a rebosar. Allí estaban Steph y las niñas, todas llorando. Faith y Levi, Tom y Honor. Gerard y esa mujer tan guapa de la panadería. Everett y Emmaline, de la policía de Manningsport, y el alcalde. La mujer que vivía en su misma planta y veía *Juego de tronos* a todas horas. Jeremy Lyon, que había sido el doctor de cabecera de Joe, y su novio, a quien Lucas conoció una noche en la taberna de O'Rourke. Paulie Petrosinsky, que lucía un larguísimo jersey negro que casi rozaba el suelo, se encontraba al final de la iglesia, ya que todas las bancas estaban ocupadas. Lo miró con una sonrisa triste y él la saludó con un gesto de cabeza.

Todos habían adorado a Joe, *el Sonrisas*.

Y allí estaba Colleen, sentada con su familia, con su madre, con Connor y con su hermana pequeña.

Apartó la vista.

Dejaron el ataúd en su lugar y el pastor comenzó la misa. Mercedes leyó un texto de la Biblia y Stephanie leyó un poema triste de Robert Frost.

Después llegó el momento del panegírico. Bryce se puso en pie, se sacó unas notas del bolsillo con manos temblorosas y se acercó al altar.

Carraspeó. Inspiró hondo.

—Mi padre... mi padre... mi padre era...

Y en ese momento empezó a llorar con tanta fuerza que se dobló por la cintura. Intentó controlarse, fracasó, y se quedó agarrado al atril, sollozando.

La rabia que pudiera sentir Lucas hacía él, por Colleen, por la vida tan regalada y superficial de su primo, por el amor que le habían ofrecido y que él parecía dar por sentado, desapareció en ese momento.

Bryce era un niño grande. Un niño dulce, tonto y fortachón que no sabía muy bien cómo ser un adulto.

Lucas se levantó y se acercó a su primo.

—Oye, amigo —dijo en voz baja al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo y lo apartaba unos pasos del atril—. Oye, puedes hacerlo.

—No, no puedo —sollozó Bryce.

Lucas lo abrazó con fuerza.

—Claro que puedes. Tienes que hacerlo. Por tu padre y también por ti.

Bryce se secó los ojos con las manos.

—¿Lo harías en mi lugar? —le pidió—. ¿Leerías lo que he escrito?

—No. Es cosa tuya. Puedes hacerlo.

Bryce lo miró con esos ojos azules, tan parecidos a los de Joe, tragó saliva y asintió con la cabeza.

En ese momento Lucas le dio un apretón en los hombros y se sentó de nuevo, pasando por delante de Didi sin mirarla siquiera.

Bryce tomó una entrecortada bocanada de aire.

—Vaya, qué duro es esto —dijo, y los congregados soltaron una carcajada compasiva—. Mi padre era... en fin, no era perfecto —siguió—. Cometió errores. Era un poco vago. Pero me quería. Adoraba a su familia y adoraba a los White Sox. —Eso arrancó unas cuantas risas—. Siempre quiso lo mejor para mí. No recuerdo una sola vez que se cabreara conmigo o me gritara. Tal vez debería haberlo hecho. A ver, podría haber matado a alguien e irme de rositas.

Otra tanda de carcajadas, y Lucas se dio cuenta de que también estaba sonriendo.

—Pero mi padre no era así, punto y pelota. Nunca fue impaciente y siempre parecía sonreír. También era listo, mucho más listo de lo que dejaba entrever. Seguramente podría haber conseguido mucho más en la vida, pero se contentaba con lo que tenía.

Steph se inclinó hacia delante.

—Se parece a papá —susurró ella.

Lucas estaba pensando lo mismo.

—Pero lo mejor de mi padre —siguió Bryce— era que siempre veía lo mejor de las personas. No se dejaba engañar por su aspecto externo. Sabía quiénes eran los buenos. —Se hizo una larga pausa. Aunque Bryce ya no estaba llorando... en cambio, miraba hacia el final de la iglesia. Fijamente. Después volvió la vista a sus notas—. Tengo mucho por hacer si quiero ser la mitad de hombre que fue él —dijo—. Pero voy a intentarlo. —Clavó la vista en el techo—. Gracias, papá. —Se le quebró la voz una vez más—. Te echaré de menos el resto de la vida.

Acto seguido, Bryce abandonó el altar y pasó junto a la primera banca, y siguió andando hasta el final de la iglesia. Fue derecho a Paulie, le susurró algo, la tomó de la mano y se la besó.

—Recemos dijo el pastor.

Se reunieron todos en la taberna de O'Rourke, tal como Joe había pedido. Había un cartel en la puerta que rezaba «Cerrado por reunión privada». Las primas de Colleen se encargaban de la barra, pero ella estaba allí, asegurándose de que todo se hacía correctamente, dando órdenes, entrando y saliendo de la cocina. Parecía distinta, con el pelo recogido en un elegante moño y un vestido negro de cuello alto sin mangas.

No sonreía. Era eso lo que marcaba la diferencia.

Lucas intentó no mirarla. Colleen besando a Bryce, quitándole la camiseta a su primo y retorciéndose bajo su cuerpo... No, se negaba a pensar en eso. No en ese momento. La noche anterior no había pegado ojo, atormentado por esas mismas imágenes, pero ese día era por Joe.

Las bebidas corrían, se hacían brindis y se servía comida. Alguien encendió la rockola y se convirtió en una reunión festiva a medida que la gente iba contando anécdotas de Joe.

A su tío le habría encantado todo eso.

Bryce también parecía algo más animado. Lucas, que comprobaba el estado de su primo de vez en cuando, le dijo que el panegírico había sido perfecto. Bryce rodeaba con un brazo a Paulie, que tenía un rubor muy atractivo.

—Me alegro de verte, Paulie —la saludó Lucas mientras uno de los amigos de Joe de la universidad le contaba a Bryce una trastada que había hecho su padre.

—Y yo me alegro de que me vean —replicó ella.

—Gracias por darle una segunda oportunidad.

—Más bien la décimo cuarta, pero creo que esta vez merecerá la pena.

Lucas sonrió.

—Ojalá tengas razón. Te mereces a un buen hombre.

—¿Me estás tirando los tejos?

—Creo que no soy tan listo.

—Ya —dijo ella al tiempo que señalaba con su Genesee a Colleen, que estaba levantando una bandeja con vasos—. ¿Qué vas a hacer con eso?

—No lo sé. —Sintió que le ardía la sangre.

—Yo solo te digo que ha sido una buena amiga —replicó Paulie—. Y que a su forma tan particular, también es un manojito de inseguridades, Lucas, pero ¿no lo somos todos?

—Claro. —Parecía que volvía a mirar a Colleen. Y ella le devolvía la mirada.

Colleen asintió con la cabeza por algo que alguien le había dicho antes de echar a andar, abriéndose paso entre la multitud.

—Hola, Paulie —dijo, mordiéndose la uña del pulgar. Pero lo miraba a él.

—Hola, chata —replicó su amiga.

—Hola, Lucas. Bryce. Ha... esto... ha sido una misa muy bonita. —Parecía estar a punto de decir algo más, pero Didi la apartó de un empujón.

—Bryce —dijo Didi—, tengo que hablar contigo. —Apartó de un codazo a Paulie y aferró a su hijo del brazo.

—Claro, mamá.

La mujer le susurró algo al oído.

Este se apartó de repente.

—De eso nada, mamá. Lo has entendido al revés.

—Lo dudo mucho, Bryce.

El hombre miró a Paulie.

—No. Te equivocas de parte a parte.

—Bryce —dijo Didi con voz más brusca—, ¿de verdad quieres estar con alguien a quien se conoce como la Princesa del Pollo? Puedes aspirar a algo más.

Paulie se puso como la grana por la vergüenza.

—Disculpadme —dijo con una dignidad impresionante. Hizo ademán de marcharse.

—No se te ocurra mover una pestaña —le ordenó Bryce, que la tomó del brazo con ternura y la pegó a él. Se volvió hacia su madre—. No, mamá. No puedo. Paulie es una persona estupenda. No tienes ni idea de lo que dices.

—Créeme, lo sé.

—No, no lo sabes —replicó con sequedad. Las personas a su alrededor dejaron de hablar—. Juzgas todas las cosas por lo que cuestan o por su aspecto. ¿Dónde has estado estas dos últimas semanas mientras papá se moría? ¿Qué clase de mujer se va en ese momento? ¿Eh? Paulie ha sido una buena amiga para mí y si quiero salir con ella, lo haré.

—No seas como tu padre —le soltó Didi con voz cargada de desdén—. No te hagas amigo de todos los perdedores con los que te cruces en el camino.

Bryce se irguió.

—No podrías haberme halagado más, mamá. Y tú eres la que va a perder.

Tras decir eso, Bryce tomó a Paulie de los hombros.

—Lo siento mucho —dijo, y sin añadir nada más, la besó. Con ferocidad.

La joven agitó las manos (como un pollo, fue lo que a Lucas se le pasó por la cabeza) antes de dejarlas en la cintura de Bryce. Este se apartó un poco antes de besarla de nuevo, aunque con más ternura en esa ocasión.

Lucas miró a Colleen. Estaba sonriendo, un poquito nada más, con la vista clavada en Bryce y Paulie, y por algún motivo eso lo destrozó.

Había llegado la hora de marcharse.

A las diez de la mañana siguiente Colleen estaba limpiando la barra, regodeándose en los poderes curativos de un arrebato limpiador, cuando alguien llamó a la puerta. Era Bryce.
 Le abrió.
 —Hola —lo saludó.
 Estaba... estupendo.
 Y llevaba el Thneed negro.
 Por raro que pareciera, el atuendo poseía cierto encanto metrosexual, tal como lo llevaba colgando sobre la camiseta sin mangas y los pantalones cortos de deporte.
 —Vaya, vaya, vaya —dijo—. ¿Ese jersey significa lo que creo que significa?
 Bryce sonrió.
 —Un caballero no va hablando por ahí de sus conquistas.
 —Es irónico que lo digas.
 Bryce hizo una mueca.
 —Precisamente por eso he venido. Quería disculparme por haberlo estropeado todo entre Lucas y tú.
 Suspiró al escucharlo.
 —No. Debería habérselo contado. Pero supuse que solo le haría daño y de todas formas, aquí nos tienes, los dos sufriendo.
 —¿Puedo arreglarlo?
 —¿Puedes? Porque sería estupendo.
 —Se marchó ayer.
 Mierda. Había supuesto que lo haría, pero, por Dios, esas palabras le llenaron los ojos de lágrimas de todas formas.
 —También quería darte las gracias por ayudarme a que me fijara en Paulie. Me lo contó todo anoche.
 —Bueno, eres un hombre con suerte, Bryce. Es una persona estupendísima.
 —Lo sé.
 —Ah, y me encantó cómo le paraste los pies a tu madre. Ya era hora.
 —Sí. La verdad es que me gustó. Por cierto, me mudo.
 —No te irás al Palacio del Pollo, ¿no?
 —No, no —contestó él—. Demasiado pronto para eso. Voy a quedarme en el apartamento de Lucas en el edificio Opera House. He hablado con la casera esta mañana. Ahora que tengo un trabajo y demás.
 Connor entró en ese momento.
 —Hola, Bryce. De nuevo, siento mucho lo de Joe.
 —Gracias, colega. —A Bryce se le llenaron los ojos de lágrimas, pero dio una palmada en la barra antes de levantarse—. Tengo que irme. Me toca Boot Camp Menopáusico en quince minutos.
 —Mamá va a asistir, que lo sepas —le dijo Colleen a su hermano.
 —Eres un santo, Bryce —repuso Connor.
 —Y que lo digas, hermano. Y que lo digas. —Tras eso, volvió a sonreír y se marchó, agitando los extremos del Thneed con aire libertino a su espalda.
 —No te quedes ahí parada —le soltó Connor—. Ponte a trabajar, cacho perra.
 —Te has enterado de lo de Bryce, ¿no?
 —Lo sé desde hace años.
 A Colleen le temblaron los labios.
 —No fue uno de mis mejores momentos.
 —¿Cómo se lo ha tomado Lucas?
 —Ha vuelto a Chicago.
 —Capullo.
 —Ya. En fin, pero resulta que quiero a ese capullo.
 —Tienes que buscarte una vida.
 —Tú sí que tienes que hacerlo. ¿No te ha dicho nadie que tienes una malsana atracción hacia mí, hermanito? Por cierto, ¿cuál es el especial del día?
 —Lo que se le antoje a mi hermanita con el corazón roto.
 Colleen se quedó callada un momento.
 —Justo cuando estoy a punto de darte en adopción vas y dices una cosa así. Sándwich de pavo, beicon crujiente y esa mayonesa de albahaca y rábano picante que me encanta. ¿Lo ves? Sí que sirves para algo.

* * *

La semana siguiente Colleen se arrastró cual caracol reumático. Salió a correr con *Rufus* por el espacio protegido del pueblo, donde su cachorro podía darle uso a sus larguísimas patas y galopar por los prados y regresar cubierto de polen y felicidad. Llevó a Savannah a una clase privada de boxeo con Tom Barlow, y su hermana pareció encontrarse en el séptimo cielo cuando terminó. Después vieron *Harry Potter* y comieron verduras y *hummus*, con un *brownie* chiquitito cada una. Gail le había dicho que malcriaba a Savannah con la comida, y estaba tratando de comportarse mejor. No quería ponerse en plan dictadora, solo... tener un poco de cabeza.
 Lucas no llamó. No le mandó un mensaje de correo electrónico. Ni uno de texto. Ni flores. Ni una ardilla muerta en una caja.
 Empezó a escribirle una decena de veces. Se ponía a hablar en voz alta en la ducha, intentando dar con las palabras que lo arreglasen todo.
 Las palabras no le salían.
 Paulie fue al bar el martes durante la hora feliz. Parecía la misma de siempre, el amor no había cambiado su aspecto exterior, algo que le resultaba reconfortante, por raro que sonase.
 —Así que el asuntillo de la hija virgen del Rey del Pollo... —comenzó Colleen.
 —El título ya no se ajusta —replicó Paulie, que levantó la mano para chocar los cinco.
 Colleen se echó a reír.
 —¿Crees que va a salir bien? Ahora que lo conoces en vivo y en directo.
 Paulie sacó una bebida proteínica de su bolsa de deporte, le quitó el tapón y bebió un buen sorbo.
 —Échale un chorrito de vodka, ¿quieres? —le pidió.
 Colleen hizo una mueca, pero obedeció. Era peor que el 7UP con zinfandel rosado de su madre.

Paulie bebió un sorbo con satisfacción.

—Las cosas van viento en popa —aseguró—. Bryce es el hombre más dulce que hay sobre la faz de la Tierra. La otra noche me preparó una hamburguesa con queso, calentó unas patatas fritas y ¿sabes qué? Ha heredado un montón de pasta y va a donar un buen pellizco a la protectora de animales. Podría haberse comprado un Maserati o un Porsche, pero no, ha metido dinero en un fondo común. Y está estudiando para convertirse en entrenador de verdad. —Bebió un poco más del inusual cóctel—. Parece que todo el mundo lo ha subestimado.

—Todo el mundo menos tú.

—Menos yo. —Sonrió orgullosa.

—Está coladito.

Paulie esbozó una sonrisa tan deslumbrante que podría haber iluminado el bar ella sola.

—Hago lo que puedo. ¿Algún consejito sexual que darne?

—Ah, no, hermana. Se acabaron mis días de consejera. Pero ¿sabes quién podría aconsejarte? Prudence Vanderbeek. Está en el reservado del final, con Honor. Pídele consejo. Le alegrarás el día.

* * *

Cuando ya no pudo retrasarlo más, Colleen fue a ver a su madre. Su querida madre llevaba un tiempo muy callada, sin usar sus habituales chantajes emocionales, como pasarse por el bar con aspecto de vagabunda o mandar mensajes de texto tipo «¿Has tenido un accidente?», «Llevo semanas sin saber de ti.» o «¿Sigues siendo tu número de teléfono?».

El silencio no era reconfortante.

Enfiló el camino de entrada y, maldita fuera su suerte, vio el dichoso Porsche Cayenne de su padre, su forma de proclamar a los cuatro vientos que sus niveles de testosterona estaban por los suelos y que se estaba quedando calvo. En fin, bien podría enfrentarse a sus dos progenitores a la vez.

Entró en la casa.

—¡Hola, mamá!

—¡No entres! —exclamó su madre—. Tu padre está desnudo.

—¡Oh, por favor! ¿Es que no he sufrido bastantes traumas psicológicos por un verano?

—Lo estoy pintando —contestó su madre—. No te pongas tan remilgada. Ya puedes entrar, cariño.

Colleen se acercó con la misma sensación que debió de invadir a Sísifo mientras hacía rodar la piedra.

—Hola, padres.

—Hola, Colleen.

—Papá. Así que modelo de desnudos, ¿eh? Creí que el Cayenne y un segundo divorcio controlarían tu pitopausia.

Su padre enarcó una ceja.

—Me pidió que le hiciera de modelo y yo quise complacerla.

—Más vale tarde que nunca.

—¿Qué quieres, Collie? —le preguntó su madre. Llevaba una camiseta ancha manchada de pintura y unos *leggings*, e iba descalza. Tenía dos dedos de canas. Parecía relajada, algo nada habitual cuando su padre estaba cerca.

—Vamos a dejarnos de tonterías —dijo Colleen—. ¿Vais a volver? ¿Gail, *el Zorrón* ha desaparecido del mapa?

Su padre no contestó.

—¿Sería tan malo, cariño? —preguntó su madre con tiento.

Colleen miró a su padre un buen rato. Jamás volvería a considerarlo como una especie de dios entre los padres. Era un hombre superficial y egoísta.

Siempre lo había sido.

Aceptar ese hecho le quitó un peso de encima. Por raro que pareciera, de repente sintió que le tenía mucho cariño a su padre. Claro que...

—Creo que podrías encontrar algo mucho mejor, mamá.

—Muchísimas gracias, Colleen —dijo su padre con voz cansada—. Creo que me merezco un poco de gratitud por haberte criado y haber pagado tus estudios universitarios, pero supongo que es más divertido demonizarme.

—Eso de «demonizar» se queda corto para lo que te mereces —replicó ella—. No, papá. Eres un hombre que no valora lo que tiene y que cree que puede entrar y salir de la vida de la gente cuando le apetece.

—Gracias por el análisis.

—Espera, que hay más —dijo—. Fuiste un padre desastroso para Connor y para mí. Fuiste muy condescendiente con mamá y solo nos prestabas atención cuando te convenía, no cuando la necesitábamos. Y en cuanto Gail *el Zorrón* se quedó embarazada de Savannah, nos convertimos en un estorbo.

—Erais adultos.

—Eso no quiere decir que no te echáramos de menos, papá. Aunque fueras un capullo y sigas siendo un capullo hoy en día. Que yo sepa, solo tienes una cualidad que te redime: eres increíble con Savannah.

—Vaya, gracias.

—De nada. El asunto es que he pasado a saludar. Os quiero a los dos, aunque me volváis loca. Mamá, vamos a quedar a almorzar esta semana, ¿te parece? Ahora, volved a vuestras aficiones tan asquerosillas.

—Espera —le dijo su madre—. Espera un momento. —Miraba a su padre con el ceño fruncido—. Colleen lleva razón en algo.

—¿En qué? —quiso saber su padre—. ¿En qué lleva razón?

—Durante diez años —comenzó su madre despacio—, habría dado mi brazo derecho por tenerte de vuelta. Te quería, te echaba de menos y te lo habría perdonado todo. —Echó un vistazo por el estudio, que parecía mucho más luminoso, más limpio y más alegre desde que Lucas lo había remodelado—. Pero Collie tiene razón. Me merezco algo mejor. —Parecía sorprendida—. Creo que ya no te quiero, Pete. Estas dos últimas semanas han sido un pelín... aburridas, ahora que lo pienso. Lo siento.

—Espera un segundo —protestó su padre—. Todo este rollo de la mujer del Renacimiento, la pintura y la ropa nueva... creía que era por mí.

—Claro que lo creías —comentó Colleen.

Su padre pasó del comentario.

—Creía que te habías deshecho de mis cosas y habías montado este ridículo estudio para llamar mi atención, ¡y lo has conseguido, Jeanette! Lo has conseguido. Te has convertido en una mujer interesante, y todavía me resultas atractiva.

—Papá, el asunto es que siempre ha sido una mujer interesante —señaló Colleen—, y siempre ha sido atractiva, so tonto. Lo que pasa es que dejaste de darte cuenta. Vamos, nos iremos juntos.

—No lo entiendo —murmuró su padre.

—Nos vemos, Pete —dijo su madre—. Al fin y al cabo, siempre seremos los padres de Colleen y de Connor. No hay que perder las formas. A lo mejor hasta podemos ser amigos.

—No quiero que seamos amigos —protestó su padre—. Quiero...

—Papá, a nadie le importa —dijo Colleen, que lo tomó del brazo—. Vámonos.

* * *

Su padre la buscó una semana después de que su madre le diera la patada a su enclenque trasero irlandés. Llamó a su puerta la noche que libraba en el bar, justo cuando sacaba una tarrina de helado de Ben & Jerry del congelador.

—Pasa —dijo.

En los tres años que llevaba viviendo allí, nunca había ido a verla.

—Bonito sitio —replicó su padre.

—Gracias. Siéntate. —Detuvo la película de Bradley Cooper que estaba a punto de ver (por quinta vez) y le ordenó a *Rufus* que apartara la trufa de la entrepuerta de su padre. El perro obedeció a regañadientes antes de meterse en su dormitorio para echarse una siesta— ¿Qué pasa, papá? —preguntó mientras se llevaba una cucharada de helado a la boca.

—Solo quería saludar.

—En serio, ¿por qué has venido?

—Porque, Colleen —dijo con voz irritada, sin mirarla—, solo trato de ser mejor padre.

—Qué bien. Acepto regalos caros. Vehículos, por ejemplo. Islas.

—¿Te importaría hablar en serio? —Suspiró y se pasó una mano por el pelo salpicado de canas—. Mira, creía que era un buen padre hasta el divorcio.

—Hasta que fuiste infiel, quieres decir.

—Ya, eso.

—¿Alguna vez has oído la frase esa que dice que lo mejor que un hombre puede hacer por sus hijos es querer a su madre?

—No. Pero déjame terminar, ¿quieres? —Le lanzó una mirada elocuente—. Siempre he estado muy orgulloso de Connor y de ti. Erais buenos niños. Listos y graciosos. Supongo que no lo demostré demasiado.

—Supones bien.

—Me costaba saber cómo relacionarme con vosotros después del divorcio. Temía que me echarais por completo de vuestras vidas, así que intenté prepararme para ese caso. Connor lo hizo enseguida, y me estaba preparando para perderte a ti.

Para el asombro de Colleen, a su padre se le quebró la voz.

—Sé que te decepcioné, Collie. No sabía cómo arreglarlo. Gail estaba embarazada y tenía que concentrarme en eso. —Agachó la cabeza—. Siempre he agradecido que aceptaras a Savannah. Que la cuidaras y demás. Así podía verte.

—Papá... —Carraspeó—. También puedes verme de otra forma. Podemos salir a almorzar o a correr o a lo que sea.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Connor... sigue sin tragarme. —A su padre se le llenaron los ojos de lágrimas.

Colleen extendió la mano en busca de la de su padre.

—Sigue intentándolo —sugirió.

—Estoy muy orgulloso de los dos. De verdad.

—Gracias.

Su pobre padre. Ajá. Pobrecito papá. Estrangulado emocionalmente por la testosterona mientras intentaba ser fabuloso.

Se agradecía que se hubiera visto obligado a tragar una dosis de humildad, y a manos de su madre, nada menos.

—¿Quieres helado? —preguntó—. También puedes quedarte a ver la película.

Su padre la miró con gratitud.

—Si no te importa...

Habían transcurrido tres semanas desde su regreso a Chicago, pero Lucas seguía todavía tenso e irritable. Sentarse frente al ordenador en el apartamento donde había vivido desde el divorcio no le reportaba la satisfacción que había imaginado que sentiría. Su mesa era impresionante; su Mac, caro; el sillón, cómodo. El apartamento estaba immaculado, gracias a la señora de la limpieza que iba una vez a la semana.

Pero salvo por las fotos y los dibujos de sus sobrinas, algunos de los cuales estaban pegados en la puerta del frigorífico, el lugar carecía de... alma. Y se preguntaba cómo era posible que no se hubiera percatado antes. Los muebles eran elegantes, las paredes estaban pintadas de un tono blanco roto, la encimera de la cocina era de granito. Todo flamante.

No como el apartamento del edificio Opera House, con sus suelos centenarios de madera y el olor a pan de la panadería de Lorelei. Y no como el apartamento en la casa de estilo victoriano de Colleen con sus altas y estrechas ventanas, y su perro obsesionado con oler entrepiernas. Y su sofá rojo. Y su mullida cama.

Ajá. No. Mejor no ir por esos derroteros.

Ya había abandonado Forbes Properties. Lo único que quedaba por hacer era la inauguración de la placa del rascacielos, y ¿a quién le interesaban esas cosas? Estaba orgulloso del edificio, de lo bien que había ido la construcción, pero no era el arquitecto ni el propietario. Siempre querría a la familia Forbes. Mantendría el contacto con ellos, pero su etapa con los Forbes había acabado.

Steph trabajaría en su nueva empresa, a la que por fin podría dedicarle toda su atención. Ya le habían pedido presupuesto para encargarse de la construcción de un complejo residencial para jubilados y también para las oficinas centrales de una empresa a las afueras de la ciudad.

Pero no era lo que quería hacer en realidad. Lo que deseaba, simple y llanamente, era construir casas para gente normal. Steph había puesto los ojos en blanco al oírle decir eso porque, claro, la pasta se ganaba construyendo edificios importantes: tiendas y centros comerciales. Pero un centro comercial no sería algo que señalarle con orgullo a un futuro hijo o hija mientras le decía: «¿Ves esa pastelería y esa peluquería? Papí las construyó».

Claro que tampoco es que fuera a ser padre en un futuro cercano.

La imagen del prado de Manningsport se colaba en su mente todos los días, más o menos sobre las dos de la madrugada. La orientación del porche, el ciervo que atravesaría el jardín. El patio enlosado que construiría en la parte posterior para sentarse y escuchar el borboteo del agua que fluía hacia el lago Keuka. El arce que sería perfecto para colocar un columpio.

En Chicago no había prados en las cimas de las colinas. Todo eran llanuras. Y calor. Solo había estado dos meses fuera, pero el calor del Medio Oeste lo achicharraba como nunca antes, y se descubría añorando las noches en el estado de Nueva York, lo bastante frescas como para dormir arropado con una manta.

O con una mujer.

O con una mujer y su perro, para ser más exactos.

Y después la imagen de Bryce con Colleen pasaba por su mente, destrozando el bonito recuerdo.

El sonido del portero automático hizo que se levantara. Mierda, ya había oscurecido y todavía no había cenado.

—Hola —dijo, dirigiéndose a la persona que había llamado.

—¡Oye, soy Bryce!

Hablando del rey de Roma...

—Sube.

No había tenido noticias suyas desde el funeral, aparte de la impresión que se había llevado al descubrir que era un hombre rico. Si actuaba con cabeza (y él tenía la intención de asegurarse de que lo hiciera), el dinero de Joe le garantizaría una cómoda existencia durante toda su vida.

Abrió la puerta y allá que apareció su primo.

—¿Qué pasa, hermano? —lo saludó Bryce, que lo abrazó. Llegaba acompañado por un *pack* de cervezas, una novedad—. Siento no haberte llamado para avisar. Es que quería verte. Me metí en la camioneta, conduje hasta el aeropuerto y he venido en taxi hasta aquí.

—Muy bien —replicó él—. ¿Cómo te va la vida?

Pidieron *pizza* («como las bases de Chicago no hay ninguna», comentó Bryce con alegría), y abrieron un par de cervezas. Lucas escuchó los planes que su primo tenía para el futuro. Iba a sacarse la licencia oficial de instructor físico y estaba pensando en abrir un gimnasio solo para mujeres (algo que sería una mina de oro, la verdad fuera dicha). Seguía lavando perros y buscándoles un hogar. Paulie y él aún estaban juntos, era muy felices, y se lo pasaban en grande. Didi había regresado a Manningsport y no paraba de darle la tabarra, siempre apareciendo sin avisar; pero Bryce no le había dado llave de su apartamento, de manera que no podía entrar cuando le diera la gana.

—Parece que las cosas te van bien —comentó Lucas mientras apuraban la cena.

—Sí, a lo mejor te necesito para sacar dinero del fideicomiso —le dijo Bryce—. Para el gimnasio. Estoy enfrascado en el proyecto. Paulie y su padre me están ayudando, y a ti se te dan muy bien estas cosas. ¿Podrías echarle un vistazo?

—Claro —contestó él.

—Gracias. —Su primo hizo una pausa—. Bueno, en cuanto a lo de... ya sabes... Colleen. ¿Lo has superado, colega?

Lucas clavó la vista en la cerveza y tardó un minuto en contestar.

—¿Alguna vez se te ocurrió pensar que...? —dejó la pregunta en el aire. «Que la quería», había estado a punto de decir.

Bryce esbozó una sonrisa tristonja.

—Sí. Lo pensé. Pero te habías ido del pueblo, te habías casado y tenías tu vida, ¿no? Y Colleen y yo seguíamos en Manningsport, y el asunto es que siempre me había gustado, desde la época del instituto. A ver, soy heterosexual. A todos los hombres heterosexuales nos gusta Colleen. Y seguramente a los gays también.

—Así que te la podías llevar a la cama sin problemas.

Bryce se enderezó en el sillón de cuero y le miró a los ojos.

—¿Alguna vez te has parado a pensar lo que suponía ser tu primo? Tú siempre eras el listo. El chulo. Eras del South Side, y mi padre se pasaba la vida hablando de eso, de los viejos tiempos, de la vida en Chicago. Yo solo era un niño consentido de una urbanización.

—Mi vida no fue tan fantástica, Bryce. Mi madre murió, mi padre acabó en la cárcel, ¿lo recuerdas?

—Sin embargo, eras el mejor en todo. No sé si te acuerdas del primer día de instituto en Manningsport, cuando entramos en la clase. Y allí estaba la muchacha más guapa del pueblo, que no paraba de mirarte como si hasta ese mismo momento hubiera estado ciega.

Lucas se acordaba, sí.

—Es el único error que has cometido, ¿verdad? ¿Dejarla y casarte con Ellen?

No contestó.

—Así que, sí —siguió Bryce—. Me acosté con ella, pero para ser sincero, no sé por qué se lió conmigo. Incluso entonces era evidente que seguía colada por ti. Pero aquella noche parecía muy sola.

La idea le provocó una dolorosa punzada en el pecho. Colleen, que siempre era tan alegre y estaba tan sonriente... sintiéndose sola, incluso con su hermano gemelo, con sus amigos, con su hermana. Se sentía sola y él era el culpable.

De repente, empezaron a escocerle los ojos.

—Siento haberlo hecho —se disculpó su primo con voz amable—. Me aproveché de su tristeza. Creo que lo que pretendía era ver qué se sentía siendo tú, aunque

fuera solo por un rato. Obviamente, no funcionó.

Lucas le miró. Miró al primo que siempre le había adorado, que siempre había querido lo que él tenía.

Al primo que había arriesgado la vida por salvarle aquel día en las vías del tren.

—¿Está todo arreglado entre nosotros, Lucas? —le preguntó Bryce.

Él se levantó del sofá y le abrazó.

—Sí, todo está bien.

—Me alegro. Porque también he venido por otro motivo. —Metió la mano en su mochila y sacó una cajita que le entregó a Lucas—. Esto es para ti.

Lucas la abrió.

Era el reloj de bolsillo de plata de Joe. El reloj que databa de la Guerra de Secesión, y que había pasado de padres a hijos desde hacía cinco generaciones.

En la palma de la mano lo sentía tibio al tacto y aún podía distinguirse el labrado exterior, aunque ya estaba muy desgastado. Lo abrió. El diseño de los números era antiguo y recargado.

En la parte interior había una inscripción que decía: «Para mi amado hijo, de tu padre que te quiere».

—Bryce, este reloj es tuyo —dijo Lucas, que tuvo que carraspear. ¿De verdad que su primo no lo quería?—. Ha pasado de padres a hijos desde 1861.

Bryce sacó un papel de la mochila y se lo entregó.

—Está a mitad de la página, más o menos.

Lucas aceptó el papel y sintió una punzada al reconocer la letra de Joe.

Lucas no necesitará nada, pero échale un ojo por si acaso. Bryce, quiero que se quede con el reloj de la Guerra de Secesión. Espero que no te importe, pero se lo merece. Siempre ha sido un buen hijo para mí y un hermano maravilloso para ti.

Asegúrate de no perder nunca el contacto con él. Siempre he echado de menos a mi hermano. Imagínate al lado del tío Dan, ¿de acuerdo?

Había más, pero Lucas no pudo seguir leyendo porque de repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

A lo mejor su tío no lo había echado de la habitación porque no lo quisiera a su lado. A lo mejor lo había hecho porque Bryce necesitaba recibir la última bendición de su padre, porque Lucas ya la había recibido.

* * *

Lucas y Stephanie llevaron a Bryce a desayunar al día siguiente a Lula's y lo metieron en un taxi hacia el aeropuerto.

—Adoro a ese idiota —comentó su hermana—. Sí, sería incapaz de pasar más de un día con él, pero es muy tierno. Y guapísimo, además. ¡Madre mía! Los genes de los Campbell son una maravilla.

—Pues sí —convino él.

Su hermana le miró con expresión irritada.

—¿Qué pasa? Parece que se te hubiera muerto el perro y ni siquiera tienes perro. Es por Colleen, ¿a que sí? Que le den a Bryce. Supéralo.

—No es solo eso.

—Ay, Dios. Hombres... Me sacáis de quicio. Menos mal que soy lesbiana.

—¿Ah, sí?

—Podría serlo. Por cierto, me repatea tener que decirte esto, pero me quedo en Forbes. Frank me ha doblado el sueldo y me ha ofrecido un ascenso. *Sayonara*, hermanito.

Lucas levantó las manos.

—¡Madre mía! Gracias, Steph. Por la lealtad familiar y tal.

—Por favor. Que soy una madre soltera.

—Sí, me suena de algo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya conoces a Frank. El puesto incluye la matrícula para los estudios superiores de las niñas y un mes de vacaciones para empezar. Ya tengo el seguro médico con la máxima cobertura, soy socia de ese gimnasio tan fantástico, y ahora tengo crédito en Bergdorf para la ropa. No voy a conseguir eso contigo, jovencito.

—Mamá y papá se llevarían una desilusión contigo, monstruo materialista.

—Me importa un pito. Quiero matricular a las niñas en St. Croix. —Cruzó los brazos por delante del pecho—. Además, no te conviene que trabaje contigo. Te quitaría el control en menos de media hora.

—Cierto.

—Y ahora eres libre para volver a Manningsport.

Lucas titubeó.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque *a)* odio vivir en ese pueblo y *b)* vosotras estáis aquí. Las niñas y tú.

—Bueno, *a)* estás loco, porque ese sitio es el puto paraíso, por no mencionar que tiene un clima mucho mejor que el nuestro, y *b)* ¿es que no han inventado el teléfono? ¿FaceTime? ¿Skype? ¿Los aviones? ¿Los trenes? ¿Los automóviles?

—Veo que vas a echarme mucho de menos, sí.

Steph le dio un fuerte abrazo.

—Vete de la ciudad, Lucas. Vete, cástate y hazme tía, por lo que más quieras. Me piro. Chloe solo tiene media jornada hoy. Te quiero, adiós, siento haber aceptado una oferta mejor que la tuya, llámame desde Nueva York. —Le dio un beso en la mejilla—. Ah, por cierto, ya tengo tu nuevo eslogan. —Hizo una pausa para crear tensión—. Construcciones Campbell: es hora de volver a casa.

Era la *happy hour* de los viernes por la noche en la taberna de O'Rourke, otra más, y Colleen estaba a lo suyo. Connor se encontraba en la cocina. Los tacos de atún ya se habían agotado. Los Holland habían ocupado dos mesas, y el cuerpo de bomberos estaba celebrando otra de sus «reuniones», que parecía incluir una competición para ver quién contaba el chiste más guarro en el que apareciera una manguera, una barra vertical o las dos cosas. Jessica Dunn iba ganando de calle.

Connor había cortado con su mujer misteriosa. No parecía muy afectado, y Colleen había vuelto a poner todas sus esperanzas en Jess. Connor ya le estaba echando el ojo. Ya era hora de que le hiciera caso a su hermana.

Su querida madre se encontraba en el extremo más alejado del bar. Había salido con Ronnie Petrosinsky y hablaba con él de arte (mientras bebía esa desagradable combinación de vino rosado con 7Up). De arte avícola, más concretamente de aves de corral, aunque su madre aún ensalzaba las maravillas de la pintura de desnudos. Savannah acababa de marcharse con Gail, que se estaba pensando si aceptaba de nuevo a su padre o no.

En cuanto a Bryce y Paulie, Coll pensaba que debía llevar un vestido lavanda cuando fuera su dama de honor, porque lo de esos dos solo era cuestión de tiempo.

Lucas sería el padrino, por supuesto.

Mejor no pensar en él, pero de todas formas ya sentía el nudo en la garganta.

—Colleen, ¿te importaría prepararme un cóctel de esos de fruta que me hiciste la última vez? —le preguntó Louise, y Colleen volvió al instante a la realidad.

Preparó bebidas, tiró cervezas, limpió lo que los clientes derramaban, coqueteó con la clientela y se aseguró de que Mónica y Hannah no necesitaban ayuda para servir las mesas. Llamó a Rushing Creek para preguntar por el estado de su abuelo. Joanie, su enfermera preferida, le dijo que dormía plácidamente.

A lo mejor se pasaba más tarde a verlo.

Se volvió para preguntarles a Jessica y a los chicos si necesitaban algo, y allí estaba Lucas.

En un primer momento tuvo la impresión de que eran imaginaciones suyas, esos ojos oscuros, ese pelo ondulado y esa belleza de ángel caído.

Pero no, Carol Robinson pasó a su lado y le dio una palmada en el trasero.

—Hola, guapetón —dijo.

A lo que él respondió con una sonrisilla, pero sin dejar de mirar a Colleen. Y por el amor de Dios, esa sonrisa pareció dejarla clavada en el suelo.

Lucas no dijo nada.

Ni falta que le hizo. Estaba allí.

—Lo siento —dijo entonces, y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a caer al instante—. Lo siento muchísimo, Mía.

Ese apelativo siempre la derretía, y bien que lo sabía él.

—Bueno —susurró. Fue incapaz de añadir algo más.

—Perdóname —siguió Lucas.

El bar estaba en silencio, y Colleen recordó que llevaba cuatro cervezas en las manos y que no se había movido, y que lo que estaba sucediendo no era algo normal, y que seguramente la gente estaba pegando la oreja, y que la ropa que llevaba... Mierda, ¿qué más daba lo que llevara puesto? Al menos se había puesto un sujetador *pushup*, porque todos los días se ponía un sujetador *pushup*, y Lucas estaba delante de ella y le había dicho que lo sentía.

No estaba segura de si podría recuperarse algún día.

—Te quiero, Colleen —dijo él y no, jamás se recuperaría. En la vida.

En ese momento Hannah le quitó los vasos de las manos, pero Colleen siguió sin moverse, aunque empezó a respirar de forma alterada mientras las lágrimas caían sin cesar.

Y entonces llegó Connor, que se colocó a su lado tras la barra, y le echó un brazo por los hombros con un gesto protector.

—¿Qué quieres? —masculló.

—Casarme con tu hermana —contestó Lucas, cuyos ojos seguían clavados en ella. Esos ojos penetrantes y oscuros que siempre decían tantas cosas.

Connor se puso a la defensiva.

—Cuando yo esté tieso, frío y metido en...

—Cállate ya, Connor —lo interrumpió ella, que se sentó en la barra, pasó las piernas por encima, se arrojó a los brazos de Lucas y empezó a llorar y a reír, mientras él le enterraba la cara en el cuello.

—Te quiero —susurró Lucas—. Déjame volver a casa contigo, Mía. Cásate conmigo. Si es necesario, te lo pediré de rodillas.

—Me tienta la idea, pero ya me conoces —replicó ella—. Soy una facilona.

Y entonces lo besó, y todos los presentes estallaron en vítores, y Colleen estrechó con fuerza al hombre que había estado esperando, al único hombre que había querido.

Cuando se apartó, Lucas le limpió las lágrimas y la besó en la frente, y Colleen se volvió hacia la multitud. Faith estaba llorando. Tom Barlow le guiñó un ojo. Su madre se sonaba la nariz con una servilleta.

Y después besó otra vez a Lucas, y sintió su sonrisa contra los labios, y lo abrazó.

Al mirar hacia atrás, vio que su hermano sonreía, aunque con cierta renuencia.

«Supongo que podré tolerarlo.»

«Gracias, hermano.»

—¡Invita la casa! —gritó Connor.

Epílogo

Siguiendo la honrosa tradición de los O'Rourke y los Campbell, Colleen se quedó embarazada antes de casarse.

Los Holland le ofrecieron el precioso granero de piedra para la boda, pero Colleen quería celebrarla en la propiedad que Lucas y ella acababan de comprar: unas cuantas hectáreas de prado sobre una colina, con el lago Keuka resplandeciendo, azul y oscuro, a lo lejos y las colinas llenas de viñas de Blue Heron al este. A la semana siguiente comenzaría la construcción de su casa. Esperaban que estuviera lista antes de que naciera el bebé. Pero ese día había una carpa blanca en la propiedad, y Rufus galopaba por el campo, persiguiendo al perro de Faith y al chucho de Paulie.

Era una radiante tarde de octubre, con el cielo teñido de un sobrecogedor añil mientras las hojas doradas y rojas de las viñas brillaban en las colinas. Sería una boda sencilla: una carpa, el juez de paz, mucha comida de la buena (nachos, por supuesto), bebidas y música.

Savannah era su madrina y Bryce era el padrino, y Faith y Paulie hacían de damas de honor. Su madre tenía una cita: Ronnie (les había dado un pase gratis de por vida en cualquiera de las franquicias del Rey del Pollo, y Colleen parecía tener siempre antojo de pollo con seis semanas de embarazo). Su padre y Gail estaban en la segunda banca, justo detrás de su madre; no habían vuelto del todo, pero tampoco se habían separado del todo.

Todos los seres queridos de Colleen, salvo uno.

Su abuelo por fin había muerto, unas dos semanas después de que Lucas le propusiera matrimonio. Colleen y Connor estuvieron presentes, y su padre también. Colleen tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de su abuelo porque, aunque hacía mucho que le había llegado la hora y estaba convencida de que iría a un lugar mejor, lo echaría muchísimo de menos.

Se le pasó por la cabeza, bien entrada aquella triste noche mientras Lucas la abrazaba con fuerza y le acariciaba el pelo, que su abuelo había esperado a que tuviera a alguien que la cuidase. Que a lo mejor sabía que Lucas y ella por fin habían encontrado el modo de estar juntos y creía que ya podía marcharse. Que todo ese tiempo que ella había estado cuidando de él, su abuelo también había estado cuidando de ella.

Sin embargo y aunque el embarazo la volvía más llorona de lo normal, ese día era una ocasión muy especial.

—Estás muy guapa y blablablá —dijo Connor. Pero también tenía los ojos más brillantes de la cuenta—. ¿Estás lista? —Porque, sí, él la entregaría al novio. Nadie más podía encargarse de esa tarea.

—Nací lista —respondió ella, y su hermano sonrió antes de poner los ojos en blanco—. ¿Con?

—¿Sí, hermana insoportable?

—Seré tu madrina cuando por fin me hagas caso y te cases con Jess.

—Eres un incordio.

—Te quiero —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también te quiero, tonta. Vamos. Está sonando tu canción.

Y allí estaba él, Lucas Damien Campbell, mirándola con una sonrisa. El muchacho al que había querido desde la primera vez que lo vio, el hombre al que había estado esperando toda la vida, el único para ella. Y el sol brillaba y ella reía y el mundo marchaba como era debido.

* * * * *

[1](#) *N. de las T. Frase famosa de la película Casablanca.*

[2](#) *N. de las T. «Chicago», poema de Carl Sandburg en la antología*

Agradecimientos

Tengo la suerte de contar con las maravillosas personas que me han ayudado a desarrollar mi carrera. Maria Carvainis Agency, Inc., gracias a Madame, a Elizabeth Copps y a Martha Guzman por todo lo que hacen por mí. También se lo agradezco enormemente a todas las personas de Harlequin que cuidan con tanto mimo y consideración mis libros, en especial a Susan Swinwood, a Margaret Marbury y al fabuloso equipo de ventas. ¡Gracias, gracias, gracias!

A Kim Castillo de Author's Best Friend y a Sarah Burningham de Little Bird Publicity, ¡es un placer trabajar con las dos!

Por el uso de sus nombres en la serie Blue Heron, quiero darles las gracias a Gerard Chartier, a Lorelei Buzzetta, a Gail Chianese (que es muy agradable), a Dana Hoffman (igual), a las Murphy, a la familia Hedberg y a los numerosos lectores que han ofrecido sus nombres.

Gracias de nuevo a mi abogada, Annette Willis, por ayudarme a comprender las leyes acerca del divorcio. Mi amigo de toda la vida y médico, Stephen Wrinn, compartió su experiencia con la diálisis conmigo: ¡gracias, Steve! También quiero darle las gracias al todopoderoso Jeff Pinco, otro médico, por dar respuesta a mis extrañas y a veces peliagudas preguntas médicas.

Gracias a Robyn Carr y a Jill Shalvis por su amor y su amistad, y a las autoras Simone Elkeles y Julia James, que me ayudaron con ciertos detalles de la Ciudad del Viento. Por las risas, el vino y la inspiración, gracias a Shaanee Cole, a Huntley Fitzpatrick, a Jennifer Iszkiewicz y a Karen Pinco, excelentes escritoras y mejores amigas.

Tengo la suerte de contar con una familia maravillosa. A mi hermano Mike, dueño de Litchfield Hills Wine Market: me alegro muchísimo de que no tengas una ferretería, porque de lo contrario nunca te vería. ¡Gracias por toda la ayuda, Mikey! A mi hermana Hilary y a mi cuñada, Jackie: os quiero muchísimo a las dos. Y, cómo no, mi amor eterno y todo mi agradecimiento a mi madre.

A las lectoras Lorelei Buzzetta, Diana Phung y Barbara Wright: ¡vuestra capacidad de reflexión y vuestra amistad son esenciales para mí! ¡Gracias por todos los detalles!

En la región de Finger Lakes de Nueva York, tengo una deuda enorme con las acogedoras y maravillosas gentes del Finger Lakes Wine Country y de Steuben County Conference & Visitors Bureau, y sobre todo con Sayre Fulkerson y con John Iszard de Fulkerson Winery.

A mi marido, a mi hija y a mi hijo: os quiero a los tres más de lo que puedo expresar con palabras.

Por último, gracias a vosotros, mis queridos lectores. Ojalá fuera capaz de expresar con palabras el honor que siento cada vez que pasáis unas horas con mis libros. Os estoy muy agradecida.

KRISTAN HIGGINS

ENTRE VIÑEDOS

Faith Holland tuvo que marcharse de Maningsport, su hogar, después de que, delante de todo el mundo, su prometido la dejara plantada al pie del altar. Pero años después, con más edad y también más experiencia, cree que ha llegado el momento de regresar, y más después de que su hermana la inste a hacerlo para que su padre no caiga en manos de una cazafortunas añosa que se viste como una fulana.

De vuelta entrará de nuevo en la vida de la empresa de su familia, Viñedos Blue Heron, que su hermana Honor dirige con mano firme. Tendrá que enfrentarse a dramas familiares varios y, sobre todo, reconciliarse con su pasado y, de paso... Por qué no, también tomarse un buen tinto.

Igual que Levi Cooper, el jefe de la policía local —y el mejor amigo de su ex novio—. Ese desgraciado, con sus ojos de color verde intenso, de quien no sabe mucho salvo que fue el responsable de que su boda acabara en un fiasco. Y eso no ha podido olvidarlo. Para colmo, el dichoso jefe de policía parece estar en todas partes... para fastidiar... ¿O tal vez no?

KRISTAN HIGGINS

LA PAREJA PERFECTA

A Honor Holland acaba de dejarla el chico del que lleva enamorada toda la vida. Y tan solo tres semanas más tarde, don Perfecto se ha comprometido con su mejor amiga. Honor se propone resurgir de sus cenizas saliendo con otro... Claro que eso es más fácil de decir que de hacer si una vive en Manningsport, una población con tan solo setecientos quince habitantes.

El encantador y atractivo profesor británico Tom Barlow solo quiere lo mejor para su hijastro de adopción, Charlie, pero su visado está a punto de caducar. Si no soluciona ese asunto, se tendrá que ir de los Estados Unidos dejando atrás al niño.

De manera impulsiva, Honor decide ayudarle proponiéndole un matrimonio de conveniencia para que así, de paso, su ex se ponga celoso. Sin embargo, batallar en todos los frentes no resultará tarea fácil. Y cuando empiecen a saltar chispas entre Honor y Tom...

¿Y si la pareja perfecta fuera una gran sorpresa?

KRISTAN HIGGINS

CONFIARÉ EN TI

Emmaline Neal necesita una cita. Solo una. Alguien que la acompañe a la boda de su ex novio en Malibú. Pero hay poco donde elegir en una localidad como Manningsport, de setecientos quince habitantes. De hecho, opción solo hay una: el rompecorazones del pueblo, Jack Holland. Todo el mundo le conoce, y él no se hará ninguna idea equivocada... Después de todo, Jack nunca se interesaría en una mujer como Em. Y menos cuando su guapísima ex mujer anda por ahí, tratando de repescarlo desde que él se convirtió en un héroe al salvar a un grupo de adolescentes.

Sin embargo, durante la celebración de la boda las cosas dan un giro inesperado —y apasionado—. Aunque, bueno, solo habrá sido una noche loca... Jack es demasiado guapo, demasiado popular, como para acabar con ella. Pero, entonces, ¿por qué es con ella con quien se atreve a hablar de sus sentimientos más profundos y secretos? Si va a ser el hombre de sus sueños, tendrá que empezar por creerle...

KRISTAN HIGGINS

POR TI, LO QUE SEA

Antes de que te arrodilles para pedírselo...

... deberías estar muy seguro de que la respuesta va a ser sí. Connor O'Rourke lleva diez años esperando para hacer pública la relación de ahora sí ahora no que mantiene con Jessica Dunn y cree que ha llegado el momento de hacerlo. Su restaurante va viento en popa y ella ha conseguido un empleo de ensueño en los viñedos Blue Heron. ¿Por qué no casarse ya?

No obstante, cuando le pide que se case con él, la respuesta es no, aunque no sea un «no» muy contundente. Si no hemos roto, ¿para qué casarnos? Jess está más que ocupada con su hermano pequeño, que ahora vive con ella a tiempo completo, y con la maravillosa carrera que tiene por delante, algo con lo que ha soñado durante los muchos años en que trabajó como camarera. Lo que tienen Connor y ella en este momento es perfecto: son amigos con derecho a roce y tienen un bienestar económico. Todo son ventajas. Además, con un pasado tan complicado (y una reputación de la misma guisa), sabe positivamente que la vida de casada no es para ella.

Pero esta vez, Connor dice que tiene que jugar a todo o nada. Si no quiere casarse con él, entonces se buscará a otra que sí quiera. Algo más fácil de decir que de hacer, ya que nunca ha amado a otra que no fuera ella. Y puede que, tal vez, Jessica no esté tan segura como ella cree...

¿Quiénes somos?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, www.librosdeseda.com, o siganos por cualquiera de las redes sociales más habituales



Table of Contents

Biografía de la autora
Resumen
Créditos
Título
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos
Entre viñedos
La pareja perfecta
Confiaré en ti
Por ti, lo que sea
Libros de Seda